

# LA EDAD DE LA LUZ WHITNEY SCHARER



narrativa  
salamandra

# LA EDAD DE LA LUZ

WHITNEY SCHARER



*La edad de la luz*  
Whitney Scharer

ISBN edición en papel: 978-84-9838-950-0

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-67-8

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *The Age of Light*

Traducción del inglés: Cristina Martín Sanz

Ilustración de la cubierta: Condé Nast Collection / Getty Images

*Copyright* © Whitney Scharer, 2019

*Copyright de la edición en castellano* © Ediciones Salamandra, 2019

Cita de la p. 270: *Aveux non-avenus* de Claude Cahun

© Mille et une nuits département de la Librairie Arthème Fayard, 2011

Cita de la p. 290: *Obra completa* de Lautréamont

Traducción de Manuel Álvarez Ortega. Editorial Akal

Ediciones Salamandra

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

*Para mi madre,  
con agradecimiento y amor*

De hecho, las obras de arte son siempre el resultado de haber estado en peligro, de haber vivido una experiencia hasta el final, donde ya no cabe ir más allá.

RAINER MARIA RILKE

# **PRIMERA PARTE**

# PRÓLOGO

*Farley Farm, Sussex, Inglaterra, 1966*

Calor de julio. Las lomas verdean tras las lluvias de la semana pasada y se elevan hacia el cielo como senos cubiertos de musgo. Desde las ventanas de su cocina, Lee Miller ve colinas en todas direcciones, un camino de grava recto... Muros de piedra contruidos mucho antes de que ella llegase allí dividen el paisaje y mantienen las ovejas donde deben estar, pacienddo reposadamente. Su marido, Roland, avanza con su bastón por el sendero de herradura. Lo acompañan dos de sus huéspedes y se detiene para señalarles una madriguera de topo donde podrían romperse un tobillo o una boñiga de vaca que para algunas visitas podría resultar demasiado rústica.

El parterre de hierbas aromáticas se halla junto a la cocina, a la máxima distancia que Lee está dispuesta a recorrer. Roland dejó de pedirle que se sumara a sus paseos cotidianos años atrás, cuando ella le dijo que no pensaba perder el tiempo triscando por las cuestas hasta que pusieran una acera en las colinas y la llenaran de cafés. Ha llegado a la conclusión de que Roland disfruta de ese rato que no pasa en su compañía, y lo mismo le ocurre a ella: cada vez que lo ve marcharse se afloja un poco la mano que le atenaza el cuello.

La cocina es la estancia de Farley Farm donde se siente más contenta. Feliz no, pero sí contenta. Allí no entra nadie sin que esté ella, y quien entrase no podría encontrar lo que estuviera buscando: los tarros de especias se sostienen precariamente en torres desiguales; hay ollas con diversos grados de suciedad que atestan la encimera y abarrotan el fregadero, hay aceiteras y vinagreras abiertas en los estantes. Pero Lee sabe dónde está cada cosa en cada momento, como lo sabía en su estudio; el desorden confunde a todos

menos a ella. Cuando entraba en su cuarto del hotel Scribe, Dave Scherman, su compañero fotógrafo durante la guerra, siempre llevaba preparada una observación arrogante («Así que estás creando una instalación artística con latas de gasolina usadas, ¿eh, Lee?»). En su cocina se acuerda de él y se pregunta qué le diría ahora. Dave es uno de los pocos amigos de la época de la guerra que no han hecho el esfuerzo de venir a visitarla, y ella se alegra. La última vez que lo vio, cuando todos vivían aún en Londres, lo oyó decirle a Paul Éluard que ella había engordado, que ya no tenía la figura de antes y que no ser guapa la tenía irritada. Lo cual es falso, naturalmente: otras muchas cosas la irritan más que esa desconocida que la saluda cada mañana en el espejo con una cara regordeta sembrada de venitas reventadas.

Lee se formó en el Cordon Bleu hace unos años y casi todos los fines de semana cocina cenas de varios platos que después comenta en *Vogue*. Es la especialista en temas domésticos de esa revista. Antes de eso fue corresponsal de guerra, y antes, crítica de moda, y antes, modelo de portada. En 1927, un busto suyo, dibujado en estilo art déco, con un gorro de punto calado hasta los ojos como si fuera un casco, marcó el arranque de una nueva era modernista en la moda femenina. «Una carrera notable», dice siempre todo el mundo; Lee nunca habla de esa época.

Piensa en la revista *Vogue* porque esta noche acude a cenar Audrey Withers, su directora. Lo más probable es que vaya a despedirla y haya querido ir a Farley para hacerlo personalmente. Ella misma se habría despedido ya hace mucho, tras el vigésimo incumplimiento de un plazo o el enésimo artículo sobre cómo se debe agasajar a los invitados en una casa de campo. Audrey, no obstante, es una persona leal y también la única periodista de moda que intenta hablar a las mujeres de algo más importante que las últimas tendencias en trajes de noche. Otros invitados harán de parapetos: Bettina, amiga del matrimonio, y Seamus, conservador del Instituto de Artes Contemporáneas y mano derecha de Roland. Lee opina que Audrey no será capaz de despedirla delante de los amigos de Roland. A lo mejor se percata de cómo sería tenerla fuera de la revista, da la vuelta a la tortilla y encuentra la manera de conservarla dentro.

El menú de esta noche es una variante de otro que Lee ya sirvió anteriormente. Consta de diez platos: espárragos *croûtes* con salsa holandesa, brochetas de vieira con salsa bearnesa, chupitos de *vichyssoise*, penroses,

*quiche* de salchichitas, pollo verde de Muddles Green, gorgonzola con nueces, faisán braseado a la cerveza, helado de jengibre y una *bombe* Alaska que se servirá flambeada tras atenuar las luces. Ya que no puede continuar trabajando para Audrey, la matará a base de mantequilla, nata y merengue impregnado de ron.

Cuando Lee informaba desde Leipzig y Normandía durante la guerra, Audrey era a menudo la única persona con quien establecía contacto. Le había enviado aquellas primeras fotos de Buchenwald y Audrey las había publicado con el texto que ella había aporreado en su pequeña Hermes Baby estimulada por la benzedrina, el brandy y la rabia. Gracias a Audrey, había aparecido exactamente como ella lo había escrito, con el encabezado «Créanlo» y las fotos a toda página, gigantescas, en todo su horrible esplendor. Le daba igual que un ama de casa de Sheffield pudiera encontrarse un anuncio de los últimos guantes de Schiaparelli y enseguida a un guardia de las SS lleno de golpes y hematomas, con la nariz rota y su cara de cerdo cubierta por grumos de sangre negruzca.

Es mediodía y Lee empieza a preparar los penroses, un plato inventado por ella y consistente en gruesos champiñones rellenos de *foie gras* y espolvoreados con pimentón para que parezcan las rosas que crecen en el margen del parterre. No es fácil hacerlos y el proceso lleva varias horas. Roland suele enfadarse porque ella dice que la cena va a ser a las ocho y en realidad se sirve a las nueve, las diez o las once, y cuando sale el primer plato todos los invitados están ya cansados y borrachos. Lee se encoge de hombros. Una vez cocinó una corvina como homenaje a un cuadro de Miró y hasta el propio Roland tuvo que admitir que había merecido la pena esperar.

Esta noche, sin embargo, Lee será puntual. Saldrá de la cocina serena y majestuosa y todos los platos irán llegando a la mesa como los artistas de una coreografía perfectamente ejecutada. Una comida de muchos platos tiene algo mágico y, cuando todo va bien, a Lee le recuerda cómo se sentía en el cuarto oscuro, moviéndose exactamente al ritmo preciso, sin malgastar esfuerzos.

Termina los penroses y los deja encima de la nevera. Después hace la salsa holandesa, más cantidad de la que van a necesitar: bate las yemas con el zumo de limón en un cazo de cobre produciendo un rápido tintineo metálico. Fuera, Roland y los primeros invitados están coronando una loma en fila india, como una familia de patos; luego bajan hacia una hondonada y se pierden de

vista.

¿Qué va a decirle a Audrey? Tiene ideas para varios artículos, pero ninguna buena. También tiene disculpas; éstas le parecen mejores, más auténticas. Estos últimos años han sido difíciles: la mudanza, ir a Londres sólo unas pocas veces al mes, vivir apartada de todo. Pero sabe que sigue escribiendo bien, que sus fotos siguen siendo buenas. O que lo serían si pudiera hacerlas, si pudiera sacudirse la asfixiante tristeza que arrastra consigo a todas partes como una pesada losa. Le dirá a Audrey que por fin se siente preparada, le dirá que ha vaciado de trastos uno de los dormitorios y ha instalado allí su máquina de escribir, que ha puesto el escritorio junto a una ventanita cuadrada desde la que se ve el camino que serpentea alejándose de la granja. Incluso ha tomado una foto, la primera en varios meses, encuadrando la ventana en el marco del visor, una vista dentro de otra, y la ha colgado en la pared junto al escritorio. A Audrey le gustará saber que ha hecho una foto, que se ha sentado allí y ha acariciado la abollada máquina de escribir mientras contemplaba las gallinas que picoteaban por el camino. Cuando Audrey se lo pregunte, le ofrecerá crónicas agudas e incisivas sobre la vida en el campo. Le contará todo lo que ella quiera de la vida que lleva ahora, y lo hará puntualmente, si es posible con fotografías.

A las cuatro, Lee ya ha preparado casi todo y ha organizado su *mis en place*: los pequeños cuencos llenos de orégano picado, sal marina, anchoas, pimentón y las demás especias que va a necesitar para la cena. Echa un cubito de hielo en su vaso y va al comedor, donde hay una mesa de caballete alargada y cubierta de cicatrices, lo bastante grande para veinticuatro comensales. La chimenea que hay al fondo evoca la época de Enrique VIII, lechones asados y jarras de vino. Encima cuelga un retrato de Lee hecho por Picasso que siempre ha sido la imagen de sí misma que más le gusta por el modo como el pintor supo capturar su sonrisa (los dientes ligeramente separados). Alrededor se agolpan varias de las obras que más aprecia en la colección personal de Roland: un Ernst junto a un Miró pegado a un Turnbull. Con los años se han ido incorporando algunas piezas anónimas de carácter surrealista: un pájaro disecado colocado en un marco como si volara en picado, una traviesa de ferrocarril que lleva pintada una boca gigante, un garabato que recuerda a una mujer con el cabello enmarañado acomodado en uno de los marcos más ostentosos que pudieron encontrar. Lee se sienta a la mesa. Se le están

empezando a hinchar los pies. Agita un poco el vaso y los cubitos bailan dentro del whisky.

Roland regresa de su paseo al tiempo que un Morris deportivo llega por el camino anunciando su presencia con un ruidoso gruñido del motor. Roland se detiene un momento en la puerta de la cocina: a menudo se planta allí, en el umbral, como si no quisiera entrar en los dominios de su esposa.

—Ha sido un paseo estupendo —dice, frotándose la nariz con sus finos dedos de escultor—. Hemos visto una serpiente toro en el sendero; debía de medir metro y medio o casi dos.

Lee asiente con la cabeza sin mirarlo mientras remueve con un cucharón la olla donde está cociendo patatas.

—Huele bien aquí dentro —afirma Roland olfateando—: a ajo.

—Será el pollo.

Roland olfatea otra vez.

—¿A qué hora llega Audrey?

—Creo que acaba de llegar —le contesta Lee con calma, como si no se hubiera puesto nerviosa nada más oír la grava crujiendo bajo los neumáticos.

—¿Sales a recibirla o prefieres que lo haga yo?

—Mejor tú —responde Lee—. Querrá acomodarse. —Señala el caos de la cocina—. Estoy con un montón de cosas.

Roland la mira largamente antes de irse.

El agua hierve a borbotones, el vapor le envuelve el rostro cuando se inclina sobre ella. Norma para las patatas: ponerles agua fría del grifo, más de la que uno calcularía que va a necesitar, hasta que queden completamente sumergidas; cerciorarse de que tienen espacio para menearse porque si se tocan se quedan harinosas. Lee las cuece enteras y las corta mientras todavía humean. La mayoría de la gente no reflexiona lo suficiente sobre las patatas.

Desde la fachada de la casa se oye retumbar la voz de Roland:

—¡Audrey! ¿No sabes que en Sussex los amigos entran por la puerta de atrás?

A continuación responde la aguda y refinada voz de Audrey. Lee se apresura a rellenar el vaso con la botella que tiene escondida detrás de los tarros. De nuevo oye las pisadas de ambos sobre la grava en dirección al

coche y, momentos después, cuando vuelven, el rechinar y el golpe de la puerta trasera, tan fuerte como un disparo. Nota un calambre que le sube por la columna vertebral y de improviso la invade el pánico, una negrura como boca de lobo. Huele a chamusquina y teme que algo se esté quemando, pero es incapaz de moverse para mirar el horno. Su visión se oscurece en los bordes como siempre que le sucede eso, y aunque tiene los ojos abiertos se ve allí de nuevo, esta vez en Saint-Malo, con la camisa empapada de sudor, acucillada en el sótano, los músculos de los muslos agarrotados esperando a que se disipe el eco de las bombas.

No puede evitar que le vengan estos recuerdos: los tiene alojados en el cerebro como trozos de metralla y nunca sabe cuándo va a aflorar uno a la superficie. En esta ocasión, cuando vuelve al presente, se sorprende acurrucada en un rincón de la cocina con las rodillas encogidas contra el pecho. Se levanta con pie inseguro y siente alivio sabiendo que nadie la ha visto en ese estado.

Busca el vaso. Lo coge y se lo aprieta contra la frente para sentir el frío, luego bebe un sorbo tembloroso y después otro. Suena el temporizador. De nuevo se sobresalta, procura dominarse, saca una patata de la olla y prueba a morderla, pero está tan caliente que la suelta de golpe, se le cae y se estrella contra las baldosas del suelo con un ruido sordo. Otro sorbo. El pánico va en aumento, la habitación empieza a dar vueltas y a distorsionarse, igual que su cara reflejada en el cobre de la olla. Le entran ganas de abandonar la cena y subir al estudio, donde podrá contemplar de nuevo las ovejas, donde todo está limpio y ordenado como durante cientos de años antes de que ellos se mudaran allí.

Se encamina hacia la escalera del fondo, ya casi ha salido de la cocina cuando le llega la voz de Audrey:

—¡Lee! —Audrey cruza la puerta de la cocina con los brazos extendidos y una sonrisa en la cara—. Es aquí donde se obra el milagro. He visto tus fotos, pero es mucho más divertido verlo en la realidad.

Audrey está igual que siempre: diminuta, inmaculada, con un pañuelo de seda anudado con un lazo al cuello. Tiene el pelo teñido de rubio peinado aún con ondas al agua, una dentadura perfectamente aceptable que le da un poco la apariencia de un tejón y la costumbre de ponerse, para ir a trabajar, esas pulseras de flores que suelen usarse en las bodas. Ahora lleva una. Pulseras

aparte, Audrey es la persona menos vanidosa que Lee ha conocido en su vida, y eso ya es mucho para alguien que lleva más de treinta años trabajando en el mundo de la moda. Lee deja el vaso, se seca las manos en el paño que lleva doblado en el cinto del delantal y le tiende los brazos. Se abrazan. Lee siente como si alguien le inflara un globo dentro del pecho para desalojar el pánico y volver a hacer hueco. Había olvidado lo mucho que quiere a Audrey.

Se separan. Lee advierte que Audrey examina la cocina: se fija en el desorden, se fija en el vaso que ha dejado sobre la encimera, se fija (deprisa, procurando que ella no se dé cuenta) en la bata que lleva puesta, en su pelo revuelto, en su cuerpo deformado. Lee se ve a sí misma a través de los ojos de Audrey y no se encuentra atractiva, pero Audrey tiene suficiente tacto para desviar la mirada.

—¿Ésos son los famosos champiñones Penrose? —pregunta señalando la nevera—. Noviembre de 1961. Recibimos muchas cartas interesándose por ellos.

—Ahí los tienes en carne y hueso —contesta Lee.

Ha escondido el vaso detrás de un cuenco con lechuga, pero no deja de lanzarle miradas. El pánico ha vuelto, denso y sofocante. Cierra los ojos para expulsarlo.

—Audrey —dice por fin indicando una silla—, siéntate, por favor. Ponte cómoda. ¿Quieres algo de beber?

—¡Ay, seguro que estás demasiado ocupada para atenderme mientras cocinas! Roland se ha ofrecido a enseñarme los alrededores, pero he querido entrar a saludarte nada más llegar.

Mira con afecto a Lee, se acerca y le da otro abrazo, más breve.

Lee se siente reconfortada y no intenta impedir que Audrey salga de la cocina. Con manos vacilantes coge el vaso y lo apura de un gran trago que le humedece los ojos. Cuando le brotan las lágrimas, las deja correr.

Las nueve en punto y Lee no ha terminado de cocinar. Los invitados están en la salita: oye sus voces, sus risas, el tintineo de las copas de vino. Roland ha entrado varias veces en la cocina y le ha susurrado: «Están esperando, tienen hambre; ¿sabes cuándo estará lista la cena?» Lee le ha respondido que no. Pueden esperar, incluso Audrey, y habrá merecido la pena.

Parte del problema es que no ha parado de beber; la botella extra oculta

tras los tarros ya está vacía y ha sido sustituida por otra guardada al fondo de la despensa. Ha bebido tanto que por una vez lo nota: tiene la nariz insensible y los dedos tan resbaladizos como barritas de mantequilla. No cuesta nada seguir llenando el vaso y no hay forma de saber cuántas veces lo ha hecho. La bebida le permite olvidar que Audrey es su salvavidas para todo lo que antes la preocupaba en la vida: la fotografía, escribir, su antigua belleza. Cuando consigue dominar el impulso de acurrucarse en la cama y dormir para siempre, quiere ser la persona de antes, viva y ávida, pero cada vez que oye la voz de Audrey en la otra habitación, con ese estirado acento de Londres, vuelve a llevarse el vaso a los labios y bebe un sorbo más.

A las nueve y media, los espárragos están ya en la fuente, sobre un fondo de lechuga y bañados con salsa holandesa. Lee los coge y empuja la puerta de vaivén que da paso al comedor. El grupo reunido en la sala contigua guarda silencio al verla. Alguien, tal vez Seamus, del Instituto, exclama:

—¡Magnífico! Me muero de hambre.

Todos pasan luego al comedor. Roland les muestra dónde deben sentarse (uno de sus talentos es juntar a las personas adecuadas en torno a una mesa); después coge la fuente que lleva Lee y la deposita en el aparador. Janie, la asistente, está allí: Lee le hace la vida imposible permitiéndole muy rara vez la entrada en la cocina. Janie sirve los espárragos y todos miran a Lee, que continúa de pie junto a la puerta.

—Ven con nosotros, querida —le dice Roland, indicándole su sitio en el extremo de la mesa más próximo a la cocina.

—Aún tengo cosas que hacer —replica ella mientras retrocede hacia la puerta, y se pregunta si está arrastrando las palabras antes de llegar a la conclusión de que le da igual.

—Lee, siéntate —le dice Audrey—. ¡Llevas todo el día de pie!

Audrey tiene razón: a Lee le duelen los pies. Se quita el delantal y busca su asiento. Alguien que no es Roland le llena la copa y la conversación se reanuda, aunque interrumpiéndose por momentos mientras los comensales se llevan a la boca los jugosos espárragos y elogian su sabor con sonoras exclamaciones.

Comen y beben; no es demasiado abrumador. Audrey está enfrascada en una larga conversación con Bettina sobre un desfile de una moda primaveral que acaba de ver. La novedad son los cortes geométricos, las chaquetas cortas

y los trajes entallados. Al cabo de un rato, Bettina se vuelve hacia Lee y le dice:

—Tú siempre has tenido muy buen ojo, ¿qué opinas de lo nuevo de Yves Saint Laurent?

Lee suelta una carcajada.

—Betts, como sabes, yo dejé todo eso cuando comprendí lo práctico que era el uniforme del ejército. Ahora sólo me pongo pantalones y batas.

Roland la mira. Él, al igual que Audrey, la conoció cuando era modelo, cuando veía un vestido al fondo de una habitación y era capaz de adivinar el diseñador, el tejido y la temporada. Eso también lo ha dejado atrás, y menos mal. Todas las mujeres llevarían pantalones del ejército si supieran lo prácticos que son. Durante su última visita a *Vogue*, Lee acorraló a unas cuantas modelos en el ascensor y les contó lo liberador que era usar pantalones de hombre y no recluir los pies en unos zapatos equivalentes a los atrapados chinos. Una de ellas la reconoció.

—Usted es Lee Miller, ¿verdad?

Era mucho más alta que Lee (las modelos, por lo visto, iban creciendo cada año) y en su pregunta hubo algo que la molestó. Se notaba el consejo de Audrey: «Sé amable con Lee, no es la misma desde... las cosas que vio. Estuvo en Alemania cuando abrieron los campos de concentración. La verdad es que fue horrible: no deberíamos haberla enviado allí.» De modo que le salió el diablo que llevaba dentro cuando aquella chica la reconoció.

—¿Lee Miller? —contestó acercándose mucho a ella, tanto que podía distinguir los poros de su piel y el sarro adherido a sus blancos dientes—. Me han dicho que murió.

La chica puso cara de asombro, entonces se abrieron las puertas del ascensor y Lee se marchó por el pasillo con los cordones sueltos de las botas azotando el suelo.

Lee también lleva botas en esta cena, y la camisa antes oculta por el delantal remetida de cualquier manera en el pantalón. Audrey, Bettina y Roland la miran incómodos: la conversación sobre moda se ha interrumpido.

A fin de romper el silencio, Lee lleva la *vichyssoise* y la sirve en unos cuenquitos de loza que Roland y ella compraron en Bath hace años. Janie ayuda a servir. Lee le enseña lo que debe hacer con los platos siguientes, que ya están listos para cuando los comensales quieran consumirlos. Pero cada

visita a la cocina es una excusa para beber otro trago de whisky, así que Lee prefiere que Janie no haga gran cosa.

Por fin, después de las vieiras, el pollo y el faisán (todo ello tan perfecto, aunque no tan puntual, como Lee lo había imaginado), la conversación gira hacia el trabajo de Roland, los cotilleos del Instituto y los recientes problemas con las exposiciones. La voz de Seamus pontifica por encima de las demás. ¿Por qué a los hombres gordos les encanta el sonido de su propia voz? Lee y Audrey son las únicas personas de la mesa que no tienen relación con el museo, de manera que pronto dejan de escuchar. Audrey se vuelve en su silla y dice:

—Lee...

Lee está preparada desde hace un rato.

—Tengo muchas ideas, Audrey, de verdad. Voy a volver a escribir. Se acabó lo de perder el tiempo haciendo el tonto.

Audrey se reclina en su asiento con cara de sorpresa.

—¡Eso es maravilloso!

—He estado pensando en esa cena a base de pescado que di, ¿recuerdas que te hablé de ella? ¿La de la corvina? Y se me ha ocurrido que podría escribir un artículo sobre arte y cocina. O sobre alimentos raros. La gente me trae cosas, cosas que seguramente no sabías que se podían comer, como hojas de helecho o diferentes clases de setas: podría hacer un artículo entero sobre ese tema, con fotografías.

Ahora claramente está arrastrando las palabras: nota que le salen de la boca como piezas de rompecabezas que fueran desparramándose. Audrey levanta la copa, su anillo de boda centellea a la luz de las velas. Lee ve en sus ojos los sentimientos que esperaba ver: compasión y vergüenza. Desvía la mirada como si en realidad no quisiera verla.

—Lee —le dice Audrey—, hay una cosa que quiero pedirte.

Lee hace ademán de levantarse.

—Tengo que... debo servir el siguiente plato.

Audrey le pone una mano en la muñeca.

—Eso puede esperar. Esta tarde, durante la visita guiada que me ha hecho Roland, he tenido una larga conversación con él acerca de un tema que lleva varios meses dándome vueltas por la cabeza: quiero que escribas un artículo

sobre los años que pasaste con Man Ray. Un reportaje. Tres mil quinientas palabras. Con fotos de esa época. Pensamos que te vendría bien tener un proyecto importante en el que centrarte. Puede salir en el número de febrero. Si te apetece, podrías hacerle una entrevista o simplemente escribir tu punto de vista, basándote en tus recuerdos. A nuestras lectoras les encantará: el toque femenino. Te adoran después de todos estos años escribiendo artículos sobre cocina.

Lee mira a Roland, que evita cuidadosamente encontrarse con sus ojos. Tiene los hombros encogidos hasta la altura de las orejas y luce la expresión de chuchito penitente que pone cuando ella le grita.

«Te adoran después de todos estos años escribiendo artículos sobre cocina.» Las banalidades que le ha ido suministrando a Audrey a lo largo de los últimos años, el retrato que le hicieron en su huerto vestida con un ridículo delantal a cuadros..., ¡y la adoran! Le escriben cartas: «Querida señora Penrose, soy un ama de casa de Shropfordshire y anoche probé a hacer su tarta. ¡Fue todo un éxito! Mis invitados no paran de elogiarla.»

Cuando Lee estaba en la cocina midiendo las cantidades de fenogreco, Roland y Audrey debían de estar hablando sobre ella, urdiendo un plan para que se reenganchara a la vida, para que volviera a ser ella misma, a hacer algo que valiera la pena.

—No quiero —contesta finalmente Lee en un tono irritante incluso para ella.

—¿Por qué no? —replica Audrey con gesto comprensivo. Lee coge su copa y el rostro de Audrey se endurece; sin dejar que responda, añade—: Te hará mucho bien, Lee. Será una historia con mucha sustancia, una historia que sólo puedes contar tú.

—No quiero, Audrey.

—Lee..., no sé cómo decirlo..., pero o haces eso o tendremos que renegociar tu contrato.

Sabía que esto iba a llegar, pero no por ello resulta menos doloroso.

—Voy a escribir otra vez, Audrey, en serio.

—Pues escribe eso: eso es lo que necesitamos. No podemos seguir con... Lo cierto es que vamos a eliminar la sección doméstica.

Justo en ese momento llega Janie y le susurra a Lee en el oído:

—¿Sirvo ya el postre, señora?

—No, no... Ya me encargo yo, Janie —responde Lee.

Cuando la puerta de la cocina se cierra tras ella, Lee agarra el primer recipiente limpio que ve: una de las tazas de té de su madre adornada con un delicado dibujo de rosas, y se va derecha a los tarros de cristal. La tacita repiquetea contra su plato mientras la va llenando, así que deja el plato y, sosteniendo la taza con ambas manos, se traga el whisky con tanta prisa que los vapores le producen un fuerte hormigueo en la nariz.

Así que un artículo con fotos sobre la época que pasó con Man Ray. Podría contar de nuevo esa historia tal como lo ha hecho siempre: «Conocí a Man Ray en un bar; al día siguiente se iba a Biarritz. Le pregunté si podía ser su alumna y él me contestó que no aceptaba aprendices. Entonces le dije que me iba con él y antes de que el tren llegara a Biarritz ya nos habíamos enamorado.» De ese modo resulta romántica: un cuento de hadas, y si uno cuenta cualquier cosa suficientes veces termina por ser verídica, de igual modo que una fotografía puede hacernos creer que es un recuerdo. ¿Y por qué no iba a ser verídica? Lee era lo bastante guapa para conseguir lo que quisiera exactamente cuando lo quisiera, y hay fotos de ella en Biarritz (la cabeza inclinada hacia atrás para recibir los rayos del sol, el cutis tan blanco y sedoso como el interior de una concha) acompañada de Man. Podría construir un relato a partir de las fotos y contar la versión que se le antojase, pero en aquel tiempo, durante aquel primer verano en París, aún desconocía el poder de las imágenes, cómo un cuadro crea la realidad, cómo una foto se transforma en memoria y se hace verdadera.

También podría contar la historia auténtica: que amó a un hombre y ese hombre la amó a ella, pero que al final se lo arrebataron todo mutuamente hasta el punto de no saber cuál de los dos había acabado más destruido. Ésa es la historia que guarda encerrada a cal y canto dentro de sí misma, la historia en la que estaba pensando cuando escondió sus fotografías y negativos en el desván, la historia que provoca el temblor de esa primorosa tacita entre sus manos.

Lee bebe el último trago y coloca la taza vacía sobre los demás cacharros del fregadero. Luego llama a Janie. Entre las dos trasladan la *bombe* Alaska a la mesa y la dejan en medio de los comensales. Acto seguido, con un teatral floreo, Lee vierte el ron, coge una cerilla alargada y le prende fuego al pastel.

Las llamas surgen al instante, azules e intensas, y se elevan casi hasta la araña del techo. Hay exclamaciones y aplausos ruidosos. Lee olvida durante un momento la tristeza que le ha causado Audrey y permanece inmóvil, de pie, contemplando cómo se va quemando el alcohol.

Cuando ya se ha cortado la tarta y todo el mundo está servido, Lee vuelve a ocupar su asiento al lado de Audrey.

—¿Para cuándo lo necesitarías? —le pregunta, y observa que el semblante de Audrey pasa de la sorpresa a la dicha.

—Quisiera ver un primer borrador en octubre.

Lee asiente con la cabeza.

—De acuerdo —contesta—, pero no irá con sus fotos, sino con las mías.

Audrey acaricia el tallo de su copa.

—Eso no puedo prometértelo: es una historia acerca de Man Ray.

«No, no lo es», piensa Lee para sus adentros. «Y ése ha sido el problema desde el principio.»

# 1

*París, 1929*

La noche en que Lee conoce a Man Ray comienza en un bistró semivacío situado a unas cuantas manzanas del hotel. Lee está sola comiendo un filete con patatas gratinadas y bebiendo un oscuro vino tinto. Tiene veintidós años y es preciosa. El filete sabe todavía mejor de lo que esperaba, lo baña una salsa espesa que se extiende por el plato y penetra en las rodajas de patata y en la gruesa capa de gruyer fundido.

Desde que llegó a París hace tres meses ha pasado por delante de este bistró en varias ocasiones, pero, como sus finanzas son lo que son, ésta es la primera vez que se ha aventurado a entrar. Cenar sola no es nada nuevo: desde que llegó allí ha pasado casi todo el tiempo sola, un difícil cambio tras su ajetreada vida en Nueva York, donde trabajaba de modelo para *Vogue* e iba a los clubs de jazz casi todas las noches, siempre del brazo de un hombre distinto. Entonces daba por supuesto que todo el mundo iba a quedar hechizado por ella: su padre, Condé Nast, Edward Steichen, los muchos hombres poderosos a quienes había fascinado a lo largo de los años. Aquellos hombres... Tal vez los hubiera cautivado, pero ellos le habían robado cosas: la devoraban con los ojos, le ladraban órdenes desde detrás de la cámara o la reducían a fragmentos humanos: un cuello para sostener perlas, un estrecho talle para exhibir un cinturón, una mano para llevarse a los labios y mandar besos. Esas miradas la convertían en una persona que no quería ser. Tal vez eche de menos las fiestas, pero no añora el trabajo de modelo; de hecho, preferiría pasar hambre antes que volver a su ocupación anterior.

Allí en París, adonde ha ido para empezar de cero, para crear arte en vez de ser la materia prima del arte ajeno, nadie presta mucha atención a su

belleza: cuando pasea por Montparnasse, su nuevo barrio, nadie busca sus ojos, nadie vuelve la cabeza para mirarla al pasar. En lugar de eso, parece que Lee es simplemente otro detalle hermoso en una ciudad construida con la idea de que la forma debe imponerse a la función, una ciudad donde todo está dispuesto de manera artística, donde los pasteles de las confiterías resplandecen como joyas, demasiado perfectos para que uno se los coma, donde los escaparates exponen sombreros tan exquisitamente elaborados que una no acaba de saber muy bien cómo debe llevarlos. Hasta las mujeres sentadas en las terrazas de los cafés parecen esculturas: elegantes sin esfuerzo, reclinadas en sus sillas como si su *raison d'être* fuera servir de adorno. Lee se repite una y otra vez que se alegra de que nadie repare en ella, de poder mezclarse con la gente, pero aun así, después de tres meses en la ciudad, piensa que todavía no ha visto a ninguna mujer más hermosa que ella.

Terminado el filete y untado el pan con la última gota de salsa, se estira y se echa hacia atrás en la silla. Todavía es temprano. En el restaurante reina el silencio, los únicos clientes que la acompañan son ancianos que hablan en voz demasiado baja para que pueda oírlos. Junto al plato se alinean varias jarritas de vino vacías; un poco más allá está su cámara, que lleva consigo a todas partes a pesar de su volumen y su peso. Justo antes de embarcarse en el vapor que se dirigía a El Havre, su padre le puso la cámara en las manos: una vieja Graflex que ya no usaba, y aunque ella le dijo que no la quería, él insistió. Aún no ha aprendido del todo a manejarla; ha estudiado dibujo y, cuando se mudó a París, su plan era hacerse pintora: se veía al aire libre dando pinceladas sobre un lienzo con gesto meditabundo, no trasteando con productos químicos en un agobiante cuarto oscuro. Aun así, ha aprendido los rudimentos de la fotografía gracias a *Vogue* y a su padre, y esa cámara tiene algo balsámico: es un vínculo con su pasado y un objeto que llevaría encima un artista de verdad.

El camarero se detiene junto a su mesa para retirar el plato vacío y le pregunta si quiere más vino; Lee titubea un momento, visualizando los escasos francos que lleva en su bolsito, y luego responde que sí. Aunque sus ahorros están menguando, quiere tener un motivo para quedarse un rato más, para verse rodeada de gente aunque esa gente no esté con ella, para no regresar al hotel, donde las ventanas están selladas con pintura y el aire atrapado huele opresivamente a carne guisada. Pasa cada vez más tiempo allí, dibujando en su

cuaderno de bocetos, escribiendo cartas o echando largas siestas que la dejan hastiada: lo que sea con tal de olvidar su aislamiento mientras va pasando el tiempo. Nunca se le ha dado bien estar sola: cuando tiene que valerse por sí misma, cae fácilmente en la tristeza y la indolencia. A medida que transcurrían las semanas, su soledad ha ido ganando tamaño y poder. Ahora posee contornos, es casi una figura, y Lee se la imagina sentada en un rincón del cuarto esperándola como un ser absorbente, como una esponja.

El camarero le retira el plato y espera unos segundos. Es un hombre joven con un bigotito tan tenue que parece dibujado con lápiz. Lee advierte que está intrigado por ella.

—¿Es usted fotógrafa? —le dice por fin.

La palabra suena casi igual en inglés, pero aquel hombre habla entre dientes, y el francés de Lee es aún tan básico que tarda unos instantes en entender la pregunta. Al ver que no reacciona, él señala la cámara con la cabeza.

—¡Ah! No, la verdad es que no —contesta Lee.

El camarero parece desilusionado y Lee casi desea haber respondido que sí. Desde que está en París ha tomado unas cuantas fotos, pero las que haría cualquier turista: unas *baguettes* en la cesta de una bicicleta, unos amantes besándose en el Pont des Arts. Los inicios no fueron muy alentadores. La primera vez, cuando recogió las fotos en el pequeño estudio que había a la vuelta de la esquina, descubrió que estaban totalmente negras: había expuesto las placas a la luz antes de revelarlas. La segunda tanda (hecha con más cuidado, insertando las placas en la cámara con infinitas precauciones y el labio perlado de sudor) contenía una serie de masas grisáceas, tan borrosas que podrían haber pasado por nubes o por adoquines, pero, desde luego, no por primeros planos de las esculturas del parque, lo que ella pretendía captar. Las fotografías de la tercera tanda estaban, en cambio, bien enfocadas y, al contemplar aquellas pequeñas imágenes en blanco y negro, creadas no sólo por su mente, sino también por una singular combinación de la luz y el tiempo, experimentó una emoción que nunca había sentido pintando: había abierto el obturador y de repente hallaba arte donde antes no existía nada.

Quiere que el camarero le haga más preguntas (desea intensamente tener una conversación, hacer un amigo), pero en ese preciso instante suena la campanilla de la puerta, un grupo de hombres mayores entra en el local y el

camarero acude a su encuentro para llevarlos a una mesa.

Lee bebe despacio para que le dure el vino. Conforme el local se va llenando, piensa que es un bistró aburrido. Los clientes son mucho mayores que ella. Los caballeros lucen gruesos bigotes canosos que parecen cepillos; las señoras, aunque elegantes, van abotonadas hasta el cuello y calzan zapatos cómodos. Pero de repente entra un trío, dos hombres y una mujer. En un primer momento le parecen actores porque van vestidos de manera extraña: los hombres llevan pantalones de gaucho, una faja arrollada a la cintura y camisa blanca sin chaqueta. Se diría que son parodias de artistas si no fuera por su franca desenvoltura. El camarero apenas los mira cuando anota los pedidos. La mujer también luce una vestimenta extraña, al estilo Sherezade que tanto estuvo de moda unos años antes. Lleva una melenita casi a lo *garçon* que arroja relucientes destellos castaños y los labios pintados de un rojo tan oscuro que casi se confunde con el color del pelo.

Lee intenta oír lo que dicen sin que ellos se percaten. Hablan inglés estadounidense con un fuerte acento del norte, y aunque no hay nada que desee más que dejar atrás Poughkeepsie, los tonos familiares de su ciudad natal le producen esa noche el mismo placer que sumergirse en un baño caliente. Están hablando de un tal Diáguilev, que dirige un ballet, padece diabetes y vive solo en un hotel cercano. La mujer parece tenerle miedo, pero Lee no acaba de averiguar el motivo; está claro que no es bailarina porque incluso sentada se aprecia su corpulencia, y sus tobillos son como dos salchichones embutidos en los zapatos.

—Ya que quiere escuchar lo que decimos, debería sentarse con nosotros —dice uno de los hombres mirando hacia el techo.

Lee bebe un sorbo de vino.

—¡Eh, Lorelei! —exclama el hombre mientras se vuelve y chasquea los dedos en dirección a Lee—. Si quiere escuchar lo que decimos, es mejor que se siente con nosotros.

Cuando se da cuenta de que se está dirigiendo a ella, Lee se queda tan sorprendida que casi está tentada de rechazar la invitación, pero eso es lo que lleva tanto tiempo ansiando: una manera de incorporarse a un mundo que se halla fuera de su alcance. Teme por un instante que suceda lo que espera, pero el camarero los ha oído y acude para llevarle el vino, así que la decisión está tomada y se traslada a la mesa del grupo.

Ya sentada, el hombre que la ha invitado se inclina hacia ella.

—Me llamo Jimmy —le explica—, éste es Antonio y ésta es mi hermana Poppy.

Prolonga la palabra «hermana» un poco más de lo necesario: Lee debe entender que Poppy no es en realidad su hermana, pero no tiene ni idea de por qué Jimmy dice que lo es.

Poppy vuelve su brillante cabecita y la mira.

—Estábamos hablando de Diáguilev, pero a mí ya me aburre. Me apetece hablar de un escándalo; ¿sabes de algún escándalo? —Poppy frunce los labios y al hacerlo le aparece junto a la boca una arruguita en forma de delicado signo de interrogación.

Lee mira en derredor, de repente acalorada por la comida y el vino. ¿Qué podría contar ella que tenga interés para esas personas? Se le ha quedado la mente en blanco, sólo puede pensar en los objetos que la rodean: la lámpara del techo balanceándose colgada de su cadena, el castigado suelo de madera, la vela de la mesa con su pequeña cascada de cera.

—El escándalo eres tú —le dice Jimmy a Poppy alargando la mano para apoyarla sobre su rodilla.

Ella no le hace caso. Le sostiene la mirada a Lee, retándola con la pregunta que le ha hecho unos momentos antes hasta que finalmente desvía el rostro y pone fin al asunto. Mira de nuevo a Jimmy y éste vuelve a hablar, la tensión se relaja y Lee se integra en el grupo.

—Estábamos en los Ballets Rusos —explica Jimmy.

—Hemos tenido que marcharnos —dice Poppy.

Lee se pregunta si los habrán echado por su manera de vestir. Jimmy se columpia sobre las patas traseras de su silla.

—Aquí Poppy posee una sensibilidad muy fina: no soporta ver a nadie sufrir. El director tiene una reputación... un carácter, digamos...

—La bailarina tenía la cara hinchada —lo interrumpe Poppy—: me di cuenta de que había estado llorando. Y el decorado de Goncharova era una equivocación total.

—A mí me gustaba. Y más me vale, después del tiempo que pasé ayudándola a pintarlo.

Éstas son las primeras palabras que pronuncia Antonio. No se quita el

cigarrillo de la boca.

Lee se vuelve hacia él:

—¡Así que tú pintas!

—No. —Antonio da una profunda calada, aplasta el cigarrillo en el cenicero y enciende otro con un movimiento fluido y airoso.

—Antonio se dedica al dibujo automático —cuenta Jimmy; Lee asiente como si supiera a qué se refiere; Antonio no reacciona, de modo que Jimmy continúa—: Es algo increíble: entra en un mundo onírico donde se desquician los engranajes del tiempo. Es demencial.

—Lo contrario de ti —dice Poppy mirando de nuevo a Lee.

Lee no sale de su perplejidad hasta que ve a Poppy señalando su cámara, que descansa sobre la mesa; se sorprende al descubrir que esa cámara está haciendo justo lo que ella esperaba: definir su nueva identidad. Acaricia el estuche, aún frío pese al calor reinante.

—Hago ilustraciones para *Vogue* —dice Lee, ansiosa por ofrecer algo interesante—. Cuando me mudé aquí me contrataron para que dibujara la ropa representada en las obras del Louvre.

Esto es verdad, o lo era. Durante varias semanas llevó su banqueta plegable al ala este del Louvre para copiar prendas renacentistas allí exhibidas: un puño de encaje con un bordado de rosas, un cinturón con una gigantesca hebilla de plata... Envío los dibujos a la atención de Condé Nast, pero éste le respondió que finalmente no iban a usarlos. «Tenemos a un hombre tomando fotos en Roma —le escribió—. Es mucho más rápido y se ven todos los detalles.» Lee no ha ido al museo desde entonces y tampoco ha encontrado otro trabajo.

—La moda en el Louvre —dice Jimmy recalcando las palabras—, ¡qué burgués!

Lee se ruboriza, pero Antonio interviene antes de que pueda decir nada:

—Tiene buena luz, yo voy a trabajar allí de vez en cuando.

A Lee le vienen a la memoria las sombras oblicuas que forman las hileras de ventanales en el museo, las siluetas de las estatuas recortadas contra el suelo.

—Sí —dice, y al intercambiar una mirada con Antonio éste le dirige una sonrisa cálida y sincera.

Jimmy gira un dedo para indicarle al camarero que traiga más bebida; Poppy cambia de postura para ver a Lee de frente y empieza a narrarle una larga y enrevesada historia sobre su infancia en Ohio. Así, sin más, Lee percibe que ha hincado un cincel en el muro de París y ha abierto por fin la primera brecha en su superficie.

Más tarde. Más vino. La mano de Poppy serpentea por el muslo de Jimmy, las puntas blancas de sus uñas manicuradas contrastan con el pantalón. Lee ha empezado a notar un calor en el estómago que le sube hasta el cuello, como si su cuerpo fuera una vasija que alguien va llenando despacio con té caliente. Cuando el calor le llega a la barbilla ya está derrumbada en el asiento con las piernas abiertas en una postura muy poco femenina, riendo de tal modo por las cosas que dice Jimmy que olvida taparse con la mano sus torcidos dientes delanteros. Poppy bosteza, recorre el restaurante medio vacío con la mirada y propone ir a otra parte, a donde sea. Lee está más que dispuesta, ni siquiera le importa adónde la lleven.

—Vamos a casa de Drosso —dice Jimmy con autoridad al tiempo que se pone de pie y deja un fajo de billetes encima de la mesa.

Lee desconoce cuánto dinero es, pero parece mucho, más que suficiente para pagar también su cena. Llueve en la calle, así que se apiñan en el asiento trasero de un taxi, tan juntos que Lee nota contra su muslo el incipiente vello que asoma en el muslo desnudo de Poppy. Antonio va pegado a ella por el otro lado y está mirando por la ventanilla.

—Cuidado con la copa —le dice Jimmy a Poppy, que lleva la copa de vino y le da pequeños sorbitos cada vez que el taxi hace un alto.

Poppy se vuelve hacia Lee como si estuvieran en medio de una conversación, algo que puede ser, aunque ella no se acuerda.

—Hace unas semanas, Caresse y Harry nos invitaron a Ermenonville. Allí tienen un molino y nos reunimos en el prado que hay detrás. Yo me subí al coche de Harry y Caresse se metió en el de Jimmy. Al principio fue genial. Con sólo apretar un interruptor, uno entra en una vida nueva y maravillosa: asientos de cuero de color lavanda, detalles al gusto del cliente... Harry me regaló esta gardenia...

De pronto, Jimmy agarra la cara de Poppy con violencia y le aprieta las mejillas con tanta fuerza que la boca se distorsiona en una mueca deforme.

Transcurridos unos momentos la suelta y ella bebe un sorbo de su copa como si no hubiera ocurrido nada. Pasa el resto del trayecto en silencio. Antonio no les presta atención. Cuando lo mira, Lee ve que está limpiándose las uñas con una navaja. Normalmente, eso le daría asco. Antonio tiene las manos muy grandes y los dedos largos y delgados. «Son manos de artista», piensa Lee. La hoja de la navaja refleja la luz de las farolas de la calle. Lee contempla a Antonio durante un rato y luego centra la atención en la ciudad, acuosa y poco nítida al otro lado de los cristales empañados del taxi, en los que ella misma se ve reflejada.

La casa de Drosso resulta ser un apartamento situado en la tercera planta de un anodino edificio de Montmartre. El exterior no proporciona ninguna pista de la opulencia que hallan dentro: habitaciones que se abren unas a otras como joyas brillantemente iluminadas, amuebladas con divanes tapizados de seda, alfombras persas y cojines bordados de satén. Los recibe Drosso en persona con los brazos extendidos y ataviado con la chaqueta más rara y más fantástica que Lee ha visto en su vida: una levita de color granate con unas mangas de seda en forma de mariposa que aletean tras él cuando se aproxima. Besa a todos en ambas mejillas, unos besos desagradablemente prolongados.

—*Magnifique*—susurra.

Luego sujeta a Lee con los brazos extendidos y hace que gire para contemplarla arropada bajo su ala, que la roza como una cortina. Cuando ha terminado de darle vueltas, Drosso sonrío, la rodea con un brazo, rodea con el otro a Poppy y las conduce a ambas a un vestidor, sale y cierra la puerta. En la pared cuelgan una docena de batas de seda de vivos colores. Poppy empieza a desvestirse inmediatamente y va dejando su ropa de cualquier manera en un rincón. Lee, al principio, intenta observarla con disimulo, pero da lo mismo porque Poppy es una persona desinhibida que se quita el liguero y las medias como debe de hacerlo cuando está sola. Cuando repara en que Lee la está observando, le dice:

—En casa de Drosso todo el mundo se cambia de ropa. —Como si eso explicara las cosas.

Después de reflexionar durante unos instantes, Lee sigue su ejemplo. Se desabrocha meticulosamente el vestido, lo dobla con sumo cuidado, lo pone en el suelo y cuando ve que Poppy se quita el sujetador ella hace lo mismo. Se

siente de nuevo en el vestidor de un estudio de modelos.

Ya desvestida, escoge un kimono de color azul celeste y se ata bien el cinto. La seda está fría y casi húmeda en contacto con la piel. No soporta la idea de dejar la cámara (¿y si se la roban?), así que la coge y procura no considerar el absurdo de cargar con ella llevando puesta esa bata.

Cuando salen del vestidor, Lee oye música y voces apagadas que provienen del fondo del pasillo. Drosso está esperando. Las conduce hacia la parte posterior del piso, a una biblioteca de estanterías doradas, se acerca a una estantería y tira de una palanca. La librería se abre y revela una estancia enorme, pintada en un intenso color berenjena, donde hay varias decenas de personas, la mayoría vestidas con batas, reclinadas en sofás o sentadas en el suelo. En el centro hay una mesa baja de latón sobre la que reposan un narguilé y unas cuantas pipas de opio. A su lado se sienta con las piernas cruzadas un individuo muy moreno que lleva una guerrera militar con brocados y una gorra ceñida. Al verlos entrar en la habitación, se levanta de un salto y hace una profunda reverencia. Un hombre y una mujer yacen en un rincón entrelazados: fuman del narguilé a través de un tubo que reptaba hasta la mesa. El hombre tiene la mano apoyada en el cabello de la mujer, que permanece inmóvil, con los ojos cerrados. De pronto deja caer la cabeza hacia delante y la mano del hombre la aferra por el cabello y la mantiene erguida. La mujer abre los ojos y le responde con una sonrisa soñolienta.

Es como si hubieran salido de París y hubieran llegado a un campamento beduino, como si la estancia fuera una tienda cuyas cortinas amortiguan los sonidos y proyectan grandes sombras distorsionadas cuando la gente va de un lado a otro. Un biombo marroquí colocado en una esquina oculta a medias a una pareja que se está besando. Hay un hombre tumbado boca abajo cerca del centro de la habitación; está tan absolutamente inmóvil que Lee se pregunta si a alguien le preocupa que pueda estar muerto.

Lee no sabe qué pensar de este sitio, de estas personas, del espeso humo que flota en el aire y se le enrosca a los tobillos como un silencioso gato gris. Todo la desorienta: el olor a canela y a algo más fuerte; un hedor a cuerpos sin lavar que la conduce a olfatear sus propias axilas a escondidas para cerciorarse de que no proviene de ella; el individuo sentado junto al narguilé, que no le ha quitado la vista de encima desde que ha entrado y que le ofrece una de las boquillas cada vez que establecen contacto visual; el músico que

toca en su rincón una especie de violonchelo grave y monótono que le da a todo una cualidad fantasmal.

Nadie le presta atención, pero ella no puede dejar de pensar en sí misma, en el modo como se ha ceñido el kimono, en el estorbo que representa el estuche de la cámara que todavía lleva agarrada en la mano como si fuera una asombrada turista de vacaciones en India.

Está borracha, pero no lo suficiente para plantearse la posibilidad de fumar opio. Ése era el pasatiempo de su madre; la morfina, de hecho: las pequeñas ampollas de color azul que tenía alineadas en el alféizar de la ventana de su vestidor y que refulgían como zafiros cuando les daba el sol. Pasea la vista por la habitación y en esas mujeres adormecidas ve a su madre. «Vete, Lili, estoy cansada.» Había ocasiones en que su madre se encerraba con llave en el dormitorio y no le hacía caso durante varios días; después salía con actitud altiva, la cara hinchada y los ojos pringados con los restos del maquillaje.

Lee probó el láudano con su amiga Tanja y no ha vuelto a hacerlo. A veces, cuando está enferma, todavía percibe en el fondo de la garganta un sabor a clavo, hierbas amargas y alcohol; también la lengua entumecida y el aturdimiento que llegan después. Odió sentirse así, se asustó porque era como si su vida fuera un globo y ella hubiera soltado el cordel.

Ahora está atrapada. Recuerda a Tanja y la echa de menos. Ojalá hubiera allí alguien conocido. La estantería se ha cerrado a su espalda. Poppy se ha reunido con Jimmy, Lee los ve abrazados en un rincón del fondo. Drosso está arrodillado junto a un joven y lo ayuda a insertarse una aguja en el brazo. Únicamente Antonio sigue cerca de ella, de modo que se vuelve hacia él. Antonio la mira y le hace una seña para indicar un carrito de bebidas en el que ella aún no había reparado. Asiente agradecida y Antonio le prepara una copa. Seguramente no debería seguir bebiendo porque ya ha perdido la cuenta del vino que ha tomado en el restaurante, pero, aparte de la inquietud, la invade una sensación de temeridad.

Antonio le lleva un brandy, una bebida de hombres; el amargo líquido consigue despejarle la mente y al instante se siente mejor.

—¿Nunca habías estado aquí? —le pregunta Antonio en voz baja.

En el restaurante ha estado tan callado que la sorprende oír la pregunta. Niega con la cabeza.

—Sólo llevo unos meses en París.

—No todo es así —dice Antonio, dirigiendo un ademán hacia la estancia—. Drosso es un coleccionista de arte, muy rico.

—¿Y qué colecciona?

—De todo, me imagino, aunque le encanta el arte moderno. Financia la revista *Littérature*. Por eso venimos todos tan a menudo —dice, señalando con la cabeza a unos individuos sentados en torno a un narguilé—: a mamar la teta de nuestro potencial patrocinador.

—¿Quiénes son «todos»? —Lee bebe otro sorbo de brandy, que le está abriendo el pecho de manera extraña, como un cuchillo caliente que le seccionara el esternón.

—Éluard, Tzara, Duchamp... todos los surrealistas. Venimos aquí a canalizar el inconsciente. —Antonio traza signos de comillas en el aire y esboza una sonrisa de complicidad.

Lee conoce esos nombres: los ha oído en fiestas de Nueva York, los ha visto en revistas literarias. El hecho de oírlos en boca de Antonio la hace sentir como si una llave entrara en una cerradura.

—¿Tú los conoces?

—Sí, claro.

De pronto cesa el murmullo del violonchelo. Lee mira a Antonio, lo mira directamente a la cara y advierte lo atractivo que es: tiene la boca carnosa y los labios secos, casi estropajosos; sus ojos, bordeados de pestañas negras, son de un hermoso tono grisáceo.

—¿Me los puedes presentar? —pregunta Lee, inclinándose hacia él, sosteniéndose en pie a duras penas—. Los conozco... o sea, quisiera conocerlos: quiero que me los presentes.

Tiene dificultades para expresarse con claridad. Las palabras le tiemblan tanto como las piernas, así que extiende una mano y la apoya en el brazo de Antonio, duro y caliente bajo la tela de la bata. Ahora que la música ha cesado, lo oye todo: el borboteo del narguilé, el chasquido y el siseo de los encendedores sobre las pipas, el tintineo del hielo en su copa de brandy. Bebe otro sorbo y después otro más.

—Puede que éste no sea el mejor momento —dice Antonio amablemente.

Aunque Lee intenta tirar de él en la otra dirección, hacia el extremo de la

sala donde está Duchamp, Antonio la conduce con delicadeza hasta un sofá vacío apoyado contra una pared y trata de quitarle el brandy de la mano, pero ella no se lo consiente: necesita el frío del cristal y el calor del alcohol.

—¿Me traes otro? —le dice.

Él la mira durante unos instantes; después se encoge de hombros y la complace. Le cambia la copa vacía por otra llena y ella se la lleva a la boca y bebe un buen trago.

—Enseguida vuelvo —dice Antonio, o por lo menos Lee cree oír eso.

Sea como sea, la deja allí. El mullido sofá está tapizado con una tela resbaladiza que le pide a gritos repantigarse, de modo que se termina la segunda copa y se pone cómoda.

Justo antes de entregarse a la nada piensa una cosa: «Este brandy es algo más que brandy.» Su voz interior se indigna y Lee se desvanece.

Transcurren unos minutos o unas horas. Lee se despierta, todavía en el sofá, con la cara aplastada contra un cojín profusamente bordado. Se frota los ojos y los abre. Drosso está de pie junto a ella, con sus alas de mariposa colgando a los costados y su rostro grande y brillante a escasos centímetros del suyo.

—Estoy bien, estoy bien —murmura Lee, sacudiendo una mano como si quisiera espantar a una mosca; levanta la cabeza y mira a su alrededor buscando a Poppy o a Antonio, pero no los ve por ninguna parte.

—Tengo que contarte un ardiente secreto —dice Drosso en francés.

Lee está demasiado confusa para entenderlo, así que Drosso se lo repite unas cuantas veces hasta que finalmente llega otro hombre y lo dice en inglés:

—Dice que debe confesarle algo.

El hombre no es tan corpulento como Drosso; una espesa mata de pelo rizado le brota de las sienas. Drosso lo ametralla en un francés vertiginoso. Sostiene una copa de champán en la mano y apunta a Lee hablando tan deprisa que aun en el caso de que ella tuviera la cabeza despejada le resultaría imposible seguirlo. El otro ríe y la mira.

—Dice... —Calla unos instantes sin saber muy bien si debe contar lo que ha oído—. Dice que jamás había visto unos pechos tan bonitos, dice que su pecho es como una versión muy mejorada de la copa que tiene en la mano:

quiere dibujarlo y hacer una copa con esa forma para beber champán de su pecho y tocarlo al mismo tiempo.

Drosso asiente enérgicamente durante toda la parrafada. Lee se incorpora en el sofá y se mira. Se le ha desanudado el cinto y lleva el kimono descaradamente abierto desde el esternón hasta la cadera, así que, incluso en su nebulosa mental, sabe que Drosso ha tenido la oportunidad de echarle un buen vistazo. Se cierra el kimono sobre el pecho haciendo la seda azul con rabia, luego se levanta y se ciñe un poco más la absurda bata.

El hombre sonrío, pero aunque su expresión es amistosa, casi contrita, Lee sólo quiere estar lo más lejos posible de él.

—Por favor, comuníqueme a su amigo —le dice, nasalizando imperiosamente su acento americano— que jamás tocará mis pechos, ni aunque yo estuviese cayendo de un edificio en llamas y mi pecho fuera lo único que él pudiera agarrar para salvarme la vida.

Él estalla en una carcajada. Lee da media vuelta y echa a andar en dirección a la estantería, pero cae en la cuenta de que no tiene ni idea de cómo se abre. Mientras se sujeta el kimono con una mano, con la otra palpa las baldas buscando afanosamente una palanca o un tirador, algo que le permita salir. Pero está atrapada.

—Espere —le pide el hombre—, espere.

Lee se vuelve con gesto frenético.

—¿Cómo hago para salir de aquí? —le pregunta a una mujer tendida ahí cerca con los ojos cerrados; la mujer no reacciona.

El hombre la ha seguido. Agarra una pequeña manilla dorada que hay en la estantería y ésta se abre con facilidad. Cuando Lee hace ademán de pasar al otro lado, él la retiene aferrándole la muñeca.

—Es de la otra acera —le dice señalando a Drosso—: jamás intentaría nada con usted ni con ninguna mujer. ¿Entiende lo que estoy diciendo? Todo esto es una bobada, puro teatro.

Lee niega con la cabeza.

—¿Quién es usted? —le pregunta el hombre.

Lee vuelve a sacudir la cabeza: no quiere decirle cómo se llama, no quiere que sepa nada más de ella.

—No pasa nada —dice él—. Veo que se encuentra bien. Lamento que esto

la haya asustado.

—No estoy asustada, simplemente quiero marcharme.

—Lo entiendo. Si alguna vez necesita algo, puede preguntar por mí: soy Man Ray.

La petulancia de esta declaración (no «me llamo Man Ray», sino «soy Man Ray»), como si no existiera la menor posibilidad de que ella no sepa quién es, la deja atónita. Sí, en efecto, sabe quién es: *Vogue* publicó una fotografía suya junto a las páginas donde aparecía ella. En el mundo de la moda es tan famoso como Edward Steichen o Cecil Beaton: Lee ha oído mencionar su nombre en muchas fiestas de Nueva York.

Man Ray introduce una mano en el bolsillo de su chaqueta (hasta ahora Lee no se había percatado de que va sin bata) y saca una tarjeta con su dirección impresa. Lo único que desea Lee es marcharse, estar sola en un lugar donde pueda fingir que nada de esto ha sucedido, de modo que le da las gracias, coge la tarjeta y sale lo más rápido que puede sin mirar atrás, como si estuviera huyendo.

Regresa al vestidor, busca su ropa y se la pone atropelladamente; luego sale a la calle y toma un taxi para volver a Montparnasse. Cuando por fin se acuesta en su cama fría, con las mantas subidas hasta la barbilla y las sábanas envueltas alrededor del cuerpo como un sudario, percibe el humor negro de la situación que acaba de vivir: tantos meses deseando conocer a artistas y acaba tropezando con Man Ray en un fumadero de opio del que huye acuciada por una vergüenza insuperable. Ahora, a solas, se estremece al recordarlo hasta que la asalta un pensamiento mucho más aterrador: con las prisas se ha dejado la cámara encima del sofá.

## 2

Ahora que ha perdido su cámara, Lee empieza a comprender lo mucho que había llegado a quererla. Porque la ha perdido de verdad: al día siguiente recorrió a pie los seis kilómetros que había hasta el apartamento de Montmartre, buscó la puerta que tenía aquel llamador tan elegante, cerró los puños con fuerza hasta clavarse las uñas en la palma de las manos y se preparó para enfrentarse a la cara redonda y los labios húmedos de Drosso, pero fue una criada quien la recibió y la condujo en silencio por el laberinto de habitaciones profusamente adornadas. Conociendo el secreto de la estantería, Lee la abrió ella misma, pero la estancia oculta estaba vacía, completamente desierta, y despedía un fuerte tufo a desinfectante.

Desprovista de cámara, Lee vuelve a la pintura. Saca a la calle su caballete plegable y su banqueta, se instala junto al Sena y, con gesto decidido, traza en su lienzo una línea que representa el horizonte tal como le enseñaron a hacer en la Escuela de Bellas Artes. Van pasando las horas. Ojalá le viniera la inspiración, pero sólo siente una dolorosa soledad. Observa a dos mujeres jóvenes con trajes grises que curiosean en un cercano puesto de libros y acarician las hileras de lomos con manos enguantadas. Hablan y ríen. Por un instante le entran ganas de ir con ellas, de abandonar la pretensión de convertirse en artista y dedicarse a matar el tiempo. Pero algo en su interior se siente asqueado por esa falta de ambición, por los excesos de los expatriados, esos americanos ricos que se limitan a aprovechar el favorable cambio de divisas para vivir el sueño del hedonismo.

Callejeando por la ciudad, Lee se sorprende haciendo composiciones mentales de fotografías, no de pinturas. Una tarde va a la tienda de cámaras que hay cerca de su hotel para explorar el escaparate. El modelo que le gusta, una Rolleiflex Original totalmente nueva, reposa sobre un cojín de terciopelo y

cuesta 2.400 francos. Aunque apenas tiene dinero para pagar el alquiler, entra en el local y hace caso omiso a las cejas del dependiente, que se arquean cuando pide ver la Rollei. En sus manos resulta más ligera y compacta que la desaparecida Graflex. Piensa en las fotos que hizo antes y jura que, si alguna vez puede permitirse el lujo de comprarse otra cámara, se esforzará más, tomará más fotos y aprenderá a hacer algo que sea verdaderamente artístico.

Después de haber tocado todos los botones y ruedas de la Rollei, se la devuelve al dependiente, que le indica una Kodak Brownie que hay detrás de él, en la pared. La chica del anuncio lleva un vestido a rayas estilo años veinte y está en lo alto de una loma con los brazos extendidos y la Brownie colgada de un dedo.

—A lo mejor prefiere una cámara más pequeña, algo más sencillo —le propone el dependiente—. Son las que utilizan últimamente todas las chicas.

Lee sacude la cabeza. «Esta chica, no», piensa, y le da los buenos días.

En vez de hacer fotografías, lee el manual de instrucciones que sacó del estuche de su cámara y guardó en el cajón de su escritorio. Piensa usar el tiempo de forma productiva y, cuando haya ahorrado lo suficiente, se merecerá la cámara profesional que quiere comprar. En una página del manual salen varias fotos granuladas (veleros, una excavadora, una carretera rural) seguidas por varias columnas de números bajo encabezamientos como «sol brillante», «nublado», «brumoso» o «penumbra». Dentro de las columnas hay otras opciones según la hora del día, y a pie de página aparece una frase: «Las exposiciones con diafragmas mayores o menores de F8 han de reducirse o aumentarse medio punto con cada diafragma mayor o menor que se esté usando. El tercer grupo (mayo/sol brillante) de 09.00 h a 15.00 h = 160-F8.» Sentada en la cama, observando los diagramas sin contar con la cámara como referencia, todo le resulta tan técnico que le entran ganas de gritar: se siente la viva imagen de la columna donde dice «penumbra», como si fuera demasiado tonta para comprender siquiera las nociones básicas de la fotografía.

¿Era esto lo que hacía su padre cuando le tomó aquella foto? Lee lo recuerda jugueteando con los mandos de la cámara, contando los pasos que había entre ella y el trípode, algo que, ahora lo comprende, debió de hacer para lograr que el enfoque fuera óptimo. Pero recuerda mejor el modo como su padre le pasaba un dedo por la cara para orientarla hacia la luz, su expresión

complacida cuando halló el plano que buscaba.

Hay una sesión en particular que destaca sobre las demás. Ella debía de tener nueve o diez años. Aquel día se situaba en la columna «sol brillante» del manual porque había un contraste demasiado fuerte para trabajar en el exterior. Su padre colocó la cámara en la salita, corrió los visillos de las ventanas y aguardó, cada vez con menos paciencia, mientras ella correteaba por toda la habitación abriendo y cerrando la puerta corredera cada vez que completaba una vuelta y preguntándole sin descanso: «¿Ya estás preparado, ya estás preparado?»

Cuando por fin estuvo listo, su padre la llamó al orden y cerró las dos puertas a fin de aislar aquel cuarto del resto de la casa. Con las anchas puertas cerradas, quedó convertido en un espacio pequeño, íntimo, con techos tan altos que la perspectiva parecía sesgada, como si los muebles estuvieran amontonados en la bandeja de un montaplatos. Todo era oscuro, opulento, con un friso de caoba sobre las paredes a juego con los muebles, también de caoba. El blanco cabello de su padre, flaco y tieso como un palillo, resplandecía en contraste con la madera.

—Ponte junto a los visillos —le dijo.

Hay unas cuantas fotos de ella en la primera pose, ataviada con un vestido de organdí que le llega hasta las rodillas, adornado con un lazo en la cintura y un cuello marinero. Llevaba unos leotardos negros cubiertos de polvo de tanto corretear por la habitación. En esas primeras fotos, su gesto era de despreocupación; miraba a la cámara con los ojos entornados.

Ahora, al pasar los dedos por la lista de números, Lee entiende lo laborioso que era aquel proceso y por qué después de una o dos tomas su padre se acercó a ella y la estudió con una expresión de inquisitivo desconcierto.

—Lili —le dijo—, este vestido brilla demasiado al lado del visillo. Vamos a probar sin él, ¿te parece?

La ayudó a desabrocharse los botones forrados que le recorrían toda la espalda del corpiño y le desanudó el lazo que le ceñía la cintura. Tenía las manos ásperas y calientes, cubiertas de callos que se le trababan en el elástico de los leotardos; sus uñas le dejaron marcas en la piel blanca y seca.

—Así será mucho mejor —dijo, y tenía razón.

Lee recuerda esa fotografía con tanta claridad como si acabara de verla.

En ella, su cuerpo desnudo luce blanco y casi resplandeciente: parece un cervatillo saliendo del bosque, tiene los ojos abiertos y sobresaltados de un ciervo y en ellos rebosa el amor que sentía por su cariñoso padre.

### 3

Como hace cada pocas noches, Lee va al Bricktop a escuchar música. Ya es septiembre, han pasado dos meses desde que estuvo en casa de Drosso. El bar, estrecho y oscuro, está cargado de humo y repleto de gente. La banda de jazz toca sobre un pequeño escenario situado en un rincón, las caras de los músicos están relucientes a causa del sudor. La música es estridente, metálica; las notas agudas le taladran los tímpanos.

Si es austera, le queda lo justo para tres meses de alquiler. Piensa en las caras prendas, ya pasadas de moda, que se ha llevado de Nueva York, y quisiera ser una de esas personas que ahorran. Hace unos días envió un telegrama a casa y pidió un préstamo. Siempre ha querido ser independiente, pero jamás ha dudado de que su padre la ayudaría llegado el caso: siempre lo ha hecho, aunque, ciertamente, sin dejar de insistir en que lo mejor sería que él se ocupara de sus finanzas. Pero la contestación que ha recibido esa tarde la ha dejado perpleja: «Anuncio Kotex un escándalo, humillado», dice el telegrama de su padre. No menciona el dinero que ella le ha pedido.

De camino al Bricktop ha hecho un alto en el quiosco de prensa internacional y ha buscado en las revistas recientes hasta encontrarla: una foto suya en el número de agosto de *McCall's* ataviada con un vestido de satén blanco y, al pie, una frase que decía: «Lleve la compresa incluso bajo los vestidos más finos y ajustados.»

Recuerda la foto, se la hizo Steichen, pero no tenía ni idea de que éste se la hubiera vendido a Kotex. Se imagina la furia de su padre, que aborrece la falta de decoro y odia aún más que se hable sobre el funcionamiento del cuerpo femenino. Está abochornada por el anuncio y le duele haber decepcionado a su padre. Cuando de pequeña se sentía así, él era la persona a la que recurría, pero ahora está muy lejos y es la persona a la que ha ofendido.

En el club tamborilea con los dedos sobre la mesa siguiendo el ritmo de la música. ¿Qué va a hacer? No se imagina regresando a Nueva York, pero no sabe cómo puede quedarse en París sin tener ni un empleo ni un objetivo. Está paralizada por la indecisión, tiene que hacer un verdadero esfuerzo para no echarse a llorar.

Y entonces los ve, a Poppy y a Jimmy. Entran precipitadamente, seguidos por otra pareja. Los cuatro llevan trajes negros y pajaritas. Lee se siente tan sola que se alegra de ver a gente conocida y no le importa dejar a un lado las circunstancias de su encuentro anterior. Se levanta y camina hacia ellos.

—¡Poppy! —exclama—. ¿Puedo unirme a vosotros?

Poppy la mira con una cara más inexpresiva que una máscara de kabuki.

—¿Perdón? Debe de haberme confundido con otra persona.

—Nos conocimos en un restaurante que hay cerca de aquí. ¡Compartimos un taxi y fuimos juntas a casa de Drosso! —grita Lee para hacerse oír por encima del trombón.

—¡Qué raro! —murmura la mujer; acto seguido se vuelve hacia Jimmy, se coge de su brazo y los dos se van a la barra dejando a Lee boquiabierta.

Poppy y Jimmy se quedan de pie en la barra con la actitud despreocupada de quienes no cuestionan su lugar en el mundo. Se los ve tan naturales, tan relajados... Lee recuerda que en Nueva York era como ellos, una chica que tomaba de la vida cuanto se le antojaba en el momento en que se le antojaba. Esta nueva versión de sí misma (triste, sola y avergonzada) no se corresponde con la mujer que es en realidad. La antigua Lee se habría reído de cualquier atisbo de escándalo, habría transformado el anuncio de Kotex en un buen chascarrillo, habría buscado a un hombre o a tres para que le pagasen las copas si andaba mal de fondos y no habría gastado ni un minuto más con Poppy y Jimmy.

Se acerca a la barra y se apoya sobre su esquina redondeada. Un simple chasquido de dedos es todo cuanto necesita para llamar la atención del camarero. Mientras espera a que llegue y le tome el pedido, ve su imagen reflejada en el turbio espejo que hay detrás de la barra: el calor húmedo le ha enrojecido las mejillas.

—Sonríe —susurra, imitando el tono severo de una voz masculina y mirándose en el espejo.

Su rostro sigue siendo tan hermoso como siempre, su sonrisa es justo como

ella la quiere. Se tomará un martini, piensa, frío y transparente como una copa llena de diamantes. Después de bebérselo saldrá al centro de la atestada pista y se buscará a alguien que la haga girar y girar. Mañana cogerá la tarjeta que le dio Man Ray y visitará su estudio. Le preguntará si quiere aceptarla como alumna y enseñarle todo lo que sabe.

Al día siguiente llega pasadas las dos de la tarde. Llama a la puerta con los nudillos mientras reflexiona sobre todo lo que puede decir. Lo más probable es que Man Ray ni siquiera la recuerde de aquella noche en casa de Drosso, pero en ese caso ella puede tomárselo a risa o, como ha hecho Poppy, fingir sin más que es otra persona.

Tardan tanto en abrir que ya empieza a arrepentirse de haber ido. Por fin se abre la puerta y frente a ella aparece Man Ray secándose las manos con un trapo sucio, el pelo brotándole de las sienes como la primera vez que lo vio.

—No debías llegar hasta las dos y media —dice.

Lee retrocede un paso.

—Bueno, es que ni siquiera tengo una cita.

Man Ray se tapa el sol con una mano.

—Entonces ¿no eres la de las dos y media?

—No, no... soy... nos vimos... —Se arrepiente nada más decirlo, pero continúa—: Nos vimos en casa de Drosso.

Man cruza el umbral para verla mejor y de pronto rompe a reír.

—¡Es usted! «Jamás tocará mis pechos, ni aunque yo estuviese cayendo de un edificio en llamas.»

—Exactamente —confirma Lee sonriendo sin ganas.

Man le indica con una seña que pase y cierra la puerta. El vestíbulo está repleto de pinturas y fotografías colocadas en marcos discordantes y repartidas de cualquier manera por las paredes. Una ancha escalera de madera se eleva por un costado de la habitación hasta un rellano. Man sube sin pronunciar palabra y Lee lo sigue.

Entran en una sala pequeña. Man se acerca a un carrito donde hay una tetera eléctrica y empieza a preparar té. Lee se sienta en un sillón tachonado de botones innecesarios y observa sus movimientos: Man es tan menudo como lo recordaba, pero esta vez va vestido con un elegante pantalón de lana de

pernera ancha y chaleco a juego. Todo él desprende una energía nerviosa. Vierte el agua sobre las bolsitas de té con una mano y coloca cucharillas y terrones de azúcar con la otra; a Lee le agrada su eficiencia: siempre hay una parte de él que está en movimiento. Lleva el té y toma asiento delante de Lee, en el diván que hay enfrente; también le agradan sus ojos castaños, la inteligencia y el humor que ve en su mirada.

—No esperaba volver a verla —dice suavemente—, parecía bastante enfadada.

—Bueno... —Lee se inclina hacia delante y coge su taza con dedos nerviosos—. Es que esa noche perdí mi cámara. Sé que usted es fotógrafo y pensé que tal vez la viera al marcharse.

Contempla la habitación como si esperase ver su cámara aguardando en una balda cercana.

—¿La llevaba cuando fue a casa de Drosso?

—Sí, pero la perdí.

—No es el mejor sitio para ir con objetos valiosos. Allí acude mucha gente despreciable. Adictos.

Coge su taza y bebe un sorbo haciendo ruido. Cuando vuelve a dejarla en la mesa, frunce las cejas como si estuviera preocupado por la seguridad de ella. Lee cambia de táctica.

—Soy fotógrafa... Bueno, la verdad es que no. Soy modelo. Era modelo en Nueva York antes de mudarme aquí, conozco a Condé Nast y a Edward Steichen. Sé que usted también los conoce.

—¿Steichen la ha fotografiado?

Nota que Man posa la mirada en su cuello, en su pelo, en su boca.

—Por supuesto. Para *Vogue* y para otras revistas.

Sintiéndose más segura al pisar el territorio familiar de las modelos, endereza la espalda y orienta su perfil bueno hacia Man.

—Yo soy mejor. Después de la cita de las dos y media ya no tengo más compromisos. Le haré unas fotos y podrá utilizarlas aquí para ir empezando. Conozco a varias personas en Laurent's, allí siempre están buscando chicas nuevas.

Lee deja la taza en la mesa.

—No quiero que usted me haga fotos: quiero hacerlas yo. Quiero ser

alumna suya.

—Yo no acepto alumnos, no sé qué le habrá contado Condé. En cualquier caso es usted luminosa, sin duda. Entiendo que *Voguequisiera* contratarla. Yo la fotografiaré sin cobrar nada. Podrá incluirlo en su portafolio.

Detrás de Man hay un reloj de pared que en ese momento da la media. Después se oye el llamador de la puerta. Man se levanta. Lee sabe que ésa es la única oportunidad para lograr que su proyecto funcione. Man la considera bella, eso está claro; le resultaría muy fácil coquetear con él y mantenerlo interesado, pero no quiere que él la vea de esa forma.

—He estado pensando en cómo lo fotografiaría a usted —le dice justo antes de que llegue a la puerta; Man se vuelve y la mira—. Lo tumbaría sobre una mesa y pondría la cámara a sus pies de tal modo que su cuerpo pareciera un paisaje.

Lo suelta de corrido. Según lo va diciendo ve el efecto que crearía: los pliegues y las arrugas de la tela que le cubre el cuerpo serían cordilleras, las facciones de su rostro quedarían difuminadas hasta la abstracción.

Man se detiene frente a la puerta y la observa pensativamente.

—No saldría bien: es imposible enfocar bien una foto así.

Tiene razón, por supuesto. Convicción y seguridad en sí misma reemplazadas en un instante por el gran vacío de todo lo que desconoce. Lee se pone de pie y entrelaza las manos como una colegiala.

—Por eso quiero ser su alumna: usted puede enseñarme esas cosas. Condé me dijo que podía acudir a usted...

Man lo descarta con un gesto de la mano.

—Condé me ha enviado a mucha gente. Al principio cometí el error de mostrarme solícito y ahora todo el mundo cree que puede aprender de mí. No tengo tiempo para ayudar a todo el que quiere ser el próximo Man Ray. Estoy ocupado. Tengo retratos que hacer, retratos para la revista de Condé, de hecho. Él debería saberlo.

—¿Cómo me fotografiaría a mí? —Lee baja los hombros, alza el mentón y lo mira directamente.

Man le echa un vistazo valorativo.

—Probablemente le haría un primer plano de la cara con una mano en el cuello, sobre un fondo negro.

Habla en tono seco, un poco displicente. Nuevos golpes contra la puerta resuenan en la habitación.

—¡Qué aburrido! —replica ella para retener su atención.

Man deja escapar una risita y se cruza de brazos sobre el pecho.

—Pues entonces la colocaría cerca de una ventana, en claroscuro, y la fotografiaría desnuda con los ojos cerrados, tal como estaba en casa de Drosso.

—Sólo quiere verme otra vez los pechos.

Man la mira fijamente, sorprendido, y luego se echa a reír.

—Usted no es tímida, ¿verdad? —Da un paso hacia la puerta y levanta un dedo en el aire—. Espere aquí, no vaya a ninguna parte.

Lee lo oye bajar la escalera y abrir la puerta, luego hay murmullos y pisadas. Man conduce a una mujer hasta más allá de la salita y Lee alcanza a vislumbrarla brevemente: una columna de brocado rematada con un imponente peinado pompadour. Después ambos desaparecen en el interior de lo que debe de ser el estudio de Man.

Espera un rato sentada contemplando cómo avanza la manecilla del reloj de pared, observando los óleos colgados, las abarrotadas estanterías de libros, los objetos amontonados en la repisa de la chimenea: una hilera de huevos ordenados por tamaño, otra de jarrones esmaltados, el más pequeño no mayor que una alubia. Se acerca a las estanterías y lee los títulos que figuran en los lomos. Coge una vaquita de porcelana y tantea su peso. Siente el deseo de poseerla, de poseerlo todo. Después sale al pasillo, desde donde se ve el interior del estudio: Man está colocando un foco. Cuando la descubre allí de pie, le dice:

—¿Le importaría venir a ayudarme con estas luces, por favor?

El estudio huele a polvo quemado y a bromuro. Se parece a los demás estudios que ha visto: paredes blancas, luz que se filtra por unos amplios ventanales, la cámara montada en una plataforma con su enorme capucha negra. Pero en esta ocasión va hacia uno de los reflectores, lo agarra de una pata al tiempo que Man lo agarra de la otra y entre tirones y sacudidas lo ponen en su sitio. En esta ocasión coge una placa fotográfica, se la pasa a Man y observa con atención cómo la introduce en la cámara. La mujer del hermoso vestido charla con ambos: ha ido allí a hacerse un retrato que regalará a su marido para celebrar sus veinte años de casados. Cuando la cámara queda

lista, contrae el rostro en una media sonrisa tensa. Man tiene con ella una conversación cordial, claramente con la intención de que se relaje. Lee advierte de inmediato lo bien que se le da conectar con el sujeto de sus retratos, pero ella también sabe algunas cosas y, justo antes de que Man se meta bajo la capucha de la cámara, le dice a la mujer:

—Relaje los músculos de los ojos al sonreír.

Tras un instante de duda, la mujer obedece y de pronto su expresión se vuelve más espontánea. Cuando emerge de la capucha, Man mira a Lee y le hace un gesto de aprobación con la cabeza. Ella responde con un gesto igual. Se siente como esperaba sentirse desde que dejó Nueva York, como si hubiera conseguido poner en marcha algo positivo.

## 4

—¡Bobby! —exclama Man cuando llega su amigo.

Se trata de un hombre fornido, su corpachón llena el hueco de la puerta y no deja pasar la luz. Ya dentro de la vivienda, responde a Man con una sonrisa abierta que destaca en medio de una cabeza grande y calva, como la de un bebé gigantesco. Los dos ríen y se estrechan la mano; Bobby le da a Man unas palmadas en la espalda.

—Ha pasado mucho tiempo —dice Man—. Cuando vi tu nota, me costó creerlo: el gran Bobby Steiner en París. Jamás imaginé que iba a ver algo así.

—Si General Electric pone el aro, yo paso por él. Ahora soy el jefe de la división europea.

—Eso me han dicho, una noticia magnífica. Y has acertado viniendo aquí: voy a hacerte una foto con la que causarás la impresión que mereces.

—Más te vale. —Bobby suelta otra carcajada y mira a su alrededor; cuando advierte la presencia de Lee, frena en seco y levanta las manos fingiendo rendición—. ¡Hola, espectadora! —dice; luego va hasta ella y le ofrece la cara para que le dé un beso en la mejilla, uno solo, al estilo estadounidense—. ¿Tu nueva novia, Manny? Me gustó la última que trajiste a Nueva York.

Lee espera que Man aclare las cosas, pero éste se limita a reír y susurra algo al oído de Bobby, algo que ella ni puede ni quiere oír. Nota que se está poniendo colorada, no por la vergüenza, sino por el enfado. Bobby la observa durante unos instantes pausadamente de arriba abajo; los dos hombres entran luego en el despacho de Man y cierran la puerta.

Lee no es la novia de Man, pero tampoco es su alumna. Aquella primera tarde, cuando la mujer de la foto de aniversario se hubo marchado, Man le

pidió a Lee que se quedara un rato y le explicó que tenía más trabajo del que podía abarcar y que no le vendría mal que ella le echase una mano. Lee no tiene idea de qué hizo para que él cambiase de opinión pero, por si acaso, no hizo preguntas. Él ya había tenido otras ayudantes, según le explicó; la última se había ido unos meses antes. No es un trabajo muy atractivo: llevar las finanzas de Man (que él describió como un verdadero desastre), programar sesiones, preparar el equipo del estudio y, de vez en cuando, ayudarlo en el revelado. A la descripción de estas tareas, Lee asintió con la cabeza con tanta energía que llegó a temer que se le acabara despegando del cuello. Si esperaba cobrar un jugoso sueldo, prosiguió Man, él no podía pagárselo, pero podría utilizar el cuarto oscuro cuando él no lo necesitara y también ir y venir a su antojo. Lee aceptó incluso antes de que él le ofreciera una cantidad, que resultó ser sorprendentemente baja. No le importa: esto es un comienzo, un trampolín para llegar a donde ella quiere. La idea de trabajar para un fotógrafo famoso es tan tentadora que probablemente lo haría sin cobrar.

Y ahora, transcurrido un mes, ya se ha acostumbrado al ritmo de su nuevo empleo. Por las mañanas llega a las nueve o a las diez (temprano para las costumbres parisinas) y entra en el estudio usando la pequeña llave de latón que le ha dado Man. A continuación va al despacho y se sienta al escritorio, donde debe cuadrar las cuentas anotadas en un formidable mamotreto que suele rescatar entre los detritos de Man: huevos, recibos del sastre, soldaditos de juguete y, en una ocasión, un enorme tarro de vidrio con un pulpo flotando en formol. Man es como un cuervo que se lleva objetos brillantes al nido y Lee descubre que le agrada el desorden que genera dicho hábito.

Lee tiene cabeza para los números pero, aun así, realiza su trabajo a lápiz. Borra con cuidado los errores y escribe de nuevo las cifras con su letra redondeada y uniforme. La ayudante anterior no era tan meticulosa como procura ser ella, de modo que cuando tiene un rato libre vuelve a las cuentas de otras semanas e intenta corregir las equivocaciones cometidas por su predecesora.

Los números indican esto: la fotografía está bien pagada, las otras actividades creativas de Man, la pintura y la escultura, no lo están. Gana mucho dinero, sobre todo en comparación con otros artistas, pero es una calamidad a la hora de administrarlo. No ahorra. En vez de eso, cuando le llega un encargo importante se lo toma como un dinero caído del cielo, una

excusa para una celebración o la compra de algo extravagante. Hay más anotaciones en la columna de gastos que en la de ingresos y la mayoría corresponden a lujos: ostras en Le Select, dos noches de hotel en Saint-Malo; incluso, doce meses atrás, un Voisin que Man sólo usa para ir al campo o cuando veranea en Biarritz y que guarda el resto del tiempo en un garaje cercano por el que paga una exorbitante suma de dinero.

Lee regresa a los registros de 1928, donde aparecen muchas anotaciones acompañadas de una inicial: «renta de K», «s sombrerero de K», «cena con K» y a veces simplemente un número con la inicial sin otra explicación. Un día le da por sumar todas las partidas que llevan la K y se queda asombrada del dineral que ha gastado Man con esa persona: debe de ser la novia que mencionó Bobby, pero ¿quién será? Por el momento, no se atreve a preguntarlo. A juzgar por las numerosas entradas correspondientes al sombrerero de K, Lee infiere que debe de ser una mujer pálida y preocupada por su piel. Tal vez no sea joven sino, al menos, tan vieja como Man. Todavía no sabe qué edad tiene Man, pero está claro que es mucho mayor que ella. ¿Qué habrá sido de K? Decenas de anotaciones y luego, a partir de enero, nada. ¿Una pelea? ¿Otro hombre? Recorre con los dedos la columna de números y se imagina la ruptura y a Man sufriendo en secreto. K no ha sido sustituida por nadie porque después de enero no hay iniciales. La única mujer consignada ahora en el libro de cuentas es la propia Lee, y como ella es la encargada de escribir los cheques, disfruta del perverso placer de pagarse a sí misma todas las semanas por el arduo trabajo que lleva a cabo.

Man no suele presentarse hasta las once, así que todas las mañanas Lee dispone de una o dos horas para sí misma. Le encanta el rato que pasa poniendo la casa en orden, le encanta tener una lista de cosas que decirle a Man cuando éste llega cada día. Por lo general, aparece con uno de estos tres estados de ánimo: distraído, con los dedos manchados de carboncillo o de óleo por haber estado pintando esa mañana; alterado porque sabe que después de comer llegará un cliente importante y espera pasar la jornada haciendo un trabajo que no le gusta; deprimido porque ha habido una pausa en la entrada de encargos o ha tenido que pagar una factura que había olvidado. Lee sobrelleva esos humores con una mezcla de profesionalidad y desapego; Man se comporta con ella con la misma profesionalidad y la trata con una cortesía que ella jamás conoció cuando trabajaba de modelo.

Por las tardes ayuda a Man en el estudio o en el cuarto oscuro; éstos son, con diferencia, sus ratos favoritos. Man insiste en que es malísimo como profesor y en que ella no va a aprender nada, pero, al contrario, a Lee le parece didáctico y paciente. Es afectuoso y la sorprende enseñándole sin reservas todos los trucos que ha aprendido. Le dice que la fotografía es más una ciencia que un arte, que ellos son químicos experimentando en un laboratorio. Ella opina lo mismo, tanto respecto al trabajo técnico en el cuarto oscuro como respecto a la visión artística original.

Man no revela fotos todos los días, ni siquiera todas las semanas, pero cuando lo hace Lee le prepara el cuarto oscuro llevando guantes de goma y un mandil de caucho para los baños de revelado, paro y fijación. Pone pinzas de madera en las cubetas, saca el aire de la ampliadora con ayuda de una pipeta, se asegura de que funciona la luz roja. Quita fotografías viejas que están tendidas en el cordel, las lleva al estudio y las coloca con sumo cuidado en uno de los grandes cajones archivadores intercalando papel cebolla. Man es tan mal administrador del dinero como buen revelador de fotos y rara vez hay que tirar impresiones a la basura. Es poco frecuente que al primer intento la foto resulte demasiado oscura o el contraste demasiado bajo; sin embargo, llegado el caso Man guarda esas fotos y las usa para otros proyectos, las corta en tiras y las pega en una tabla de madera o simplemente les da la vuelta a fin de aprovechar el dorso para dibujar algún boceto.

Las fotografías son a veces tan bellas que Lee interrumpe su trabajo sólo para contemplarlas. Como el retrato de la bailarina Helen Tamiris, a quien Man fotografió vestida con un kimono, tumbada en el suelo y con el pelo negro y rizado convertido en una gran nube negra que se cierne sobre su rostro blanquísimo. Es una obra magnífica y supone todo un honor poder sostenerla siquiera en las manos. Sabe que algún día ella revelará fotos en el mismo cuarto donde se reveló ésa.

Aún no ha sacado el tema de sus propias fotografías, y eso que Man lo mencionó el día en que la contrató. Por encima de todo desea que la relación sea profesional; sin embargo, gracias a sus indagaciones en el libro de cuentas (y también a los figoneos matutinos en los cajones del escritorio, aunque se niegue a reconocer que es esa clase de persona) sabe que Berenice Abbott, una de las anteriores ayudantes, revelaba fotos propias en el estudio con el beneplácito de Man y que ahora está de vuelta en Nueva York labrándose una

reputación. Lee calcula que ya habrá tiempo, que está aprendiendo mediante la observación, igual que haría un científico. Además, no hay mucho material. En el cajón de las medias hay tres carretes nuevos, pero lo último que quiere es utilizar los recursos de Man para fotos que podría haber hecho cualquier turista.

Ahora está de pie en el estudio escuchando el subir y bajar de las voces en el despacho y algunas carcajadas ocasionales. También debe trabajar allí, así que no sabe adónde ir ni qué hacer. La situación y el visitante le recuerdan las cenas que organizaban sus padres, donde ella era relegada a un rincón hasta que llegaba el momento de ayudar a preparar las copas. De niña, debió de haberse visto preciosa vestida como una muñeca con encajes de Chantilly y lazos blancos almidonados parecidos a polillas gigantes en la cabeza. Pero cuando fue creciendo empezó a resultar turbador el modo como la miraban los hombres cuando les llevaba los cócteles, apretando entre dientes los puros húmedos y sonriendo lascivamente.

Aún está de pie en el estudio cuando se abre la puerta del despacho. Los dos hombres están enfrascados en la conversación.

—Sam trabaja para Lisowski, ¿sabías? Ha sacado un montón de dinero con esa finca que tenía en Flushing —dice Bobby.

—Sí, me lo ha contado en una carta, y también que el trabajo no le deja mucho tiempo para escribir.

—Minnie estará contenta de que envíe buenos cheques a casa, no me cabe duda.

Man frunce las cejas.

—Mi madre se alegra cuando cualquiera de nosotros consigue un empleo de verdad y deja de tontear con el arte.

Bobby suelta una risita.

—Eso es cierto, me pidió que te preguntara cuándo vas a dejar todo esto y volver a casa.

—Nunca se rinde, ahora te ha convertido en su mensajero.

Man ríe, pero no puede ocultar cierto enfado. Agarra un taburete, va hasta el centro del cuarto y le indica a Bobby que tome asiento. Su amigo instala su corpachón en el taburete, las piernazas abiertas, un tobillo cruzado sobre el otro (lleva polainas gris marengo), y adopta una expresión artificialmente entornando los ojos en un gesto que debería transmitir aplomo o

concentración.

—No es necesario que hagas nada —le dice Man—: estás bien tal como estás. Es una fotografía sencilla y potente.

—¿Estás seguro? Es para General Electric. Ya no estamos en la calle Cuarenta y tres, Manny.

—Y menos mal.

Ambos rompen a reír. Man se pone tras la cámara y en ese momento Lee, que está junto a la puerta del cuarto oscuro, emite un carraspeo.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Los dos hombres se vuelven hacia ella.

—A mí no me vendría mal uno de esos bocadillos de jamón y mantequilla —dice Bobby.

—Ah, sí, estaría bien comer algo. ¿Le importa, señorita Miller? —dice Man.

Aunque sí le importa, Lee responde que no. Fuera hace calor y el café está a varias manzanas de allí. Lee compra tres *jambon-beurre*, y se come el suyo en la calle como una gitana. Cuando regresa al estudio, Man y Bobby ya han finalizado la sesión. La puerta de la salita está cerrada y por debajo de la hoja se cuela el olor dulzón del tabaco de pipa. Lee deja los bocadillos en una bandeja y llama a la puerta. Se oyen más voces y risas antes de que Man abra. Lee le entrega la bandeja lanzándole una mirada gélida pensada para transmitir su fastidio de manera sutil. Man coge los bocadillos y se vuelve, pero de improviso se detiene y se vuelve de nuevo hacia ella. Su rostro refleja un sentimiento que Lee no había percibido nunca: una súbita comprensión mezclada con gratitud.

—Señorita Miller —le dice—, ¿qué hacía yo antes de tenerla a usted?

—Ir usted mismo a comprar los bocadillos, me imagino —replica Lee, y da media vuelta sintiendo la mirada de Man en la espalda.

## LONDRES, 1940

Durante los bombardeos alemanes, refugiada con Roland en Hampstead, a veces Lee se despierta y halla la cama manchada de sangre menstrual. Se ve que la sorpresa de despertarse con el aullido de las sirenas activa su cuerpo y precipita los cólicos. Por la mañana, finalizado el apagón, lava las sábanas en el fregadero, pero las manchas no se van: permanecen como tenues sombras de color cobrizo.

Lo que Lee no es capaz de contarle a nadie es que se siente casi eufórica cuando oye el silbido de las bombas cayendo, cuando nota cómo se sacude la habitación, cuando le cubre el rostro un polvo de yeso que la hace estornudar. No puede contar cuánto desea que llegue la mañana para recorrer con su cámara la ciudad: ese espectáculo de devastación que se despliega ante ella como la obra de un escenógrafo surrealista. Una iglesia destruida, pero una máquina de escribir perfectamente intacta sobre los escombros; una estatua destrozada salvo por un brazo suplicante... Su lado perverso adora la naturaleza caótica de los bombardeos.

Una noche los despierta un ruido diferente, un crujido descomunal, como si alguien estuviera envolviendo la casa en papel. Lee descorre la cortina y, por la ventana abierta, se le abalanza un fantasmagórico tejido plateado que casi se la traga. Es tan grande que se ve obligada a apartarlo a manotazos para poder respirar. Roland le explica entre risas que es un globo de protección; los dos salen para liberar la casa de la tela. Al día siguiente, Lee pasa varias horas fotografiando los despojos del globo caídos sobre los árboles o enrollados en su propio cuerpo. Ninguna de esas fotos sale bien, pero una semana más tarde, paseando por Hampstead Heath, ve otro globo caído, un huevo gigantesco sujeto al suelo pero todavía medio lleno de aire. Hay dos gansos plantados orgullosamente junto a él. La foto que toma es una maravilla:

el primer regalo que le hace la guerra. Lee siente que su espíritu se eleva alimentado por la expectativa de todo lo que pueden ofrecerle los días venideros.

## 5

Lee no tarda en descubrir que a Man le encantan los cambios y que se pone nervioso cuando los días empiezan a ser iguales. Hace cosas que ella jamás haría: si un cuadro avanza bien, por ejemplo, la llama para pedirle que re programe la sesión de esa tarde aunque el cliente haya reservado la hora varias semanas antes, y cuando ella le pregunta qué excusa debe dar, Man le responde «¡gangrena!» o «¡un accidente de autobús!» o «¡un imprevisto viaje a Pamplona!», de manera que no le hace caso y siempre dice que un miembro de la familia acaba de ponerse enfermo. Los clientes deben de pensar que la familia de Man es inmensa y congénitamente defectuosa.

Man llega un día y mira el calendario. Felizmente, esa tarde no hay ningún compromiso.

—Un día fabuloso —dice.

Y tiene razón. Cuando se dirigía al trabajo esa mañana, a Lee le ha producido tristeza tener que recluirse en el estudio. Se ha detenido en el portal y se ha llenado los pulmones de aire fresco antes de introducir la llave en la cerradura.

—Me parece que todo esto se vendrá abajo si no compro un archivador nuevo —sigue diciendo Man.

—¿Disculpa?

—La cajonera que necesitamos para guardar más material. —Man recoge su abrigo y se lo pone—. En el Vernaison tendrán una, ¿quieres acompañarme?

Así que menos de una hora después Lee está en el rastro más grande de París, donde da la impresión de que no hay nada que no esté a la venta: montañas de marcos dorados, enormes tocadores Chippendale, fajos de cartas viejas, delantales amarillentos, medallas de guerra, copas de licor, cajas de

relojes rotos, llaves maestras oxidadas, filas de cochecitos de bebé llenos de almohadas de seda deshilachadas... Lee, intrigada, hace un alto junto a una caseta donde se exhiben latas vacías de polvo adhesivo para dentaduras postizas en precario equilibrio sobre una motocicleta. Man, que ha seguido andando, se vuelve y la ve detrás de él. Ella sonríe y corre para alcanzarlo.

El sol de noviembre brilla con intensidad en un cielo sin nubes. Man está más alegre que nunca. Al cabo de dos horas ni siquiera han llegado a la zona de los muebles, donde podrían hallar la cajonera que Man dice necesitar, pero éste le explica que esos archivadores se encuentran en el Biron, un mercado más caro, y que después irán allí.

A lo largo de las callejuelas de tierra por las que caminan se agolpan cientos de vendedores que exponen sus mercancías delante de sus puestos sobre gruesas alfombras orientales: pilas y pilas de objetos que en su mayor parte parecen chatarra. Lee se ha sorprendido en el estudio cuando Man ha cogido grandes bolsas de la compra; ahora, al verlo regateando con un chamarilero que vende cabezas de muñecas de porcelana, lo entiende. Ya ha llenado dos bolsas y, tras el fructífero regateo por cuatro cabezas, va camino de llenar una tercera.

Unos cuantos puestos más adelante, ambos se detienen a mirar una colección de hormas para guantes: unas manos colocadas sobre una rejilla de alambre como un bosque de arbolitos blancos.

—Si llevara mi cámara, le haría una foto a eso —comenta Lee.

—Buen ojo. —Man forma un cuadrado con las manos y las levanta a la altura de su cara como si fueran el visor de una cámara—. ¿Cuál utilizas?

—No... —Calla durante unos instantes—. Quiero decir, si aún tuviera mi cámara, pero la he perdido.

De nuevo siente el dolor de esa pérdida, tan agudo como al principio.

En ese mismo puesto hay trozos de maniqués, una jungla de codos amontonados en una caja de madera. Man coge uno y lo inspecciona.

—Había olvidado la historia. ¡Qué lástima! Tendrás que comprar otra.

Lee se muerde la lengua. ¿Es que no se da cuenta de lo poco que le paga?

Siguen paseando. En el puesto siguiente venden imágenes estereoscópicas guardadas en cajas y organizadas por temas; Man las toca con un dedo.

—Esto ya está muy anticuado.

Saca una imagen de Trafalgar Square llena de carruajes, dos fotos casi iguales yuxtapuestas sobre el papel. Lee se acerca y explora otra caja.

—Mi padre hacía fotos estereoscópicas —comenta.

—¿En serio? Eso requiere cierta técnica. ¿Era fotógrafo?

—Sí. Cuando yo era pequeña nos fuimos a vivir a una granja y mi padre montó allí un laboratorio. Yo lo ayudaba.

Man la mira.

—No me extraña que sepas lo que haces.

—La verdad es que no lo sé: no hacía gran cosa.

No es cierto, y no sabe por qué lo ha dicho: la súbita atención que le está prestando Man allí, en medio de tanta gente, la está poniendo nerviosa.

Examina unas cuantas fotos más y se detiene en una que muestra a una madre con un rígido vestido victoriano y un niño pequeño en el regazo. Madre e hijo miran fijamente a la cámara con el gesto inexpresivo que se requería para el largo tiempo de exposición. En la granja, su padre guardaba su colección de fotos estereoscópicas en la biblioteca, metidas en varias decenas de cajas de color gris que saturaban las baldas inferiores de las estanterías. Cuando su padre estaba trabajando, ella se colaba en la biblioteca, se arrodillaba debajo del escritorio, sacaba de su estuche el visor con el que no le permitían jugar e iba insertando las cartulinas estereoscópicas una por una en el bastidor. Cuando se llevaba el visor a los ojos, las pequeñas figuras en blanco y negro quedaban un momento flotando cada una en su campo visual y después convergían en una imagen tridimensional, las escenas se volvían nítidas de repente y daban la impresión de que era posible tocarlas. A veces, al contemplar una escena de especial belleza, como el Panteón o las palmeras que bordean las pirámides de Guiza, levantaba la otra mano sin percatarse siquiera de lo que hacía, como para tocar las imágenes que estaba viendo, igual que haría un ciego que quisiera palpar los contornos de los objetos que lo rodean. Su padre tenía cientos de cartulinas; para él constituían una especie de obsesión: una de las colecciones más extensas de un hombre que coleccionaba de todo.

Man ha seguido avanzando, pero Lee deja la foto, se adentra en el puesto y hurga en otra caja, primero unas escenas de París y de Copenhague; después, detrás de éstas, fotos de mujeres desnudas reclinadas en camas semideshechas, colgando coquetamente de una barra o cepillándose el pelo frente al espejo de

un tocador. Éstas también le resultan familiares: su padre coleccionaba ese tipo de imágenes y, cuando estaba sola en su despacho, Lee se entretenía viéndolas y memorizaba lo que habían hecho aquellas mujeres para captar la atención de su progenitor. Labios oscuros, cabello oscuro, piel blanca; carnes voluptuosas en los lugares donde ella todavía era esbelta; zapatos de puntera fina, sombreros con velos de lentejuelas o medias de red que les llegaban hasta la rodilla. Hasta que encontró esa caja pensaba que su padre no veía fotos de chicas que no fueran ella.

Después de comprobar que Man se ha alejado un buen trecho, Lee toma la foto de una mujer que sólo lleva encima tres borlas, dos en los pezones y una en la entrepierna, y que parece estar contoneando las caderas para que las borlas se muevan. Levanta la foto, le pregunta al chamarilero cuánto pide por ella, paga y se la guarda en el bolso. Luego corre para alcanzar a Man antes de que se pierda de vista entre la multitud.

En otro puesto hay uniformes azules como el cielo y, al lado, un montón de cascos metálicos apilados boca abajo como si fueran cuencos. Acaricia los cuellos de lana, los botones de hierro. Man desaparece y al poco regresa llevando un casco en la cabeza y blandiendo teatralmente una espada con la que finge atacarla.

—*En garde!* —exclama.

Lee lanza una carcajada. Man está muy cómico con ese casco; su inesperada falta de inhibición le resulta maravillosa. Agarra otra espada, hace una finta y después, simulando que está herida de muerte, retrocede hacia los uniformes tambaleándose. A Man le brillan los ojos. Deja la espada, coge una malla metálica redondeada y la levanta por encima de la cabeza con admiración.

—¡Ah, observa esto! —dice—. Esto se viene a casa con nosotros.

El objeto se curva como la concha de un nautilo, mide unos sesenta centímetros de diámetro y su uso es un completo misterio. Lee ya sabe que a Man le gustan estas cosas: mallas o rejillas de metal que descomponen la luz en diversas formas.

Man sujeta aquello con ambas manos, emocionado.

—¿Qué es?

—No tengo ni idea, ¿tal vez un molde?

Desde el fondo del puesto, el dueño les dice que es un guardabrazo de

esgrima. Man lo compra y lo mete en otra bolsa.

—Me encanta venir aquí —le dice a Lee con un brillo de codicia en los ojos cuando reanudan el paseo—. Uno nunca sabe lo que va a encontrar. Una vez hallé un esqueleto entero, uno auténtico, procedente de un hospital. Estaba colgando como si tal cosa al fondo de un puesto.

No mucho después llegan al Biron, donde han barrido con esmero la tierra de las callejas y las ropas que visten los clientes son obviamente más caras. Man no tarda en dar con el archivador que necesita (parece que allí hay de todo, desde consolas o tablas de carnicero hasta divanes) y enseguida dispone lo necesario para que se lo lleven al día siguiente.

Pasan por delante de una madre que empuja un cochecito y lleva de la mano a un niño pequeño. El niño está llorando a moco tendido y tiene la cara pringada de algo que parece sirope. Tanto Man como Lee se estremecen un poco al mirarlo, después intercambian una mirada y sonríen.

—No eres muy maternal que digamos —dice Man.

—La verdad es que no.

Lo cierto es que Lee no se imagina con hijos: es algo muy alejado de lo que quiere hacer con su vida.

—Según mi experiencia, el arte y los hijos no combinan bien —señala Man.

Lee se pregunta si no será una advertencia. ¿La ve como una artista? Lo duda.

—¿Tú tampoco quieres tenerlos?

Man hace un alto en otro puesto de muebles, abre un cajón de un secreter y mira dentro.

—En absoluto: ése fue en parte el motivo por el que me separé de mi mujer.

Avanza hacia el puesto siguiente y Lee lo sigue unos pasos por detrás. No tenía ni idea de que había estado casado. Se pregunta si su esposa sería la K que aparece en el libro de cuentas y aprieta el paso para alcanzarlo.

—¿Fue aquí, en París?

—No, no, sucedió hace años, en Estados Unidos: en otra vida.

—¿Dónde?

Hasta este momento, Lee no ha pensado mucho en el pasado de Man y de

repente siente deseos de entenderlo mejor.

—En Nueva Jersey, era más fácil que vivir en Nueva York... y más barato. Lo pasamos bien... —Se interrumpe y tose—. En realidad, lo que nos separó no fue el tema de los hijos.

Lee no sabe muy bien si debería animarlo a seguir, pero él continúa:

—Éramos muy jóvenes. Yo era... en fin, ni siquiera sabía lo que quería. Iba para sastre, como mi padre, pero yo quería ser artista. Mi familia me apoyó hasta cierto punto, pero nunca me entendió de verdad: mi madre pensaba que aquello era algo pasajero, una afición. Así que me marché de Brooklyn y alquilé un apartamento en Ridgefield con un amigo. ¿Has estado allí?

—Creo que no.

—Claro que no. Es muy pequeño, muy tranquilo. Y la verdad es que durante una temporada mi amigo Halpert y yo nos las arreglamos bastante bien. Nos hicimos con una prensa y fundamos una revista; yo pintaba a diario. Entonces conocí a Adon, que mostró interés por lo que hacíamos. Ella escribía poemas, muy bellos, nunca había conocido a nadie así. Y nos casamos. Pero cuando yo sentí la necesidad de ir más allá, de trasladarme a París, a ella no le interesó: estaba empezando a hacerse bastante conocida en los círculos literarios. Llevo años sin hablar con ella.

Adon. De modo que no es K, y ya han pasado años.

—Lo siento —dice Lee.

Man se encoge de hombros y se pasa una mano por el pelo. Han dejado de caminar y están parados al borde del mercado, donde no hay tanto gentío.

—No lo sientas —contesta—. Ni siquiera sé muy bien por qué te cuento todo esto. —Se sube un poco las bolsas en el hombro y, transcurridos unos instantes, añade—: ¿Qué te empujó a hacer fotografías?

Lee se remete el pelo por detrás de las orejas. Le viene a la mente la imagen estereoscópica que acaba de comprar y piensa en todas las fotos que le hizo su padre a lo largo de los años.

—Pues supongo que mi padre. Y que ya estaba harta de ser modelo: de que me fotografiasen a mí. Quería ponerme en el otro lado de la cámara y ver cómo se hace.

Man asiente como indicando que le parece lógico.

—Últimamente pienso todo el tiempo en abandonar la fotografía.

—¿En serio?

—No es un arte, la verdad es que no. Lo único que siempre he querido hacer es pintar. Los retratos de estudio, los clientes... —Su voz se desvanece.

Lee piensa en las obras de Man que ha visto, en el retrato que le ha hecho recientemente a Dalí, con el rostro iluminado desde abajo de forma que sus cejas proyectan unas sombras demoníacas sobre la frente. Le entran ganas de explicarle las emociones que esas imágenes le producen, cómo la estimulan, cómo provocan tanta desazón por lo que ignora y tanto deseo de aprender eso que aún desconoce. La sorprende oírle decir que podría abandonar. Si ella tuviera su talento, jamás dejaría de hacer fotografías.

—Pero tus fotos son muy buenas —replica, y de inmediato comprende que sus palabras son inadecuadas.

—Por supuesto, pero prueba a interesar a los críticos: no tienen ningún respeto por la fotografía como arte. Y en cierto modo coincido con ellos: el objetivo fundamental de la fotografía no es el arte, sino la reproducción.

Lee lo observa con curiosidad.

—Pues a mí me parece que el retrato que le hiciste a Barquette, con doble exposición, es arte.

Man resopla por la nariz.

—Puede, pero estoy harto del trabajo en el estudio, de ir a las tiendas de moda y todo lo demás. Es agotador. Si pudiera, volvería a pintar a jornada completa.

—Bueno, ¿y por qué no lo haces?

Man levanta una de las abultadas bolsas y esboza una sonrisa irónica.

—Porque la pintura no da para pagar las visitas al Vernaison.

Varias calles más adelante, Lee y Man descienden al metro. Los recibe una vaharada de aire rancio que sube por la escalera y los rodea. Cuando Lee va a la taquilla, él hace un gesto disuasorio con la mano y paga los dos billetes. Al subir al tren, Man se cambia las pesadas bolsas al otro hombro y agarra a Lee por el codo. Desde el fondo del vagón los observan un hombre y una mujer de cierta edad, ambos envueltos en abrigo. Lee y Man deben de parecerles un matrimonio, él cargando con los paquetes y llevando a su mujer solícitamente del brazo. Para ellos, que a todas luces están casados, no hay nada raro en la

escena. Man seguramente actuó de forma parecida con su esposa años atrás. Esa apariencia matrimonial es para Lee tan extraña como extrañamente placentera.

## 6

Varias veces al mes, Man paga un pequeño estipendio a estudiantes que le hacen de modelos para poder trabajar en fotografías por las que no cobra. Cuando se dedica a eso siempre está de buen humor. Hoy ha acudido una chica nueva, Amélie, menuda y morena como todas las que contrata. Lee lo oye silbar mientras prepara el estudio.

Amélie llega quince minutos tarde, sorbiéndose los mocos. Tiene la nariz roja y los ojos llorosos.

—¿Estás enferma? —le pregunta Lee. Con sólo verla siente un hormigueo en la garganta y se promete tomarse un tónico cuando vuelva a casa.

—Me encuentro bien —declara Amélie, pero unos pocos minutos en el estudio bastan para descubrir que no es verdad: desfallece en el sofá igual que una flor marchita. Posa para las fotos con la boca abierta porque, por lo visto, no puede respirar por la nariz.

Man no parece darse cuenta de que la modelo está enferma. Tararea, cuenta chistes, la hace adoptar posturas extrañas y cada tanto murmura «¡magnífico!». A Lee, a estas alturas le parece entrañable que disfrute tanto de su trabajo.

—A ver —dice Man—, he pensado que podríamos probar con un objeto; ¿por qué no te pones delante de la ventana y juegas un poco con la sombra? — A continuación saca el guardabrazo de malla que compró en el Vernaison y se lo enseña a Amélie, que lo mira con gesto inexpresivo hasta que él se lo entrega y le dice—: el brazo, aquí.

La malla metálica es delicada como el encaje, pero tiene los bordes afilados. Amélie introduce el brazo y hace una mueca mientras lo balancea sobre la mesa.

Man da un paso atrás. Inclina la cabeza hacia un lado como hace siempre, busca la perspectiva que necesita la foto. Luego se arrodilla, coge la mano de Amélie y se la estira un poco para que la palma quede más abierta.

—Así —le dice, tirando un poco más del brazo y moviéndolo hasta que forma un ángulo poco natural. Una vez satisfecho, desaparece bajo la capucha de la cámara. Amélie respira con dificultad y Lee, sin darse cuenta, acompasa su respiración con la suya. Man está un buen rato oculto bajo la capucha; de vez en cuando llama a Lee para que le mueva los focos o le ajuste las cortinas.

Por fin saca la cabeza y dice:

—Ya está.

Acto seguido sale de la habitación para permitir que la joven se vista con calma. La chica saca el brazo de la malla con un gesto de incomodidad.

—Qué afilada está —se queja mientras se frota una rojez en la pálida piel del interior del brazo.

—Bueno, los modelos tienen que hacer lo que se les pida. —Lee no se esfuerza en disimular su fastidio.

Después de mirarla con cara de pocos amigos, Amélie desaparece detrás de la cortina. Cuando vuelve a salir momentos más tarde, Lee ya no está en la habitación: se ha sentado al escritorio del despacho y está enfrascada en unos papeles.

—*Bon soir!* —exclama Lee en un tono falsamente cordial cuando ve pasar a la chica camino de la puerta. Una vez que ha salido, se va en busca de Man. Lo encuentra en la salita, sirviéndose un té. Éste le pregunta con un gesto si también le apetece uno, pero Lee niega con la cabeza.

—Deberías dejar de usar estudiantes —le dice, sentándose en el diván tapizado con pelo de caballo.

—Ah, esa chica lo ha hecho bien. Necesita un poco más de carne en los huesos, pero le he hecho un montón de primeros planos y tiene una piel bonita.

—No ha mostrado el menor interés.

—No es necesario que muestren interés, lo único que tienen que hacer es ponerse ahí y hacer lo que yo les diga.

Toma asiento frente a Lee y bebe un ruidoso sorbo. Ella lo observa, todavía molesta, aunque sin saber muy bien por qué. La chica le ha parecido un fastidio no sólo debido a sus gérmenes, que Lee visualiza en forma de

pulguitas bailoteando por el sofá, el guardabrazo y el estudio entero; también, y sobre todo, por lo poco impresionada que se ha mostrado a lo largo de la sesión. ¿Sabrá siquiera quién es Man?

—Ya me encontré con eso cuando trabajaba de modelo —dice Lee.

—¿Con qué?

—Que la modelo no sepa lo que está haciendo: a mí misma me ha pasado. —Se detiene.

—¿A ti? —Man parece soltar una risita y bebe otro sorbo de té—. Estoy seguro de que sales despampanante en todas las fotos que te han hecho en tu vida.

Lee se ruboriza y evita su mirada. Desde el día en que la contrató, Man no le había hecho ningún comentario acerca de su aspecto físico. Eso era lo que creía desear: una relación laboral libre de todas esas cosas, pero a medida que han ido transcurriendo las semanas se ha preguntado más de una vez qué piensa Man de ella. Precisamente el otro día se puso uno de sus mejores vestidos para ir a trabajar, sólo para ver si le hacía algún cumplido. No le hizo ninguno, de acuerdo, pero lo que acaba de decirle le ha provocado un leve hormigueo que no esperaba sentir.

—Sí, me resulta fácil —dice—, pero no por los motivos que crees: siempre me he sentido... —Se queda callada unos instantes y de pronto tiene la sensación de que está a punto de hablar de más.

—Dime.

Va hasta la tetera y, de espaldas a Man, añade:

—Utilizaba un truco que aprendí, me parece, de pequeña, cuando hacía de modelo para mi padre: tengo la capacidad de componer prácticamente cualquier gesto. —En ese momento, Lee se da la vuelta y mira a Man con seguridad, entrecerrando los ojos—. Pero mientras tanto puedo tener la mente en cualquier parte. Con mi padre, a veces fingía que era una reina, la reina de Inglaterra, y que tenía que adoptar esa pose para mis súbditos. Más adelante incluso, trabajando para *Vogue*, era capaz de ponerme un vestido de noche y fingir que estaba en una gala o en el ambiente que quisieran para la foto. Supongo que quizá eso se parece un poco a ser actriz. Cuando era pequeña tenía un nombre para describirlo.

—¿Cuál?

—Lo llamaba «mente en libertad». —Tose para disimular que se siente

avergonzada.

—«Mente en libertad», me encanta.

—Sí, bueno; Amélie no la tiene. Lo más seguro es que durante todo este tiempo haya estado pensando en ponerse una cataplasma de mostaza: eso era lo que reflejaba su expresión.

Man deja su taza de té.

—¿Posarías para mí?

Su voz suena ansiosa y a Lee le resulta excitante. Quiere decir que sí. Una parte de ella siempre quiere decir que sí, poder complacer a cualquier hombre que le pide algo. Además, está segura de que las fotos que le haría Man serían preciosas, probablemente mejores que las que cualquier otro le haya hecho nunca, y eso también le resulta tentador: ayudarlo a crear sus obras de arte. Pero posar para él, aunque sólo sea una vez, cambiará las cosas entre ellos. Le habrá entregado algo de sí misma, aunque él no lo vea de esa forma, y cada vez que la vea se acordará de cómo lucía ante su cámara.

—Lo siento, pero no puedo. Aún tengo mucho trabajo que hacer esta tarde.  
—Sus palabras flotan en el aire.

—Está bien. —El tono de voz de Man le da a entender que no piensa insistir más en ello. Vuelve a llenar su taza con la tetera y echa dos terrones de azúcar, luego dice—: He visto algunas fotos de ti. La semana pasada compré un número atrasado de *Vogue* para poder verlas.

Le viene a la mente una imagen de Man haciendo un alto en el quiosco de prensa internacional de camino al trabajo, pasando el dedo por las revistas que acumulan polvo al fondo del establecimiento, deteniéndose al ver una foto de ella. Buscándola, evaluándola... o quizá, ya se sabe, criticando la composición. Después se calaría firmemente el sombrero y saldría de la tienda con la revista firmemente enrollada y embutida en el bolsillo de su abrigo.

—¿Qué número era?

—Uno en el que salías vestida con satén negro y unas pieles, me parece. Y llevabas también unas perlas, una gargantilla. Una composición muy bonita, por cierto. En cualquier caso, está claro que tienes talento. Si cambias de opinión, me encantaría fotografiarte. —Apura el último sorbo de té y deja la taza ruidosamente en el plato, después se da una palmada en los muslos y dice—: Muy bien, vuelta al trabajo. —Y desaparece en su despacho.

Lee se queda un rato más sentada en el diván, tocándose el cuello como si

aún llevara aquellas perlas, intentando recordar en qué había estado pensando mientras le hacían aquellas fotos.

## 7

La nueva Rolleiflex de Lee tiene un rostro precioso; por ojos tiene dos objetivos perfectamente redondos y un visor de capuchón que parece un elegante sombrero. La lleva colgada del cuello con una correa corta y le cuesta creer lo ligera que es: no pesa ni un kilo con el carrete puesto. Cuando mira la pantalla de enfoque, juraría que a través del cristal los objetos se ven más nítidos que a simple vista, y descubre que prefiere ver el mundo encapsulado, contenido en el encuadre de una cámara.

Le cuesta trabajo creer que esta cámara sea suya, que se la ha comprado con la paga extra que le ha dado Man por Navidad. Man dejó el sobre apoyado contra la repisa de la chimenea del despacho con su nombre escrito al dorso en grandes letras redondas. Al abrirlo, lanzó una exclamación: era un regalo casi ridículo de tan generoso, extrañamente cercano al precio de la cámara a la que le había echado el ojo durante meses. Pero cuando le dio las gracias, llena de gratitud, casi avergonzada, aferrando el cheque entre los dedos como si temiera que Man fuera a pedirle que se lo devolviese, éste hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Un regalo caído del cielo merece otro —dijo, refiriéndose a un encargo nuevo e inesperado que acababa de recibir de sus clientes Arthur y Rose Wheeler.

—Es demasiado generoso —protestó Lee.

Ahora, con su cámara nueva en las manos, Lee se pregunta si este regalo supondrá una deuda con Man, si conlleva algún mensaje subliminal que no está entendiendo. Y no es sólo aquel cheque lo que la tiene intrigada: desde que Man le pidió que posara para él, algo ha empezado a crepitar entre ambos, cierta energía estática ha reemplazado lo que antes era un aire en calma. Pero no es capaz de averiguar quién de los dos la está generando. Hace sólo unos

días, Man se puso detrás de ella, que estaba sentada a su mesa, para leer el contrato que estaba tecleando en la máquina de escribir, y las mejillas de ambos se acercaron tanto que ella pudo sentir el tacto de su piel aun sin tocarla. De manera casi imperceptible, volvió la cara hacia él para ver qué hacía, y cuando vio que no se echaba ni un poco atrás, se sintió desconcertada. Pero seguramente no significó nada: Man siempre está inclinándose hacia ella para mostrarle cosas y hasta ese momento Lee nunca le había dado la menor importancia.

Lo frustrante es que Lee no quiere que cambie nada entre ellos. Eso fue lo primero que pensó cuando abrió el sobre que contenía el cheque: «Espero que esto no cambie nada entre nosotros.» Pero Man se mostró tan indiferente cuando ella le dio las gracias que optó por pensar que cualquier cambio que percibiera era producto de su imaginación.

Y luego, como para confirmar que su preocupación carecía de fundamento, cuando unos días más tarde llegó al trabajo ya con su cámara nueva, Man se quedó mirando el aparato y le dijo:

—Esta señorita está preciosa.

Sonriendo, le quitó la cámara de las manos y la acarició con la misma codicia que ella experimenta cada vez que toca ese cuerpo metálico, murmurando en voz baja acerca de sus prestaciones igual que un fanático del béisbol recita estadísticas. En ese momento, la electricidad entre ambos se disipó. Lee le señaló unos cuantos detalles en los que él no se había fijado y, al cabo de unos instantes, él le devolvió la cámara diciendo:

—Cuando quieras puedes usar el cuarto oscuro.

Lee le dio las gracias y le dijo que ya lo avisaría.

La Rollei es su amiga durante sus paseos: un par de ojos de mejor calidad que lleva colgando del cuello. Un gélido domingo, unas semanas después de Navidad, Lee coge la cámara y sale a deambular, dobla a la altura del boulevard Saint-Michel y luego gira a la izquierda para entrar en los jardines de Luxemburgo, cuyos anchos senderos de grava dividen el césped en bloques ordenados. Ha nevado un poco y todo aparece cubierto de un manto blanco. Al llegar al lago que hay en el centro del parque hace un alto para contemplar cómo nadan los ánades reales en la parte que aún no está cubierta de hielo. Hace un día tan sereno que apenas rayan la superficie del agua. Hay uno que se

ha aventurado por la otra orilla y Lee se mete en el blando lodo a observar cómo se mece arriba y abajo, arriba y abajo. Fotografía su cola, que sobresale del agua como si fuera un minúsculo iceberg.

Luego atraviesa el parque y va hasta la iglesia de Saint-Sulpice, cuyas columnas proyectan su delgada sombra sobre la fachada. Hace otra foto. De ahí se va al Café de Flore, donde se sienta a una mesa junto a la ventana para ver pasar a la gente envuelta en gruesos abrigos y bufandas. Se alegra de tomarse un café, calentito entre las manos; se alegra de tener el dinero suficiente para pagárselo; se alegra del trabajo que tiene, y de la cámara, y de saber que está aprendiendo algo durante el tiempo que pasa con Man. Cerca de allí hay una mujer sentada sola a una mesa, mirando en otra dirección. Lleva un peinado de ondas al agua y va vestida con una blusa blanca. A cada poco se lleva una mano al cuello y se lo masajea. Tiene las uñas en punta y pintadas al contrario de la manicura francesa: las puntas negras y el resto blanco. Su cabello es de un intenso tono rojo. Vuelve a frotarse el cuello; Lee le hace una foto.

Hace un día perfecto, frío y claro. Para cuando llega a Les Halles, ya ha consumido dos carretes de película. Se imagina las tomas que ha hecho: novedosas, originales, todas suyas. La música no es lo suyo, pero de camino a casa canta en voz alta sin importarle quién la oiga.

## LONDRES, 1943

Corre el año 1943 y la edición británica de *Vogue* tiene una nueva directora: Audrey Withers. Estudió en Oxford y ha ido escalando hasta ese puesto desde el departamento de finanzas. Es más diplomática que guapa, más espabilada que elegante. Con ella al timón, *Vogue* al fin despierta: huele la pólvora y deja de actuar como si la guerra no existiera. En vez de ordenarle a Lee que registre la última silueta de la temporada (cintura ceñida, falda con vuelo, escote corazón), le pide peinados de pelo corto para las trabajadoras de las fábricas, modos de mantenerse en forma en tiempos de guerra, diferentes estilos de uniformes femeninos. Lee hace que las modelos se recojan el pelo en redecillas y lleven zapatos planos; les pide que no miren a la cámara, que se sienten con las piernas separadas. Fotografía a bellas mujeres bajando a los refugios antiaéreos, pero con máscaras antigás, de modo que nadie pueda ver sus hermosos rostros.

Visita el Cuerpo Femenino de Defensa de la Patria, el Servicio Voluntario, el Real Servicio Naval Femenino. Saca fotos de mujeres que llevan colgados del hombro rifles más largos que sus piernas, con total naturalidad, como si fueran bolsos; de mujeres empaquetando paracaídas sumergidas en metros y metros de nailon, plegando la tela, acomodando las cuerdas: un trozo de tela que no se despliegue, una cuerda que se anude, podría significar la muerte de un ser querido, huesos hechos añicos, aire lleno de sangre y ceniza.

Por la noche, Lee arrastra a Roland hasta el Whitby, adonde suelen ir los fotógrafos de prensa. Así es como conocen a Dave Scherman, que trabaja para la revista *Life* y los conquista a ambos con su sonrisa de medio lado y su pícaro sentido del humor. Dave no tarda en mudarse a vivir con ellos en Hampstead. Está sin blanca y medio enamorado de Lee. Durante una temporada, ella tiene amoríos con los dos, y eso (tener dos hombres a su

disposición), sumado a sus nuevos encargos, casi basta para hacerla feliz.

Pero de pronto, una noche Dave llama a la puerta cuando Lee está a punto de acostarse, le muestra su acreditación de corresponsal de guerra y le cuenta que van a enviarlo a cubrir las hostilidades en Italia. Lee intenta sonreír, darle la enhorabuena, pero las palabras de Dave le llevan de vuelta la sombra negra que nunca ha sido siquiera capaz de nombrar. Se enfurece al notar que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Ojalá no te enviaran allí —le dice.

—No puedo quedarme en Londres, aquí no sucede nada. ¿Qué quieres que haga, enseñarles a los soldados a ponerse pintura de camuflaje con los dedos, como hace Roland? Me volvería loco, ¿tú no? —Y luego añade—: Tú también deberías solicitar una acreditación. Que te patrocine Condé Nast. Como estadounidense, tienes el mismo derecho que el resto.

Lee se ríe bajito, pero el silencio de la habitación amplifica el sonido.

—¿Soldado, yo? No, prefiero quedarme aquí tejiendo calcetines o recogiendo chatarra para el ejército.

En ese momento, las lágrimas se desbordan y empiezan a rodar por sus mejillas. Lee finge toser para poder secarse los ojos, pero Dave ya se ha percatado y hace ademán de abrazarla. Cree que está llorando por él y, como a ella no le importa, se lo consiente.

Unos días más tarde, Lee sigue pensando en lo que le ha dicho Dave. ¿Por qué no hacerle caso? Incluso se lo cuenta a Audrey para ver si *Vogue* estaría dispuesta a publicar sus fotografías. Audrey no se compromete, pero le dice que si es capaz de escribir artículos que acompañen las fotos quizá podría pensárselo.

Lee rellena los formularios de solicitud. Transcurridas cuatro semanas, recibe su documentación: será corresponsal de guerra como Dave, viajará con la 83.<sup>a</sup> División. Unos días más tarde le toman medidas para el uniforme: pantalón verde aceituna con bragueta de botones, camisa del mismo color, guerrera de lana tan gruesa como una manta de caballo e igual de favorecedora. Nada más ponerse el uniforme, se enamora de él, de cómo borra todas sus curvas, de todas esas capas de tela que dejan tan poca piel al descubierto.

Antes de que ambos abandonen Londres, le pide a Dave que saque su cámara, se abotona la guerrera hasta el cuello y se coloca junto a una ventana

para que la luz se refleje en las insignias con los colores de la bandera estadounidense que lleva en la solapa. No sonríe, no intenta parecer atractiva: por primera vez en su vida no lo necesita.

## 8

Aunque ya han pasado varias semanas desde que Amélie estuvo en el estudio llenándolo todo de gérmenes, a Lee no le cabe duda de que ha sido aquella chica quien le ha contagiado el resfriado. Tiene la garganta irritada y siente como si un líquido viscoso presionara sus ojos por detrás, pero igualmente ha salido a la calle con Man. Se seca los ojos llorosos cuando él no mira y procura no estornudar.

Man la ha invitado sin mayores ceremonias a acudir al salón literario, como si fuese común que pasaran las veladas juntos, y aunque se encuentra mal no ha podido negarse. La idea de ir por la calle del brazo de Man era, de por sí, mucho más atractiva de lo que hubiera querido admitir, incluso ante sí misma, pero la realidad es aún mejor: Man es amable y atento, le pone una mano en la espalda para guiarla cuando entran en la librería, la ayuda a quitarse el abrigo y después lo cuelga junto al suyo en el atiborrado perchero.

La sala está abarrotada de gente y de humo. Han apartado las estanterías para hacer sitio a las sillas plegables, pero nadie parece querer sentarse: la gente está reunida en pequeños grupos por todo el perímetro del diminuto espacio. Todos van bien vestidos, pero pocos están tan elegantes como Man, con su chaqueta cruzada y su sombrero nuevo de fieltro. A Lee siempre le han gustado los hombres que saben vestir y, de hecho, no puede evitar pensar que Man y ella forman la pareja más elegante de todas... pese a su resfriado. Procura dominarse. Lleva puesto un vestido nuevo de pana gamuzada azul pavo real, ceñido a la altura de las caderas y con pliegues que van ensanchándose gradualmente y se agitan alrededor de sus piernas al caminar. Antes de llegar le preocupaba ir demasiado formal, pero ahora no le importa destacar un poco: si existe una manera de sentirse mejor es poniéndose algo bonito.

Man pasea la mirada por la sala y Lee aprovecha para secarse rápidamente los ojos con el pañuelo. Al contrario que Man, no conoce a nadie. Se pregunta qué opinarán al verla con él, si es que opinan algo. Quizá por el resfriado, o por el jarabe para la tos que le han dado en la farmacia, con su incomprensible lista de ingredientes en francés, se siente un poco más vulnerable de lo habitual, como si sus emociones estuvieran a flor de piel. Se acerca un poquito más a Man y se pregunta qué pensaría si ella enlazase su brazo con el suyo; ¿le gustaría? Al fin y al cabo, ha sido él quien la ha invitado a ir allí. Pero Man no está mirándola, de modo que ella también se dedica a observar a la gente que abarrota la pequeña sala.

—¿Es André? —pregunta, al tiempo que señala con la cabeza a un individuo que se encuentra en el otro extremo de la estancia. Lleva la tupida cabellera castaña elegantemente peinada hacia atrás y está conversando con otro hombre, algo más bajo que él, y con una mujer alta y deslumbrante con los rizos rubios recogidos en un moño a la altura de la nuca. De camino hacia allí, Man le ha contado tres o cuatro cosas sobre los probables asistentes: una maraña de nombres masculinos que ahora se esfuerza por recordar. «André» es André Breton; Lee lo mira fijamente y piensa en los pocos detalles que Man le ha proporcionado: egocéntrico, interesado en la política, coleccionista de máscaras...

—Sí, es él —responde Man—, y el otro es Tristan, con quien hago la revista. La chica es Tatiana Ia... Yakovenka... Ilokovenka... —Man se encoge de hombros—. Nunca recuerdo bien esos nombres rusos. La llaman Tata. Se la ve por todas partes, sobre todo con Mayakovsky. ¿No conoces a André? Voy a presentártelo.

Lee acompaña a Man pensando en algo ingenioso que decir. Tristan abre el círculo y le estrecha la mano a Man.

—Nos preocupaba que no fueras a venir —le dice.

—No seas tonto —replica Man, y se vuelve ligeramente hacia Lee—. André, Tristan... mi nueva ayudante, Lee Miller.

Ambos saludan educadamente con un gesto de cabeza, pero Tristan, además, toma la mano enguantada de Lee y se la lleva a los labios, y luego, como si se hubiera arrepentido, da un paso adelante y la besa en ambas mejillas. Tata se limita a mirarla fijamente, frunciendo sus labios pintados de color rojo vivo.

—Encantada —les dice Lee a los dos hombres, sonriendo, pero la verdad es que está decepcionada. «La nueva ayudante...» Una más, de la que sin duda será una larga lista. Quizá debería coquetear con aquellos dos para que Man, al notar su interés, le haga caso. Pero antes de poder poner en práctica esa idea, empieza a notar un hormigueo en la garganta. Intenta que se le pase tragando saliva una y otra vez, pero la sensación es cada vez más intensa, y después de tragar unas cuantas veces más ya no puede contenerse: se aparta del grupo, se dobla sobre sí misma y empieza a toser con violencia en su pañuelo. Man pone cara de preocupación y le pregunta si quiere que le lleve un vaso de agua, pero ella lo aparta con un gesto, incapaz de hablar. Por fin, con voz ahogada, consigue articular una palabra: «baño», y Tata le indica la dirección con su elegante dedo.

Lee cierra la puerta del lavabo con el pestillo y, por fin sola, tose a sus anchas. Tras haber conseguido recomponerse (se ha limpiado el lápiz de ojos corrido, se ha puesto colorete en las mejillas), abre la puerta y ve una larga hilera de personas notablemente enojadas por lo mucho que les han hecho esperar. Mientras va abriéndose paso avanzando de costado, tiene que esforzarse para no pararse a pedirle disculpas a cada una.

Al acercarse de nuevo a la sala principal de la librería, se topa con un individuo que está apoyado contra la pared y le cierra el paso. Va vestido con una chaquetilla blanca abotonada hasta el cuello, como si fuera un cocinero, y lleva en el pecho un letrero sujeto con alfileres en el que ha escrito torpemente la frase: «Pregúntame por mis razones.»

—Disculpe —le dice Lee.

El hombre no se mueve.

—Discúlpeme —repite Lee y, al ver que el otro continúa sin moverse, se planta y le dice—: Muy bien, ¿cuáles son sus razones?

Su nariz es larga y puntiaguda, y tiene grandes ojeras. Lleva el pelo casi al rape, aunque algunos mechones aquí y allá hacen pensar que se lo ha cortado con tijeras. La mira atentamente y contesta:

—Un sueño de la infancia, una máscara, una mentira.

Su voz es profunda y áspera, y Lee, confundida, da un paso atrás.

—Ya, vale —responde.

—El arte, la danza de lo invisible. —Cuando habla, su boca se tuerce hacia un lado y dibuja un extraño óvalo. Sus labios son tan pálidos que casi

desaparecen en el rostro blanquísimo.

Lee se pregunta si no estará loco. Finge ponerse a toser para librarse de él y se abre paso para salir a la sala principal, donde Man la localiza casi de inmediato y se dirige hacia ella.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta—. Has tardado mucho en volver: la lectura está a punto de empezar.

—Estoy bien. —Lee se alegra de ver su rostro familiar—. Es que me he tropezado con un tipo rarísimo en el pasillo: lleva un letrero que dice «Pregúntame por mis razones» y he cometido el error de preguntárselas. Creo que está loco.

Man se alza de puntillas para mirar por dónde ha llegado Lee y suelta una carcajada.

—¿Te refieres a Claude?

Lee sigue su mirada y ve al individuo en cuestión, inconfundible, recorriendo el perímetro de la sala en dirección al pequeño escenario.

—Sí, a ése. No es difícil localizar a la única persona que lleva algo escrito en la ropa.

Man emite una risita.

—Claude es una mujer.

—¡No!

—Sí. —Man adopta una expresión casi maliciosa—. Yo tampoco lo sabía al principio: es un efecto que le gusta causar, siempre está actuando. André no deja de intentar que entre en el círculo, pero ella no quiere sumarse de manera oficial. Tiene un gran talento: escribe, hace fotos. De hecho, soy un gran admirador de sus autorretratos.

Antes de que Lee tenga ocasión de responder, André se sube al estrado improvisado al fondo de la sala y todos los presentes se movilizan para buscar una silla y tomar asiento. Declaman varios poetas, uno detrás de otro. Lee procura prestar atención, pero incluso cuando no está enferma le cuesta trabajo concentrarse en la poesía: su cerebro consigue seguir unos cuantos versos, pero a partir de ahí empieza a vagar y pueden pasar varios minutos antes de que se dé cuenta de que ha estado pensando en lo que ha desayunado ese día, en la conversación que ha mantenido con un taxista o en los zapatos que vio hace unos días en un escaparate. Observa a Man a escondidas: está inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas; los bolsillos de la

chaqueta le cuelgan de tantas cosas que lleva dentro. Tiene las manos entrelazadas y la barbilla apoyada en ellas. Algo en su postura atenta suscita la admiración de Lee, que vuelve a centrar la atención en los poetas participantes. Un mar proceloso... Ulises... cantos de sirena que parecen cascabeles sobre la superficie del agua: es un poema muy bello, ahora que lo está escuchando. Ulises se enrosca el cabello de las sirenas en torno al cuello, el cabello es música, pero lo está asfixiando, el mar lo atrae hacia las profundidades... y el poema termina.

La siguiente persona que sube a la tarima es Claude. A Lee le cuesta trabajo creer que es una mujer. Sube y permanece en silencio por unos instantes, mirando fijamente al público. Cuando empieza a recitar, su voz grave y áspera llena la sala.

—¿Qué... puedo... hacer?! —exclama para atraer la atención de los presentes. Todos permanecen mudos.

*¿En un estrecho espejo mostrar la parte por el todo?*

*¿Confundir el aura y las salpicaduras?*

*¿Mientras me niego a lanzarme contra las paredes, darme contra las ventanas?*

Entorna los ojos hasta cerrarlos casi por completo, y su boca es un agujero negro en la blancura de su rostro.

*Mientras espero ver con claridad todo esto, quiero darme caza, discutirme.*

*Quiero punzar, picar, matar, sólo con la extremidad más puntiaguda.*

*El resto del cuerpo, lo que venga después, ¡qué pérdida de tiempo!*

*No viajar sino en mi propia proa.*

Claude hace una pausa y enciende un cigarrillo. Nadie se mueve, y Lee descubre que está conteniendo la respiración. Ha olvidado el resfriado, sus ojos ya sólo se humedecen para proporcionarle una mayor nitidez a la escena. Claude expulsa una bocanada de humo en forma de anillo que se queda flotando en el aire por un instante hasta que vuelve a aspirarla por la boca. A

continuación, se da la vuelta y se quita la chaqueta, bajo la cual, sujeta con alfileres a la espalda de la camisa, lleva una fotografía de su rostro: un ojo intensamente maquillado con una sombra oscura, la mitad de la boca pintada imitando el arco de Cupido; del otro lado, el rostro sin maquillar, la piel limpia y blanca. Es hombre y mujer a la vez, y ni lo uno ni lo otro. Se queda quieta para que todo el mundo la pueda ver; a continuación, se lleva la mano a la espalda, coge la foto y la rompe limpiamente por la mitad. Deja caer los trozos al suelo antes de bajar del escenario entre los aplausos del público.

Más tarde, de regreso a casa, Lee se da cuenta de que, por primera vez en varios días, es capaz de respirar por las dos fosas nasales y de captar los olores: «Carbón encendido, castañas asadas», piensa, pero luego recuerda que las castañas asadas son de Nueva York, y que esta ciudad debe de tener otros olores de invierno que aún no puede identificar. Se le ha pasado el enfado por cómo Man la ha presentado a sus amigos y ahora está relajada y contenta.

Man camina a su lado, sus pasos siguen el ritmo de los de Lee.

—Me ha parecido sencillamente maravilloso —dice ella, y después añade en voz baja—: Gracias por invitarme.

—Ha sido un placer. Me ha encantado la lectura de Tristan, el poema de la rana.

Lee no recuerda el poema de Tristan.

—Claude me ha parecido la mejor: «No viajar sino en mi propia proa...» Es buenísimo, ¿no es cierto?

—Sí: es exactamente lo que André postulaba en el manifiesto —replica Man, y acto seguido suelta un largo monólogo sobre el surrealismo que Lee ya ha escuchado antes. «Mi propia proa», repite mentalmente. No está segura de haber comprendido del todo lo que quería decir Claude, pero no le importa. Simplemente desea ser la persona que esos versos la han hecho sentir: sola pero sin sentirse sola, sin necesidad de nadie, viviendo a consciencia.

—Creo que lo que me ha gustado de Claude —empieza otra vez cuando Man deja de hablar— es que parecía que le daba igual gustarle o no a la gente.

—No creo que la palabra «gustar» diga mucho de su obra.

—Quiero decir... —Lee se siente frustrada por no poderse expresar bien—. Supongo que... no sé. ¡Es que es tan fea...!

Man suelta una carcajada y Lee prosigue:

—No quería decir eso, no te rías de mí.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —replica Man en tono amable.

Cruzan una calle y Lee se percata de que el paso de ambos se ha acompasado a la perfección. Recorren un par de manzanas más en silencio. Ya están cerca de casa, y las calles y las tiendas, cerradas y oscuras a estas horas de la noche, empiezan a resultarle familiares.

—Ay, Dios —se queja, y a continuación estornuda varias veces seguidas. Saca el pañuelo, ya empapado, y se lo pasa por la cara.

—Pobrecilla —le dice Man, que saca su propio pañuelo y se lo ofrece—, te he obligado a pasar demasiado tiempo en la calle. Te acompañe a casa. Vives cerca de aquí, ¿verdad?

—Dos calles más allá.

Lee aferra el pañuelo de Man. Cuando llegan a la puerta de su hotel, Man le dice:

—¿Estarás bien sola?

—Sí.

—Bueno —dice Man, aunque no parece convencido—. Mi madre siempre recomienda tomar un ponche caliente y abrigarse con una bufanda. Yo nunca le hago caso en lo de la bufanda, pero el ponche me sienta bien. Aquí lo preparan con Lillet.

—Suena bien.

—Puedo traerte uno. —Man otea la calle vacía: un poco más abajo hay un bistró cerrado.

Lee se esfuerza en sonreír.

—Me encuentro bien, lo único que necesito es irme directamente a la cama.

—Claro.

Están de pie en el mismo peldaño. El súbito silencio entre ambos resulta incómodo, Lee lo rompe con otro ataque de tos. Le da la espalda a Man y tantea con la llave la cerradura de la puerta; cuando logra abrirla, le dice adiós con la mano porque no se le ocurre nada más que decir.

—Mañana quédate en la cama si no te encuentras bien —le dice Man—, no te preocupes por el trabajo.

Lee entra, cierra la puerta con llave y se apoya contra ella. De pronto, de

manera inexplicable, los ojos se le llenan de lágrimas calientes. Sorbiéndose los mocos y dando traspiés, atraviesa el vestíbulo oscuro y sube a su habitación. Allí se desviste rápidamente y se mete en la cama. En contraste con el calor de su mejilla, la almohada está fría, y no tarda en humedecerse a causa de las lágrimas que continúan resbalando por su cara.

La despiertan unas voces en el piso de abajo. No tiene ni idea de cuánto tiempo puede haber pasado. Oye a la propietaria del hotel, madame Masson, discutiendo con alguien entre sonoros susurros. Se da la vuelta e intenta volver a dormirse, pero de repente llaman a la puerta de su dormitorio. Se echa una manta sobre los hombros y, al abrir, se encuentra a madame Masson en el pasillo.

—Ah, está usted despierta —dice madame—. Acaba de venir un caballero a traerle esto. —Le tiende una taza.

Lee, confundida y soñolienta, la coge.

—¿Aún está aquí ese caballero?

—Lo he despedido: es demasiado tarde para recibir visitas. —Lanza un suspiro dramático y reprobatorio.

Lee va con la taza hasta la ventana y otea la calle, que está oscura y vacía.

Vuelve a la cama con la taza entre las manos. Lillet y whisky, dulce y amargo. Va bebiendo lentamente y se sorprende al descubrir que, por segunda vez esta noche, se le llenan los ojos de lágrimas. Se imagina a Man andando por la calle con la taza en la mano, derramando líquido en el platillo. La ternura de ese gesto. Aunque el ponche ya se ha enfriado, el sabor ardiente del licor le recorre todo el cuerpo.

A la mañana siguiente, no se encuentra mejor. Pese a que en su habitación hace un frío de muerte, sus sábanas están empapadas de sudor. Cuando el débil sol de enero se ha elevado lo suficiente en el cielo para que su luz atraviese los visillos, Lee se ata el cinturón de su arrugada bata y, con paso inseguro y compadeciéndose de sí misma, baja a la cocina, pone agua a hervir y lava la taza que le llevó Man para poder utilizarla de nuevo.

En la cocina hace frío, y el fregadero está lleno de platos de otra persona. Lee no soporta la suciedad, de modo que coge la taza y decide volver a su habitación, pero justo cuando está empezando a subir la escalera madame Masson la llama desde su oficina para comunicarle que tiene correo.

¡Correo! Una carta de su mejor amiga, Tanja, y otro sobre, más pequeño y menos abultado, en el que la sorprende reconocer la letra de su padre: no había vuelto a tener noticias de él desde el telegrama que le envió tras el anuncio de Kotex; sin embargo, es su letra, alta y angulosa, la que aparece en este sobre de color crema. Se lleva la carta a su habitación y vuelve a meterse en la cama.

Siente curiosidad por saber qué quiere decirle su padre. No obstante, empieza por la carta de Tanja, que ocupa varias páginas y está escrita con una letra vacilante, como si la hubiera redactado a bordo de un tren en marcha. Tanja lleva de viaje por Europa casi el mismo tiempo que ella lleva viviendo en París, pero acompañada por una carabina: la señora Basingthwaite. Sus cartas parecen extractos de una novela de Anita Loos, llenas como están de incongruencias y chismorreos.

*La semana pasada hice un viaje en coche verdaderamente agotador por el sur de España con un hombre que había conocido en Sevilla. Fuimos a Ronda (no recuerdo si tú has estado, ¡vaya puente precioso que tiene!), pero mi acompañante conducía como si estuviéramos echando una carrera a campo través en vez de estar prácticamente asidos con las uñas a la falda de una montaña. Además, tenía una especie de gafas, o prismáticos de ópera, que llevaba todo el tiempo sobre las rodillas, lo cual me resultó de lo más raro. ¿Qué pretendía? ¿Observar las aves y conducir al mismo tiempo? Pero de pronto desenroscó una de las «lentes» y ¡bebió un trago larguísimo! Entonces fue cuando pensé que, después de todo, tal vez la señora Basingthwaite no era tan tonta y me convenía conocer un poco mejor a mis acompañantes antes de embarcarme con ellos en un viaje transcontinental.*

Lee se echa a reír, pero sufre un acceso de tos y se ve obligada a dejar la carta durante unos momentos para buscar un pañuelo. Se imagina a su amiga sentada en la cama con ella, con el pelo metido descuidadamente por detrás de las orejas y una gran sonrisa en el rostro.

Lee se ha mostrado mucho más circunspecta en sus últimas cartas. La más reciente, que le envió a Tanja hará más o menos una semana, había empezado siendo un relato de su nueva vida, pero a medida que iba escribiendo, la

anécdota de la extraña mujer aristocrática que vive en la planta baja de su hotel se transformó en una descripción de la foto que le tomó Man a cierto aristócrata, y después de las fotos que Man le hizo a Duchamp, y luego en toda una relación de las costumbres de Man, y no tardó en llenar cuatro páginas en las que mencionaba el nombre de Man hasta en diecisiete ocasiones. Así que rompió la carta y volvió a empezar, esta vez más comedida, y le explicó a Tanja una nueva técnica fotográfica que había aprendido en el estudio, y mencionó a Man sólo en una ocasión, para decir que era un profesor excelente.

Tanja sacó a colación el tema al final de su carta:

*Me alegro por ti: qué gusto que el plan esté saliendo bien. Cuando te fuiste de Nueva York no me pareció tan buena idea. Aquí tenías una vida maravillosa y yo te imaginaba viviendo en un callejón de París, sin un céntimo, con un adicto al opio que te dejaría sola todo el día. Seguro que te suena un poco exagerado, pero estaba preocupada por ti. Sin embargo, al leer tus cartas me parece que hiciste bien: estás haciendo lo que siempre has querido y me alegro de que tengas la oportunidad de aprender con una persona de tanto talento como parece ser Man Ray.*

Lee se termina el té y a continuación abre la carta de su padre. Ocupa una sola hoja escrita por ambas caras y comienza con palabras cordiales. El encendido de las luces del árbol de Navidad de Poughkeepsie ha contado con una gran afluencia de público; a su hermano Erik lo han ascendido a asesor técnico en Carrier y ahora está al cargo de una división entera. Lee le da la vuelta a la hoja y continúa leyendo.

*El mes pasado, tus hermanos y yo fuimos al cementerio, y ambos me comentaron lo triste que fue ir a ver a tu madre sin que estuvieras tú. Yo le expliqué a Ellen que, aunque estuvieras lejos, siempre pensabas en ella.*

*Nos acordamos mucho de ti y esperamos que te esté yendo bien. He avisado a todo el mundo de que pronto veremos fotos tuyas en todas las revistas, tal como me dijiste. Cuando publiques una, no te olvides de escribirme, para que no me la pierda. Hablando de publicaciones, en una pequeña revista que edita la Sociedad de Arquitectura de Poughkeepsie acaban de aparecer unas cuantas fotos*

*que hice del bonito edificio nuevo estilo art déco que hay en Cannon Street. Espero que esto lleve a nuevos encargos. Te adjunto unas copias para que puedas ver mi trabajo.*

Lee se limpia la nariz con el pañuelo. Se siente ligeramente culpable por no haber estado en la visita a la tumba de su madre, sobre todo porque su padre debió de ponerse muy triste. Nunca tuvo una relación demasiado estrecha con su madre, que, para colmo, sintió una profunda envidia de la belleza y el éxito de su hija cuando ésta empezó a trabajar como modelo.

Pero no es el sentimiento de culpa que le provoca lo que irrita a Lee de la carta, sino que su padre le cuente que ha publicado algunas fotos. Relee esas líneas, pero ni siquiera saca las copias del sobre. Su padre ha logrado publicar antes que ella. Muy propio de él, no escribirle hasta tener algo que contar sobre sí mismo. Además, no le hace ni una sola pregunta: simplemente supone que todavía no habrá publicado nada, e incluso mete el dedo más hondo en la llaga recordándole que en casa todo el mundo está esperando a ver si tiene éxito. Para su padre, Lee es una desilusión. El brote de envidia y rabia que ha sentido al leer sus palabras se transforma en frustración.

Rememora estos últimos meses, el tiempo que ha perdido utilizando el cuarto oscuro de Man. ¿A qué estaba esperando? Ser su ayudante se ha convertido en una especie de costumbre: su propia obra es algo que vive en carretes sin revelar. Qué insensatez. «Quiero viajar “en mi propia proa”», se dice, y vuelve a bajar de la cama, sale al pasillo y marca el número de teléfono del estudio de Man. Espera impaciente a que le pasen la comunicación. Por fin, Man contesta.

—Quería darte las gracias por traerme el ponche anoche —le dice con voz ronca y rasposa.

—No ha sido nada. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien, pero seguro que estaré mejor pronto —responde; luego carraspea y agrega—: Tengo que preguntarte una cosa. Cuando esté de vuelta, un día que no tengamos demasiadas citas, quisiera revelar unos carretes si no es molestia. —Odia parecer tan sumisa y hace un esfuerzo para no decir nada más.

—Me parece que ya te dije que podías utilizar el cuarto oscuro cuando quisieras.

¿Suena verdaderamente interesado o meramente paternalista? Lee no sabe distinguirlo, así que continúa presionando:

—Sí, supongo que sí. Sólo son unos pocos carretes. Sé cómo se hace, no será necesario que me ayudes.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Mi padre me lo enseñó unas cuantas veces...

—Pero nunca lo has hecho sola.

—No, sola no.

—Ah. —Incluso por teléfono ha percibido su sonrisa satisfecha—. ¿Y esas fotos son importantes?

Lee hace memoria de las cosas que fotografió el otro día, durante su paseo por la ciudad.

—Para mí, sí.

—Creo que debería revelártelas yo, y luego tú puedes imprimirlas.

—¿Cómo voy a aprender si no lo hago yo misma?

Se hace un silencio en la línea y después Man vuelve a hablar.

—Tienes razón —concede—. Déjame que la primera vez te ayude yo: ya sabes aquello que dice «enseña a un hombre a pescar y...».

—Te lo agradezco. —Lee traga saliva y termina por toser, así que separa la cara del auricular. Cuando vuelve a acercarse, Man le está preguntando si necesita algo.

—No, no, estoy bien.

Se mantienen en la línea unos segundos más. El silencio es tan denso que podría cortarse con un cuchillo.

—Gracias otra vez por el ponche —dice Lee por fin.

—No fue ninguna molestia.

Trata de pensar en lo lejos que debió de ir para conseguir aquel ponche, lo que debió de decir para convencer a los dueños del café de que le permitieran llevarse la taza.

—Bueno, estaba delicioso.

—Cuídate mucho, Lee —le dice Man.

En cuanto cuelga el teléfono, Lee se da cuenta de que nunca hasta ahora la había llamado por su nombre de pila.

## 9

Al día siguiente, Lee se despierta con la cabeza despejada. Es un verdadero regalo tener la energía suficiente para llevar a cabo las tareas cotidianas. ¿Por qué no sabe apreciarlo cuando se encuentra bien? Tararea para sus adentros mientras se arregla para ir al estudio, luego baja con agilidad los escalones hasta la puerta del hotel. Lleva los carretes guardados en el bolso. Echa a andar y admira el contraste entre sus zapatos de ante sin cordones y las losas del pavimento.

Hace un día estupendo y la ciudad parece a su alcance. El aire de invierno es fresco y tonificante. Al llegar a la esquina de la avenue du Maine con la rue des Plantes, hace una parada en su puesto callejero favorito para comprar un *croque monsieur*. Se quita los guantes para retirar el papel encerado del envoltorio, y en cuanto empieza a comérselo se siente llena de resolución y benevolencia. A Man se le está terminando el papel fotográfico y para llegar a la tienda tiene que desviarse más de un kilómetro de su camino, así que se pondrá contento cuando vea que ella se ha preocupado de ese detalle. Lee se dirige hacia el distrito de Vaugirard satisfecha consigo misma. Decide tomar un atajo por el pasaje Dantzig y se detiene un momento a contemplar La Ruche, con su peculiar estructura redonda y los enormes toldos que cuelgan sobre las ventanas como si fueran párpados entrecerrados. Como siempre, hay unas cuantas personas apiñadas cerca de la entrada. Probablemente sean mendigos o borrachos, aunque también podrían ser artistas que han vuelto demasiado tarde a casa para que los dejen entrar en sus ateliers.

Lee cruza el callejón y deja lo que le queda de sándwich junto a un hombre que duerme bajo una basta manta de color marrón. «Yo podría ser ese hombre», se dice: si Man no la hubiera contratado, a lo mejor estaría viviendo de ese modo, en la miseria de La Ruche, con todos los demás artistas muertos

de hambre. Mete una mano en el bolso para tocar los carretes y se siente profundamente afortunada.

Ya es media tarde cuando Man declara estar listo para ayudar a Lee en el revelado de sus carretes. Ella está en el pasillo esperándolo, igual de emocionada que en su primer día de colegio. El cuarto para revelar, situado casi al fondo del pasillo, era un armario de escobas. Dentro, Man ha instalado un tablero a la altura de un mostrador y encima una pequeña balda donde reposan frascos y cubetas cuidadosamente apilados.

Lee entra en el cuarto, seguida de Man. Si ya hay poco espacio para una sola persona, con dos resulta claustrofóbico. La única iluminación es la que proviene de un quinqué colocado encima del tablero. Man cierra la puerta y corre una cortina negra y gruesa vigilando que la tela quede bien repartida en el cortinero. El cuarto es tan pequeño que Lee no puede siquiera apoyarse en la pared sin rozar a Man. Se pasa la lengua por los dientes, un tic nervioso, y procura dejarle espacio para maniobrar.

Man está en su faceta de profesor.

—Nuestra herramienta es la luz —dice—. La película no es más que una superficie que sirve para capturar y retener la luz pero, hasta que la hemos revelado, el exceso de luz es su peor enemigo. —Mientras habla, va alineando los materiales en la mesa, donde unas cintas negras indican el lugar que debe ocupar cada cosa—. Pon siempre los materiales en el mismo orden, de lo contrario acabarás dando vueltas para encontrarlos y alguno se te perderá. Ponlos siempre en el orden en el que vayas a usarlos: película, abrelatas, tijeras, cronómetro, revelador, paro, fijador y agua. —Le toca el hombro y se sitúa detrás de ella en una danza que resulta torpe dentro de ese exiguo espacio—. Antes de apagar el quinqué, cierra los ojos y ve tocando todas estas cosas para que memorices dónde están.

Con los ojos cerrados, Lee va pasando las manos por cada uno de los accesorios. En el cuarto reina el silencio, salvo por el siseo de la mecha del quinqué.

—¿Preparada? —pregunta Man.

Cuando Lee responde que sí, él se inclina y sopla para apagar el quinqué. La llama se transforma en un punto de luz roja y finalmente se extingue. El cuarto se llena de olor a humo. Por supuesto, Lee ya sabía que iban a estar

completamente a oscuras, pero por alguna razón la oscuridad le parece mayor de lo que esperaba: es una oscuridad densa y viva; la temperatura es más alta que cuando la luz estaba encendida. Nota que Man está detrás, pero no puede verlo. La mano de él está suspendida sobre la suya, su piel irradia calor.

—Tienes que cogerle el truco. El revelado les da muchísimos problemas a la mayoría de los fotógrafos. Puede que hagas las mejores fotografías del mundo, pero si no sabes revelarlas como es debido, más te valdría no haberte tomado la molestia de hacerlas.

Lee tiene una mano apoyada en la lata, la mano de Man está justo por encima de la suya. Lee mueve la mano y, con el dorso, roza la palma de Man. Al instante, la mano de él, caliente, seca y un poco áspera, cubre del todo la suya y Lee ya no es capaz de pensar en otra cosa que no sea en esa mano y su proximidad. Es así de simple: antes no estaba pensando en él, ahora sí. Tiene que sacudir la cabeza para volver a centrar la atención en lo que le está diciendo.

—Coge el abrelatas y abre la lata —la instruye Man.

Lee sigue sus instrucciones. Tiene que probar unas cuantas veces hasta que consigue alinear el abridor con el borde de la lata, pero no tarda en hacerse con ello y lograr levantar la tapa con un chirrido metálico.

—Bien —continúa Man—, ahora saca la película, pero sin dejarle tus huellas. ¿Notas que el extremo es más delgado? Ahí es por donde hay que empezar. Tienes que cortar esa parte y después sujetar la película por los extremos para poder introducirla en las cubetas.

Lee busca a tientas las tijeras, Man se aparta un poco para dejarle sitio.

—Creo que ya está —anuncia Lee. Nota la respiración de Man, que casi la está abrazando para supervisar lo que hace; ahora que el humo del quinqué se ha disipado, percibe el aroma a madera de su loción de afeitar. Es algo muy íntimo... Lee no había pensado que sería así. Ahora le resultaría muy fácil volverse y encararlo: una parte de ella siente curiosidad por saber qué pasaría, cómo sería tocarlo de verdad. Pero es sólo la influencia de la oscuridad; lo que ella quiere es revelar sus fotos, que salgan bien.

—Excelente —dice Man—. Ahora pon en marcha el cronómetro y sumerge la película en el líquido revelador. Muévela, para que toda pase la misma cantidad de tiempo en la solución. Basta con unos minutos: yo suelo contar hasta doscientos y después la paso al baño de paro.

De nuevo, Lee sigue sus instrucciones. Busca el cronómetro en la oscuridad y lo pone en marcha; luego se hace con los dos extremos de la película y procura moverla en el agua con suavidad. Una vez mojada, se vuelve resbaladiza; cuando intenta sujetarla de otro modo, se le escapa de las manos y cae al suelo.

—¡Oh, maldita sea! —Lee se ha quedado mortificada. Si no estuvieran a oscuras, él podría ver que se ha sonrojado.

—No pasa nada —le dice Man, con paciencia—. No muevas los pies, no vayas a pisarla.

—Pero seguro que se ha llenado toda de polvo y...

Man se ha agachado detrás de ella; puede oír sus manos por el suelo. Su cabeza está a la altura de sus muslos. Lee se queda de pie sin hacer el menor ruido, procurando no moverse ni un ápice, terriblemente consciente de dónde está la cabeza de Man.

—Tranquila, hay cosas peores.

Lee suspira.

—¿Como qué?

—Que te encarguen hacerle unas fotografías a Pablo Picasso y, cuando crees que has hecho las mejores tomas de toda tu carrera, te las arregles para confundir el revelador con el baño de paro y al final no puedas salvar ni una: eso es mucho peor.

Mientras habla, Man ha encontrado la película. Se incorpora y, con su mano libre, recorre el antebrazo de Lee hasta alcanzar su mano. Lee siente un escalofrío. Man le coge la mano durante un tiempo que ella considera excesivo. Lee permanece totalmente quieta hasta que, por fin, Man le devuelve la película.

—¿Y qué hiciste? —le pregunta.

—Invité al maestro a tomar una copa en su bar favorito y le supliqué que me permitiera ir al día siguiente a su casa para tomarle otras fotos.

—¿Y accedió?

—Pues sí, ya te enseñaré las fotografías.

Lee sostiene la película y empieza a sumergirla de nuevo en la cubeta. El cronómetro le parece un tercer corazón que latiera en el cuarto junto a los de ellos. Deja exhalar un profundo suspiro.

—Ya casi está. Quizá un minuto más y después pásala al paro.

Mientras lo hace, Lee vuelve a sentir las manos de Man sobre las suyas. Esta vez resulta menos sorprendente. Permite que Man la guíe; la película se mueve con suavidad cuando la sujetan entre ambos. Dura sólo unos momentos, pero parece más tiempo. Cuando introducen la película en la última cubeta, el cronómetro se ha detenido y el cuarto está en silencio.

—Un trabajo excelente —dice Man, y Lee sonrío en la oscuridad.

Sin pensarlo demasiado, desliza la mano hasta encontrar la de Man y estrechársela.

—Gracias.

—No hay de qué. Estás aquí para aprender, además de trabajar.

—Ya lo sé... pero igualmente gracias.

—De nada. —A Lee le gusta cómo suena su voz, tranquila y un poco rasposa. Siente el impulso de decirle algo más, pero no se le ocurre nada. Al final, Man pregunta—: ¿Lista para la luz?

—Lista —responde Lee, pero no está lista en absoluto. Ojalá pudiera quedarse horas dentro de ese cuarto oscuro. Cuando Man se da la vuelta, Lee juraría que la roza innecesariamente.

Man descorre la cortina y abre la puerta; la súbita claridad la hace sobresaltarse: le trae a la mente la sensación de salir de un cine tras ver una película, la confusión de volver a encontrar el día tal como lo habíamos dejado.

Observa a Man bajo la intensa luz del pasillo: tiene unas líneas de expresión a ambos lados de la boca en las que nunca se había fijado y, cuando baja la cabeza, advierte la impecable raya que se ha hecho en el pelo. Lo imagina de pie ante el espejo del cuarto de baño, aseándose por la mañana. Hay algo muy privado y vulnerable en esa línea blanca que le cruza el cuero cabelludo, y al pensarlo la embarga una oleada de emoción que le provoca un sofoco y la obliga a bajar la mirada.

—Tengo varios carretes más que revelar —le dice ella mirando al suelo.

—Muy bien, ¿necesitas ayuda? —El tono que emplea es totalmente profesional. Al mismo tiempo se coloca el reloj en la muñeca y observa la esfera.

Lee no sabe qué pensar: antes se lo veía deseoso de ayudarla, ahora, en

cambio, parece tener ganas de marcharse.

—No, puedo hacerlo yo.

—Bien. Tengo que... Si me necesitas, estaré en el despacho.

Acto seguido, da media vuelta y se marcha por el pasillo.

Lee vuelve a entrar en el armario que sirve de cuarto oscuro. Una parte de ella quiere pedirle a Man que la ayude. Piensa en su cuerpo detrás del de ella. Man posee algo eléctrico, una energía contenida que le da vida y hace que la gente, incluida ella misma, quiera estar cerca de él. Pero no está interesado en ella. Si hay algo que a Lee se le da bien, es saber cuándo un hombre siente interés, y, salvo por lo de haberle llevado el ponche caliente, Man no ha dado ninguna de las muestras de interés a las que está acostumbrada.

Abre la siguiente lata e introduce la película en el líquido revelador con un movimiento rítmico, adelante y atrás. Una vez que ha terminado con todos los carretes, enciende la luz del techo, levanta los rollos de película y los mira. Al principio y al final de cada rollo hay varias imágenes que parecen estar a medio revelar, pero cuenta por lo menos cinco o seis que sí han salido bien. Está la fotografía del lago, la de la mano de la mujer... Se trata de negativos, de modo que el pato es un pegote blanco sobre el fondo negro del agua, y las uñas de la mujer son manchas oscuras que contrastan con el intenso blanco de su cabello. Todavía no sabe si son buenas fotos, aunque por el momento lo único que le importa es que son suyas.

Cuelga los negativos en el cordel para que se sequen y de repente se sorprende al ver que ya son las cinco: el día ha pasado volando. Vuelve al estudio y se dirige al despacho de Man pensando en pedirle que la acompañe a tomar una copa para celebrar este pequeño logro: las primeras fotos que ha revelado ella sola. ¿Por qué no? Sin embargo, el despacho está vacío, al igual que el salón. Su euforia se desinfla como un globo pinchado. ¡Con las ganas que tenía de compartir su alegría con alguien! A lo mejor, Man ha salido a fumar un cigarrillo.

A fin de pasar el tiempo, se pone a investigar los libros de la biblioteca: hay decenas de tomos de literatura y revistas de arte, una balda entera dedicada a clásicos que está segura de que Man no ha leído nunca y unas cuantas novelas. Hay incluso una edición italiana de *El amante de Lady Chatterley*, un libro del que ha oído hablar, pero que la sorprende encontrar en la biblioteca de Man. Se siente tentada de hojearlo un poco en busca de los

pasajes más sucios, pero desiste al imaginar cómo se sentiría si Man la pillara.

En vez de eso, se tumba en el sofá y se queda contemplando el techo. En su vida ha habido muchos hombres, más de los que admitiría en público y más de los que ha admitido jamás incluso ante sus amigas más íntimas. Cuando tenía catorce años conoció a un muchacho llamado Harry en una panadería del centro de Poughkeepsie. Ella estaba comprando unos panecillos para la cena del domingo y él estaba detrás, en la fila. Tenía unos ojos dulces y castaños, rematados por negras pestañas. Aquella no fue la primera vez que reconoció el poder que tenía sobre los hombres, pero sí la primera que se sirvió de dicho poder de manera consciente. Sin el menor pudor, le preguntó a aquel chico si le apetecía verse con ella al día siguiente frente a su colegio, a la hora del almuerzo. Con Harry descubrió que las técnicas de coqueteo que había aprendido en las novelas baratas funcionaban de verdad, así que se mordió el labio, agitó las pestañas y apoyó delicadamente la mano en el antebrazo de él mientras paseaban, y también le dijo que parecía muy fuerte. Fueron a un granero abandonado en el bosque detrás del colegio, y le gustó la sensación del cuerpo de Harry apretado contra el suyo. Lo tocó por todas partes; con curiosidad, pero también con un extraño desapego: como si estuviera flotando por encima de ambos cuerpos, viéndose a sí misma y diciéndose: «Así es el estómago de un chico; esto es lo que se siente cuando te pasa la mano por toda la espalda.» No hicieron nada más que manosearse, pero aun así aquellos recuerdos se le quedaron grabados a fuego.

Espera casi una hora a que regrese Man, y por fin, ya demasiado nerviosa para seguir allí quieta, esperando, decide irse sola.

Unas calles más abajo hay un bar llamado el Bateau Ivre. El edificio hace honor a su nombre («el barco ebrio») porque es ancho, bajito y se inclina a un lado como alguien que apenas se tiene en pie. Man se lo ha mencionado: es uno de sus lugares favoritos. Lee, sin embargo, se encamina allí intentando convencerse de que no abriga ninguna esperanza de encontrárselo, de que ha escogido ese bar más por comodidad que por otra cosa. El Bateau Ivre tiene seis mesas en la calle que, debido al frío invernal, están desocupadas, y en el interior tampoco hay clientes. Hace varias décadas lo decoraron para que pareciera un yate: una embarcación de placer. Lee sube por la escalera de

caracol niquelada que lleva a la segunda planta, donde la camarera, una mujer como un palillo y vestida con un vestido gris y un delantal negro, está sentada a la barra con un vaso de vino.

Lee se sienta un poco más allá y se quita el sombrero. Deja la Rollei sobre la barra y la acaricia, una costumbre que la reconforta.

—¿Quiere una copa? —pregunta la mujer.

—Pernod.

La camarera se baja de la banqueta, va detrás de la barra, se inclina sobre la nevera y llena de cubitos de hielo un vaso pequeño antes de verter encima el licor. Los cubitos crujen a medida que van derritiéndose.

Lee da un buen trago. El frío del líquido y el calor del licor le producen, mezclados, una sensación familiar y placentera.

El vaso, que hasta hace un momento estaba guardado dentro de la nevera, está cubierto de una capa de escarcha en la que Lee dibuja con la uña. La euforia por lo de las fotos ya se le ha pasado. Cuando se imaginaba viviendo en París, se veía a sí misma participando de inmediato en los círculos bohemios sobre los que tantas veces le había advertido su padre. Pensaba que París sería más abierto que Nueva York, más acogedor; pero ahí está, aún sola.

La camarera ha estado todo el tiempo mirándola fijamente, con descaro, hasta que por fin le dice:

—Su cara me suena, ¿es usted actriz?

—No, trabajo aquí al lado: soy fotógrafa o, más bien, estoy estudiando fotografía. Mi maestro, Man Ray, viene de vez en cuando por aquí.

—¡Ah, claro! —Al instante, la camarera cambia de actitud—. Aquí todos lo conocemos. Suele pedir un Lillet con una rodaja de naranja.

—Supongo.

—Pero usted está haciéndole de modelo, ¿no?

—No, soy su ayudante.

La camarera se echa a reír.

—¿Y qué opina Kiki de eso? —dice.

—¿Kiki? —pregunta Lee, pero tan sólo con pronunciar ese nombre ya sabe quién es: la K del libro de cuentas.

La camarera ríe de nuevo, esta vez más alto, y después se vuelve hacia

atrás, en dirección a la cocina, y grita algo en francés, aunque demasiado rápido para que Lee llegue a entenderlo. Alguien le devuelve el grito y luego tararea una *chanson* a toda voz.

—¿Que quién es Kiki? —pregunta la camarera—. ¿Trabaja usted para Man Ray y no sabe quién es Kiki?

Lee no contesta: aquella mujer ha logrado que se sienta avergonzada, como si no pudiera sentir como propio ni siquiera el trocito de París en el que se ha instalado.

El hombre que estaba en la cocina sale de allí y él y la camarera empiezan a cantar la *chanson* a dúo añadiendo una especie de baile indecente. La camarera mueve los hombros y se contonea adelante y atrás, y el hombre le enseña la lengua con gesto lascivo hasta que ambos se dejan caer contra la barra riéndose a carcajadas.

El hombre se vuelve hacia Lee levantando los brazos.

—Puede ver nuestro próximo espectáculo el sábado por la noche en Le Jockey: ¡«Hortense y Pierre de Montparnasse»! —exclama, y acto seguido vuelve a meterse en la cocina sin parar de reír.

—No nos haga mucho caso —dice la camarera—, es que hemos visto actuar a Kiki hace unos días.

—¿Es bailarina? —Lee recuerda las facturas del sastre y del sombrerero.

—¿De verdad no sabe quién es? Es bailarina, musa, cantante... De todo. Hay quien dice que es la mujer más bella de todo París. Lleva ya varios años con Man Ray, y lo trata fatal, por lo que cuentan. Pero es que Kiki puede tratar a la gente como se le antoje; es así.

Lee hace un gesto afirmativo con la cabeza, coge su Pernod y se va hacia una mesa que hay en un rincón desde el que puede contemplar la calle desde arriba. Se ha levantado a la mitad de la conversación, pero le da lo mismo haber sido maleducada.

De modo que ésa es la misteriosa K: la bella cantante de un tugurio. Y lleva varios años con Man. Le gustaría saber si le ha servido de modelo, le gustaría saber si las cosas habrían sido distintas de haber accedido ella misma a hacer de modelo la primera vez que Man se lo pidió. No han vuelto a tocar el tema, y de repente le han entrado ganas de que se fije en ella, de que la quiera a ella. Recuerda la mano de Man sobre la suya, su cuerpo detrás del suyo en la oscuridad. ¿Qué habría pasado si se hubiera dado la vuelta y

hubiera acercado sus labios a los de él? ¿La habría besado?

Pide otra copa y luego otra más, y se las bebe tan poco a poco que pasa varias horas en el local. Mientras está ahí sentada, con la mirada perdida en la calle, el bar va llenándose de gente. Cada vez que ve asomarse una cara nueva por la escalera, alimenta la leve esperanza de que sea Man, pero todas son personas desconocidas: mujeres con medias de nailon enrolladas a media altura y pelo a lo *garçon*, hombres con americanas de solapa ancha y sombreros de fieltro ligeramente ladeados. Llegan en parejas o en grupos, se sientan a la mesa tan cerca unos de otros que incluso se rozan con el hombro, pero no se percatan de nada que no ocurra dentro de su propio círculo.

Justo entonces, por la escalera de caracol aparece un hombre que se va directo hacia la barra. Luce un fino bigote y viste un traje de paño gris. Deja su sombrero boca arriba sobre la barra y lo hace girar con los dedos, como una peonza, al tiempo que pasea la mirada por el local. Su pelo perfectamente engominado refleja la hilera de luces de la sala. Su corbata, ancha y a cuadros de tonos naranja y rojo, hace pensar a Lee que debe de ser estadounidense: un parisino jamás se pondría algo tan llamativo.

Establece contacto visual con él y no desvía la mirada hasta que él lo hace primero. A continuación, el desconocido se vuelve hacia la barra y habla con la camarera, pero nada más pedir su consumición vuelve a mirar a Lee, que le hace una seña con la cabeza para indicarle la silla vacía a su lado y luego enarca una ceja. El desconocido sonríe, asiente y, tras recoger su copa, se va hacia donde está ella.

—Estos asientos son mucho más cómodos que la barra —le dice Lee en inglés.

—Eso parece. ¿Está esperando a alguien?

Lee no se ha equivocado: no es de París, pero tiene un acento británico, no estadounidense. Al verlo de cerca, descubre esa media sonrisa, como de quien pide disculpas, que siempre le ha resultado tan atractiva en los ingleses.

—Estaba esperándolo a usted —responde con descaro.

—Eso lo dudo mucho. —El desconocido acerca una silla y aguarda a que Lee vuelva a hablar para sentarse.

—De verdad: ninguno de estos franceses quiere charlar conmigo —le dice, frunciendo los labios con gesto coqueto.

—En mi opinión, es posible que se sientan intimidados.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro: usted es la chica más bonita que he visto desde..., en fin, puede que desde siempre.

Lee suelta una carcajada. Siente que su buen humor, el humor que tenía después de revelar las fotos, está volviendo. Se inclina hacia el desconocido y le dice:

—Antes era modelo.

—No me sorprende; ¿y qué es ahora?

—Una chica que no ha tomado una sola copa de champán desde que se fue de Nueva York.

El desconocido echa la cabeza atrás y deja escapar tal carcajada que enseña hasta los empastes que lleva en las muelas. Con un golpe de muñeca se termina la copa y, a continuación, levanta un dedo para hacerle una seña a la camarera, que se acerca y los mira a ambos con cara de pocos amigos.

—Medio Jouët —pide, pero al ver la cara de desilusión que pone Lee, añade—: Traiga la botella entera, por favor.

Poco después llega la botella, en una bonita cubitera de plata sostenida por un pie que la camarera coloca a un lado de la mesa. Las burbujas del champán son como besos que fueran bajando por el cuello de Lee, haciéndole cosquillas. El desconocido se llama George, es de Dorset y ha ido tres días a París por asuntos de trabajo. Es financiero, lo cual a Lee no le dice nada. Lo deja parlotear acerca de su profesión, igual que lo hacía noche tras noche con otros hombres en Nueva York. George tiene los ojos verdes y una boca de aspecto suave, y si a Lee ya le gustaba cuando estaba sobrio, ahora que está bebido le gusta mucho más.

Al cabo de un rato ya ha anochecido. Ambos tienen los brazos apoyados en la mesa y sus codos se pueden tocar.

—¿Me dejas que te diga una cosa? —le pregunta Lee, que no puede reprimir un pequeño eructo, de tanto champán.

—Dime lo que quieras.

—Desde que llegué a París, no he besado a nadie.

—¿Y eso es un delito?

—Creo que sí. Ya sabes: la Ciudad del Amor y todo eso.

—¿Así es como la llaman? Yo pensaba que era la Ciudad de la Luz.

—Puede, pero eso no cambia el hecho de que no haya besado a nadie.

George coge torpemente la última botella de champán y llena otra vez las dos copas, derramando un poco de líquido sobre el brazo de Lee.

—Vengo aquí cada pocos meses o así —dice en voz baja—, y para mí ha sido más bien la Ciudad de la Tristeza: siempre voy por ahí paseando solo, matando el tiempo y deseando tener a alguien con quien compartirlo.

—La Ciudad de la Tristeza... Yo también me siento así.

Se miran fijamente uno al otro. George sonrío ligeramente y Lee siente una oleada de poder. Se pasa la lengua con suavidad por los labios y bebe un sorbo de champán.

—Estoy cansado de matar el tiempo —dice George, y Lee se inclina hacia él como quisiera haberlo hecho con Man, y une sus labios con los de él, y los encuentra cálidos, y ambos se besan por encima de la pequeña mesa, las lenguas húmedas y calientes, hasta que dan un empujón a la mesa y las copas de champán caen al suelo con gran estrépito. Los dos lanzan una exclamación ahogada al mismo tiempo y se vuelven hacia la camarera igual que dos niños a quienes han pillado robando del tarro de los caramelos. George deja un fajo de billetes encima de la mesa y se marchan a toda prisa, George agarrando a Lee de la mano mientras bajan la escalera de caracol como si bailaran un ritmo rápido y elegante.

George se hospeda en el Saint James Albany. Hace mucho tiempo que Lee no se acuesta en una cama tan cómoda, con tres gruesas almohadas apoyadas contra el cabecero tapizado y varios cojines redondos que arroja al suelo con la mano. Mientras George se desanuda la corbata, ella se tiende en la cama, las piernas ligeramente abiertas para que él pueda ver la liga de las medias, y los muslos, y la ropa interior... La buena, gracias a Dios: la que tiene un borde de encaje en forma de rosas.

George, de pie junto a la cama, lucha con los botones de la camisa, los tirantes y el cinturón. Lee se da cuenta de que ya se le ha puesto dura. No lo ayuda a desvestirse; en vez de eso se echa un poco hacia atrás y le pone el pie en la pierna, y luego en la entrepierna, mientras él se desabrocha la bragueta y se baja el pantalón. Una vez que se ha quedado desnudo, George se inclina sobre Lee y la ayuda a desnudarse, y le dice entre besos:

—Eres... la mujer... más perfecta... que he conocido nunca.

Lee sonrío y lo atrae hacia sí, y él continúa besándola suavemente en los

labios y en el cuello. Ella echa la cabeza hacia atrás y se distrae con el paisaje que se ve por la ventana: unas nubes blancas tachonan el cielo negro. Los besos de George son tan delicados que apenas los siente. Le pone una mano en la cabeza y lo empuja hacia abajo para que le muerda el pezón, pero él no lo hace. Entonces arquea la espalda, acercándole el pecho a la cara, pero él se aparta, así que baja una mano, lo agarra por las caderas y tira de él hasta sentirlo dentro. Durante unos instantes, sólo piensa en ese contacto caliente y húmedo, pero de pronto George titubea, con los ojos intensamente cerrados, y murmura una disculpa. Ambos se quedan unos momentos así, sin que él mueva un ápice el cuerpo. Lee vuelve a besarlo, le atrapa el labio inferior, le da un leve mordisco y luego lo libera. George deja escapar un débil gemido y vuelve a empezar, despacio, demasiado despacio, y Lee lo rodea con las piernas para poder sentirlo más adentro. Entonces George comienza a moverse más deprisa, aunque siempre a su ritmo. Lee siente que su mente se separa del cuerpo, como suele ocurrirle a menudo cuando tiene sexo, y de pronto se encuentra flotando por encima de la cama y se ve a sí misma. Desde allí observa cómo George se corre y se tiende en el colchón junto a ella. Se ve a sí misma cogiéndole la mano y metiéndola entre sus piernas, ve cómo él la toca hasta que ella también se corre, pero no siente nada: mira a esos dos desconocidos tumbados uno junto al otro y no siente nada. Y durante todo ese tiempo, mientras observa la escena, está pensando en Man.

## 10

Lee no tiene intención de pasar la noche con George, pero el champán hace que se suma en un profundo sueño, y cuando se despierta ve que George está acariciándole un brazo y sonriéndole. A la luz del día, que se filtra por los visillos de organdí, parece un tipo empalagoso y necesitado. George le sugiere que desayunen en la terraza del hotel, pero a Lee le duele la cabeza y no tiene ganas de salir, de modo que llaman al servicio de habitaciones y desayunan en la cama una tortilla francesa con estragón mientras intentan conversar.

Las sensaciones que la embargan ya las conoce: se siente enjaulada, asfixiada, pero por encima de todo profundamente aburrida. Sabe que George está dándole vueltas a la posibilidad de hacer de nuevo el amor y después pasar el día paseando con ella por París, pero antes de que tenga oportunidad de sugerir algo concreto o de intentar acariciarla, Lee se termina la tortilla, se levanta y se viste tan deprisa que a su amante apenas le da tiempo para asimilar que se marcha. Sus excusas son falsas pero firmes: sí, tiene que ir a trabajar; no, no puede retrasarse; sí, procurará verlo de nuevo esa noche en el Bateau Ivre y hasta ese momento no va a poder dejar de pensar en él. Y acto seguido, como un prisionero que escapa por una ruta secreta, sale al frío de las calles y con un fuerte suspiro deja escapar el aire contenido en sus pulmones.

Hace un día soleado y todavía tiene la cabeza embotada por el champán, que parece aferrarse a su cráneo con la misma insistencia con la que ella rememora las manos de Man, la sensación de tenerlo detrás en la oscuridad.

Emprende rápidamente el regreso a su alojamiento, donde piensa encerrarse en el cuarto de baño compartido y darse un baño tan caliente como pueda soportarlo. Tiene la sensación de no haberse dado un buen baño desde que se fue de Nueva York, porque siempre hay otro huésped aporreando la puerta y metiéndole prisa. Y cómo va a reprochárselo, si ella hace lo mismo

cada vez que se le hace tarde arreglándose.

Se echa agua en la cara y se mira en el espejo rajado. Tiene los ojos hinchados y le está empezando a salir un horrible grano rojo en mitad de la barbilla. Se pellizca las mejillas para recuperar un poco de color y le saca la lengua a su reflejo. Luego echa el pestillo y llena la bañera hasta los bordes.

La pone nerviosa la idea de volver al estudio: podría llamar a Man y decirle que hoy no va a ir a trabajar, pero de pronto se acuerda de los negativos que dejó colgados en el cordel para que se secaran, y se da cuenta de que no podrá imprimirlos. Le dan ganas de volver para ver si hay alguno bueno. Primero imprimirá la fotografía del pato: puede que ésa tenga algún potencial.

Cuando llega al estudio, una hora tarde más o menos, todo está en silencio y por un instante piensa que Man no está. Sube la escalera y entra en el despacho, que también está vacío, pero en eso oye su voz en el cuarto oscuro, tarareando a gritos, que es lo que hace cuando cree que está solo.

¿Qué va a decirle? Prueba varias opciones mentalmente: «No puedo dejar de pensar en ti», «No hago más que pensar en tu mano tomando la mía», «Anoche fui a tu bar favorito a buscarte». Todas suenan absurdas y triviales. En sus anteriores encuentros nunca se ha sentido así, y no tiene ni idea de cómo hacer para decirle a una persona como Man que está interesada en él. Quizá sea porque le tiene cierta reverencia, o simplemente porque no sabe cómo reaccionaría. Que ella sepa, Man sigue enamorado de Kiki; o quizá se haya enamorado de alguna chica nueva.

Pero de repente se acuerda de que Man aún no ha visto sus negativos. Pueden hablar de eso: un tema mucho menos tenso que el de los sentimientos que alberga hacia él. Puede que en este preciso instante los esté viendo. Le interesa tanto su opinión que deja volar su imaginación y visualiza una escena distinta en la que ella entra en el cuarto oscuro y lo encuentra allí, observando los negativos con un gesto de sorpresa en la cara. «¿Éstas son las fotos que hemos revelado?», le preguntará él. «Son maravillosas: no me imaginaba que tuvieras tantísimo talento.» Y entonces ella lo refutará modestamente, sin creérselo mucho, e imprimirá las fotos. Y no habrá transcurrido mucho tiempo cuando se presente en el estudio un coleccionista de arte que las verá y le ofrecerá exponerlas en su galería, y se venderán todas en el primer mes, y todas las personas que ha conocido, incluido el propio Man, tendrán envidia

de su éxito.

Llama a la puerta del cuarto oscuro dando los tres golpes de siempre. Man le abre con los guantes de goma puestos y la camisa remangada. Lee ha estado pensando tanto en él durante estas tres últimas horas que cuando lo ve experimenta una leve decepción: la realidad física no concuerda con la imagen mental que se había formado, aunque tampoco sabe qué es lo que esperaba, ni si esa decepción se debe a su incapacidad para recordarlo con exactitud o a la imagen real de la persona que ahora tiene delante, sin afeitado y con los ojos más juntos de lo que recordaba. Pero verlo relaja al menos la presión que sentía y que no ha dejado de crecer desde que salió ayer del estudio. No es más que un hombre, en el mundo hay muchos hombres.

—Llegas tardísimo —le dice frunciendo las cejas. Lee observa que detrás de él están los negativos colgados en el cordel, tal como ella los dejó.

—Lo sé, lo siento...

—Esto es un trabajo.

Lee sabe que debería sentirse mal: no tiene ninguna excusa para llegar tarde y debería haberlo llamado, pero nota cómo, bajo el agotamiento, va creciendo la ira.

—Lo sé, y lo siento: se me olvidó avisarte de que iba a llegar tarde.

Man lanza un suspiro.

—He estado toda la mañana esperándote para que me ayudaras con las fotos de la sesión de Amélie.

—¿Ya has empezado?

—Sí —contesta Man, suavizando un poco el tono. Lee va hasta el fregadero y allí ve la foto de Amélie con el guardabrazo de esgrima. Es un primer plano: muestra únicamente su barbilla y sus hombros. La malla metálica forma una cuadrícula sobre su piel y proyecta formas geométricas. Man, ayudándose con las pinzas, levanta el papel por el margen blanco y el agua resbala por el borde de la foto y gotea en la cubeta.

—No está mal para empezar —dice—: la imagen de la malla metálica en contraste con la piel, la suavidad de la mejilla y la dureza del metal. Creo que resulta sorprendente.

Lee ya no está mirando la foto: ha vuelto la cara y observa al propio Man mirando la fotografía, la media sonrisa en su cara y la mano que sostiene las pinzas por encima del baño fijador.

—Me gusta —dice ella, un comentario que resulta trivial. De pronto siente vergüenza y desvía la mirada.

Man levanta un segunda fotografía, similar a la primera.

—¿Qué opinas de ésta?

Lee se acerca y la observan juntos. Se trata de una imagen más sencilla de Amélie con la cabeza apoyada en el guardabrazo de esgrima como si éste fuera una almohada. La composición es hermosa, pero Lee sabe que Man espera algo más de ella, una sugerencia o una pequeña crítica. Lo cierto es que esta imagen le resulta un tanto aburrida, algo trillada, pero no puede decirle eso: ha visto cómo se pone a la defensiva cuando alguien critica su buen ojo. Debería decirle que esa foto necesita corregirse en el cuarto oscuro, en vez de entrar en cuestiones artísticas; pero todavía no se siente capaz de expresarlo con propiedad.

Señala la foto con unas pinzas.

—Está demasiado clara en este lado, donde incide la luz de la ventana.

—Sí —concede Man, complacido—; ¿cómo lo arreglarías?

—¿Una impresión más oscura?

—Mmm... Pero entonces el lado derecho quedaría demasiado oscuro. Voy a enseñarte cómo aclarar y quemar una foto.

Retuerce el picaporte para cerciorarse de que la puerta del cuarto está bien cerrada, a continuación enciende la lámpara roja y apaga la blanca, con lo cual todo se tiñe de un tono ámbar, como iluminado por una fogata de campamento. Luego prepara la ampliadora y Lee observa cómo expone el papel con ayuda de una pequeña herramienta de fabricación manual: una varilla que lleva un trozo redondo de cartón pegado en un extremo y proyecta una sombra pequeña sobre la imagen. Coge la varilla y la va moviendo alrededor, rápidamente, durante unos veinte segundos, sin permitir que esté demasiado tiempo en un mismo sitio.

—La gente siempre me pregunta qué hago para que mis fotos queden tan uniformes —comenta—. La verdad, es bastante sencillo. Todo el mundo piensa que la fotografía es como la magia, pero de magia no tiene nada. Sólo hay dos colores que combinar: el blanco y el negro; añade un poco más de uno, quita un poco del otro. En la foto han de aparecer los dos: el negro puro y el blanco puro. Si se tienen ambos, se pueden obtener todos los matices de gris que uno desee y la imagen seguirá siendo buena. La mayoría de las veces, si se

revela una foto y se ve que no tiene como mínimo alguna parte de blanco puro, es que la imagen no servía o uno ha hecho un trabajo pésimo al imprimirla. Conviene dar un toque de blanco a la boca de la persona, donde el lápiz de labios refleja la luz de la cámara, o en el blanco de los ojos, o en alguna prenda que lleve puesta; pero conviene no excederse: la mayoría de las veces basta un poquito para que contraste con todo lo demás.

Mientras habla, Man se mueve con comodidad por el estrecho espacio del cuarto oscuro. Enciende la ampliadora y después introduce delicadamente el papel en el baño de revelado. Vuelve a aparecer la misma imagen, primero sólo los contornos, como la huella de un pie en la arena, y después el resto. Esta vez es mucho más uniforme y, con sólo mirarla, Lee sabe que Man va a quedar satisfecho.

—*Voilà!* —exclama Man. Levanta la foto para inspeccionarla, espera a que Lee afirme con la cabeza y sonría, lo que indica que está tan complacida como él—. Ahora, prueba tú —le dice. Vuelve a la ampliadora y le entrega la varilla de trucaje.

Lee se siente tan nerviosa como en el cuarto de revelado. Man está detrás; según Lee, de nuevo más cerca de lo necesario. Ambos introducen el papel en el bastidor y Man alarga un brazo para encender la lámpara. Lee coge con decisión la varilla de trucaje y espera a que le dé instrucciones. La lámpara se enciende y la imagen resplandece en el papel: el rostro de Amélie, negro en la imagen invertida. Lee está pensando en lo que Man acaba de decir, en la necesidad de que haya un toque de blanco puro en los labios del sujeto. Mueve la varilla y, con ademanes inexpertos, empieza a desplazarla por encima del papel. De pronto se siente mareada, traga saliva y nota un sabor a champán en la lengua. Se pregunta si Man estará percibiendo el olor del alcohol, del tabaco, y el de aquel desconocido, George, del que quizá todavía esté impregnada a pesar de haberse dado un baño. Man está tan cerca que nota su respiración en la mejilla.

—¿Así está bien? —le pregunta.

—Lo estás haciendo perfectamente.

Lee se vuelve para mirarlo, pero él tiene los ojos fijos en el papel fotográfico y no hace caso.

Durante las cuatro horas siguientes trabajan juntos en lo que parece un silencio de camaradería. Este cuarto es tan sólo ligeramente más grande que el

armario en el que revelaron la película. Hay una ampliadora con una lámpara de mercurio, un fregadero grande de madera para fijar y lavar las imágenes y una cubeta de revelado que tienen que compartir. La tarde pasa en un suspiro. Juntos imprimen decenas de fotos de la sesión. Si Lee se sintiera más cómoda consigo misma, estaría emocionada con todo lo que está aprendiendo de Man. En cambio, tiene que hacer un esfuerzo para concentrarse en la tarea que tiene entre manos: sus pensamientos desbocados son un pesado libro que tiene que cerrar una y otra vez. El cuarto es pequeño, pero ¿eso explica que Man esté tan pegado a ella? Las imágenes son maravillosas, pero seguro que Man no suele imprimir tantas de una misma sesión. Todo parece enviarle un mensaje: la manera como se pone los guantes de goma y se masajea las manos, el hecho de que no se aparte para dejarle sitio cuando ella pasa por su lado, sin otro remedio que rozarlo. Se obliga a sí misma a concentrarse.

Por fin, tras varias horas imprimiendo, Man señala los negativos que siguen colgados en el cordel.

—¿Ésas son las fotos que revelaste?

—Sí... pero seguramente hoy ya no hay tiempo para imprimirlas.

—¿Por qué no? Hemos hecho mucho. Adelante.

Lee consulta el reloj y ve que no es tan tarde como creía. Termina lo que está haciendo y, a continuación, coge las tiras de negativos, las corta en tres partes y las coloca sobre una hoja de papel. Man ha empezado a cantar en voz alta.

—«Tengo ganas de verte, amor, / desde que te fuiste. / Tengo ganas de abrazarte; / abrázame, amor.»

Canta cada vez más fuerte, y con su acento de Brooklyn la letra triste de la canción resulta absurda. Lee carraspea.

—¿Qué? —dice Man volviéndose hacia ella—. Ah... ¿Estaba cantando muy alto? Es una mala costumbre que tengo.

—No pasa nada —contesta Lee, y Man vuelve a empezar, esta vez más fuerte y añadiendo un baile exagerado, hasta que Lee se echa a reír.

—¿Usted canta, señorita Miller? —le pregunta con fingida formalidad.

—Sólo cuando estoy completamente segura de que no hay nadie escuchándome.

—Oh. Tenemos que encargarnos de ese tema: unos cuantos meses tomando clases conmigo y estará preparada para subir al escenario.

—¿Vas a enseñarme a cantar? La verdad, pareces un auténtico maestro. — Al decir eso se acuerda de Kiki. ¿Habrán cantado los dos juntos? Es muy probable que Man la haya visto cantar cientos de veces—. ¿Es una canción de las que canta Kiki? Porque... tú conoces a Kiki, ¿no? —Lee usa un tono liviano y neutro.

Man levanta la cabeza y la mira.

—¿Kiki? Sí, la conozco —contesta—, pero no creo que ella cante esta canción.

—Yo no la he oído nunca... Anoche fui al Bateau Ivre y la camarera estuvo hablándome de ella. —Lee está adentrándose en un territorio peligroso, pero no puede parar—. Me gusta ese sitio: es un bar agradable, y preparan un buen Lillet.

«¿Un buen Lillet? Exacto: son expertos en coger el licor de esa marca y servirlo en un vaso.»

Man no parece haber notado nada raro.

—Me gusta ese bar —le dice—: la escalera de caracol y la vista que se disfruta desde el segundo piso.

—Aunque Kiki no canta allí, ¿no?

—¿En el Bateau Ivre? No, Kiki suele estar en Le Jockey.

—Ahí todavía no he estado. Debería ir, para oírla cantar.

—Mmm —dice Man, y empieza a tararear otra vez, pero más suave.

Lee se pregunta si ha hecho bien sacando a colación a esa mujer: tal vez ahora Man está pensando en ella, acordándose de los buenos tiempos que han pasado juntos, de los sombreros que le ha comprado para que protegiera su delicada piel, de los carísimos restaurantes a los que la ha llevado.

Lee prepara la hoja de contactos tal como le ha mostrado Man y después, esperando apenas a que se elimine el fijador del papel, la coge por las esquinas con ayuda de las pinzas y se la lleva al estudio. Una vez allí, la coloca encima de un papel de periódico y la observa con la lupa. Cada imagen le aprieta un poco más la garganta a causa de la emoción. Está deseando verlas ampliadas, de modo que a toda prisa escoge una y dibuja una equis al lado con un lápiz de cera; luego regresa al cuarto oscuro y coloca el negativo en la ampliadora. Es la foto de la mujer en el café, tomada desde atrás: un primer plano del pelo y el cuello.

Lee enciende la lámpara de mercurio, cuenta despacio hasta cuarenta y vuelve a apagarla. Acto seguido, con mucho cuidado, traslada el papel hasta la cubeta de revelado, lo introduce allí y la agita tal como ha aprendido. Al cabo de unos segundos su imagen se extiende por el papel. Primero sólo los contornos del cabello, débilmente delineados, después la línea de los hombros y, por último, las partes claras de la imagen: la mano, las uñas, el contraste de la luz en cada uno de los mechones de pelo. «Son chispas», se dice Lee, «toques de blanco puro en contraste con el pelo». Levanta la vista un momento para ver si Man la está mirando. Para ella todo esto resulta increíble: una foto hecha por ella misma surgiendo ante sus ojos. Pero Man no está prestando atención. Lee vuelve a centrarse en la imagen justo a tiempo, antes de que quede sobrepuesta. Una vez que se ha estabilizado en el baño fijador, la contempla largamente. No sabe explicar por qué, pero le parece que es buena. No es más que la nuca de una mujer, sus dedos acariciando su propia piel, pero es una imagen que hace que un escalofrío le recorra toda la columna vertebral.

Justo en ese momento, Man se vuelve, introduce un papel en el líquido revelador y Lee observa cómo otra imagen de Amélie va apareciendo. La foto de Man se encuentra al lado de la suya y, al ver que él no dice nada, empieza a entrarle el pánico pensando que esta última es una obra banal, propia de un aficionado. Por fin, tras unos instantes que parecen una eternidad, Man observa su foto sumergida en el baño de paro y dice:

—Es una foto excelente. ¿Una amiga tuya?

—No, una desconocida.

—¿Preparaste la foto y la hiciste sin que ella se diera cuenta?

—Pues sí... ¿Está mal?

Man se echa a reír.

—No no, en absoluto. No hay problema. Es que estoy impresionado, nada más. —Lo dice en tono liviano, como si no se diera cuenta de lo mucho que puede significar para ella.

—¿En serio te gusta?

—Bueno, creo que podríamos ajustar un poco la exposición —señala con las pinzas unas sombras oscuras que hay en el cabello de la mujer— y quemar un poco esta parte de aquí. Pero, para ser la primera, está muy bien.

Si antes se sentía rara, ahora se siente más rara aún: lo que acaba de decir

Man la ha hecho sentirse feliz y avergonzada al mismo tiempo, ha hecho que se sonroje de orgullo. Ahora mira su foto con una seguridad nueva y pensando que, si se esfuerza, es posible que de verdad llegue a ser fotógrafa. Esa seguridad le confiere cierta audacia, y sus dos deseos —trabajar y estar con Man— se unen en ese momento. No tiene por qué escoger entre uno y otro: Man ha dicho «podríamos ajustar un poco la exposición», en plural; a lo mejor llega el día en que ella alcance el mismo nivel que Man, a lo mejor trabajan los dos juntos para lograrlo: una especie de asociación. De modo que se vuelve hacia él. No sabe muy bien lo que va a hacer hasta que lo hace.

—Yo tenía una idea distinta para el guardabrazo de esgrima —le dice—. Si quieres, puedo hacerte de modelo, si dejas que yo prepare la composición.

Man eleva las cejas.

—Cuando te pedí que posaras para mí, me respondiste que no.

—Ya lo sé, pero si lo hacemos juntos, yo podría componer el encuadre: tengo una idea.

—¿En serio? En fin..., de acuerdo. Pero antes, déjame que recoja todo esto.

Mientras espera a que Man regrese al estudio, se queda junto a la cámara y recorre con la mirada las telas echadas sobre el sofá, las cortinas a medio cerrar; la sorprende cuán blanco, luminoso y limpio está todo. Retira las telas que cubren la mesa y la pared y las sustituye por otras de color negro; luego hace lo mismo en el sofá. Acto seguido, entra en el despacho, coge el guardabrazo de esgrima y empieza a darle vueltas y más vueltas. Cuando vuelve al estudio, Man ya la está esperando.

Ésta es la primera vez que Lee hace algo que no sea seguir las instrucciones de Man. A pesar de ello, o quizá a causa de ello, tiene la sensación de saber qué es lo que Man quiere ver: lo sabe desde que lo conoció, pero no se dio cuenta hasta que vio sus propias obras en la cubeta de revelado y vio a Man elogiándolas como hacía con las suyas.

—Pusiste a Amélie junto a la ventana —dice Lee, y a continuación lleva el protector al sofá y lo deja en el reposabrazos—, pero ¿qué habría pasado si la hubieras fotografiado aquí? —Se dirige hacia la cámara y pregunta—: ¿Puedo?

Levanta la capucha y se mete debajo por primera vez. La tela huele a tabaco y a madera: un aroma rancio, masculino. Lee mira por el visor y gira

ligeramente la cámara para ver tan sólo el sofá y las telas negras que lo cubren. A través del visor, la habitación se ve del revés: el sofá aparece colgando del techo. Eso la desorienta. Casi lanza una exclamación cuando ve aparecer a Man en el encuadre, caminando por lo que parece el techo, y lo ve sentarse después, de manera absurda, más arriba que cuando estaba de pie.

—Necesitas concentrarte en un punto —dice Man. Su voz le llega turbia, poco clara, desde el otro lado de la capucha: como si estuviera atravesando el agua. Lee cambia un poco el enfoque, adelante y atrás, observando cómo Man se vuelve borroso o nítido, borroso o nítido. Visto del revés, resulta una persona desconocida. Lee no reconoce sus ojos, su boca; si lo viera en la calle, no sabría quién es. Resulta muy confuso. Sale de debajo de la capucha y todo vuelve a estar del derecho y Man sentado en el sofá, mirándola.

Lee se dirige al rincón de la habitación donde las modelos se cambian de ropa y se mete detrás del biombo. Muy despacio, procede a desabotonarse la blusa, primero por los puños y después por el pecho, luego deja caer la prenda al suelo. Continúa con el pantalón: desabrocha tres de los cinco botones de la bragueta y se lo baja hasta la cadera, dejando al descubierto su estómago perfectamente plano. Enseguida se lleva las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador, y se imagina su sombra proyectándose en el otro lado del biombo mientras agita los brazos doblados como si fueran las alas de un cisne. Se quita el sujetador y lo deja caer al suelo, encima de la blusa. Durante todo este proceso no cesa de pensar en los cisnes que fotografió el otro día en el parque, en los músculos y huesos de sus alas y en la fuerza que deben de necesitar para elevarse en el aire. Regresa y se sienta en el sofá, donde antes estaba Man, y se pone el guardabrazo de metal en la cabeza como si fuera un velo.

Hasta este momento ha estado tranquila, manteniendo sus acciones a cierta distancia de los sentimientos que las han motivado, como hacía cuando su padre le tomaba fotos. Pero ahora que se ha sentado puede ver el rostro de Man, que ha levantado un poco las cejas. Ese gesto mínimo basta para que Lee adivine cómo se siente; vuelve a ser ella misma y la invade un frío gélido que le endurece los pezones.

Man carraspea y su voz, a continuación, suena aguda y débil:

—Quédate justo así.

Va hasta la cámara y se mete debajo de la capucha.

El guardabrazo pesa más de lo que parece y desprende un olor penetrante que le deja a Lee un sabor amargo en la boca. ¿De qué heridas se supone que protege este armatoste? Lee se imagina la hoja curvada de una espada de esgrima, las profundas heridas que puede causar pese a no tener filo. Cierra los ojos y procura mantener la cabeza inmóvil.

—¡Así está perfecto! —exclama Man con la voz amortiguada por la capucha—. No te muevas.

Pero Lee no quiere quedarse quieta: no quiere hacer lo que le diga Man, de modo que se mueve para ir adoptando diversas posturas, primero con los brazos extendidos a lo largo del respaldo del sofá y después aprisionados entre las rodillas, o con la cabeza inclinada hasta tal punto hacia un lado que siente una punzada en el cuello y el protector presionándole la clavícula. Mantiene los ojos cerrados y procura no respirar el olor que despide el metal.

—Me parece que tenías razón —le dice Man saliendo de debajo de la capucha y yendo hacia ella—. Ponértela así por la cabeza... ha sido genial.

Lee se pone de pie, se quita el guardabrazo y lo deja en el suelo. Ahora que está tan cerca de él, aprecia la diferencia de estatura: los ojos de Man quedan a la altura de su barbilla.

—Van a ser unas fotos muy buenas —asegura él.

—Ya lo sé —contesta Lee dando otro paso más. Cuando sus pezones desnudos rozan el lino de la camisa de Man, siente una especie de escalofrío que le pasa por el estómago y va a dar a la entrepierna.

Man respira hondo.

—Lee, yo...

—Ya lo sé —repite ella acercándose un poco más.

De pronto, las bocas de ambos se aprietan una contra la otra con tanta violencia que sus dientes chocan. Los brazos de Man rodean a Lee aprisionando los suyos. Permanecen así durante unos segundos que parecen horas, días, simplemente besándose. Después, Man la coge de la mano y la lleva a la salita. Ella se quita el pantalón al tiempo que él se desnuda a toda prisa y, enseguida, en la penumbra de la última luz del día, Man la tiende sobre el sofá y se arrodilla a su lado para pasar las manos por su piel desnuda. Lee arquea la espalda para aproximarse más, pero no le parece suficiente, así que tira de él y se lo coloca encima para respirar su aliento. La piel de Man es como agua caliente en la que ella se empapa y, por una vez, su cerebro se

desconecta totalmente y deja paso a las sensaciones: sólo puede albergar un pensamiento, que ahora ya no hay vuelta atrás, y no podría estar más agradecida.

## NORMANDÍA, JULIO DE 1944

Francia es metal: huele a metal, tiene tacto y gusto de metal. El olor que la cámara portátil deja en las manos de Lee; el casco de acero caliente sobre su cabello empapado en sudor; la punta de la pluma cuando la chupa manchándose la lengua de azul. Y el hospital: sierras para los huesos, balas extraídas de los cuerpos y arrojadas a un plato; el hedor de las infecciones flotando en el aire, dulzón como una moneda a la que se pasa la lengua.

Hay fotografías por dondequiera que mire, composiciones formadas por diferentes horrores. Lee dispara una y otra vez y se traga la bilis que le sube a la garganta, incluso la que sabe a metal. Le han encargado fotografiar el trabajo que realizan las enfermeras estadounidenses tras la invasión, de modo que toma fotos de bolsas de plasma, de frascos de penicilina, de procedimientos quirúrgicos. Fotografía a las estadounidenses que trabajan codo a codo con las enfermeras alemanas e intenta rellenar el profundo agujero causado por la explosión de odio que siente hacia los *Krauts*.

Envía las fotos a Audrey acompañadas de artículos, consciente de que la censura va a recortar la mayor parte de lo que ha escrito. Hasta las cartas que le manda a Roland pasan por la censura, y le llegan con espacios en blanco donde antes había texto. También censuran las notas que ella recibe muchas semanas después de que Roland las haya echado al correo. Lo que queda de ellas, sin embargo, es normal, tranquilizador: la conecta a un mundo ajeno a la guerra.

Un día, al final de la jornada en el hospital, Lee oye una voz que la llama desde una de las camas. Al volverse, ve a un hombre con todo el cuerpo vendado como si fuera una momia.

—Señora —dice en un tono de voz tan débil que casi es un silbido—, hágame una foto para que pueda reírme de esto cuando regrese a casa.

Sus ojos, nariz y boca son agujeros negros, carne arrasada. Las manos tienen unos vendajes tan abultados que parecen manoplas para el horno.

—Sonría —le susurra.

Y Lee agarra el oscuro armazón metálico de su cámara e intenta enfocar.

# 11

Han pasado tres meses. Man ha instalado a Lee en un piso nuevo, situado a unas pocas calles del suyo, en Montparnasse. Le ha pagado la renta del primer mes, le ha comprado muebles y le ha dado cuadros para colgarlos en las paredes. Juntos pasean por Printemps como una pareja que lleva casada muchos años. Man la ayuda a elegir sábanas, tazas para el café, bolsitas de lavanda para meter dentro de la ropa. Empapelan el dormitorio con dibujos geométricos y ponen una alfombra art déco en el suelo, gruesa y mullida bajo los pies. Man le da una de sus propias mantas para que pueda consolarse arrebujada cuando él no la acompañe. Lee nunca le ha concedido mucha importancia al lugar en que vive, pero descubre que ese piso es una prolongación de lo que siente por Man. Cuando él acude a quedarse alguna noche, pone los zapatos de ambos junto a la puerta, encimados, y mira con placer cómo los tacones de los suyos se introducen en el hueco de los de él. El piso no es grande, pero tiene el tamaño justo para ella, y cuando está allí experimenta una sensación de calma que no ha sentido en ningún otro lugar.

Por la noche se acuestan juntos en la cama de Lee y el colchón se hunde de tal modo en el centro que continuamente ruedan uno hacia el otro, los cuerpos cálidos y sudorosos en el atípico calor de abril. Man le besa los dedos de los pies, las muñecas, la hendidura que separa sus glúteos. Por las mañanas, ella descubre que la barba incipiente de Man le ha irritado la piel, que le escuece un poco.

Man está siempre, siempre, haciéndole fotos: su cámara es un tercero presente en el dormitorio, y Lee coquetea con ella y con Man al mismo tiempo. Imprimen las fotos juntos, de pie uno al lado del otro en el cuarto de revelado, y juntos observan cómo el cuerpo de ella va surgiendo en el papel. De esa manera consiguen vivir el mismo momento dos veces: las fotos sirven para

rememorar lo ocurrido el día anterior hasta que, de pronto, interrumpen lo que están haciendo para volver a hacer el amor, deprisa, con Lee agarrándose al borde del fregadero, y las instantáneas permanecen olvidadas y ennegrecidas en la cubeta de revelado.

Durante varios días seguidos, Man no recibe a clientes. Se meten en el estudio y cierran con llave. Lee no atiende el teléfono, simplemente lo deja sonar. Pasan el tiempo imprimiendo fotos de Lee, o Man pinta o esculpe, pues se siente lleno de una energía casi maníaca que, según afirma, proviene de ella, de estar a su lado. Cuando está pintando, le suplica que no se aleje mucho, y Lee suele obedecer: se acurruca en un sillón cerca del caballete y, entre el olor a alcanfor y a trementina, observa la cara que pone él mientras trabaja. En ocasiones pinta temas abstractos; otras veces, para inspirarse, se sirve de la figura de Lee sentada, o de alguna de sus fotos: la línea de su cuello se transforma en el cable de un funambulista, su seno se convierte en un silo para almacenar el grano y más tarde en una montaña. Si en el cuarto oscuro es meticuloso, en esto es casi delirante. Quiere tener a Lee cerca, pero a veces se olvida de que está, hasta que ella, frustrada, le arrebató el pincel de la mano para que vuelva a hacerle caso y lo besa sin parar hasta hacerlo nuevamente suyo.

A veces, Lee lo observa mientras cenan, o cuando simplemente están sentados uno junto al otro, y se pregunta cómo pudo creer que no sucedería esto que ahora se le figura inevitable. Man parece un hombre distinto de cuando lo conoció: el amor la hace verlo distinto. La franja de sus pestañas, la espiral de sus orejas... Todo él le resulta incluso más familiar que su propio cuerpo. Y su olor a pino: incluso después de bañarse continúa oliendo a madera. Hunde la nariz en su propio hombro y puede respirar el aroma de Man.

En las fiestas o en los cafés, siempre sabe dónde está Man sin necesidad de mirar; cada tanto, sus miradas se encuentran y se quedan mirándose más tiempo del que debieran. La conexión entre ambos resulta obvia, como si todas las personas que los rodean pudieran deducir, sólo con verlos, qué es lo que han estado haciendo en el dormitorio. La necesidad que tienen el uno del otro... Todos los presentes deben de percibir cómo le late a ella el corazón, cómo retumba con fuerza en su pecho.

Cuando no está con Man, Lee se dedica a su propia obra. Descubre que está tan ávida como él de crear cosas. A medida que van pasando las semanas, siente más deseos de salir que de hacer fotos en el estudio, de modo que, cuando Man recibe a clientes, ella se cuelga la Rollei del cuello y sale a dar largos paseos por la ciudad, atraviesa los anchos bulevares y cruza el Sena, se pierde en el Marais, donde los judíos miran con curiosidad a la chica alta de la cámara y el cabello rubio platino. Quizá debería tener miedo de vagar a solas por la ciudad, pero la cámara no sólo le proporciona un propósito, sino que también le inspira protección. Le gustan las serendipias, fotografiar escenas callejeras, yuxtaponer personas y objetos en posturas peculiares, jugar con la perspectiva. Cada vez que imprime una de sus fotos y a Man le gusta, se siente más segura de sí misma, tiene una sensación más clara de que esto es lo que ha querido ser siempre.

Regresa de sus paseos con bolsas de papel llenas de caramelos de fruta o de *macarons*, tan delicados que se funden en la lengua. Man lame el azúcar que se le queda a ella en los dedos. Lee suele volver cuando el sol se está poniendo y la luz se extiende sobre la cama como una gruesa capa de miel, y antes de que oscurezca del todo Man le hace una foto: el cuello y el torso envueltos en sombras, las piernas enredadas en las sábanas, la curva de las costillas marcada cuando se tumba de costado. Y después deja la cámara, se tiende a su lado y le acaricia todo el cuerpo, las partes que ha fotografiado y las que no. Lee cierra los ojos y le ordena a su cerebro que se concentre en eso: en las sensaciones placenteras, y se siente mejor que nunca. Y cuando su mente vaga, lo hace por las fotos que han hecho los dos.

Ya es primavera y el verde intenso de las hojas empieza a salpicar los árboles. Una noche, cuando Lee regresa a su piso, se detiene en la puerta al ver a una mujer sentada en la escalera del vestíbulo. Lleva el cabello castaño en una melenita corta que le llega a la altura del mentón, los ojos cerrados y la cara orientada hacia arriba para captar los tibios rayos del sol. A su lado descansa una maleta y encima de ella un pequeño sombrero con velo.

—¿Tanja? —pregunta Lee sin dar crédito.

Tanja se incorpora de un salto y las dos se abrazan dando brincos y lanzando grititos de felicidad.

—Ay, Li-Li —exclama Tanja—, ¡cuánto te he echado de menos!

Lee sube con ella al piso y la acomoda en una silla en un rincón de su dormitorio. Tanja empieza a contarle sus últimos viajes y Lee deja que el relato de su amiga la empape como si sus palabras fueran un arroyo fresco. Siempre le ha gustado estar con Tanja, así que la Lee de antes no tarda en volver a aparecer, bromeando y conversando como en taquigrafía.

—Deberías haberlo visto, Li-Li: llegamos a Milán más tarde de lo que hubiéramos querido, ya era de noche y cogimos un taxi para ir al hotel que nos había recomendado mi amiga Ruth (¿te acuerdas de Ruth?). Bueno, pues se llamaba Casino Hotel, y Ruth me había dicho que estaba situado justo en el centro de la acción. Pues se equivocaba: la acción estaba en el hotel. Jamás se me olvidará la cara que puso la señora Basingthwaite, allí, de pie en el vestíbulo, rodeada de unas damas que estoy bastante segura de que eran mujeres de la noche: me hizo salir del lugar con tanta prisa que casi me dio un mareo.

Lee lanza una carcajada.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte en París?

Tanja hace una mueca de disgusto.

—Sólo el fin de semana: la señora B no me permite estar más tiempo fuera de su control. Por favor, dime que existe un sitio profundamente sórdido al que puedes llevarme.

Lee titubea. Se supone que va a asistir con Man a una fiesta por la que lleva esperando una eternidad. Sería bastante fácil incluir a Tanja, pero la idea de compartir a Man con otra persona no la atrae nada. Sin embargo, una parte de sí misma desea exhibir a Man, exhibir la vida que lleva, de modo que termina respondiéndole:

—Esta noche tenía pensado asistir a una fiesta que dan en un piso aquí cerca, a unas pocas manzanas; ¿te apetece venir?

—Es como si me preguntaras si los pájaros cantan: ¡la respuesta es obvia!  
—replica Tanja, y empieza a bailar por toda la habitación, imitando un gorjeo y repitiendo—: ¡Una fiesta! ¡Una fiesta!

Lee se viste y las dos van andando juntas hasta el hotel de Tanja. Antes, cuando Tanja iba a verla a Nueva York, bromeaban diciendo que no importaba el lugar por donde fueran a pasear: era meramente un telón de fondo para poder conversar a gusto. Hablaban de lo mismo en el Museo Metropolitano de

Arte que en un cabaret. Y en París no será distinto. Caminan por la calle hablando sin parar. Sin embargo, esta vez Lee lleva consigo su cámara y, de vez en cuando, se suelta del brazo de Tanja para hacer una foto. Siente que su cerebro está funcionando en dos niveles, y le encanta: escucha lo que le cuenta su amiga, pero otra parte de su cerebro está concentrada en lo que va viendo, en la manera de aprovechar los últimos retazos de luz vespertina, en las imágenes que se forman y se disuelven a medida que va recorriéndolo todo con la mirada. Hay imágenes que desearía atrapar, que la llaman para que las encuadre, las enfoque y accione el disparador. Decide sacarle una foto a Tanja, que hace grandes ademanes con las manos mientras le cuenta una de sus historias, y observa divertida cómo ella se percata de repente de lo que está haciendo y se vuelve tímida.

—Bueno, ¿así que esta noche va a estar Man Ray? —le pregunta—. ¿Sigue yendo todo bien con él?

Lee abre la boca para contarle lo que ha sucedido entre Man y ella y se da cuenta de que no sabe qué decir: tanto Man como las fotos (sus propias fotos) son algo muy nuevo. Lee no quiere responder preguntas: quiere guardárselo todo para sí, cerrado con doble llave.

Tras una larga pausa, carraspea y dice:

—Todavía no te lo he dicho, pero Man y yo... estamos... —Deja la frase sin terminar.

Tanja enarca las cejas.

—¿De verdad?

—Sí.

Sonrojada y desconcertada, Lee desvía el rostro y hace una foto a las gárgolas de Notre Dame, que se recortan contra el gris acero del cielo. Cuando vuelve a bajar la cámara, Tanja todavía la está mirando, pero no dice ni una palabra más.

En el hotel, Lee no puede evitar codiciar la ropa que Tanja ha ido comprándose en sus viajes por Europa: vestidos de día con faldas más amplias de lo que ella está acostumbrada a ver, y chaquetitas estilo bolero provistas de grandes hombreras. Las dos tienen prácticamente la misma altura, de modo que, mientras Tanja se va vistiendo, ella se prueba el crepé de colores y el collar de perlas. Cuando su amiga la ve, le dice que debería ponérselos. Lee se coloca delante del espejo y admira su propia imagen: el

color rosado de sus mejillas, producto de la caminata y de la ilusión por ver a Man, sus labios carnosos e hinchados por momentos. Tanja se pone a su lado y la examina con ojo crítico; acto seguido le da la vuelta al collar para que las perlas le cuelguen por la espalda, a modo de capa. Cuando salen a la calle, Lee se siente más parisina que durante todo el tiempo que lleva viviendo allí.

En un solitario rincón del Dôme, el local al que Lee ha llevado a su amiga a tomar una copa antes de acudir a la fiesta, Tanja se inclina y bebe un sorbo de su rebosante copa de martini. Al mismo tiempo, mira a Lee entornando los ojos perfilados con kohl.

—¿Te está pagando el apartamento? —le pregunta—. Entonces es que va en serio; ¿por qué no me lo habías contado?

Lee centra la atención en un grupo de personas a la espalda de Tanja. Una de las mujeres le resulta familiar, pero no recuerda dónde la ha visto. ¿Será una amiga de Man? ¿Habrán ido al estudio? A estas alturas, ha conocido ya a tanta gente de su círculo que se le hace difícil llevar un registro mental.

—Li-Li. —Tanja agita la mano por delante de la cara de Lee para captar su atención—. Deberías habérmelo contado. Con todas las cartas que nos hemos escrito, ¡y nunca me has dicho nada!

—Ya lo sé —responde Lee procurando sonar arrepentida—. Es que pensé que... Era algo muy nuevo. Todo estaba sucediendo muy deprisa. —No quiere establecer contacto visual con Tanja, así que continúa paseando la mirada por el local y de pronto se percata de que están sentadas justo debajo del retrato de Man acompañado de sus amigos que lleva diez años colgado en la pared. Lo señala, resplandeciente en medio de una docena de hombres, y dice—: Ese de la foto es él, con su grupo de dadaístas. Antes se reunían aquí. —Man le ha contado cuán distinto era el Dôme por aquel entonces: pipas y política en vez de chismorreos y cócteles de champán. Lee señala la imagen granulada de la foto—. El que está a la derecha es Tristan Tzara, lo vas a conocer esta noche, creo. Man y él publican juntos una revista que se llama *221*. ¿La has visto? Man dijo... me ha dicho que algún día será un buen sitio en el que publicar mis fotografías —cuenta sin poder disimular su orgullo.

Tanja bebe otro sorbo de martini.

—Ya sé que va a llegar de un momento a otro, pero... —Saca la cebollita de cóctel que hay en su copa y se la mete en la boca, luego la mastica

lentamente mientras mira a Lee con ojos calculadores—. Trabajas para él, las únicas personas que conoces son las que conoce él y tu apartamento lo está pagando él. Li-Li, piensa... ¿Qué ocurrirá si esto no sale bien? Ya sabes cómo eres cuando te cansas de alguien.

Lee se mira las manos, entrelazadas en el regazo, con un gesto de irritación, y se distrae intentando barrer con el dedo un poquito de ceniza que le ha caído en el guante. La mancha se hace más grande y va formando un cerco gris.

—Argyle todavía suspira por ti —continúa Tanja al ver que Lee no reacciona.

—Qué pérdida de tiempo por su parte.

Argyle: uno de los amantes que tuvo Lee antes de marcharse de Nueva York. La llevó a dar una vuelta en su avioneta por encima de la refulgente cinta del río Hudson y luego la acompañó a casa. Cuando hicieron el amor, la piel le olía a gasolina. Fue el último de una serie de hombres a los que ella trató mal. En cuanto le decían que la querían, ella dejaba de hablarles. Tanja es testigo de ello y conoce todos los detalles. Probablemente, si Lee se parase un poco más a pensarlo se daría cuenta de que ésa es una de las razones por las que no ha querido hablarle de Man. Si no habla de él, no podrá tener defectos como los demás hombres y ella podrá sentirse mejor.

Por fin dice:

—Esta vez es distinto. Además, honestamente, ¿no puede ser que una chica madura? Que haya sido una tonta a lo largo de mi vida no quiere decir que siga siéndolo ahora.

Tanja extiende la mano por encima de la mesa y le aprieta el brazo.

—Tú jamás has tenido un pelo de tonta.

—Bueno, puede que uno o dos sí.

—De acuerdo, es posible —concede Tanja soltando una carcajada, y después vuelve a ponerse seria—. Man te gusta de verdad, ¿no? Cuando lo mencionas... se nota algo diferente.

Lee asiente con la cabeza. En efecto, hay algo diferente. Cuando rememora a sus anteriores amantes, lo único que recuerda es su inquietud, su insatisfacción. Ellos siempre querían más y más de ella, y en cambio ella no tenía ningún interés en darles más. Se sentaba frente a ellos en los restaurantes o se tumbaba a su lado en la cama y pasaba la mayor parte del tiempo

pensando en cómo escabullirse. Parecía que cuanto más pretendían ellos intimar, menos sentimiento fuera capaz de expresar ella, hasta que tenía la sensación de que su cuerpo era una caja de madera inexpugnable. En cierta ocasión, hace años, intentó explicarle esto a Tanja, pero su amiga se limitó a mirarla con curiosidad, incapaz de entenderla. De modo que ahora parece una misión imposible explicarle qué tiene de distinto la relación con Man, por qué cuando está con él se siente abierta, flexible: no hay modo de explicar que, cuanto más tiempo pasa con él, más lo ansía.

—Sí, me gusta de verdad —es lo único que contesta—. Me alegro de que vayas a conocerlo.

Cuando llegan a la fiesta, Man se queda sorprendido y complacido de ver que Lee ha acudido con una amiga. Las toma a las dos por el brazo y se las lleva de conversación en conversación. Después de pasar un rato hablando de trivialidades con dos de los amigos de Tristan, las arrastra hasta una pareja de más edad y hace las presentaciones.

—Arthur, Rose —dice—, cuánto me alegro de veros.

Arthur y Rose Wheeler son los principales clientes de Man: han financiado sus películas y, siempre que el trabajo disminuye, aparecen con un encargo. Man se siente muy unido a ellos. En anteriores veranos incluso viajaron los tres juntos a Biarritz. Lee ha visto fotos y Man le ha hablado de una ocasión en la que pasaron un día entero haciéndoles fotos a unas ovejas que bloqueaban la carretera. En las fotos de Man se puede ver a las ovejas apiñadas: sus ojos asustados destellan como brillantes canicas.

Rose se vuelve hacia Lee con una sonrisa radiante.

—Usted —le dice— debe de ser Lee Miller: nos han hablado mucho de usted, y también la hemos visto en las bellas fotografías de Man.

Éste sonrío y estrecha a Lee.

—Sí, Lee es mi amor. Me alegro mucho de que por fin la hayáis conocido. Y ésta es una buena amiga suya, Tanja Ramm, que ha venido de visita desde Nueva York.

Todos continúan charlando, manteniendo una elegante conversación de cóctel, y Lee participa en ella, pero lo único en lo que piensa es en la cara de Man al mirarla, en el sentimiento que reflejaban sus ojos castaños, en las palabras que ha utilizado: «mi amor». Juraría que la gente se está dando

cuenta, que todos la miran con admiración y envidia. Qué suerte tiene de ser la mujer a su lado, qué suerte que todo el mundo lo sepa.

El escepticismo de Tanja durante la cena se ha disipado: poco después de conocerlo, Man ya la ha conquistado. A Lee no la sorprende: Man está hoy muy sociable, y siempre se encuentra de lo más cómodo en medio de un grupo de gente así, cuando conoce a la mayoría de los invitados y no tiene la necesidad de mantener ninguna pose. Va vestido con sencillez, pero elegantemente, con un pantalón oscuro y una camisa blanca, y lleva los gemelos eléctricos que se hizo él mismo: unas luces rojas que se encienden y apagan aleatoriamente. Lee los ve destellar cada vez que Man gesticula en medio de un corro de gente.

Sabe que Tanja ha conquistado a Man igual que Man la ha conquistado a ella, pero es que, claro, Tanja conquista a todo el mundo. En cierto modo, por eso le gusta ser su amiga: porque se siente cómoda en cualquier situación social, por su personalidad sin complicaciones. Sus personalidades son completamente opuestas: Lee siempre ha pensado que Tanja tiene un alma angelical, limpia y sin mácula, mientras que ella imagina su propia alma llena de espinas: un nido negro y enmarañado. A diferencia de Man y de Tanja, ella a menudo se pone tensa en sociedad: piensa demasiado en la imagen que proyecta a los demás o en cómo se supone que debería comportarse.

Recorre la sala con la mirada buscando a Tristan. Desde que Man mencionó que a lo mejor Tristan y él le publicaban sus fotos en la revista, está deseando hablar con él. De pronto ve otra cara que le es familiar: cabeza rapada, cutis de un blanco cadavérico, traje demasiado grande.

—Mira, ahí está Claude —le dice a Man. Él mira en esa dirección y hace un gesto afirmativo con la cabeza—. Quiero decirle cuánto me gustó su poema —indica, excusándose.

Claude está sola en un rincón, fumando como una posesa. Lee se acerca y le sonrío.

—Ya han pasado unos meses, pero quería decirle que me encantó el poema que leyó en la librería de Monnier.

Claude expulsa un anillo de humo y cierra un ojo, al parecer para poder mirar a Lee a través de él.

—No era un poema.

—Ah, pensé que... ¿Y qué era?

—Mi manifiesto: mi refutación del yo. —Habla inglés con mucho acento.

Lee quisiera alzar la vista al cielo, pero se contiene. En estos últimos meses, durante los cuales no ha podido quitarse los versos de Claude de la cabeza, había olvidado lo rara que es. Mira a su alrededor buscando una manera cortés de escapar.

—Usted es la que está con Man Ray —le dice Claude.

—Sí. —De nuevo la invade una oleada de orgullo.

—La musa —dice Claude, recalcando la palabra y agitando los dedos en el aire con gesto burlón.

—De hecho, soy fotógrafa.

—No me diga.

Lee intenta contrarrestar la sorna de Claude con la suya propia:

—Usted también, ¿no? Alguien me lo ha dicho...

Claude le entrega a Lee su cigarrillo (el tabaco está húmedo en la punta que tenía en la boca) y empieza a hurgar en los bolsillos de su chaqueta. Extrae un fajo de tarjetitas y le ofrece una a Lee. En ella se ve una fotografía de Claude vestida como un levantador de pesas y una dirección del boulevard Raspail.

—Voy a montar una exposición —dice.

A Lee no le suena el nombre de la calle, pero aun así se ha quedado impresionada: Claude debe de ser mejor de lo que ella creía.

—No conozco esta dirección —contesta—, ¿es una galería?

Claude tuerce los labios en una sonrisa despectiva.

—El término «galería» resulta demasiado para eso. Su propietario lo llama así, aunque yo diría, más bien, un callejón entre dos edificios. Pero es que el propietario es un... ¿cómo se dice en inglés? Un... auténtico hijo de puta. Todo ha sido de lo más lamentable. Al principio sólo iba a exponer yo, y ahora es mi obra y la de otros veinte fotógrafos. He pensado en retirar mis fotos, pero me gusta demasiado la idea de verlas expuestas. ¿A usted no le gustaría?

Lee no responde, pero le viene a la mente una imagen: su propia obra enmarcada y montada; una multitud de personas llenando la sala y pasando en silencio de una fotografía a otra; las fotos, sus fotos, permaneciendo en sus mentes, volviendo a ellas una y otra vez.

Claude recorre la sala con la vista. Lee sigue la dirección de su mirada y ve que está observando a Man, que continúa dando audiencia en el rincón, con sus gemelos eléctricos destellando en la penumbra. Claude, con toda intención, los mira alternativamente a uno y a otra con un gesto lo bastante sugestivo para dar a entender que no le cuesta imaginar lo que ocurre entre ellos.

—Un gran hombre —dice, pero su tono indica que opina exactamente lo contrario.

Lee se dice a sí misma que no pasa nada si se va, de modo que eso es lo que hace. Aplasta el cigarrillo de Claude en un cenicero, coge una copa de vino de la bandeja de un camarero que pasa.

Es un alivio estar de nuevo al lado de Man. Lee se acurruca en la familiaridad que le transmite su arrugada chaqueta, el sólido brazo de Man le rodea la cintura y la estrecha con fuerza. Tanja le ofrece la deslumbrante sonrisa que pone siempre que está bebida, enseñando toda la dentadura. Los Wheeler se han marchado, y Man y Tanja conversan con una mujer mayor que lleva diez o doce filas de perlas al cuello y que sostiene su copa en alto como si fuera una antorcha.

—¡Ya se lo dije a Rémy —grita la mujer—, le dije que lo que va a arruinar el arte no es la gente joven: los jóvenes no tienen nada de malo, por más que se diga que tienen la cabeza completamente hueca. Lo que va a arruinar el arte es *el negocio*! —Pronuncia esta última palabra con mucho ímpetu, agitando la copa en alto para poner énfasis y derramando un poco de líquido.

Tanja se inclina hacia su amiga y susurra, imitando a la anciana:

—*El negocio*.

Sin embargo, Lee siente interés y espera a que la mujer siga hablando.

—Si piensas que a estas alturas los estadounidenses van a seguir comprándote retratos —continúa la mujer, apuntando a Man con un dedo largo y terminado en una uña de color granate—, estás muy equivocado.

Man se aclara la garganta.

—¿Así de mal van las cosas? Aquí todavía no hemos notado ningún cambio. De hecho, precisamente acabo de hablar de ese tema con Arthur Wheeler y...

—Yo soy de Pittsburgh —lo interrumpe la mujer negando con la cabeza—. Hace unos días fui a sacar dinero para este viaje y me quedé pasmada: ¡me

dijeron que no tenían! ¡Mi propio banco decía que no tenía mi dinero!

Man hace un gesto afirmativo y vuelve a preguntar, esta vez bajando la voz para que Lee no lo oiga. Tanja se vuelve hacia su amiga y le dice:

—¿Quién era esa persona tan rara con la que estabas hablando hace un momento?

—Claude Cahun, una fotógrafa: va a montar una exposición de sus obras en una galería que hay aquí cerca. —Le pasa la tarjeta. Tanja la observa durante unos instantes y después se la devuelve: nunca le ha interesado mucho el arte.

—¡Dios mío! Espero que antes se haga algo en el pelo —comenta, y las dos se echan a reír.

—Lo cierto es que tiene mucho talento —dice Lee—: no todo el mundo consigue dar a conocer su trabajo en esta ciudad.

Tanja encoge un hombro con un ademán elegante.

—Dentro de poco lo harás tú.

—Eso espero —contesta Lee, pero sólo una parte de ella está convencida de que así será. Le viene a la memoria una frase que su padre decía en su última carta—. Mi padre va a publicar sus fotografías —le anuncia a su amiga.

Tanja se vuelve hacia ella con un gesto de sorpresa.

—¿Las que te hizo a ti?

—Unas de temas arquitectónicos.

—Ah.

Tanja conoce al padre de Lee desde que ambas eran pequeñas y nunca le ha caído bien, a pesar de que posó para él igual que Lee. Incluso retrató a las dos juntas, de lo cual Lee se siente un poco avergonzada porque, con la escenificación que preparó su padre, parecían más dos mujeres enamoradas que dos niñas. Lee aún no ha respondido a su carta, se ha limitado a meterla en el fondo de un cajón y ha procurado no acordarse de ella.

—Man me cae bien —dice Tanja en voz baja, cambiando de tema. El aliento le huele a vino.

—¿De verdad?

—Sí, se lo ve muy enamorado de ti.

Lee la aferra del antebrazo.

—¿Qué te ha dicho?

—Antes de que se acercase esa mujer, se ha pasado un buen rato hablándome del gran talento que posees. Me ha hablado sin parar de una foto que sacaste de un paraguas roto.

Lee se ruboriza de puro orgullo y, para disimularlo, le da un sorbo a su copa. Lee no sabía que a Man le había gustado esa foto, aunque se siente bastante satisfecha de ella. Man sigue conversando con la mujer, de modo que Lee le pregunta a Tanja si quiere otra copa y las dos se van juntas hacia la barra y se quedan ahí un rato, picoteando unos huevos encurtidos y apurando sus copas para poder pedir otras. Cuando vuelven a donde está Man, descubren que se le ha sumado Tristan Tzara y que la conversación sigue siendo casi la misma que cuando se han ido, aunque ahora el grupo de personas a su alrededor es más grande. Cada vez que Lee ve a Tristan él está politiqueando y, a juzgar por su expresión seria y concienzuda, esta noche no es distinta: Tzara es la clase de hombre que debería ir a todas partes cargando su estrado.

—¿Cómo justificamos que nos dediquemos al arte cuando todavía existen los problemas de clase, cuando la gente tiene dificultades para vivir?! — exclama.

—¡El arte siempre está justificado! —grita alguien, y unas cuantas personas golpean la mesa con los nudillos para mostrarse de acuerdo.

Lee se acerca a Man y le planta un beso en la mejilla. Tristan la saluda con un gesto de cabeza y después sigue hablando. Cambia al francés y habla deprisa y en voz muy alta: hay que liberar al pueblo de las preocupaciones burguesas; bajo la vara del sistema capitalista el pueblo sufre explotación, y la explotación es la muerte. Lee le tira a Man de la manga: quiere preguntarle por la revista y saber si pueden o no pedirle a Tristan que incluya algunas fotografías suyas, pero antes de que pueda abrir la boca Man le dice:

—El próximo número de *221* vamos a dedicarlo enteramente a este tema: un nuevo manifiesto acerca del papel que desempeñan el arte y la fotografía para liberar a la mente de la complacencia.

Más manifiestos. Hablar, hablar, hablar. Tal vez hablar tanto sirva para cambiar las cosas, pero Lee todavía no lo ha visto. Le agradan mucho más las conversaciones que tiene con Man acerca del arte cuando están los dos solos que estas sesiones en público en las que da la impresión de que lo único que se persigue es la confrontación y el conflicto. En el estudio hablan del deseo,

de lo mucho que se parece al hambre, de lo importante que es el amor para el arte, tanto como la revolución. A Lee eso le resulta mucho más interesante, pero incluso esas ideas le parecen ligeramente falsas, o quizá no es que las ideas en sí sean falsas, sino que ella no se cree que el arte siempre necesite un mensaje subyacente. Las obras de Man que más le gustan son las que no requieren explicación ni un contexto más amplio, las que simplemente la hacen sentir alguna cosa cuando las contempla.

Aun así, lo que está diciendo Tristan tiene algo de estimulante: la pasión que guía su pensamiento. Lee se vuelve hacia atrás, donde está Tanja, obviamente aburrída, y se da cuenta de que en estos últimos meses su trabajo ha empezado a verse influido por algunas cosas que dicen Tristan y Man sobre la importancia de que haya una razón y un objetivo detrás de las obras, aunque ella aún no sabe muy bien cuál sería su objetivo.

Sin embargo, esta noche se encuentra allí con su amiga y, al verla, vuelve a sentir el afecto que las ha unido toda la vida. Se aparta ligeramente del círculo de personas que rodean a Tristan, rodea con un brazo los hombros de su amiga de siempre y, con una sonrisa, choca su copa con la de ella.

## 12

Lee está tumbada con Man en el sofá del estudio. Tiene manchas de pintura en el estómago y en los muslos: los lugares donde él ha posado las manos. Man tiene la cabeza apoyada en ella y le está contando que estos últimos meses han sido los más creativos de toda su vida. Las fotografías, las pinturas, las esculturas... han sido las mejores obras que ha creado jamás.

—Te lo debo a ti —le dice—, a nadie más.

—¿Y que pasa con Kiki? —le pregunta Lee. En los cuatro meses que llevan juntos, Man no la ha mencionado ni una sola vez, y hasta ahora ella tampoco, aunque sí que ha hecho muchas cábalas sobre esa mujer. Nunca le han importado las antiguas amantes de ningún hombre; en cambio, siente más deseos de hurgar en el pasado de Man de lo que quisiera admitir.

—Aquello era distinto.

—¿En qué sentido? —Lee se incorpora y empieza a abotonarse la blusa.

—Ella era joven...

—Yo también soy joven.

Man la mira y vuelve a empezar.

—Ella era joven, yo era joven. La conocí en un café. Hubo un malentendido... Pero nada de esto tiene interés para ti.

—Sí que lo tiene.

Lee va tirando del hilo de su historia: Man acababa de llegar a París, fue a La Closerie des Lilas y vio a una mujer sentada en el rincón con una amiga. Por mucho que acabara de bajarse del barco que lo había llevado desde Brooklyn, enseguida adivinó que aquella joven se encontraba en un lugar que no le correspondía: iba sin sombrero, llevaba el cabello suelto y se había puesto tanto colorete en las mejillas que parecía tuberculosa; todo eso además

de estar soltando un auténtico torrente de palabras con una voz excesivamente sonora y gutural. En Nueva York, Man había estudiado dibujo del natural, y la melena suelta de Kiki le recordó a las prostitutas que a menudo habían posado para él, cómodas con sus cuerpos y agradecidas de tener un empleo en el que lo único que tenían que hacer era quedarse quietas. Desde el momento mismo en que Man vio a aquella joven, sintió el deseo de protegerla. Un camarero se acercó a Kiki y le dijo que, si no se cubría el cabello, tendría que abandonar el restaurante. Ella le contestó a gritos que no pensaba marcharse. El camarero insistió y entonces ella se levantó de la silla y se subió a la mesa («como una gacela», comenta Man). Luego, en dos rápidos movimientos volvió a bajarse y se encaminó hacia la puerta. Cuando pasó por delante de Man, éste la agarró del brazo y le ofreció sentarse a su mesa para que el camarero dejara de molestarla. Él apenas hablaba francés y Kiki no hablaba inglés, pero de alguna manera quedaron cautivados el uno por el otro. Man la llevó a cenar, y después a ver un espectáculo, y después a su estudio, y después a su cama, y estuvieron juntos diez años hasta que él la dejó.

—¿Por qué la dejaste?

Lee quiere saberlo porque desea confirmar que vale más que Kiki: quiere saber en qué cosas fallaba la otra mujer.

—Porque era muy celosa.

—¿De qué tenía celos? ¿Qué hacías?

Man la mira con expresión compungida.

—¡Nada! Kiki era una persona volátil: la típica actriz. Se pasaba las noches cantando canciones que hablaban de traiciones y no tardó en empezar a ver traiciones por todas partes. —Se levanta y va hasta el despacho—. Verás, voy a enseñarte una cosa. —Regresa con una pequeña agenda negra. Dentro hay decenas de nombres, todos escritos con la cuidada letra de Man, pero cuando Lee se fija descubre que algunos de los nombres y los números de teléfono han sido alterados, repasados una y otra vez con gruesos trazos negros hasta convertir las letras en animales deformes.

—Un día, al volver a casa, me encontré con esto. —Va pasando las páginas de la agenda, elige una y se la enseña a Lee—. Mi prima Flora, que reside en Filadelfia; mi abuela: todos los nombres de mujer que contiene la agenda.

—¿Habías estado con otra?

—No, no, ni mucho menos.

Lee hojea la agenda. Las marcas están hechas con tanta presión que resultan visibles por el otro lado, y hay zonas en las que la punta de la pluma ha atravesado el papel. En los márgenes de una página, Kiki ha escrito «*merde merde merde*». Lee se la imagina en el dormitorio de Man, furiosa y con los puños apretados. Sin embargo, a medida que va pasando las hojas, la cólera que invadía a Kiki va calando en ella y se sorprende al descubrir que siente una ligera empatía, incluso cierto vínculo entre ambas.

—Debía de haber algún motivo para que hiciera esto...

—No lo había: yo estaba entregado a Kiki. —El tono de voz de Man es cortante—. Cuando estaba con ella, hacía todo lo que estaba en mi mano para ayudarla a salir adelante. Si quería pintar, le compraba lienzos y le dejaba utilizar mis óleos. Si quería ser actriz, la llevaba conmigo a Estados Unidos cuando iba a ver a mi familia y le organizaba reuniones en Nueva York. También quiso escribir: tenía la idea fija de que iba a redactar sus memorias, así que leí las primeras páginas y la ayudé a traducirlas al inglés. Además, le presenté a un amigo mío, Broca, porque publicaba un boletín de noticias sobre Montparnasse y pensé que quizá pudieran interesarle los relatos de Kiki. Y, en efecto, le interesaron muchísimo. Empezó a trabajar con él día tras día; escribiendo, según ella, hasta que se mudó a vivir con él.

Lee se siente confusa.

—Entonces ¿te abandonó ella a ti?

Man le quita la agenda de las manos y la deja sobre la mesita auxiliar, a continuación cruza la estancia y se pone a mirar por la ventana.

—No, la abandoné yo: le dejé bien claro que su comportamiento era inaceptable. Y lo era. Broca resultó ser un bebedor y un drogadicto: siempre andaba vagando por la calle y hablando solo. Kiki no estuvo mucho tiempo con él, creo que de hecho lo abandonó por el músico que la acompañaba, un acordeonista.

Por el tono que emplea Man, queda claro que aún está furioso por lo que sucedió. No ha respondido a la pregunta que le ha hecho sobre los celos de Kiki, pero no desea presionar más. Va hasta la ventana, lo rodea con los brazos y lo besa en la oreja.

Aguarda unos instantes, y luego dice:

—Quiero conocerla, quiero oírla cantar.

—Puede ser muy cruel, y sabe que estamos juntos.

—¿Te preocupa que pueda ser mala conmigo? —pregunta Lee, frunciendo los labios y pestañeando.

Man le pasa un dedo por la mejilla y el cuello.

—¿Quieres saberlo? Lo que me preocupa es que os hagáis amigas íntimas y Kiki te cuente historias terribles acerca de mí que te hagan renegar de todo esto. Sería muy capaz: lo ha hecho antes.

—Y yo pensando que estabas preocupado por mí.

—¿Preocupado por ti? Creo que eres perfectamente capaz de cuidarte sola.

Cuando Lee pasea por Montparnasse con frecuencia ve carteles que anuncian actuaciones de Kiki y, por más que se esfuerza, no consigue quitársela de la cabeza. Esa misma semana le pregunta a Man si le dejaría ver las fotografías que le hizo a Kiki. No puede evitarlo. Man nunca pierde la oportunidad de enseñar su obra, de modo que Lee no se sorprende cuando ve que se dirige a los archivadores y empieza a sacar carpetas.

Al principio siente cómo desaparece una tensión que ignoraba tener acumulada en el cuello. ¿Ésta es la mujer más bella de todo París? Para los ojos de una americana, Kiki está más hinchada que una hogaza de pan con exceso de levadura; lleva un maquillaje estridente y un peinado que hace dos décadas que pasó de moda, y tiene un trasero grande y flácido como un saco de harina a medio llenar.

Sin embargo, varias de las composiciones le resultan incómodamente familiares. En una aparecen los visillos de Man, los mismos que sigue teniendo en la actualidad. En otra, Kiki sale con la cabeza inclinada hacia atrás para que Man pueda hacerle un primer plano del cuello. Podría ser el cuello de Lee: la foto es tan similar... Por lo visto, Man no espera que Lee haga ningún comentario y continúa hablando de lo que estaba pensando en el momento de hacerle tal o cual foto, o se detiene un instante para analizar una y explicar que ahora la imprimiría de un modo distinto.

Le enseña por lo menos un centenar de fotografías. Cuando termina, Lee sigue sin decir nada. Man le pregunta qué opina. Lee primero titubea y después dice lo que cree que debe decir: que Kiki es preciosa.

—Por supuesto —confirma Man—, pero ¿qué opinas de las fotos?

## 13

—Biarritz —dice Man.

Lee está trabajando en el libro de cuentas; Man está sentado a la mesa del rincón del fondo. Tiene citas concertadas para el resto de la semana.

—¿Biarritz?

—Deberíamos ir —propone—. Puedo sacar el coche. Tú no has estado nunca, ¿a que no?

Lee llama en su nombre. Man lo siente mucho, pero ha fallecido alguien cercano. ¿Les importaría cambiar la cita para otro día? Una parte de ella sabe que Man debería preocuparse del dinero, de no enfadar a los clientes, que son los que le pagan los gastos; pero le resulta sencillo ignorar esos pensamientos: si Man no se preocupa, ella no tiene por qué.

Le lleva una hora recoger todo, ir a casa y hacer la maleta, y cuando baja la escalera de su apartamento ve que Man ya está junto a la acera, en su Voisin, un automóvil grande y alargado que ruge como un animal. Lee nunca se ha subido a un coche tan elegante. Se protege el cabello con un pañuelo a rayas y apoya el brazo en la puerta tapizada en cuero, sintiéndose glamurosa y libertina. Pasa la mayor parte del viaje con la mano descansando en el muslo de Man.

El viaje es largo y transcurre por carreteras pésimas, de modo que hacen un alto en Poitiers para pasar la noche. Pasean por las calles empedradas como dos turistas, cenan en un pequeño restaurante en el que sirven pan de centeno y un estofado de ternera a la *bourguignoncargado* de coñac y acompañado de zanahorias, patatas y cebollas perla. Lee come tanto que cuando salen del restaurante el vestido le aprieta la cintura. Por la noche hacen el amor en el pequeño hotel, iluminados únicamente por la luna llena que

resplandece igual que una lámpara al otro lado de las ventanas sin cortinas, y al día siguiente desayunan *croissants* en la cama con los dedos pegajosos de mantequilla y oliendo a levadura y azúcar. Cuando vuelven a salir, protegiéndose los ojos del fuerte brillo del sol, tan distinto de la luz de París, Lee hace varias fotos de las torres del Palais de Justice, que le recuerdan a hombres ataviados con gorros de bufón. Se siente más feliz de lo que se ha sentido nunca: libre, limpia y luminosa por dentro.

Al cruzar un puente peatonal, se vuelve hacia Man y le dice:

—Déjame que te haga una foto.

—A mí nadie me hace fotos.

—Eso es absurdo —replica ella y se lleva la cámara al ojo.

Man se encoge de hombros, sonrío y por fin accede. Lee lo encuadra con el ancho puente de piedra perdiéndose en perspectiva hacia un punto del horizonte. Sostiene la cámara ligeramente desviada del eje para que la figura de Man quede paralela a un poste de alumbrado que tiene justo a la espalda. Man lleva un gran pañuelo blanco y un pantalón de lino de color marfil. Sonríe sólo un poco, y el viento le agita el pelo y el pañuelo hacia un costado. Se lo ve viejo, un poco cansado, y eso, inexplicablemente, hace que Lee lo quiera todavía más.

Por fin, después de dos días conduciendo sin parar, llegan a Biarritz, que parece una postal. Cuando entran en la ciudad el sol se está poniendo. Man baja la capota del Voisin y atraviesa la Esplanade du Port Vieux para llegar hasta Villa Belza, que se eleva directamente desde la carretera como si hubiera sido excavada en la roca de los acantilados. Aparca cerca de allí y suben juntos por el camino que conduce hasta la puerta principal de la villa.

Man reserva una habitación mientras Lee espera en el vestíbulo admirando el elegante mobiliario y los gruesos cortinajes de terciopelo. Al poco, Man regresa con una llave tan gigantesca en la mano que Lee se siente mareada con sólo verla. Avanzan sumamente despacio. Lee sube la escalera por delante de Man y éste, con un gesto de descarado, mete la mano entre las piernas de Lee. Ella siente el calor de sus dedos en contacto con su piel, justo por encima del encaje del ligero, y Man la apasionada humedad de esa parte de su cuerpo. Nada más entrar en la habitación cierran la puerta y se meten en la cama. La ventana ha quedado abierta y Lee, mientras Man le hace el amor (fuerte y

rápido, como le gusta a ella), siente que le llega el aroma a mar y a sal, y se dice a sí misma que a partir de ahora es posible que, al pensar en Man, se acuerde siempre de ese olor salado. Al terminar, Lee se recuesta en una almohada gigante y mira en derredor por primera vez. Las paredes de la habitación entera están tapizadas en brocado rojo y unos cortinajes del mismo color cuelgan sobre el cabecero de la cama. Incluso el tocador y las butacas están tapizados en rojo.

—Pero ¿qué lugar es éste? —pregunta Lee.

—¿No es increíble? —dice Man riendo al ver su gesto—. Y espera a ver el cabaret.

Duermen una siesta y, después de hacer el amor otra vez, finalmente salen de la habitación para cenar. Se atiborran de pescado y marisco: *moules marinières*, pez limón marinado con naranja y un *crudo* hecho con un pescado que Lee no había probado en su vida. Rellenan las copas de vino una y otra vez. Lee tiene la sensación de que no va a saciarse nunca. El hecho de comer así, pidiendo lo que se le antoje y apurando hasta la última cucharada de merengue del postre, hace que vuelva a sentirse una niña y por un momento se siente tremendamente ansiosa, pero Man la lleva al cabaret, que es tan lujoso y ostentoso como le ha prometido, y entonces se relaja. Toman asiento ante una mesa de espejo con las rodillas muy juntas. En el escenario, varias mujeres ataviadas con sujetadores de lentejuelas y grandes tocados de plumas bailan el charleston. La música suena fuerte y estridente y, al terminar el espectáculo, la mayoría de los clientes salen a bailar. Man arrastra a Lee a la pista. Es un bailarín completamente desinhibido que suple gracia con entusiasmo hasta el punto de contagiar a Lee, que le sigue los pasos y va soltándose cada vez más. Cuando ambos están ya sudando y sin resuello, Man coge una botella de vino y dos copas de la mesa y se van a su habitación; se meten en la gigantesca cama y se quedan conversando hasta las tres de la madrugada. El arte, la inspiración, la diferencia entre pintura y fotografía... La conversación sigue su propio ritmo, realizando acrobacias y girando sobre sí misma hasta quedar exhausta.

—Se me ha ocurrido una idea para una serie de retratos que quiero hacer —le dice Man—. Tal vez seis o siete, todos con sutiles variaciones. Un primer plano de mi cara y, delante de mí, sobre la mesa, una máscara: una mascarilla funeraria, y una serie de objetos que irán cambiando foto a foto, todavía no sé

muy bien cuáles: quizá en una foto el lazo de una horca; en otra, una pluma; para representar lo que se siente al ser artista.

Lee asiente con entusiasmo.

—¡Sí! Es curioso cómo en un momento dado a uno no se le ocurre una sola fotografía que sea original y al siguiente se le ocurren casi demasiadas. ¿Cómo podemos capturar ese estado, cómo conservar el sentimiento de los días en que llega la inspiración...?

—Y no permitir que los días en que nos sentimos asfixiados sean los únicos que recordamos.

—Sí —confirma Lee. Se bebe las últimas gotas de vino y deja la copa. Man le acaricia el brazo con los dedos y ella le agarra la mano y se la aprieta ligeramente.

—En cuanto regresemos al estudio, lo prepararemos todo —propone.

—Sí —contesta Man, y la besa.

Al día siguiente van a pie hasta el Rocher de la Vierge y luego hasta la Grande Plage. Allí se descalzan para pasear por la arena compacta. A mediados de mayo, antes de la temporada veraniega, la playa no está tan concurrida: hay varias filas de casetas de playa vacías y, en cuanto Lee muestra interés, Man alquila una. Abren la puerta de lona y contemplan cómo suben y bajan las olas rematadas por crestas blancas.

Lee está tumbada entre el sol y la sombra, guarecida bajo una gigantesca pabela que le ha comprado a un vendedor ambulante, y tan sólo se incorpora para salpicarse con agua las piernas y sentir la brisa del mar en la piel. El agua, al secarse, deja una filigrana de sal. Man dormita a su lado en una silla de playa. Lee observa su rostro, su mandíbula suelta, la piel fofa en torno al cuello, perfectamente relajado. Decide dar un paseo mientras él duerme. Coge su cámara y se dirige hacia la acera, llena de hoteles elegantes que miran al mar.

Todo el mundo es hermoso: hombres con sombreros de paja y pantalones de dobladillo vuelto que pasean de la mano de mujeres con anchos pantalones de telas vaporosas. Lee les toma una foto a las filas de casetas de playa que brotan de la arena como champiñones y otra a una pareja que carga con una gigantesca sombrilla y va discutiendo. Al borde de la playa hay una mujer que vende collares hechos con esponjas de mar y que termina convenciéndola para

que se compre uno. Se lo enseñará a Man. Huele a salitre y a podredumbre, pero igualmente se lo pone alrededor del cuello y vuelve a donde está él.

Se lo encuentra todavía durmiendo, así que se sienta a su lado y levanta la cabeza hacia el sol. Transcurridos unos minutos, Man abre los ojos, la ve y le coge la cámara. Lee no se mueve y cierra los ojos mientras Man la fotografía dejando que el sol se derrita como mantequilla en su cara y penetre en sus huesos.

Antes de marcharse se meten en la caseta y cierran. El murmullo del mar, al otro lado de la lona, suena amortiguado: es casi un susurro. Extienden las toallas sobre la arena blanca y suave y se tumban, y Man comienza a besarla: un beso prolongado, como si quisiera bebérsela. Lee se queda asombrada al darse cuenta de lo mucho que lo desea. Coge su mano y se la pone en la cintura. Él le desabrocha el pantalón, aparta la braga con el dedo y empieza a tocarla, hasta que ella termina agotada y temblorosa, empapada en sudor y cubierta de una fina capa de arena. Después, se tiende a su lado, muy cerca, sintiendo el cuerpo totalmente relajado. Man la abraza contra sí. Ojalá que este momento durase toda la eternidad, ojalá que nada interrumpiese lo que está sintiendo ahora.

Lee oye la frase en su interior, pero quiere que Man la diga primero. Centra en él toda su atención y lo insta mentalmente a que lo diga, frota la nariz contra su pecho y carraspea unas cuantas veces. «Te quiero.» Ambos guardan silencio durante largo rato, escuchando el suave siseo del oleaje.

—Ojalá no te hubieras ido a pasear mientras yo dormía —dice Man por fin.

Lee se incorpora ligeramente para poder mirarlo, pero él tiene los ojos cerrados.

—¿Y eso por qué?

—Porque estamos en una ciudad desconocida. Yo no sabía dónde estabas, y que vayas por ahí tú sola... me preocupa: no me gusta la idea de que te vean otros hombres.

—¿Que me vean? —No puede estar hablando en serio—. Así que, durante todo el rato que has estado echando una siesta, ¿se supone que yo debería haberme quedado aquí sentada, esperando a que te despertases?

Man abre los ojos y la mira.

—Supongo que, dicho de esa forma, suena un tanto ridículo, pero es que...

te necesito, Lee. —Y luego agrega en voz baja—: No me dejes nunca.

A continuación tira de ella hacia abajo para que vuelva a tenderse junto a él y le acaricia el pelo.

Esto no es lo que ella quería que dijera; aun así, su frase resulta emocionante por la vulnerabilidad que transmite, por el poder que le reconoce a ella. Siente deseos de corresponder, de demostrarle que sabe que está revelando algo de sí mismo, de modo que apoya la cabeza en su hombro y le dice:

—No voy a dejarte.

Si estando con Man puede sentirse siempre tan feliz como se ha sentido en este viaje, resultará fácil cumplir esa promesa.

—¿Podemos volver aquí todos los años? —le pide.

—Nada me haría más feliz.

Ya se lo está imaginando: un ritual que crearán los dos juntos, y piensa cómo será dentro de veinte años. Man tendrá todo el cabello cubierto de canas, que ahora sólo le salpican las sienes; las arrugas de su cara serán más pronunciadas, sus ojos estarán más hundidos. Tendrá manías típicas de viejo y ella será una de esas mujeres que encuentren esas manías entrañables, y llevará un tónico para él en el bolso. Man la convertirá en esa clase de mujer a fuerza de quererla.

Man la estrecha más fuerte y ambos permanecen así, en silencio, hasta que Lee empieza a tener demasiado calor. En el interior de la caseta el aire es sofocante. Se aparta, se incorpora y se recompone la ropa. Abre de nuevo la puerta de lona y contempla la borrosa línea donde el mar se junta con el horizonte, admirando el modo como la abertura de la caseta encuadra el paisaje.

## SAINT-MALO, AGOSTO DE 1944

El estruendo y el silbido de los aviones llenan el aire antes de que Lee los vea aparecer lanzándose en picado contra la ciudadela. Con perfecta coordinación, vuelven a elevarse y, entonces, en vez del ruido de los motores, se oyen el siseo y el estallido de las bombas. En un instante todo es caos y la ciudadela empieza a arder. Lee consigue sacar una foto de una bomba mientras cae y otra de un soldado ardiendo que se recorta contra el humo. Después de la guerra, se enterará de que ésta ha sido la primera vez que los americanos han hecho uso del napalm, lo cual explicará no sólo el hecho de que hayan censurado sus fotos, sino también esa impresión de que el fuego se adhiere a la piel de los soldados como si fuera mermelada.

El ataque no dura mucho. Lee, con un pitido en los oídos, baja la escalera del fuerte y regresa a la base, pero el fuego de artillería va tras ella y, cuando los disparos empiezan a pasar tan cerca que puede sentir sus reverberaciones, se mete en un refugio subterráneo y se queda ahí, acuclillada y aferrando su cámara contra el pecho. El refugio huele a guerra y a putrefacción, las paredes están cubiertas de una sustancia que podría ser sangre. Da un paso y el talón se le hunde en algo blando. Le entra el pánico, vuelve a salir a la calle y echa a correr. Los oídos le pitan con tal intensidad que a duras penas logra concentrarse, de modo que, cuando de repente alguien le grita, en un primer momento no se da cuenta de que le están haciendo una pregunta. Se da la vuelta y ve a cuatro soldados que la miran fijamente.

—¿Es usted una... dama? —le pregunta uno de ellos.

A Lee la sorprende que aquel individuo se haya percatado: sabe que lleva tanta suciedad encima que podría rascársela con las uñas. Pero estos hombres se sienten felices de tener cerca a una mujer auténtica, y además de Nueva York. «Sigue hablando», le suplican. «Echamos de menos las voces de

nuestras novias.» Se oyen más disparos y todos se refugian en lo que resulta ser una bodega. A lo largo de las paredes se amontonan cajas de botellas de vino: Sauternes, Languedoc, Riesling. Cuando cesa el fuego, los soldados cogen tantas como pueden transportar y esa misma noche, en el hotel, durante el apagón, Lee bebe con ellos en copas robadas y frotadas con sábanas sucias hasta quedar relucientes.

—¿Qué está haciendo una chica de Poughkeepsie en un lugar como éste? —pregunta uno de los soldados señalándola con la copa y salpicándose un poco de vino en los pantalones. Tiene la cara llena de granos y rasguños que se ha hecho al afeitarse, y su guerrera luce la insignia de los soldados de primera clase.

—No creerías que sólo ibais a divertirnos vosotros —replica Lee. Los otros soldados rompen a reír, pero Lee no aparta la vista del primero—. ¿Tú has matado a muchos *Krauts*? —le pregunta.

—Estuve en Anzio.

—Pero ¿mataste a alguno?

Los otros han continuado con su conversación, así que Lee se acerca a éste un poco más. Él asiente sin mirarla.

—Maté a uno, un francotirador. Había matado a mi amigo, que estaba sentado justo a mi lado, así que yo lo maté a él.

—¿Y qué sentiste?

—Nada —el muchacho arrastra las palabras por efecto del vino—, pero no hago más que acordarme de él. Tenía el pelo muy rubio, casi blanco. No sé por qué, pero no dejo de pensar en lo mucho que debe de extrañarlo su madre.

En el estómago de Lee se remueve el denso caldo del odio.

—Su madre es un monstruo. Todos son monstruos. Ojalá hubiera sido yo quien le disparara.

El soldado la mira con curiosidad. Desde el otro extremo, otro le dice que quiere enseñarle una fotografía de su novia, así que deja al primero y va hacia allá. En la foto, la chica lleva un modesto collar de perlas y sonrío confiadamente. Lee siente nacer un odio también hacia ella, tan limpia, tan mimada y tan segura en su hogar, allá en Indiana.

La botella pasa de mano en mano sin parar. Se quedan despiertos toda la noche, bebiendo y hablando. Cuando el sol de la mañana empieza a dibujar una línea brillante en la costura de las cortinas, los soldados comienzan a

bostezar. Algunos se arropan con mantas prestadas o duermen sentados contra la pared. Lee se sirve otra copa de vino y contempla durante unos instantes sus ojos hinchados en el reflejo del cristal. Acto seguido, se pone de pie y va con paso inseguro hasta el soldado de la cara rasguñada, que se ha quedado dormido con la boca abierta, como los niños. Lo empuja suavemente con el pie hasta que se despierta con una sonrisa de desconcierto, como si Lee formara parte de lo que estaba soñando.

—Ven conmigo —le susurra Lee.

Y él la sigue por el pasillo hasta una habitación que está vacía. Lee lo empuja al interior y lo sienta en el borde de la cama. Él la contempla expectante, con un gesto de sorpresa. Debe de tener quince años menos que ella.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Calla.

Lee le quita las botas y enseguida se pone a desatar los cordones de las suyas. Entretanto el soldado se quita el uniforme y se tumba desnudo en la cama. Tiene una piel tan blanca que casi resulta traslúcida y un pecho suave y sin vello. A Lee le entran ganas de arrearle un puñetazo.

Avanza gateando por la cama y le indica que se sitúe detrás de ella; cuando ya lo tiene en la posición adecuada se lleva una mano atrás para ayudarlo a que la penetre.

—Hazlo —le dice, con un tono que, en el silencio de la habitación, parece de enfado.

Una corriente de adrenalina le recorre el cuerpo, se imagina al soldado rubio al que ha matado este chico y permite que el odio le caliente la sangre. Desconoce cuándo se ha transformado en esa persona que se alimenta de rabia, pero le encanta la sensación de no reprimirse, de dejar que sus emociones fluyan descontroladas.

—Más fuerte —exige.

El chico obedece con gusto, pero todo acaba al poco de empezar y, cuando se aparta de Lee musitando una disculpa, ella no soporta siquiera mirarlo.

Cuando, unas horas más tarde, Lee sale de nuevo al exterior, el sol calienta con fuerza en un cielo sin nubes. Con todo el humo del día anterior, parecía imposible que hoy pudiera hacer un día tan radiante. A su alrededor, la ciudad entera es un cráter, los edificios son cascarones vacíos, escombros: nada

parece haber escapado de la destrucción causada por las bombas.

## 14

Vuelve a ser junio y Lee cae en la cuenta de que ya lleva un año en París. La ciudad todavía le resulta nueva, pero se ha acostumbrado a ella, tiene algunos lugares favoritos y ha empezado a sentirse como si ése fuera su sitio. Los días que hace bueno, deambula hasta el Cimetière du Montparnasse, que está a unas pocas manzanas de su apartamento, o pasa la tarde en el Bois de Vincennes contemplando las barcas de remos y los cisnes que cruzan las plácidas aguas del lago. Siempre lleva consigo su cámara y le encanta hacer fotografías al tiovivo, con sus cerdos de madera, y ver las caras de los niños, llenas de ferocidad, mientras esperan para arrojar la lanza a los aros de hierro. A media tarde, Man y ella suelen sentarse en las terrazas de Le Select o La Coupole y se toman un aperitivo tan a gusto que ni siquiera sienten la necesidad de hablar. A Lee le cae bien cierto vendedor de juguetes que suele apostarse enfrente de Le Select, y cada vez que se acerca a su mesa Man le compra un perrito de juguete para regalárselo. A estas alturas ya tiene toda una colección, que guarda en el primer cajón de su tocador.

Ya casi nunca la invade el negro estado de ánimo que sufría con tanta frecuencia cuando era una recién llegada. Sus recuerdos de aquellos días se entremezclan con un sentimiento de soledad: caminar sin rumbo por la ciudad con los brazos cruzados sobre el pecho, sentarse en la cama cruzada de piernas con el cuaderno de bocetos sobre las rodillas, ver la expresión triste de su rostro reflejada en el escaparate de una tienda. Mudarse a París resultó ser más difícil de lo que ella esperaba, pero ahora tiene la sensación de que todo eso sucedió hace mucho más de un año, y la chica que era entonces le resulta lejana y desconocida.

Algunas tardes (más ahora, cuando se habla tanto del dinero y de las dificultades económicas, cuando todo el mundo está tan nervioso), Man sale a

reunirse con su círculo. Va a casa de Drosso, donde todos intentan congraciarse con el anfitrión esperando que les compre alguna obra; o al opulento piso de Tristan, pagado con una fortuna familiar de la que nunca se habla; u, otras veces, a Le Dôme, en donde conversa con gesto serio acerca de los precios y el ambiente.

En una ocasión, Lee quiso acompañarlo al piso de Tristan, pero fue un desastre: ella era la única mujer, y su presencia hizo que los hombres se desconcentrasen. Hasta el propio Man estaba distinto: vulgar y presuntuoso. La conversación giró en torno al sexo: las técnicas de felación, el deseo homoerótico, las representaciones de la penetración en el arte surrealista. Todos miraban continuamente a Lee como pidiéndole su opinión y la llamaban «madame Man Ray», pero ella no sabía muy bien cómo actuar. Al principio, siguió la conversación riendo con el mejor de los ánimos: siempre se le han dado bien los dobles sentidos y le encantan los de tipo visual que Man crea en sus obras (su fotografía de un batir de huevos que recuerda unos genitales, o el primer plano que le hizo a un melocotón); sin embargo, cuando intentó hacer un chiste subido de tono, Man le lanzó una mirada reprobatoria que la dejó dudando de qué era lo que esperaba de ella. Se preguntó si debía fingirse escandalizada, y si los hombres, por el simple hecho que ella estuviera allí, podían darse el lujo de no fingirse escandalizados ellos mismos. Para las doce de la noche, cuando ya todos estaban borrachos como una cuba y reían como colegialas tontas, Lee decidió que había llegado el momento de marcharse a casa.

Así que, ahora, la mayoría de las noches en que Man sale con sus amigos, ella se queda en casa o regresa al estudio y aprovecha para adelantar un poco de trabajo. Esto es lo bueno que tiene el cuarto oscuro, un lugar completamente aislado del resto del mundo: allí dentro, mientras ella va pasando las fotografías de la cubeta de revelado al baño de paro y después al fijador, el tiempo pierde su significado y se mide tan sólo por el cronómetro. La transición de la tenue luz ambarina del cuarto oscuro a la iluminación nocturna de la ciudad es fácil y a menudo Lee se va a casa y se mete directamente en la cama para sumirse en un profundo sueño sin imágenes del que ni siquiera Man logra despertarla cuando él mismo regresa, un poco más tarde. Otros días se siente ansiosa y llena de energía, y en esas ocasiones se cala bien el sombrero y sale a caminar por las calles que rodean su piso hasta que termina agotada.

Ahora, el sol no se pone hasta casi las diez, y aun a esa hora el cielo conserva un eco de luminosidad que tiñe las nubes de azul y no deja ver las estrellas durante varias horas. Las noches que llueve, de las aceras brota un vapor que se le enrosca a Lee alrededor de los tobillos.

Man ha ido aplazando el artículo que tiene que escribir para *221*, pero ahora la fecha de entrega está ya muy cerca, y cada día que pasa va aumentando su nerviosismo. Resulta que, como escritor, Man es insoportable: se mete en su despacho, aparta bruscamente los papeles de su escritorio y comienza a aporrear ruidosamente su enorme Remington. A veces deja los dedos inmóviles sobre las teclas cinco o diez minutos y luego vuelve a teclear furiosamente, sin parar, durante un buen rato para, a continuación, arrancar de golpe el papel del rodillo y arrojarlo al suelo. Lee queda relegada a trabajar en una pequeña mesa auxiliar, donde su concentración se ve interrumpida por los suspiros y las constantes preguntas de Man.

—¿Qué te parece esto? —le dice, y enseguida se lo lee en voz alta—. «La percepción es el quid del artista. Al percibir la realidad, al replicarla, el artista transforma sus experiencias en autómatas que son, al mismo tiempo, nuevas formas de realidad que surgen de su perspectiva y simulacros, en última instancia inferiores, de la experiencia vivida.»

—Mmm —responde Lee dejando el lápiz—, ¿qué es lo que intentas decir exactamente?

Man deja escapar un gruñido, se levanta y arruga el papel en una bola.

—Lo que intento decir es que me gustaría, al mirar una fotografía de las que te he tomado, sentirme tan bien como me sentía en el momento de hacerla. Se supone que la fotografía captura la realidad, pero ¿cómo se captura una emoción? ¿Y acaso no es la emoción lo que hace que la realidad sea real?

—¿Y por qué no dices eso?

—¡Estoy diciendo eso! O por lo menos lo estoy intentando.

—A veces funciona mejor decir las cosas de manera directa —replica Lee, y acto seguido vuelve a ocuparse del correo.

Una noche en que Man ha salido con sus amigos, Lee se va sola hasta la pequeña galería que hay en el boulevard Raspail a ver las fotografías de Claude. La exposición se titula *Máscaras*, y cada fotógrafo ha interpretado esa palabra de manera distinta. Claude expone tres fotos y en cada una de ellas

aparece vestida con un disfraz diferente: como el levantador de pesas de la postal que anuncia la exposición, como un nadador con dos ricitos en la frente, como una matrona con peluca parlamentaria y traje de arpillera. Son buenas fotos; impresionantes, incluso. Lee recorre unas cuantas veces la sala, pequeña y atestada de gente, y ve que Claude tenía razón: esta galería es menos una sala que un callejón entre dos edificios. Conforme va asimilando todo, se le encoge el cuerpo de envidia al contemplar las fotografías.

Al marcharse de allí decide que tiene hambre y que aplacará con comida el dolor que siente por dentro. Calle adelante hay un pequeño bistró con un asiento libre en la barra de mármol. Pide una buena ración de paté de pistacho que le sirven acompañado de un tarrito de mostaza. Lo devora regado con un vino blanco. Es una comida deliciosa, pero la deja hinchada y agotada. Así que, en vez de irse a casa, regresa al cuarto oscuro e imprime una docena de veces la misma fotografía, cada vez con algún fallo distinto: una copia está subexpuesta, la siguiente tiene un pelo en la superficie, en otra hay una mancha oscura en una esquina... Cada vez que algo le sale mal, lanza un rugido de frustración y vuelve a empezar.

Man termina el artículo pasada la fecha de entrega. Esa noche se queda en el estudio hasta las tres de la madrugada. Lee se va a casa, pero una vez allí se lo imagina en el despacho, bebiendo y pasándose las manos por el pelo hasta dejárselo como un plumero.

Cuando lo oye desvestirse en silencio para no despertarla, murmura con voz soñolienta:

—¿Has terminado?

—Sí, ya está. Lo he titulado «La luz de nuestra época».

—«La edad de la luz» —replica Lee— sería un título mejor.

—No está mal —responde Man con admiración—: se te dan bien estas cosas.

—Hay muchas cosas que se me dan bien.

—Ya lo creo —dice Man, y se acuesta a su lado. Lee se acurruca contra él hasta tener todo el cuerpo completamente pegado al suyo.

La idea se le ocurre una tarde a Lee, mientras pasea. Una mujer, que no es ella, arrodillada detrás de un escritorio. En la superficie del escritorio, una

campana de cristal con la cabeza de la mujer alineada de forma que dé la sensación de que está flotando dentro de la campana. La idea le gusta tanto que hace varios bocetos; al poco ha llenado un cuaderno entero. Sin embargo, no sabrá si de verdad funciona hasta mirar la composición por el objetivo de una cámara, así que hace pruebas en el estudio, sin modelo. Empieza a entender el encanto de alguien como Amélie: una persona cualquiera que pueda acudir en un momento dado a posar para ella. Sin saber por qué, no quiere hablarle a Man de este proyecto: quiere que le pertenezca en exclusiva. De modo que pone un anuncio en la escuela de bellas artes donde Man se ha anunciado anteriormente y unos días después recibe una respuesta.

Cita a la modelo en el estudio a las siete de la mañana, mucho antes de que llegue Man. La luz es buena, la modelo es complaciente y guapa, aunque está un tanto sorprendida de encontrarse con otra mujer detrás de la cámara. Lee se siente cada vez más decidida y más capaz de dirigir, sólo tarda una hora en tomar las fotos que quiere.

## 15

El vestido es prestado. De alguien a quien Man habrá convencido con artimañas. Es verde fosforescente, de una tela de muaré, y tiene un complicado corpiño de seda en forma de hojas superpuestas. Una elegante fila de botones desciende por la pechera hasta la esbelta cintura, más alta y más ajustada de lo que se suele llevar últimamente. La falda llega hasta el suelo y tiene una corta cola, y a Lee le queda tan bien que se diría que lo han hecho para ella. Cuando se lo pone, Man no puede dejar de mirarla. De hecho, ahora que han llegado a la casa de Patou, Lee tiene la sensación de que todas las miradas están posadas en ella, tanto las de los hombres como las de las mujeres. Suele decirse que una mujer se arregla fundamentalmente para las otras mujeres y, al observar el rincón de la sala donde éstas se hallan reunidas como colibríes contra un telón de hombres, mirándose de reojo unas a otras, Lee se convence de que es verdad.

—Impresionante, ¿a que sí? —murmura Man, y acto seguido la toma por el codo y la guía por el lujoso salón. A lo largo de los años ha trabajado mucho para Jean Patou y alguna vez ha comentado que lo hace únicamente por las fiestas—. Hace pensar que podrían pagarme un poco mejor. Para compensarlo, vamos a bebernos todo el champán que nos quepa en el cuerpo.

No parece complicado: decenas de camareros circulan por el salón con bandejas llenas de copas de champán. A la primera oportunidad, Lee coge una y se coloca bajo un ventanal, imaginando lo hermosa que debe de verse su figura desde fuera.

En realidad, este ambiente es más propio de ella que de Man: él, a su lado, parece un tanto incómodo con su esmoquin, y a Lee le gustaría decirle que deje de tirarse de la pajarita. Si estuviera en Nueva York conocería a montones de gente, pero no conocer a nadie también tiene su gracia. Se fija en dos

caballeros que están en el otro extremo de la sala: son sumamente atractivos y tan parecidos que deben de ser hermanos. Procura mirarlos sin llamar su atención, pero de pronto se da cuenta de que ellos también están mirándola. Parecen tan cómodos con sus trajes como si hubieran nacido con ellos puestos. Le encanta la manera en que sus ajustados pantalones de esmoquin caen sobre sus lustrosos zapatos.

Busca en su mente una frase con la que responder cuando ellos le hagan un cumplido porque está más claro que el agua que van a acercarse a conversar con ella, pero antes de que se le ocurra algo ya los tiene delante.

—¡Man, cuánto te hemos echado de menos! —exclama uno de ellos, hablando inglés con un acento ruso bastante marcado, pero también refinado y elegante.

A Lee apenas la miran. Man se tira del cuello de la camisa. El otro (se parecen tanto que casi podrían ser gemelos) dice:

—El jueves próximo vamos a reunirnos en casa de Dimitri, ¿vendrás?

Al tiempo que formula la pregunta, alarga una mano y ayuda a Man a enderezarse la pajarita, que está torcida. Después le roza ligeramente la mejilla con los dedos: un movimiento fugaz, casi imperceptible, que a Lee, sin embargo, no se le pasa por alto. Ese gesto despreocupado, íntimo, como llamar de forma accidental a un amante por su apodo cariñoso en presencia de desconocidos, la deja intrigada.

Man está visiblemente incómodo y les responde que a lo mejor sí. Entonces los hermanos la miran a ella, en apariencia por primera vez. Le dicen a Man unas cuantas cosas más, ninguna de las cuales tiene mucho sentido para Lee, y se despiden.

—Gracias por presentarme —comenta Lee cuando ya se han ido.

Man se vuelve hacia ella.

—Son Alexis y Deni Mdivani. He supuesto que ya los conocías o que habías oído hablar de ellos.

—Pues no.

A continuación, Man le cuenta una enrevesada broma que recientemente gastaron los dos hermanos en una fiesta: en mitad de la cena se pusieron un mono de trabajo y alegaron que debían marcharse porque tenían que ir a trabajar a la fábrica.

—Pero ¿trabajan en una fábrica?

Man resopla.

—Están emparentados con un zar o algo así: fue para hacerse los graciosos.

—Debió de ser desternillante...

Lee se ha puesto de mal humor y está claro que Man también. Ambos se terminan el champán y van a buscar más.

—¿A qué te han invitado? —pregunta Lee por fin.

Se da cuenta de que Man no quiere responder, pero lo mira fijamente en silencio y espera con paciencia hasta que él se ve obligado a contestar.

—Como sabes, Paul y Tristan provienen de familias adineradas, así que se mueven en los mismos círculos que los Mdivani. Una vez al mes o así nos reunimos para hablar de arte.

—Habláis de arte.

—Sí —afirma Man, pero al decirlo vuelve a tirarse del cuello de la camisa. Hace calor en el salón y está sudando. Lee no entiende qué intenta ocultar ni por qué.

Cuando llegan al apartamento de Lee, ya es tarde. Ella ha insistido en que duerman allí porque sabe lo complicado que resultará quitarse el vestido y guardarlo. Man se pelea con los botones forrados, ella levanta los brazos y él la ayuda a sacárselo por la cabeza. Lee se da cuenta de lo borracha que está después de tanto champán y, antes de ir a lavarse los dientes, se sienta un momento en el suelo. Entre hipos, contempla su imagen reflejada en el espejo y oye cómo Man da un traspie en la otra habitación. Siguen de mal humor y por primera vez, al menos que ella recuerde, al meterse en la cama se tapan con las mantas hasta la barbilla y procuran no tocarse, a pesar de que Lee tiene que esforzarse para no rodar hacia el centro del colchón.

—Esta noche me he puesto triste por tu culpa —dice por fin. Man intenta abrazarla, pero ella interpone un brazo y lo aparta—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no has querido contarme... lo que sea que no quieres contarme?

En la calle se oye un frenazo, después risas y la puerta de un coche cerrándose... Más lejos, suena insistentemente una sirena.

—¿Alguna vez has...? —La voz de Man suena aguda y titubeante—. ¿A ti te gusta...?

Lee lo deja terminar sin decir nada.

—A veces me gusta... que me aten —dice Man por fin.

La habitación está demasiado oscura para que ella pueda ver la expresión de su cara. Tiene deseos de echarse a reír, de tan alterada que está, pero percibe en la voz de Man lo mucho que ha esperado para confesarse.

Está tan borracha que apenas siente su propio cuerpo. Man está esperando su respuesta, ella lo oye respirar y descubre que no quiere abreviar esa espera, sino todo lo contrario. Se oye a alguien caminar en otro piso: el suelo de madera cruje bajo sus pies.

Espera hasta percibir que Man está a punto de decir algo, de pedir perdón o dar una explicación, y entonces se levanta. Nota el suelo frío al contacto con sus pies descalzos. Avanza a trompicones. Su bufanda a rayas cuelga sobre el respaldo de una silla, pero prefiere buscar otra en el armario. Luego se arrodilla al lado de Man.

—¿Te sirve esto?

La cama tiene un cabecero de latón que rechina cuando hacen el amor. Lee coge a Man por la muñeca y nota que tiene el pulso acelerado.

Vuelve a acordarse de los dos hermanos y de cómo uno de ellos le ha acariciado la mejilla a Man.

—¿Has estado con ellos, con los dos hermanos? —le pregunta al tiempo que le ata la muñeca al cabecero.

—Sí —contesta él.

—¿Cuántas veces?

—No muchas. Desde que estoy contigo, ninguna.

A Lee no la sorprende lo que le contesta Man. No sabe por qué: es como si lo supiera desde el instante mismo en que aquel hombre lo ha tocado en la fiesta. Si fueran mujeres estaría furiosa, pero el hecho de imaginarse a esos hombres juntos la excita: un hermano o los dos, Man atado, sumiso. Es una imagen muy poderosa.

Le ata la otra muñeca.

—¿Y te gustó estar con ellos?

Man responde en voz tan baja que a Lee le cuesta oírlo:

—Sí, pero...

—No me importa lo que hayas hecho con ellos en el pasado —lo

interrumpe Lee—, pero mientras estés conmigo no vuelvas a hacerlo.

Man todavía sigue tapado hasta los ojos. Lee aparta las mantas y lo deja al descubierto. Su cuerpo y su rostro quedan en sombra, el blanco de sus ojos brilla a la tenue luz de la luna que baña la habitación. Lee permanece ahí, contemplándolo, esperando a que su respiración vuelva a su ritmo normal. Después se arrodilla y se introduce en la boca su pene erecto acompañando el movimiento con la mano. Lo hace sólo unas pocas veces, luego se detiene y se incorpora para poder contemplarlo de nuevo: quiere agujonearlo, hacerlo esperar. Él no deja de mirarla. Acto seguido, Lee se mete la mano entre las piernas y se toca; le encanta que él la mire mientras tanto.

—Lee, por favor... —dice Man, al cabo de unos instantes, con un hilo de voz.

Lee se demora en volver a ponerse sobre él hasta que ella misma no puede esperar más.

Después, más tarde, lo que más la sorprende es lo mucho que le ha gustado: qué bien sienta tener el control.

## PARÍS, DICIEMBRE DE 1944

A Lee la benzedrina le provoca dolor de muelas, pero también la ayuda a escribir. Dave les ha robado un poco a los demás soldados para traérsela a ella, y ahora Lee cuenta con unas buenas reservas que le llegarán hasta que termine el artículo. Nada más levantarse de la cama, se toma una dosis: abre el inhalador, saca el papelillo que contiene, lo enrolla formando una pastilla y se lo traga con agua caliente porque a nadie le queda ya café. Después se sienta ante su improvisado escritorio, coloca los dedos encima de las teclas de la máquina de escribir y acaricia sus bordes curvos. Dentro de poco empezará a sentir un calor que le subirá por las venas y le vendrá la inspiración: las frases que visiona al otro lado de sus ojos cerrados cuando está acostada por la noche, demasiado nerviosa para dormir, pero demasiado borracha para levantarse y ponerse a trabajar. Al otro lado de la ventana de su habitación de hotel tiene una reserva de bidones, unos llenos de licor de frambuesa, otros de ginebra, todos al alcance de la mano y muy tentadores, pero antes tiene que terminar de escribir el borrador.

Encima de la mesa están las últimas fotos que ha hecho. La primera de todas es la de los cirujanos reunidos en torno a un hombre amputado, abrazándolo como en una especie de *Pietà* macabra. Cuando hizo esa fotografía no consiguió disimular el asco, así que se alegró de que el soldado estuviera inconsciente y no pudiera verle la cara. Al observarla de nuevo, se acalora todavía más que con la benzedrina y teclea unas cuantas frases lo más deprisa que puede. Pero, al leerlas, ve que no se parecen en nada a lo que tiene en la cabeza: la redacción no está bien, nada está bien. Sus fotos son horribles y el artículo va a quedarle horrible, va a decepcionar a Audrey y a todas las personas que han depositado su fe en ella. ¿De verdad fue tan ingenua como para creer que iba a convertirse en escritora? La ansiedad le

nace en la boca del estómago y asciende hacia la garganta como un pájaro enjaulado que aleteara con frenesí. Cierra de golpe el estuche de la máquina de escribir y luego aporrea la pared para llamar a Davie. Éste acude al instante y Lee advierte, por el modo como la mira, que se ha dado cuenta de que está muy alterada. Davie no dice nada, se limita a ponerse a su lado y frotarle los hombros y el cuello hasta que su corazón deja de latir desbocado.

Después de calmarla un poco, coge las fotos del escritorio y se deja caer en la cama.

—Ésta —dice él, sosteniendo en alto una instantánea que Lee sacó en París justo después de la rendición, donde se ve a una modelo con un abrigo de Bruyère en la place Vendôme a través del escaparate hecho añicos de una tienda—. ¡Dios! Ésta sí que es una foto estupenda, ¡esos agujeros de balas en primer plano!

—¿Tú crees?

—Sin la menor duda.

El elogio de Davie consigue que Lee vuelva a concentrarse en lo que está escribiendo. Se da la vuelta y teclea todo un párrafo deteniéndose únicamente para cerciorarse de que suena bien. Cuando lo termina, saca el papel del rodillo y se lo pasa a Davie, que lo lee despacio. Pero esta vez no necesita que Davie le diga que es bueno: ya lo sabe. Lo deja leyendo y abre la ventana para coger un bidón y llenar dos vasos hasta los bordes. No son ni siquiera las doce del mediodía, pero últimamente lo convierte todo en una oportunidad de celebración.

## 16

Una calurosa noche de julio, aproximadamente un mes después de la fiesta en casa de Patou, Man vuelve a salir y Lee se queda en el estudio hasta muy tarde. Ha estado trabajando en las fotografías que hizo con la campana de cristal; ahora tiene ya unas cuantas y se siente muy satisfecha con ellas. Su forma de encuadrar hace que la cabeza de la modelo parezca estar flotando dentro de la campana, atrapada bajo el cristal como un espécimen raro, aunque en realidad esté arrodillada detrás. En varias fotos la modelo muestra una expresión soñadora, en otras tiene los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia un lado; todas producen una sensación de claustrofobia que resulta provocativa y familiar a la vez. Lee ha empezado a entender su trabajo de esa forma: antes que una imagen bien lograda, busca conscientemente evocar un sentimiento.

Decide que, si esta noche consigue terminar la serie, se la enseñará a Man: es lo mejor que ha hecho hasta el momento y ha esperado hasta tener todas las fotografías impresas. Hay cuatro que podrían enmarcarse, quizá, o publicarse como un tríptico en la revista *221*. Funcionan mejor en grupo, como si ellas mismas fueran una colección de especímenes. A lo mejor, si alguna vez llega a exponer, podrían clavarse directamente a la pared, sin enmarcar, o exhibirse dentro de campanas de cristal: esta última posibilidad sería la más provocativa.

Ya se mueve con comodidad por el cuarto oscuro, casi como si fuera su segundo hogar.

Cuando termina de imprimir fotos, regresa al cuarto de revelado. Queda un rollo de película de las sesiones con la campana de cristal y siente curiosidad por ver lo que contiene. Prepara los materiales tal como le enseñó Man y

apaga la luz. Todavía la impresiona quedarse de repente a oscuras. Tiene en las manos el rollo de película y el abrelatas. Abre la lata, y ya se dispone a introducir la película en el revelador cuando, de improviso, nota algo que corretea por su zapato y le sube por la pierna. Lanza un chillido y tira del cordel para encender la luz del techo.

Lo primero que advierte en la súbita claridad es la cola del ratón que se mete debajo de la mesa; lo siguiente es el rollo de película, hecho un guiñapo sobre la mesa y casi con toda certeza echado a perder. Rápidamente apaga la luz. ¿Qué hacer? Las posibilidades de que la película se pueda salvar son mínimas, pero adora esas fotografías: son el último carrete de la sesión con la campana de cristal, el que seguramente contiene las mejores instantáneas.

Por indecisión, más que por otra cosa, continúa con el procedimiento habitual de revelado. Cuando por fin las imágenes están en el baño de fijación, ve que no han quedado del todo negras, como pensaba, sino turbias, con bajo contraste, borrosas en comparación con el resto de la sesión. La invade un fuerte sentimiento de desilusión que sabe que tiene que ver tanto con el trabajo perdido como con Man y su necesidad cada vez mayor de impresionarlo. Los negativos, colgados del cordel para secarse, parecen una triste evidencia del fracaso. Se marcha a casa inmediatamente: ni siquiera le apetece ya imprimir las otras fotos, tal como tenía pensado. Cuando Man vuelve, finge estar dormida.

A la mañana siguiente, al llegar al estudio, descuelga los negativos para inspeccionarlos con la lupa. Están alterados, cierto, pero al verlos con atención se percata de que parecen estar casi invertidos, como si los cristales de luz y de sombra de la película hubieran cambiado de sitio. Intrigada, elige un negativo y lo imprime. En cuanto la imagen aparece, lanza una exclamación ahogada: efectivamente, se ha producido una especie de inversión y, alrededor de la imagen, donde se juntan las zonas claras y oscuras de la composición, hay una fina línea de color negro, como si alguien la hubiera trazado suavemente con un lápiz. La imagen en sí tiene un contraste bajísimo, lo cual es una suerte, pero sumado al efecto fantasmagórico del delineado en negro, no se parece a nada de lo que ha visto en toda su vida.

Enseguida imprime algunas otras fotografías de la serie. En cada una de ellas el efecto es sutilmente distinto («quizá», se dice, «por el lugar que ocupaba esa foto en particular cuando se encendió la luz»), pero todas tienen

el delineado en negro y el mismo aspecto etéreo. Para cuando llega Man, ya ha imprimido varias fotos más y está deseando mostrárselas.

Man empieza a besarla, pero ella no tiene tiempo para besos.

—Mira.

Le enseña las fotografías y le explica lo que ha sucedido en el cuarto de revelado. Man coge una de ellas, todavía mojada, y la acerca a la luz para verla mejor.

—Muy curioso —dice. Apunta con el dedo la superficie de la foto, sin tocarla, y recorre el contorno de la campana de cristal—. ¿Dices que encendiste la luz, la luz del techo del cuarto de revelado, y obtuviste este resultado? La verdad es que no parece posible.

—Ya lo sé: creí que todas las fotos se habían echado a perder pero, no sé por qué, me dio por revelarlas de todas formas y esto es lo que salió.

—Un error afortunado —murmura Man, y Lee, irritada, aprieta los dientes. Man examina las demás fotos, sostiene una en alto y dice—: ¿Sabes?, podríamos experimentar con esto. A ver qué pasa si exponemos el negativo a la luz durante tiempos más largos o más cortos. ¿Cuánto tiempo calculas que estuvo la luz encendida?

—¿Quizá diez segundos?

—Podríamos probar con cinco, o con veinte, y extender la película sobre la mesa para que la exposición sea uniforme. —Mientras habla, va pasando de una foto a otra.

—Estaba pensando que, si subexponemos la película desde el principio, a lo mejor no queda tan brumosa.

—¡Sí, deberíamos probar! —A Man se le ilumina el rostro de entusiasmo—. Lo único que necesitamos es tener unas cuantas fotografías malas con las que podamos experimentar.

Acto seguido sale del cuarto y Lee se va detrás de él. Entra en el despacho, coge las cámaras de ambos, se pone el abrigo y mete varios carretes en la bolsa de su cámara.

Lee posa para él en distintos puentes haciendo muecas divertidas, y le toma fotos a Man haciendo lo propio. Como el objetivo consiste en gastar la película, les hacen fotos a peatones, sombras, letreros, cubos de la basura, escaparates de tiendas de antigüedades. No tarda en convertirse en un juego para ver quién hace la pose más estrafalaria con una persona desconocida, así

que Lee se sienta en un café detrás de un cliente, se anuda una servilleta a la cabeza como si fuera una *babushka* y mira fijamente a la cámara con expresión de sorpresa. Man se apoya en el maletero de un coche que acaba de aparcar y Lee le hace una foto sacando la lengua mientras el conductor, sin percatarse de su presencia, abre la portezuela. En cada rollo de película experimentan con la subexposición y la sobreexposición, y anotan cuidadosamente qué rollo recibe tal o cual tratamiento. En menos de una hora han agotado toda la película y emprenden el regreso para proceder a revelarla.

Ya dentro del estudio, actúan metódicamente. Hay doce rollos de película. Hacen un gráfico que cuelgan de la pared y allí anotan cuánto tiempo piensan exponer cada rollo a la luz y si ya de entrada estaba subexpuesto. Sólo se puede introducir un rollo cada vez en la cubeta de revelado, de modo que trabajan en equipo: Man se encarga de exponer los negativos y de introducirlos en la cubeta y Lee los mueve en el baño de paro y de fijador y los cuelga para que se sequen. Cuando hablan, es sólo de trabajo.

—Éste ha estado doce segundos.

—Yo creo que, cuando ya estén secos, deberíamos marcarlos con cinta adhesiva para no confundirnos; así podremos relacionar las fotos con el gráfico.

Cuando establecen contacto visual, Lee se da cuenta de que él también siente que están haciendo algo trascendental: manipular el negativo en sí, sus propiedades químicas, su naturaleza misma, en vez de alterarlo manualmente rascándolo o cortándolo, supondría crear un medio nuevo entre ambos. Lee espera que funcione, que aquella primera vez no haya sido una casualidad absurda.

No se han puesto de acuerdo, pero parece que ambos han decidido esperar a que toda la película esté revelada para ver las imágenes. Lee va colgando los negativos y marcándolos con cinta adhesiva sin ni siquiera mirarlos bajo la luz de seguridad. Por fin, al cabo de varias horas, los doce rollos de película están puestos a secar en el cordel; Man se masajea la cintura mientras ambos contemplan el trabajo realizado.

Inesperadamente, Lee deja escapar dos palabras que brotan de su estómago como un espasmo:

—Te quiero —dice.

Man le rodea los hombros con el brazo y la estrecha contra sí.

—Yo también —le susurra.

Es la primera vez que se lo dicen y debería ser maravilloso. Sin embargo, parece que tan sólo formara parte de la labor que están realizando juntos. Lee corresponde a su abrazo brevemente y después se aparta para descolgar una de las tiras de negativos, todavía mojada, y llevársela a la sala principal.

De inmediato se hace patente que han recreado el efecto que ella produjo de forma accidental: las blancas farolas de la calle se recortan, perfectamente delineadas, contra las calles también blancas, y lo mismo ocurre con el cabello de Man y el coche aparcado que hace de fondo. Los ojos de Lee lucen sorprendentemente oscuros en comparación con su piel fantasmal: son como fotos de otro planeta. Juntos, Man y Lee escogen doce imágenes, una de cada rollo, y las imprimen. Dentro del cuarto oscuro, se mueven con la habilidad de los bailarines.

Una vez que las fotografías están colocadas una al lado de la otra, se hace evidente que existe una pauta, que los experimentos con la subexposición han generado sutiles variaciones en los efectos logrados. Man y Lee se pasan un buen rato hablando de las imágenes, evaluándolas: qué efecto funciona mejor con qué imagen, qué retocarían si volvieran a hacerlas. Los dos toman muchísimas notas, hasta que al final Lee deja el lápiz, se estira y se frota el cuello: la tensión le ha provocado un dolor que se le extiende por los hombros.

—¿Tienes hambre? —le pregunta Man, apartándole las manos para ser él quien le masajee los hombros.

Lee echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Mmm. Me muero de hambre, pero la verdad es que no quiero parar.

—Esto aún seguirá estando aquí cuando volvamos —replica Man.

Cogen sus abrigos y van andando hasta Le Dôme. Allí, Man pide champán y una docena de ostras. Lee casi está demasiado agotada para comer, pero la primera de las ostras es como un bocado de mar, y de repente le entra un apetito voraz. Mar y limón, el delicado espumeo del champán, la mano de Man en su pierna, el rumor y los ruidos del restaurante: siente cómo todo se amplifica, cómo se hace más grande y mejor de lo que era antes.

—¿Vas a poder trabajar después de que nos bebamos esto? —le pregunta a Man señalando la botella.

—No, pero mejor dejarlo por hoy. Ya seguiremos mañana.

Así que se beben la botella y piden otra más. A su alrededor, los clientes entran y salen, caras nuevas reemplazan a las anteriores. Ven a personas que conocen y las ignoran. Cuanto más tiempo llevan en el restaurante, menos percibe Lee los ruidos y el rumor, como si hubiera una fina mampara que los separase a ambos del resto del mundo: no ven a nadie y nadie los ve.

Cuando llegan a casa, electrizados, con un ligero cosquilleo en todo el cuerpo a causa del alcohol, se meten corriendo en la cama. Man empieza besándole los pies y luego va subiendo lentamente por todo su cuerpo. Cuando llega a la boca hace un alto, acerca una mano a la mesilla de noche y saca una de las bufandas que han estado usando. Lee levanta un brazo para permitir que se lo ate, pero Man niega con la cabeza y dobla la bufanda para vendarle los ojos.

Pero Lee lo aparta con la mano para impedirselo: de repente se le ha acelerado el pulso, está sudando, no puede respirar.

Man frena en seco.

—¿Qué ocurre?

Lee no puede hablar: la venda le ha causado terror. Saca las piernas de la cama y se sienta con los brazos cruzados sobre el estómago. Man le pasa una mano por la espalda con delicadeza. Ella siente que el corazón le retumba en el cuello e intenta respirar hondo para calmarse, pero sólo consigue dar pequeñas bocanadas de aire. Man se levanta y le lleva un vaso de agua, ella se lo bebe entero; Man espera a que hable.

Lee sostiene el vaso vacío sobre las rodillas y cierra los ojos. Le vienen a la memoria recuerdos fragmentados, espontáneos, inoportunos. Su tío... Lee nunca se permite recordar su nombre, pero aun así aparece, borroso, en su mente. Ella tenía siete años y estaba pasando unos días en Nueva York, en casa de una amiga. Todo el mundo se había ido a patinar sobre hielo, pero ella tenía fiebre y, aunque ya se encontraba mejor, su tío se quedó a cuidarla. Le llevó de regalo una enorme barra de regaliz y se quedó mirándola mientras se la comía. Tenía un sabor no muy diferente de la medicina que le habían dado antes de que llegara él. Su tío la condujo a la salita y le preguntó si le apetecía jugar al escondite. «Pero sólo somos dos», recuerda haberle dicho. «No pasa nada, nos esconderemos juntos.» Su tío buscó una bufanda, le vendó los ojos y la hizo dar varias vueltas. Lee oyó cómo se alejaban sus pisadas para buscar un sitio donde esconderse. Recuerda que contó hasta veinte y dio un primer paso

buscando a tientas frente a sí; recuerda lo preocupada que estaba ante la posibilidad de romper algo en aquella habitación tan bonita y llena de cosas. Finalmente encontró a su tío en la despensa del mayordomo, él la agarró por la cintura y la sentó en sus rodillas. El resto es una nebulosa, sensaciones inconexas que Lee no quiere rememorar: cómo resonaba en su oído su respiración húmeda, el olor agridulce que flotaba en el aire, la presión de su cuerpo enorme y caliente entre los muslos.

Lee nunca habla de ese recuerdo, y por regla general se le da bien dejarlo apartado. Pero esta noche no deja de revivirlo una y otra vez. Se da cuenta de que Man quiere que le diga algo, que le explique qué está sucediendo. Quiere saber cómo puede consolarla, pero ella no consigue hablar. Por fin, su pulso se ralentiza y logra respirar normalmente de nuevo.

—No puedo —dice—: no quiero que hagas eso, que me tapes los ojos.

—Por supuesto, no lo haré.

Man coge la bata, se la echa sobre los hombros y le frota la espalda a través de la tela. Tiene una fina arruga de preocupación entre los ojos y una expresión de inquietud en el rostro, pero no la presiona para que le diga nada más.

Lee hace varias inspiraciones seguidas.

—¿Te importaría hacerme un té?

Man va a la cocina y Lee lo sigue: necesita estar cerca de él. Cuando la tetera empieza a silbar, sufre otro sobresalto. Man le pasa una taza y ella la coge con ambas manos: ese calor es algo en lo que puede concentrarse, un pequeño consuelo. Permanecen en silencio durante un buen rato y Lee se siente agradecida.

En la familiar penumbra de la cocina, Lee baja la cabeza hacia su taza de té y aspira el aroma a bergamota. Al momento se arrepiente, porque acaba de asaltarla otra oleada de recuerdos: ella en el cuarto de baño, con su madre. Tras la violación, durante varios años, una vez al mes su madre tenía que frotarla ahí abajo con tintura de yodo y ácido pícrico. Así lo llamaba su madre: «ahí abajo», y ella aguantaba apretando los labios mientras su madre le administraba el tratamiento contra la gonorrea. El ácido que había en el frasco era del color del orín y despedía un olor tan fuerte que hacía que le escocieran los ojos. Y después su madre se ponía a cuatro patas en el cuarto de baño y limpiaba con lejía todo lo que Lee podía haber tocado. Recuerda la cara que

ponía al hacerlo: de repugnancia hacia aquella tarea, una repugnancia que Lee sabía que se extendía también hacia ella. ¡Menos mal que existía su padre! Cuando la abrazaba más tarde, el aroma a cedro del jabón que utilizaba se imponía sobre aquel mal olor, y él le acariciaba el cabello sin cesar hasta que lograba calmarla.

El té se le ha enfriado en las manos antes de que esté lista para volver a la cama. Se acuestan en silencio. Lee atrae a Man hacia ella y permite que la abrace hasta que se queda dormida.

A la mañana siguiente, Lee contempla las sombras cambiantes que proyecta el sol sobre el techo. Man duerme a su lado con las manos metidas debajo de la almohada. Se incorpora con cuidado de no despertarlo y, sentada en la cama, descubre la bufanda en el suelo, todavía anudada formando una venda. De nuevo se le acelera el corazón. Le da una patada a la bufanda para meterla bajo la cama y se obliga a pensar en algo distinto, pero piense lo que piense termina acordándose de lo sucedido la noche anterior, del pánico que la atenazó de pronto. Entra en el cuarto de baño, se moja la cara con agua fría y se mira en el espejo: el pelo revuelto, las ojeras oscuras. Siente una especie de zumbido eléctrico en la cabeza y, cuando Man se levanta poco después, espera tensa a que le pregunte por lo que ocurrido anoche. Se alegra cuando ve que no lo hace.

Pasan el día en el estudio, trabajando en unas fotos de moda que *McCall's* le ha encargado a Man. El tiempo que estuvieron haciendo experimentos los ha hecho retrasarse, pero Lee se alegra de la proximidad de la fecha de entrega tanto como de la banalidad del encargo. También de los gestos de afecto de Man: de que le ponga la mano en el hombro cada vez que pasa cerca. Al final del día, cae en la cuenta de que lleva varias horas sin acordarse de lo que ocurrió la noche anterior y, aunque no está segura de si Man está intentando darle espacio o es que se siente demasiado incómodo para hablar del asunto, lo único que experimenta es alivio ante el hecho de que no haya dicho nada.

Transcurren varios días y ni hacen el amor ni hablan de lo sucedido. Lee se siente cada vez menos avergonzada de haber reaccionado con pánico y sabe que, si se da permiso, podrá fingir que no ocurrió, que en uno o dos días podrá volver a tener sexo con Man como si nada hubiera cambiado. Sería fácil

empujar de nuevo esos sentimientos al lugar del que salieron: encerrarse en sí misma como sólo ella sabe hacerlo. ¿Se lo permitirá Man? Pero otra parte de sí misma sabe que si no se lo cuenta, si guarda sus distancias como ha hecho siempre con todo el mundo, su relación nunca irá más allá: jamás llegarán a conocerse realmente el uno al otro. Eso es lo que ha hecho hasta ahora con todos sus amantes: tan sólo les ha permitido entrar hasta cierto punto y después los ha apartado o los ha abandonado. Pero ya no quiere hacerlo. Hasta ahora, con Man ha conseguido ser diferente, y quiere continuar así: quiere crear algo que sea mejor y sea más duradero que lo que ha tenido hasta el momento.

Tres días más tarde, tumbados en la cama frente a frente, con la habitación iluminada tan sólo por la lamparita de vitral que le regaló Man para su mesilla de noche, Lee lo mira (los familiares contornos de su rostro, sus largas pestañas) y cierra los ojos sabiendo que cada trocito de él existe en su memoria con tanto detalle como en la realidad. Carraspea antes de hablar, pero al principio no es capaz de decir nada. El ambiente se vuelve denso. Entonces, Man le coge la mano, se la lleva al pecho y la aprieta contra sí para sentir su calor.

—Cuando era pequeña —dice Lee por fin—, me sucedió algo terrible. Jamás se lo he contado a nadie.

—Cuéntamelo a mí.

Su voz suena tranquila. Man le da tiempo. Ella nota el hormigueo del sudor en las axilas. Siente que el corazón le late de manera errática. Finalmente continúa:

—Fui a dormir a casa de una pareja amiga de la familia porque mi madre estaba muy enferma. Vivían en Nueva York. Al hombre lo llamábamos tío... —Ha estado a punto de pronunciar su nombre, pero no ha podido—. Un día me quedé sola con él. Después, mis padres vinieron a buscarme, tenía siete años.

Va contando la historia tal como la recuerda, inconexa y fragmentada, y al final del relato termina exhausta.

—Dios mío, Lee. Lo siento muchísimo. —Man le aprieta la mano con delicadeza.

Lee procura recuperar el aliento, Man espera.

—Después, mis padres me llevaron durante muchos años a un psicólogo y eso me sirvió de mucho: me ayudó a comprender lo que había sucedido, a ver

que no tenía ninguna relación conmigo. Me dijo que debía encerrar ese recuerdo en una cajita y tirar la llave. Y funcionó, pero a veces... vuelven a asaltarme los recuerdos.

—Claro.

—También me dijo que aquello había sucedido únicamente en mi cuerpo y que no tenía nada que ver con mi... bueno, él lo llamó mi «alma». Me aseguró que cuando me hiciera mayor encontraría a alguien que me quisiera y que todo sería totalmente distinto.

Lee siente la boca entumecida y oye sus propias palabras como si las estuviera pronunciando otra persona. En la habitación hay muy poca luz, y se alegra de que Man no pueda ver la expresión de su cara.

—En efecto, esto es totalmente distinto —le dice él.

—Ya lo sé.

—Lamento muchísimo lo que te sucedió. Muchísimo. —Le rodea la cintura con un brazo y ella se da la vuelta para que la abrace por detrás. La sensación que le produce el cuerpo de Man es puro consuelo animal. Nota que se relaja un poco y que el corazón ya no le late tan fuerte.

—Yo te quiero mucho —le dice Man.

—Yo también a ti.

—¿Esto ha sido duro para ti? —le pregunta Man—. ¿Que estemos juntos? ¿Las cosas que te he pedido que hicieras?

—Creo que no —responde Lee. Se siente confusa—. Pero... lo de la venda en los ojos me asustó.

—Lo siento de veras. No es necesario que hagamos eso, no tenemos por qué.

—Creo que, en parte, me asustó querer que lo hagas.

Man la abraza más fuerte, con los brazos y las piernas, y Lee deja que el calor de su cuerpo penetre en el suyo. Luego, con mucha delicadeza, Man le acaricia el cabello y le besa la mejilla y el cuello. Permanecen tumbados así durante mucho tiempo, hasta que por fin Lee le dice:

—Creo que quiero que lo hagas.

—¿Estás segura? —Man parece tan nervioso como ella.

—Sí, creo que sí.

Se levanta para coger la bufanda, pero de pronto se detiene.

—No —dice—, puede que algún día, si realmente te apetece, pero ahora no.

Lee lo mira fijamente. Man la atrae de nuevo hacia él y se quedan así durante un rato. Al final, Lee busca los labios de Man con los suyos. Se siente vaciada y hambrienta, como si contarle su historia hubiera dejado un hueco en su interior. Man continúa acariciándola con delicadeza, la besa casi tímidamente, pero de pronto ella siente deseos de tenerlo más cerca, lo besa apasionadamente y aprieta todo su cuerpo contra el de él. Cuando Man se pone encima, ella cierra los ojos y se los tapa con un brazo para imaginar cómo sería la oscuridad de la venda. Como todo se ha vuelto negro, lo único que queda es el tacto: los pulgares de Man acariciándole los pezones, el muslo de él abriéndose paso entre los suyos. Detrás de sus párpados surgen hermosos destellos luminosos y después, cuando Man empieza a moverse dentro de ella, ya no puede pensar en otra cosa que no sea en él. No podría pensar en otra cosa ni aunque lo intentara con todas sus fuerzas. Está a solas con él en la oscuridad que ella misma ha fabricado y, en cuanto Man pronuncia su nombre, siente que se disuelve en chispas de luz, en el grano de una película fotográfica. Cuando terminan, ya no sabe dónde acaba ella y dónde empieza él.

La relación entre ambos se intensifica. Man no se cansa nunca de Lee. Por las mañanas le hace una foto mientras ella se estira como un gato al salir de la cama. En el estudio, la hace colocarse junto a la ventana o agacharse contra la pared. En lugar de utilizar la cámara del estudio, se cuelga una más pequeña del cuello para fotografiarla de cerca. Le introduce una mano en el pelo corto y le echa la cabeza hacia atrás, le hace varios primeros planos, borrosos, del cuello. En esas imágenes, su piel no parece siquiera piel, sino más bien un río; los músculos se transforman en una corriente de agua que salta sobre las piedras. Pasa los dedos por sus senos y fotografía su piel con el vello erizado. Se acerca todo lo que puede, saca decenas de fotos de sus labios, de una oreja, de un ojo.

En el cuarto oscuro, perfeccionan la técnica que ella descubrió, calculando con precisión el tiempo necesario para recrear el efecto inquietante de la doble exposición. Y cuando lo prueban en fotografías donde ella aparece, y ve lo que han logrado juntos (su torso brillando como un espectro, manipulado hasta volverse el de una persona irreconocible), lo que siente es emoción,

orgullo y amor, todo al mismo tiempo.

Deciden llamarlo «solarización». Así es como Lee lo siente: deslumbrante, como si hubieran roto las ataduras de su cuerpo y lo hubiesen acercado al sol.

Tras unas cuantas semanas de experimentos, consiguen una fotografía que en opinión de ambos es perfecta. Es simple: un retrato de Lee de perfil. Su rostro se recorta contra un fondo gris y la solarización le confiere un reborde negro. Parece un aguafuerte, pero completamente intemporal. Lee está más hermosa que nunca. Man coge una pluma y escribe en el margen blanco de la foto: «Man Ray/Lee Miller, 1930», luego firma debajo y le pasa la pluma a Lee. Ella garabatea su firma con mano temblorosa. No hay nada mejor que ver los nombres de ambos, juntos, en ese papel.

Unas semanas más tarde, Lee termina su serie de fotos con la campana de cristal: un tríptico, tal como se lo había imaginado. La primera imagen muestra a la modelo con los ojos abiertos, mirando hacia un punto situado más allá del espectador. En la segunda, sus ojos están cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si estuviera descansando. La tercera imagen está solarizada y parece haber sido hecha bajo el agua. Son fotografías muy personales: parecen contar una historia o revelar algo que ella no ha podido decir de otro modo.

Tímidamente, se las enseña a Man. En su fuero interno sabe que son buenas, pero espera, muerta de pánico, a que Man termine de verlas. Teme que le diga que no tiene buen ojo, que es una farsante. Man dedica un buen rato a observarlas y Lee se esfuerza para recordarse que eso es lo que él hace siempre.

Finalmente, no puede aguantar más:

—No estoy muy segura de la calidad de las fotos... Quizá la primera debería ser más oscura para equilibrar la última, o quizá debería emplear sólo dos imágenes en lugar de tres: ¿la primera y la última, por ejemplo? ¿O la segunda y la última...?

—Son increíbles —dice Man por fin—. Las tres juntas. Tenemos que publicarlas en *221*. Voy a hablar con Tristan.

Esa noche, entusiasmada, Lee acude al Chez Bricktop a escuchar música. Va sola y escoge una mesa al fondo. Está cantando Josephine Baker. Su voz es áspera, y la canción es lenta y sentimental.

*Los días tristes quedaron atrás.  
Sólo días buenos de aquí en más.*

Lee cierra los ojos y apoya la cabeza en la pared: la letra de la canción no puede ser más acertada.

# **SEGUNDA PARTE**

# 17

*París, 1930*

Al finalizar el mes de agosto, en un día sofocante de tan caluroso, Lee se detiene por última vez en la entrada de su apartamento. Ya ha enviado todas las cajas al piso de Man y ha vendido los pocos muebles que no estaban cuando lo alquiló. Recorre con la vista ese espacio, en el que no queda nada suyo, con la esperanza de haber tomado la decisión correcta.

Hay miles de razones para irse a vivir con Man. En los últimos meses el dinero se ha convertido en una preocupación (en París todo sigue siendo relativamente barato, pero los parientes y amigos en Estados Unidos no dejan de hablar del Crack, y algunos conocidos que llevaban años viviendo en Francia están teniendo que regresar allí). A Man le encargan menos retratos, y las revistas están haciendo recortes y publicando fotos más pequeñas. Aunque Man no parece preocupado, está de acuerdo en que sería buena idea pagar menos alquiler en lugar de ahorrar dinero en otras cosas. A los dos se les da fatal ahorrar: Lee se ha acostumbrado a ayudarlo a gastar su dinero, y cuando él se empeña en gastárselo en ella, a Lee le cuesta mucho trabajo decirle que no.

Llevan meses sin pasar una noche separados, y las pertenencias de Lee han ido emigrando poco a poco al piso de Man desde mucho antes de que ni siquiera se plantearan vivir juntos. Ahora, sin embargo, al contemplar su apartamento vacío se siente un tanto preocupada. Tal como le dijo Tanja cuando estuvo de visita, Man y ella trabajan juntos, se relacionan con otras personas juntos y ahora ella ni siquiera dispondrá de un espacio propio. Sus mundos están completamente unidos. ¿Qué ocurrirá cuando ella necesite estar sola? ¿Qué ocurrirá cuando esté irritable o triste y no le quede más remedio

que mostrarse así frente a Man? Se imagina haciendo lo que hacía cuando llegó a París: matar el tiempo en cafés vacíos; pero ahora saldrá a la calle buscando espacio para sí misma, no porque necesite interactuar con otros seres humanos.

Para Man, vivir juntos es un paso natural. La cama de uno de ellos permanece vacía todas las noches: qué desperdicio. Además, él la quiere, le encanta estar con ella y odia que estén separados; ¿qué sentido tiene mantener dos apartamentos?

Una noche, durante la cena, cuando ya llevan varias semanas viviendo juntos, Lee le pregunta:

—¿Llegaste a convivir con Kiki?

Man se mete un bocado de ensalada en la boca, la mastica y se la traga antes de contestar.

—Sí, durante unos años. Tendrías que haberlo visto: era un pisito situado junto a la rue Didot que también me servía de estudio. Cuando venía un cliente para hacerse un retrato, corría una cortina que ocultaba la cama. Era un milagro que la gente me tomara en serio.

—¿Y cuánto tiempo llevabais juntos cuando ella se fue a vivir contigo?

Man se quita la servilleta de las rodillas y se limpia la boca.

—Se fue a vivir conmigo inmediatamente, pero tienes que entenderlo: Kiki no tenía dinero, nada. Iba de un hombre a otro. Así que, cuando empezamos a salir juntos, resultó lógico. Hacía mucho tiempo que no me acordaba de aquel lugar: había que subir cuatro tramos de escalera y dentro hacía mucho calor, más que esta noche incluso. No corría el aire: me sería imposible volver a vivir así.

—¿Kiki pasaba de un hombre a otro? —dice Lee frunciendo la frente con desprecio.

—Lee, eso fue en el veintiuno o veintidós. En aquella época, París era mucho más salvaje.

Lee deja escapar un suspiro.

—Estoy cansada de que me hablen de lo salvaje que era París.

—Pues es cierto.

—¿Y dónde viviste con Adon? ¿Cómo era?

—Pequeño. Incómodo. Un cuadrado dividido en cuatro habitaciones con

una pequeña buhardilla que yo utilizaba para trabajar. Teníamos una vista estupenda, eso sí. En los días despejados se podía ver más allá de Hackensack, hasta Paterson, y Adon ponía macetas de flores en las ventanas.

Lo de las macetas de flores suena encantador: doméstico en un sentido completamente ajeno a Lee, y que ésta no puede siquiera imaginar que pudiera gustarle a Man. Parece algo totalmente impropio de él, y eso le sirve para comprender que Man ha tenido una vida entera antes de conocerla a ella, una vida de la que ella apenas sabe nada. Lo más cerca que han estado los dos de una maceta de flores fue la rosa que le regaló en una ocasión. La dejó marchitarse en un jarrón del despacho y fue dejando caer sus pétalos secos sobre el escritorio.

Lee debe de haber puesto cara de preocupada, porque Man le dice:

—Otra vida.

Y le coge la mano por encima de la mesa.

En el apartamento que ahora comparten los dos, Man está pintando un cuadro de la boca de Lee. La pinta roja, que es el color del lápiz de labios que usa Lee casi a diario, y cuelga el lienzo por encima de la cama. El pintalabios es un tubo dorado y frío provisto de un tapón grabado que se abre con un chasquido. La barra de color sale girando casi de manera obscena, cubierta de una ligera capa de humedad a causa del calor estival. Cuando Lee se lo aplica, deja un acabado mate que le sienta bien, pero quitárselo es una pesadilla: decenas de bolas de algodón en la papelera, la crema limpiadora teñida de rojo, una tozuda filigrana roja que persiste en la superficie de sus labios.

Man prepara una pintura roja que coincida con el tono del pintalabios: una mezcla de escarlata de cadmio y rosa Winsor. Botes y más botes. El lienzo es muy grande, más de dos metros de ancho, y en él la boca de Lee flota desconectada del cuerpo y alargada en un cielo aborregado.

Man asegura que Lee posee los labios más bonitos que ha visto jamás. Claro que también dice eso de sus ojos, sus orejas, su piel y hasta de sus dientes torcidos. Cuando ella le reconoce que odia sus dientes, Man replica que él los adora, los roza con un dedo, se los lame con la lengua. En cierto modo, es la más íntima muestra de deseo.

Man trabaja constantemente en ese cuadro y Lee entiende lo obsesivo que puede llegar a ser. Su comportamiento le recuerda las primeras semanas que

pasaron juntos: Man anula citas de clientes, se salta comidas, mira el mundo con los ojos inyectados en sangre. Pero todo ha cambiado para ella: ahora que tiene una obra propia, descubre que no quiere simplemente observarlo mientras trabaja, que se pone nerviosa si pasa demasiado tiempo sentada a su lado. Man, sin embargo, insiste en que necesita tenerla consigo, así que, aunque no le apetezca, pasa horas tumbada en la cama, mirándolo trabajar por encima de ella. Al final de la jornada, la tela protectora y su propia piel quedan cubiertas de una fina capa de salpicaduras de pintura.

La mayor parte del tiempo Man pinta en silencio, pero a veces, si está esforzándose por conseguir algo concreto o necesita tomarse un descanso después de llevar mucho rato concentrado, conversa con Lee de lo que espera lograr con ese cuadro: le dice que sus labios son como dos cuerpos yacentes que se juntan con el horizonte que hay detrás como lo hacen el cielo y la tierra. Detrás de la boca, en el borde del cuadro, pinta el observatorio que ven todas las noches cuando regresan andando a casa por el boulevard Saint-Michel.

—Quiero que sea un cuadro bien ubicado en el espacio —le dice—, para que todos sepan que eres tú quien aparece en el cuadro.

Cuando Man no habla, a veces Lee no piensa en nada, o simplemente deja vagar sus pensamientos. Otras veces, si pasa el suficiente tiempo tumbada, empieza a imaginarse su vida como una larga cadena que viene del pasado y se extiende hasta el futuro, conectando todas las cosas que ha hecho y que hará. Por fin siente que está viajando en su propia proa. Y que ha aprendido muchísimo. Tanto que considera que sus años de modelo fueron algo importante, que le sirvieron para entender las imágenes que ahora desea crear. Ahora es capaz de examinar con ojo crítico las fotos de *Vogue* o de *McCall's*, cuyo sentido artístico antes le resultaba indescifrable. Las líneas maestras de las composiciones le parecen más obvias y acaba cuestionando la luz escogida o tapando con las manos ciertas zonas de la página para imaginarse un encuadre distinto.

—Man —dice una mañana, mientras él está pintando—, ¿qué ha dicho Tristan de mis fotos para 221?

Man la mira con una expresión de timidez en la cara.

—Pues verás... es que aún no lo he visto. Discúlpame, ya sé que te había prometido mostrárselas: procuraré verlo la semana que viene.

—De acuerdo —contesta Lee, pero se siente decepcionada: tiene la

impresión de que justo el otro día lo oyó hablar de ir a ver a Tristan, aunque puede que se equivoque.

Man sigue pintando durante un rato y luego dice:

—Es increíble, pero hay una cosa importante que se me había olvidado contarte: a la Philadelphia Camera Society le ha gustado tanto mi artículo que me han pedido fotos para su próxima exposición.

Lee sabe que la Philadelphia Camera Society es una entidad respetada en todo el mundo porque expone las obras más interesantes del momento. Para muchos fotógrafos, la exposición que organiza todos los años es el Santo Grial, y Lee lleva mucho tiempo sospechando que Man se siente frustrado porque no lo han invitado nunca.

—¡Es maravilloso! ¿Qué obras vas a presentar?

—Todavía no estoy seguro. Tengo varias ideas, pero quiero pensarlo un poco mejor. Tiene que ser algo realmente espectacular, rompedor.

Lee sabe lo que esta oportunidad podría significar para él e intenta sentir una felicidad desinteresada ante semejante éxito. Sin embargo, aún sigue corroyéndola el hecho de que se haya olvidado de hablarle a Tristan de su trabajo.

—¿No sería divertido que los dos publicáramos obras nuestras al mismo tiempo? —Nada más decirlo, se arrepiente: incluso a ella le suena mezquino.

Man deja el pincel y la mira.

—Lee, ya te he prometido que hablaré con Tristan. Ahora mismo está pasando por una situación un tanto tensa, tengo que escoger el momento adecuado.

—Por supuesto, perdona que haya vuelto a sacar el tema.

Cierra los ojos y deja que Man continúe pintándola. Se imagina cómo quedará el cuadro terminado en la pared de una galería.

## 18

Todas las casillas del calendario están en blanco.

—¿Nada? ¿Cuántos días llevamos así? —La voz de Man suena cansada.

—No tantos.

Han transcurrido tres semanas desde que recibieron al último cliente de pago, pero Lee sabe que no debe decírselo a Man: ha estado tan obsesionado con su cuadro y con su discurso para el premio de Philadelphia que ni siquiera se ha dado cuenta, y señalarle el estado en que se encuentran las finanzas sólo servirá para que se sienta ofendido e insista en lo mucho que se alegra de dedicarle tiempo a su obra verdaderamente artística.

Se sitúa detrás de Lee y observa la página vacía del calendario.

—Voy a ponerme con las fotos para los frascos de perfume —dice Lee.

—No, tengo una idea mejor. Hace un día precioso, no hay razón para trabajar cuando no hay trabajo. Traeré el coche y nos iremos a merendar a Chantilly.

Nada más decir esto último, su actitud entera se transforma, y unos momentos después ha extraído del armario una cesta de pícnic, un montón de mantas y el juego de cóctel portátil.

Mientras saca el coche del garaje, Lee va llenando la cesta de provisiones: pan, rábanos, mantequilla, pavo frío, *saucisson sec* y esos petisús de la pastelería del final de la calle que les gustan tanto a ambos. Coloca toda la comida alrededor de una botella bien fría de sémillon y, para cuando Man regresa con el coche, ella ya lo está esperando en la escalera de la entrada con el abrigo abotonado hasta arriba y el cuello de piel de conejo pegado a las mejillas. Pero de repente, justo en el momento en el que Man dobla la esquina y ella lo llama agitando la mano, aparece un chico de la Western Union en

bicicleta, se detiene frente al estudio y sube la escalera hasta la puerta con un sobre.

—¿Es para Man Ray? —le pregunta Lee.

El chico entorna los ojos para leer el nombre.

—No, es para monsieur Lee Miller.

—Soy yo.

El chico frunce las cejas sin comprender, pero le tiende el telegrama y el talonario de recibos para que firme y después se marcha en su bicicleta. Man se queda esperando frente a la puerta con el coche en marcha, el ronroneo del motor perturbando el silencio de la calle. Lee le hace una seña con el índice y abre el telegrama. Se espera lo peor: alguien ha muerto, está enfermo o ha quedado mutilado en un horrible accidente. Pero no es eso.

*li-li llego paris 1 octubre en vapor algonquin por trabajo y para verte stop erik y john te mandan besos stop con cariño tu padre*

Man toca el claxon unas cuantas veces seguidas y Lee se guarda el telegrama en el bolso y corre hacia él. Sujeta la cesta con la merienda en la parte de atrás del automóvil, se sube al asiento del copiloto y se cala un poco más el gorro.

—¿Algo importante? —le pregunta Man.

—No, la verdad es que no. Ya te lo cuento luego.

—Muy bien, ¡pues allá vamos! —exclama Man, entusiasmado por dejar atrás las responsabilidades.

Conduce sin dejar de parlotear. Lee, en cambio, no dice una palabra. Lleva el bolso sobre las rodillas, con el telegrama dentro. Ni la impersonalidad de la máquina de escribir, ni la escasa naturalidad que caracteriza los telegramas impide que éste le lleve de vuelta a su padre. «Por trabajo y para verte... Con cariño, tu padre.» Estará allí en menos de un mes, en el apartamento de ambos, husmeando en el hogar que Man y ella han construido juntos. Ha imaginado qué podría parecerle la nueva vida que lleva, pero la idea de tenerlo en París, físicamente, le resulta insoportable. ¿Qué va a decirle? ¿Cómo será este mundo visto a través de los ojos de su padre?

Man continúa en dirección norte y la carretera no tarda en abrirse a inmensos campos en los que se alternan los cultivos y los pastizales,

salpicados aquí y allá de bosquecillos de abedules que todavía no han adquirido los colores del otoño.

—Es maravilloso —comenta Lee, y baja un poco la ventanilla para poder aspirar el aire, en el que también flota el olor de un fuego controlado, a lo lejos, cuya humareda mancha el cielo de gris.

Lee es consciente de que su padre puede tener la impresión de que ella simplemente ha pasado de un fotógrafo a otro. Man, desde luego, no se parece nada a su padre, pero de todas formas la idea de que vea el apartamento que comparte con Man, adornado con muchas de las fotografías que este último le ha hecho, le parece insoportable.

En Chantilly, Man y Lee visitan el *château* y pasan un rato en su magnífica biblioteca. Cuando llega el mediodía están muertos de hambre, de modo que se internan un poco más en los dominios del *château* y aparcan el coche junto a un arroyo desde el que se divisa un pequeño puente peatonal. Hace un día tranquilo y el arroyo discurre tan plácido que el agua refleja los árboles y las nubes. Extienden la manta que Lee ha sacado de la cesta y ella corta unos gruesos trozos de mantequilla y unta con ellos varias rebanadas de pan, después añade los rábanos cortados en finas rodajas y los espolvorea con un poco de sal que han llevado en sobrecitos de papel. Man cierra los ojos y mastica con un gesto de felicidad. Riegan la comida con el sémillon, que ya no está frío pero aun así está delicioso.

—A veces se me pasa por la cabeza dedicarme a la cocina —dice Lee, y enseguida se mete en la boca un trozo de queso Morbier. El sabor de la ceniza que cubre el queso contrasta deliciosamente con el de los rábanos y el vino.

Man abre los ojos y la mira.

—Nunca te he visto cocinar nada.

—¡Claro que cocino! Bueno, lo haría si tuviera los utensilios necesarios: cazuelas, una despensa... De pequeña cocinaba.

—¿Y qué preparabas?

—De todo: sopas, guisos... Nunca seguía ninguna receta: simplemente iba echando cosas en la olla y probando hasta que me gustaba el sabor.

—¿Y te salía bien?

—Mi padre opinaba que sí. —Lee se acuerda de cuando le servía la comida en su escritorio: llevaba la sopera con dos manoplas por el pasillo, la

colocaba al lado de su padre, se apartaba y esperaba a que él dejase el periódico o el lápiz y probase el guiso, atenta al momento en que la mirase sonriente. Ah, cómo adoraba a su padre—. Puede que alguna vez cocine para ti.

—Puede, aunque a mí me gusta llevarte a cenar fuera.

—Ahorraríamos dinero —asegura Lee, y después de una pausa añade—: Mi padre va a venir a verme, eso es lo que dice el telegrama que he recibido esta mañana.

Man se incorpora, coge la botella de vino y rellena su copa y la de Lee.

—Ni siquiera sabía que tenías contacto con él.

—Y no lo tengo.

La última vez que tuvo noticias de Theodore fue cuando recibió la carta en la que le decía que iban a publicarse sus fotos. Ella no contestó. Lo suele mencionar de vez en cuando, pero Man nunca parece mostrar interés. Él ha roto todo contacto con su familia y no parece arrepentirse de ello: es una filosofía que comparte con muchos de los integrantes de su círculo. Al igual que ellos, dice querer sentirse libre de las complicadas alianzas de su pasado porque ser libre lo ayudará a concentrarse en su obra artística.

—¿Te apetece verlo?

Lee contempla un pájaro que está picoteando el lodo en el borde del arroyo y sopesa la pregunta de Man.

—Sinceramente, no estoy segura: estaba enfadada con él porque no me buscaba, pero yo tengo parte de culpa en eso.

—Sólo tienes que decidir si tratar con él te hace feliz, y si es así debes verlo.

Lee asiente con la cabeza. Al cabo de unos momentos, dice:

—Cuando era pequeña, mi padre tenía un álbum..., bueno, muchos, donde dejaba constancia de todo lo que hacía yo: mis primeros pasos, la primera vez que tuve fiebre y el médico vino a verme, mis progresos en el colegio y hasta unos poemas tontos que escribí y le regalé. Siempre se sintió muy orgulloso de mí. Y me hacía muchas fotos. A veces pienso que todos los recuerdos que tengo de mi infancia provienen de esas fotos.

—¿Y también hizo álbumes para tus hermanos?

—Me parece que sí, pero estaba claro que su preferida era yo, y yo lo

necesitaba más que ellos.

—¿Por qué?

—Por... lo que ocurrió.

—Claro, perdona.

—No tienes por qué pedir perdón. Es que... lo echo de menos: siempre podía contar con él, me quería mucho.

Man cambia de postura en el suelo duro, hace una mueca de dolor y estira las piernas.

—Hombre, pues claro que te quería: es lo que hacen los padres. Pero intento decirte que, cuando venga aquí, no tienes por qué verlo si no te apetece: ya eres adulta, no estás en deuda con él.

Lee asiente de nuevo. Una parte de ella coincide con Man: que Theodore por fin le haya enviado un telegrama no borra todos los meses en los que no han tenido contacto alguno. Además, si ha entendido bien el mensaje, ni siquiera va allí a verla a ella: se trata de un viaje de trabajo y su hija es un mero añadido. Sin embargo, lo de «con cariño, tu padre» no deja de darle vueltas en la cabeza. Durante toda su infancia esas palabras eran verdad.

Man se pone de pie, se estira y se acaricia la barriga. Después va hasta la orilla del arroyo, coge un guijarro junto al agua y lo lanza haciéndolo rebotar varias veces sobre la superficie quieta. Lee se acerca y empieza a recoger piedras y metérselas en los bolsillos.

—¿Quieres que te enseñe? —le propone Man.

Lee se saca una piedrecilla, la sostiene durante un momento en la mano, como haciendo memoria, y luego, con un limpio giro de muñeca, la arroja suavemente al arroyo. La piedra llega casi el doble de lejos que la de Man y después se hunde.

—¡Ja! —exclama satisfecha.

Man lanza un silbido. Lee arroja otra piedra, y otra más. Poco a poco, con cada lanzamiento, va recordando mejor la técnica: sus hermanos y ella se pasaban tardes enteras en el estanque que había en su propiedad lanzando piedras y atrapando peces. Ella llevaba el pantalón arremangado hasta las rodillas y unos lacitos blancos inequívocamente femeninos que su madre se empeñaba en ponerle y que terminaban colgando salpicados de barro. Man deja de arrojar piedras para poder contemplarla y ella se deleita en la atención que le presta, una atención muy distinta a cuando le hace una foto.

—Fuiste una niña indómita, ¿a que sí? —pregunta Man.

—Supongo.

Lee sabe que con «indómita» quiere decir libre. Y es cierto que lo fue, sobre todo cuando era una cría. En aquella época no había diferencia entre ella y sus hermanos: pasaban días enteros al aire libre, explorando. Recuerda que entonces se sentía capaz de comerse el mundo, antes de lo que sucedió con... Casi pronuncia mentalmente su nombre, pero se contiene, como siempre. Su infancia está dividida por ese suceso: dos mitades claramente definidas, un antes y un después. Fue después cuando se volvió indómita de verdad, pero no en el sentido al que se refiere Man. Fue entonces cuando su carácter indómito se transformó en algo que necesitaba esconder a todo el mundo.

Deja de arrojar piedras y se queda contemplando la corriente. A lo mejor Man sabe qué está pensando, no está segura. Sólo tiene claro que él permanece en silencio y se lo agradece.

Al cabo de un rato, Man vuelve a hablar:

—¿Por qué no me enseñas cómo haces ese giro de muñeca?

Lee se sitúa a su espalda y apoya su pequeña mano en la de él, algo más grande, juntando los dedos de ambos en torno a la piedra redonda y fría. Le hace un par de demostraciones y, después, Man prueba a hacerlo solo. En el primer intento, la piedra simplemente golpea el agua y se hunde, pero no tarda en aprender cómo producir el elegante chasquido que Lee domina desde hace tantos años. Cuando por fin se cansan de ese juego, van hasta el puente y se quedan un rato contemplando el agua: ahora que han desaparecido las ondas que producían las piedras, la superficie está lisa como un espejo.

Más tarde, ya de regreso a casa, Lee se descalza, encoge los pies en el asiento y apoya la cabeza en el hombro de Man. Está contenta, tiene calor y un poco de sueño. Tal vez no le resulte tan desagradable tener a su padre de visita, mostrarle su nueva vida. Está a punto de decírselo a Man cuando éste le pregunta:

—¿Tu madre ayudaba a confeccionar aquellos álbumes?

Pese a su sensación de felicidad, la mera mención de su madre la llena de resentimiento.

—Dudo que mi madre quisiera ver fotos de mí, ni siquiera de cuando era

pequeña.

—Nunca hablas de ella.

—Nunca quiero hablar de ella, ya te he contado que jamás nos llevamos bien, ni siquiera cuando yo era niña. Y después, cuanto más mayor me iba haciendo, menos conseguía contentarla. En el colegio me metía continuamente en problemas. Todo lo que hacía resultaba una decepción para ella. Y, además, me tenía envidia. —Como le ocurre siempre que habla de su madre, no puede evitar que en su voz haya un deje de tristeza.

—¿Envidia de ti?

—Sí. Cuando era pequeña, tenía envidia de las fotos que me hacía mi padre, y cuando fui un poco más mayor tuvo envidia de mi carrera de modelo: ella había sido muy bella de joven, pero yo siempre he sido más guapa, y la asustaba hacerse vieja y perder su atractivo.

Ya están aproximándose a París y Lee contempla las modestas viviendas que salpican el paisaje.

—No me extraña que a tu madre la irritase el tema de las fotos —le dice Man.

Mantiene las manos firmes al volante, Lee levanta la cabeza para verlo.

—Sí, odiaba que mi padre y yo estuviéramos tan unidos.

Man abre la boca como para ir a decir algo, pero vuelve a cerrarla. Deja pasar un rato en silencio y luego dice:

—Cualquiera pensaría que, después de lo que te sucedió, tu padre sería más protector contigo, pero resulta extraño lo que me has contado de esas fotos.

—No, no —replica Lee mientras se incorpora y vuelve a estirar las piernas—. Verás, esas fotos me las hizo para que me sintiera mejor, para ayudarme a recuperar la seguridad en mí misma.

—Ah.

Man no dice nada más, de modo que Lee continúa:

—Estoy segura de que por eso logré ascender tan rápidamente en mi carrera como modelo. Y ésta me trajo a París y a ti. —Se inclina hacia Man y le da un beso en el brazo. Después se da la vuelta de nuevo y apoya la cabeza en su hombro.

Han tomado una carretera más pequeña y, de repente, un carro tirado por

un caballo les cierra el paso. Man tiene que concentrarse para que no se le cale el coche. Ahora que ya no corre la brisa, el aire se vuelve denso y pesado. Lee intenta abanicarse, pero sin efecto. Por fin llegan a un lugar donde el carro puede apartarse hacia la cuneta para dejarlos pasar; en cuanto lo dejan atrás, Man acelera de nuevo y levanta una rociada de grava con los neumáticos.

Al coronar un repecho surge ante ellos París. Incluso desde tan lejos parece rebosante de vida, en contraste con la calma que reina en el campo. Al principio, los edificios no destacan mucho de la línea del horizonte, pero a medida que van adentrándose en la ciudad empiezan a surgir construcciones más altas. Las líneas inclinadas de los tejados de las mansardas se le antojan a Lee más bonitas que un paisaje de montaña. Los coches abarrotan la calzada, los transeúntes se agolpan al doblar las esquinas. Cuando Man enfile el boulevard Raspail, Lee se da cuenta de que todo aquello le resulta reconfortante, que aquí se siente en casa. De pronto percibe el olor a granito y basura de su barrio y levanta la cabeza para respirarlo.

—Creo que sí veré a mi padre cuando venga —anuncia.

Man le da un apretón en la rodilla.

—Lo que tú digas.

—Me apetece verlo: quiero mostrarle lo que he logrado desde que me marché de Nueva York, que vea lo bien que me va estando aquí sola.

—Te va mejor que bien.

—Sí, mucho mejor que bien.

Lee contempla cómo vibran los edificios a su paso y se imagina su vida a través de los ojos de su padre, lo lejos que ha llegado. Su padre estará muy orgulloso de ella.

## 19

Cuando Theodore llega a París, un tempestuoso día de octubre, Lee lleva ya una hora esperándolo en la estación. Hace frío y el viento se le ha estado colando entre el sombrero y el cuello del abrigo: ojalá se hubiera puesto una bufanda.

Ha pasado estas últimas semanas visualizando con precisión cómo será la visita de su padre, las cosas que hará y dirá para impresionarlo. Ahora, mientras espera a que su tren entre en la estación, repasa las actividades que ha planeado para ambos, ejemplos cuidadosamente seleccionados de su vida como artista en París: una visita a un bistró donde le mostrará platos que no ha probado nunca, un paseo por Montparnasse con referencias casuales a calles y edificios en los que viven y trabajan artistas y escritores que ella conoce y admira, una parada en el estudio para poder enseñarle el equipo del cuarto oscuro y tal vez unas cuantas fotos, si es que pide verlas.

El tren anuncia su llegada puntual con un toque de silbato y su padre es uno de los primeros viajeros en apearse. Lee lo distingue entre la multitud antes que él a ella y se queda sorprendida al verlo: sólo ha pasado un año, pero se lo ve mucho más viejo, la piel del rostro floja y arrugada. Incluso envuelto en su grueso abrigo parece más flaco que nunca, y más menudo, quizá por efecto del largo viaje. En cuanto la ve, su expresión severa se distiende en una sonrisa. Lee ha planeado besarlo en las dos mejillas y pronunciar un despreocupado *bonjour*, pero él se le acerca con los brazos abiertos y, antes de que ella pueda siquiera intentar corresponder, se descubre entre los brazos de su padre, apretada contra su abrigo, rodeada por un olor a ceniza y a viaje.

—Mi Bitsie —dice Theodore—, ¡cuánto te he echado de menos!

Lee llevaba una eternidad sin oír ese apodo cariñoso ni acordarse de él siquiera, y el hecho de oírlo ahora quiebra su decisión de parecer una persona

independiente. Nota que su cuerpo se entrega totalmente al abrazo de su padre y, aunque no es lo que tenía intención de hacer, le responde:

—Yo también te he echado de menos, papá. —Con la voz temblorosa.

Theodore le entrega su equipaje a un mozo de estación con instrucciones de que lo lleve a su hotel y a continuación acompaña a su hija al bistró que ella ha escogido. Es un restaurante acogedor, con manteles de estampado rojo de cachemir y palmatorias salpicadas de cera en cada mesa, pero Theodore insiste en que se sienten en la calle, aunque hace tanto frío que van a tener que comer con el abrigo puesto.

—El doctor Koopman dice que todo el mundo debería tomar aire fresco entre seis y diez horas cada día —le dice a Lee sin hacer caso de la camarera, que está esperando a que cambien de opinión y se trasladen al interior.

Theodore ha sido siempre un ávido seguidor de la última moda respecto de la dieta y el ejercicio: lleva años caminando diez kilómetros diarios y absteniéndose de combinar determinados alimentos: no mezcla el queso con la carne ni la fruta con los cereales. A Lee casi se le había olvidado, y ahora estudia el menú intentando encontrar el modo de concordar las costumbres de su padre con la gastronomía parisina. Resulta que no se ajustan muy bien: su padre pasa cinco minutos interrogando a la camarera en un francés macarrónico hasta que Lee se ve obligada a intervenir y pedir la comida por él: pollo asado con patatas y una ensalada pequeña. Una vez que por fin se han puesto cómodos, Theodore mira a su hija de arriba abajo.

—Te veo muy bien. Saludable. Un poco más rellenita, aunque no demasiado: se te nota en la cara.

—Qué amable por tu parte decirme eso, papá —replica Lee frunciendo el ceño.

—Bueno, si quieres volver a adelgazar, no tienes más que seguir el...

—El método Koopman, ya lo sé.

Lee pasa a hablar de trivialidades. Le pregunta a su padre por sus viajes de trabajo y por sus hermanos. Él le cuenta que su empresa, DeLaval, está diversificándose y que él ha ido a París para unas reuniones acerca de una nueva centrifugadora que acaba de patentar un francés. La ley de aranceles de Hoover está causando problemas a la empresa y, a fin de que siga siendo rentable, Theodore necesita diversificar su área de negocio. Mientras habla, corta el pollo con movimientos metódicos. Lee picotea un poco de su plato y

después se reclina en su asiento y se mira la manicura. Es una conversación familiar, de las que tenían cuando ella era más joven y su padre le permitía colarse por debajo de la mesa y sentarse en la alfombra con la espalda apoyada en las piernas de él mientras los adultos terminaban de cenar.

Quisiera saber cuándo girará la conversación hacia ella, cuándo le preguntará su padre por la vida que lleva allí, pero eso no sucede hasta que ambos han terminado de comer.

—Hace unos meses estuvieron de visita los padres de Tanja —dice Theodore—: contaron que estabas estudiando con Man Ray.

Lee se queda sorprendida de que su padre conozca ese dato, pero ello explica cómo ha conseguido la dirección del estudio.

—La verdad es que no estoy estudiando, sino trabajando con él.

—Sus fotografías de moda son impresionantes.

Theodore se considera un experto en moda: desde que Lee empezó a trabajar de modelo ha ido llenando álbumes con fotos de ella y de otras modelos a las que admira.

—Todas sus fotografías son impresionantes.

Theodore la observa por encima de las gafas, un gesto que hace que Lee se sienta incómoda durante unos instantes, pero luego se recuerda a sí misma que ya es una mujer de veintitrés años y que su relación con Man no le incumbe a su padre.

—Me encantaría conocerlo mientras estoy aquí —afirma Theodore.

—Está... —empieza Lee, pero luego se interrumpe—. Estamos muy ocupados en el estudio, veré si puede encontrar un hueco.

Al día siguiente por la tarde, preparando la visita de su padre, Lee se pone a arreglar el estudio, dobla las telas, guarda las fotos, recoge las revistas y pone derechos los marcos. No está nerviosa, pero quiere que todo esté lo más perfecto posible cuando llegue Theodore. Cuando Man entra y ve que ha colocado su colección de nidos de pájaros sobre la repisa de la chimenea, lanza un bufido.

—¿Llega a las dos? —le pregunta—. ¿Qué le has dicho? ¿Piensa que soy tu amante o tu jefe?

—Mi jefe.

—Muy bien. En ese caso me abstendré de comentar que me gusta matarte a polvos.

Lo dice en tono de broma, pero Lee se da cuenta de que está preocupado.

—Cielo —le dice, yendo hacia él y rodeándolo con los brazos desde atrás—, podemos contárselo si quieres. Es que... mi padre tiene la costumbre de hacer un millar de preguntas hasta que uno termina deseando no haber dicho nada de buen principio.

—Me preocupa que te avergüences de mí.

—¿Qué? Pero ¿qué demonios...?

Man interrumpe el abrazo y se vuelve para mirarla de frente. Se señala a sí mismo de arriba abajo.

—¿Cuántos años tiene tu padre? ¿Cincuenta? ¿Te das cuenta de que estoy más cerca de su edad que de la tuya?

—Me da igual la edad que tengas. Además, tú no eres viejo, sino maduro.

—Maduro.

—Sí, maduro. Me encanta que seas mayor que yo, que hayas hecho más cosas que yo. Y, sea como sea, mi padre tiene cincuenta y seis.

—Aun así, sigo estando más cerca de su edad que de la tuya.

—No te pareces en nada a mi padre —replica Lee—, pero he aquí un ejemplo de por qué no quiero decirle que estamos juntos.

—Bien. —Man vuelve a atraerla hacia sí—. No le diremos a tu padre que soy tu maduro y anciano amante: permaneceré en todo momento a tres metros de ti y si me hace alguna pregunta me pondré a pontificar. Con madurez.

De nuevo el tono que emplea es jocoso, pero poco después sale de la habitación, se mete en el cuarto de revelado y se queda allí dentro hasta que Lee termina de recoger.

El padre de Lee llega puntual, como siempre. Lee lo hace pasar y se percata de que tiene que inclinarse un poco para no chocar contra el bajo techo del vestíbulo. Theodore mira a su alrededor con gesto apreciativo y se detiene en las obras de Braque y de Léger que cuelgan en las paredes mezcladas con las de Man.

—Cubistas —declara, al tiempo que se mete la mano en el bolsillo y saca un pañuelo para sonarse la nariz—. No es una tendencia que me interese mucho, pero es muy popular. —Vuelve a guardar el pañuelo—. Estoy bastante

seguro de que estoy poniéndome enfermo: me parece que el aire de París está bastante viciado.

—¿Y qué dice el doctor Koopman sobre eso?

Theodore no capta el soniquete.

—Desde que estoy aquí he estado comiendo más verduras crucíferas para contrarrestarlo, pero cuesta trabajo hacerlo bien: en estos menús hay demasiadas patatas.

Su padre es un verdadero hipocondríaco, un rasgo que ella ha heredado: con sólo oírlo hablar de enfermedades empieza a sentir un hormigueo en la garganta.

Justo en ese momento, Man baja por la escalera.

—¡Señor Miller! —exclama—. Es un placer. Mi encantadora ayudante, aquí presente, me ha hablado mucho de usted.

Al ver la hospitalidad de Man, Lee siente una oleada de gratitud hacia él.

—El placer es mío, señor Ray —responde Theodore y estrecha la mano de Man por espacio de unos instantes. Ambos van vestidos de modo similar, con un pantalón negro de cintura alta y una camisa blanca. Tras los recientes comentarios de Man, Lee tiene que esforzarse para no hacer comparaciones.

Man lo conduce al piso de arriba al tiempo que charla de trivialidades, como haría con un cliente, y Lee se queda un poco rezagada a propósito, pasando la mano por la barandilla.

Al llegar al despacho, su padre ha empezado a hablar de fotografía y Lee lo oye bombardear a Man con preguntas técnicas que, a estas alturas, ella misma podría responder si su padre se las hubiera dirigido a ella.

—Verá —dice Man—, paso mucho tiempo experimentando con los tiempos de exposición. Tengo varias series de lo que he llamado «rayografías»...

—Objetos plasmados directamente sobre el papel fotográfico. Sí, he leído al respecto.

Lee ni siquiera necesita mirar a Man para saber que esto último lo ha complacido.

—Debe de ser usted un gran entendido en la materia: en Estados Unidos no hay muchas personas que hayan oído hablar de esa técnica.

—Siempre me gusta estar al tanto de las últimas tecnologías. La fotografía,

en particular, es una de mis pasiones.

Theodore pasea por el despacho inspeccionando las fotos colgadas en la pared. La mayoría son trabajos antiguos (a Man le da pereza cambiarlas), pero varias son retratos de ella, y se siente cada vez más nerviosa a medida que su padre las va examinando. Junto a la chimenea hay una en la que está con la cabeza girada, la espalda desnuda y mirando con expresión cariñosa. Desea fervientemente que su padre no la vea.

—Papá —le dice—, déjame que te enseñe el equipo del cuarto oscuro.

Theodore se vuelve y parece sorprenderse de verla ahí de pie.

—Por supuesto, Bitsie —responde y, acto seguido, tras mirar a Man como quien pide disculpas, la acompaña a la otra habitación.

Lee sabe que su padre nunca ha visto un equipo tan profesional como el que posee Man. Se lo ve particularmente interesado por el prototipo de lámpara incandescente de tungsteno controlada por reóstato que hay en un rincón y que inspecciona desde todos los ángulos. También se muestra intrigado por el flash de xenón.

—Debería hacerme con uno de éstos —dice—, o con una luz klieg. ¿El señor Ray tiene alguna?

—Me parece que no.

—Arrojan una luz tan potente que es como estar al sol cuando se fotografía en interiores. He leído al respecto.

—¿No las usan principalmente para el cine?

—Hasta ahora sí, pero las ventajas que ofrecen para trabajar dentro de un estudio resultan obvias. ¿Te acuerdas de todas las veces que te hice a ti salir al exterior para tomarte una foto y tú no querías?

Naturalmente que se acuerda: duró toda su infancia. En interiores, al aire libre, cientos de fotos. El día que cumplió catorce años, su padre la hizo posar junto al arroyuelo que discurría cerca de su casa tocada con una corona de ramas, como una dríade arrebatada de las páginas de Ovidio. Había estado muy triste durante todo aquel año (nada conseguía levantarle el ánimo) y su padre le dijo que la sesión de fotos iba a ser divertida, como jugar a ser actriz. «Te animaré», recuerda que le aseguró, pero no funcionó. La intención de su padre era buena, pero aquel día ella se sentía incómoda ante la cámara y no supo cómo decírselo. En las fotos aparece encorvada y temblando, con los brazos cruzados sobre el torso desnudo, los ojos tan abiertos e inexpressivos

como los cantos rodados que se le clavaban en los pies mientras posaba.

Pero no quiere pasar más tiempo acordándose del pasado.

—Voy a enseñarte una cosa —dice, y a continuación se lleva a su padre hasta el armario archivador y saca varias de sus fotografías más recientes, entre ellas una perteneciente a la serie de la campana de cristal y otra de tema abstracto que le hizo a un velero en una regata infantil. Las coloca sobre la mesa y le da tiempo a su padre para que las examine. Theodore toma unas cuantas y las inspecciona con mayor detenimiento, sosteniéndolas con cuidado por los bordes. Lee aguarda expectante al otro lado de la mesa. «Son buenas», se dice a sí misma; espera que lo diga su padre. Theodore coge la foto del velero y la contempla durante largo rato. Lee va a otro cajón y saca más fotografías suyas, escenas captadas en la calle y otras tomadas en el estudio: su portafolio completo. Vista en su totalidad, la colección resulta impresionante, pero cuanto más tiempo va pasando, y cuanto más tiempo dedica su padre a coger una foto, dejarla y coger otra, más nerviosa se va poniendo Lee.

—Elizabeth —dice Theodore por fin—, ¿tú has hecho todas estas fotos?

Lee asiente con la cabeza y va a responder, pero justo en ese momento Man entra en el cuarto con una bufanda al cuello. Mira primero la mesa y después a Lee.

—Se me ha ocurrido bajar a la calle a tomar un café, ¿os apetece venir?

Lee se avergüenza de que Man la haya sorprendido exhibiendo su trabajo, pero de nuevo la alivia su actitud simpática. Se apresura a recoger las fotografías y vuelve a guardarlas en las carpetas.

—A mí me encantaría tomarme uno. ¿Papá?

—Desde luego. Por nada del mundo me perdería una oportunidad de recibir algún consejo del señor Ray.

Al salir a la calle, Lee se lleva a su padre a un lado y le susurra:

—Llámalo simplemente Man, o Man Ray: nadie lo llama «señor Ray».

Van al Café de Flore y toman asiento, apretados, en torno a una pequeña mesa de la terraza. Man pide un *espresso* doble y un *pastis* y luego se vuelve hacia Lee.

—¿Lo mismo para ti?

Es lo que toman siempre que van juntos.

—Beber alcohol durante el día es muy pernicioso para la digestión —les advierte Theodore a ambos. Acto seguido se vuelve hacia el camarero y, con su francés macarrónico, le dice—: Yo tomaré agua caliente con limón, y mi hija, un té negro.

—No, no —dice Lee—, mejor un *café crème*, por favor.

El camarero asiente y se va. En el silencio que sigue a continuación, Man dice:

—El *pastis* es un licor digestivo: a mí siempre me calma el estómago. ¿No es ése el objetivo?

Lee deja escapar un suspiro: Man le ha proporcionado a su padre el pie perfecto para que se ponga a explicar sus hábitos alimentarios y, en efecto, Theodore se lanza a una disertación. El ambiente se torna cada vez más tenso. Lee se da cuenta de que Man se siente fastidiado: él cree que todas las teorías sobre las dietas son propias de charlatanes y así lo expresa en voz alta.

—Cuidarse no es ninguna paparrucha —replica Theodore con dignidad.

Man carraspea y luego se concentra en coger la jarra, verter agua en su vaso y remover el turbio líquido resultante con una cuchara de mango largo.

—Pero eso de evitar comer determinadas combinaciones de alimentos... Al final, todo termina revuelto en el estómago. Si me perdona, yo lo encuentro absurdo.

Lee ha pensado exactamente lo mismo en muchas ocasiones, pero así y todo quiere calmar las cosas.

—Yo opino que la gente debe hacer lo que considere oportuno.

Man la perfora con la mirada.

—Ah, ¿sí?

—Sí —contesta Lee, mirándolo a su vez con las cejas arqueadas. Después se vuelve hacia su padre y, procurando cambiar de tema, le dice—: ¿Qué tal la ópera anoche, papá?

Theodore sonríe.

—Maravillosa, simplemente maravillosa. Siempre había querido ver *Guillermo Tell*, y el Palais Garnier es mucho más espectacular que el teatro Collingwood de Poughkeepsie. ¿Tú has estado ya, Bitsie?

—No, todavía no.

—Pues me sorprende: antes te gustaba la ópera. —A continuación se

vuelve hacia Man—. Jamás se ha visto a una chica más atenta: sus hermanos a los veinte minutos ya se habían aburrido, en cambio Elizabeth estaba fascinada. Decía que de mayor quería ser como Sarah Bernhardt, o estrella de cine.

—Ay, ¿te acuerdas de cuando fuimos a verla?

Ella debía de tener unos diez años cuando Sarah Bernhardt se presentó en Poughkeepsie. Recuerda mil detalles: el aroma del inmenso ramo de narcisos que había en el vestíbulo, los elegantes vestidos que hacían casi irreconocibles a los vecinos de Poughkeepsie que abarrotaban las gradas y los palcos, los hermosos frescos de estilo italiano que decoraban el techo abovedado del teatro. Lee presenció la representación completamente cautivada: la película muda que proyectaron como aperitivo, los *tableaux vivants* y, por último, la divina Sarah Bernhardt en persona, resplandeciente con un vestido drapeado de terciopelo granate, caminando por el escenario con ayuda de un bastón de marfil antes de interpretar la muerte de Cleopatra y desvanecerse sobre una *chaise longue* del mismo color que su vestido.

Theodore suelta una risita.

—¿Te acuerdas de que después quisiste reproducir una escena de la película que proyectaron? La de la locomotora.

—¿En serio? De eso no me acuerdo.

Theodore se vuelve hacia Man.

—El hermano de Elizabeth, que ahora es ingeniero aeronáutico, había construido en nuestro granero una locomotora de juguete suficientemente grande para transportar a un niño. La vía de madera bajaba por la colina y terminaba en un prado: era bastante impresionante. Pues bien, después de ver aquella película muda, Elizabeth insistió en subirse a la locomotora sentada de espaldas e ir sosteniendo su Brownie igual que el cámara especialista de la película.

—¡Es verdad! —exclama Lee—. Se me había olvidado totalmente lo de esa locomotora: quería que me pagaras un extra por el peligro que corrí, igual que un cámara auténtico.

—Y lo hice: te di tres dólares cuando revelaste las fotos.

Lee lanza una carcajada de placer al recordar. Man los observa a los dos, pero no dice nada.

—Se podría decir que fui tu primer cliente.

Theodore alarga una mano, palmea la pierna de Lee y luego deja la mano descansando en su muslo con una expresión de satisfacción en la cara. Lee apura su café y guarda silencio. Man mira alternativamente el rostro de Theodore y su mano apoyada en la pierna de Lee.

De nuevo en la puerta del estudio, Lee se imagina que su padre debe de estar a punto de marcharse: son las cuatro y querrá descansar un poco antes de la cena. Pero cuando se lo sugiere, él no le responde. En vez de eso, se vuelve hacia Man:

—Antes de irme —dice—, me encantaría que nos hiciera un retrato a mi hija y a mí. ¿Tenemos tiempo para eso?

Lee se siente mortificada: es muy presuntuoso por parte de su padre.

—Papá... —empieza.

Pero Man, que también ha puesto cara de sorpresa, le contesta:

—¡Por supuesto que sí! Debería habérselo sugerido yo.

—Se está haciendo tarde —dice Lee—, probablemente ya no haya suficiente luz.

Man, con un pie en el peldaño de la puerta del estudio, le pone una mano en la espalda durante sólo un segundo.

—No hay problema, Lee: tenemos tiempo de sobra.

Lee mira a su padre para ver si se ha dado cuenta del gesto de Man, pero su padre está ajustándose la bufanda y no ha prestado atención.

Entran juntos en el estudio, Man acerca una silla de respaldo alto, la coloca en el centro de la estancia, le pide a Theodore que se siente y a continuación se pone a preparar unos focos. Lee se queda de pie a un lado, cruzada de brazos. Su padre se sienta con la espalda recta como un palo de escoba y ella observa su perfil, su nariz aguileña, sus patillas meticulosamente afeitadas.

Después, se coloca a su lado y procura relajar el rostro. Man les toma un par de fotografías en esa posición.

—Bitsie —dice Theodore—, esto es un retrato, no un fusilamiento: siéntate aquí conmigo. —Le coge la mano y tira hacia él. Lee obedece y cuando se da cuenta ya se ha sentado en las rodillas de su padre tal como hacía cuando era pequeña, la cabeza apoyada en su hombro.

—¿Preparados? —les pregunta Man desde debajo de la capucha.

Lee nota la chaqueta de su padre áspera en su mejilla y percibe su olor familiar: hierba y tierra mojada, la madera de cedro del jabón que suele usar. Mira directamente a la cámara, casi perforándola, y luego comienza a flotar por encima de sí misma y a ver la foto desde la perspectiva de Man: las figuras boca abajo en el visor, ella agarrada del cuello de su padre, dócil, pasiva, precisamente lo que no quiere ser. Es una postura que parece de lo más normal, puesto que se ha sentado muchísimas veces en las rodillas de su padre, pero de pronto le resulta insoportable tener a Man como testigo. Intenta liberarse, pero se lo impide el brazo de su padre, que la sujeta por la cintura, y sólo consigue ponerse más tensa.

Tras unas cuantas fotografías, Man sale de debajo de la capucha.

—Tengo que ir a traer otra placa —dice en un tono forzado y profesional, y acto seguido, a grandes zancadas que resuenan contra el suelo de madera, va rápidamente hasta el armario de los materiales.

Lee se pone de pie.

—¿Cuántas has sacado?

—Cinco o seis.

—Estoy segura de que serán muy buenas —responde Lee, y luego se vuelve hacia su padre—: Man trabaja deprisa, no te decepcionará.

Aunque ya han terminado, Theodore quiere quedarse un rato más, pero Lee se apresura a llevarlo hasta la puerta. A todas luces, Man se alegra de verlo partir. Lee acompaña a su padre a su hotel caminando tan rápido que el abrigo termina por sobrarle; aun siendo más alto, Theodore a duras penas consigue seguirle el paso. Cuando llegan a la puerta del hotel, él se acerca para darle un beso, pero ella se aparta y lo deja allí solo.

Camina una calle, se mete en un bar y se sienta a la barra, en una banqueta, respira hondo y pide un aguardiente y después otro, y se los bebe hasta que le empieza a arder el estómago. Sólo entonces presta atención a lo que la rodea, levanta la cabeza y observa a los demás clientes. París sigue siendo una ciudad repleta de desconocidos. Todos están en parejas o en grupos de tres personas, y sus rostros son redondos e inexpresivos como una luna llena. Hablan y ríen con ademanes exagerados, como si estuvieran representando una obra de teatro.

Se arrepiente de haber accedido a verse con su padre: el hecho de que

Theodore haya visto su nueva vida en cierto modo la ha devaluado. Le vienen a la memoria las rabietas que le entraban cuando era pequeña: chillaba, daba patadas a las paredes, se tiraba del pelo hasta arrancárselo a puñados. Al final, toda aquella rabia no conducía a nada: terminaba en obediencia. Y ahora ha vuelto a experimentar esa misma sumisión mientras Man los fotografiaba o cuando su padre le ha puesto una mano en el muslo. Creía que aquella etapa de su vida había quedado atrás, pero al tener a su padre en París ha vuelto, como dos imágenes reunidas por un estereoscopio. ¿Y qué diferencia hay en su relación con Man? A él también lo obedece en todo.

Al regresar al estudio cae en la cuenta de que se ha olvidado de la llave, de modo que llama al timbre y Man acude a abrir la puerta.

—No sabía si ibas a volver tarde —le dice.

—He dejado a mi padre en el hotel y de camino hacia aquí he parado en un bar a tomar una copa.

Man hace una mueca que a Lee le parece de disgusto.

—Ya te lo noto, por cómo hueles.

Lee sube la escalera y entra en la salita seguida por Man.

—¿Nos tomamos otra? —propone—. Opino que deberíamos tomarnos otra.

Va hasta el carrito de las bebidas y sirve dos aguardientes en dos vasos gemelos. Le entrega uno a Man.

—Gracias, Bitsie —responde él con retintín.

—No, por favor.

—¿Qué ha pasado entre tu padre y tú? Me ha dado la impresión de que intentabas ponerme celoso.

—¿Qué quieres decir?

—Eso de dejarlo que pagara los cafés... Hacer que yo os tomara una foto...

—Yo no lo he dejado hacer nada: mi padre hace lo que quiere. Además, tú mismo deberías haberte ofrecido a hacernos una foto. —En realidad no lo cree así: ella se ha sentido igual de incómoda que Man cuando su padre ha solicitado un retrato, pero es que tiene ganas de atacarlo.

—¡No me digas! —replica Man—. Lo que me ha molestado no ha sido el

hecho de haceros una foto, sino lo superfluo que me he sentido: he tenido la sensación de que no me necesitabas. —Esto último lo dice en voz baja y en tono lastimero y autocompasivo, lo cual pone todavía más furiosa a Lee.

Lee deja su vaso en una mesita auxiliar y luego le quita el vaso a Man. Acto seguido, lo engancha por el cuello de la camisa, lo atrae hacia ella y lo besa en la boca con tanta violencia que casi le hace daño.

—No te muevas de aquí —le ordena.

Sale al pasillo y coge su bufanda, la que ha usado esa tarde. Vuelve a la salita y se planta delante de Man acariciando la bufanda con las manos.

—Lee...

Lo empuja con una mano contra el sofá, luego se sienta encima de él a horcajadas y vuelve a besarlo con insistencia. Aunque al principio él se resiste, a través de la ropa ella nota su erección. Le agrada comprobar lo irresistible que resulta para él.

Coge la bufanda, le venda los ojos y se la sujeta con un nudo en la nuca. Después lo empuja para que se tumbe en el sofá. Es la primera vez que hacen esto. El hecho de verlo con los ojos vendados la estimula mucho más de lo que creía: se siente tan excitada que casi le da vergüenza. Tal vez se deba a que está enfadada, a que quiere hacerle daño, causarle dolor. Ayuda a Man a desnudarse y después se desnuda ella. Le aprieta las muñecas con todas sus fuerzas y, a continuación, se mete una mano entre las piernas, empuja el miembro de Man hacia el interior y empieza a moverse encima.

—Lee, esto... No creo que...

La voz de Man casi está teñida de miedo, pero Lee le suelta las muñecas y le tapa la boca con una mano para que no siga hablando. Se restriega contra él, atenta únicamente a sus propios deseos, acelerando el ritmo, que ya es tan rápido que nota el continuo golpeteo de los testículos. Man deja escapar un gemido y grita su nombre como si le costara decirlo, luego la agarra por la cintura y la hace caer de golpe sobre él una vez, y otra, y otra.

Intenta hacerla cambiar de postura para ir más despacio, pero Lee no se lo permite. Ella continúa, cada vez más rápido, hasta que siente que Man pone todo el cuerpo en tensión y vuelve a gritar su nombre. Ni aun entonces quiere parar: sigue arremetiendo contra él y cuando por fin alcanza el orgasmo le araña los hombros con las uñas.

Después, se queda tumbada encima de Man, piel con piel, y levanta un

brazo para retirarle la venda de los ojos. Man la atrae hacia sí. Ahora que han terminado, a Lee la preocupa que Man quiera seguir charlando, así que cierra los ojos y finge que se ha quedado dormida. Él le acaricia el pelo durante un rato pero, al ver que ella no reacciona, la levanta con delicadeza y se desliza hacia un costado. Lee lo oye vestirse y luego nota que le echa una manta por encima. Permanece varias horas así, tendida, hasta que la luz comienza a menguar en las ventanas y la habitación se queda a oscuras. Ojalá tuviera un sitio al que ir para estar sola.

## **LEIPZIG, 20 DE ABRIL DE 1945**

A ojos de Lee, la 83.<sup>a</sup> División tarda una eternidad en llegar a Leipzig después de la rendición de la ciudad. Sabe que Margaret Bourke-White y quizá unos cuantos más se le han adelantado, así que urge al conductor del mugriento jeep de la infantería a que avance más rápido. Al final, sólo llegan con medio día de retraso. Los reciben ancianas de vestidos zarrapastrosos que les lanzan flores, los saludan entre sonrisas y sostienen en alto a los niños. A la vuelta de la esquina se continúa luchando y los estampidos del fuego de artillería ahogan de vez en cuando los vítores.

Lee oye contar historias de lo que son capaces de hacer los nazis para evitar ser capturados, pero no sabe si debe creérselas o no. Envenenamientos, disparos, ahorcamientos. El director de una fábrica invita a un centenar de personas a cenar y, cuando la 69.<sup>a</sup> toma la ciudad, aprieta un botón y desencadena una explosión que acaba con la vida de todos los comensales. Los amigos se apuntan unos a otros con pistolas, cuentan hasta tres y aprietan el gatillo. Alguien le cuenta que todos los nazis refugiados en el Neues Rathaus, el nuevo ayuntamiento de Leipzig, se han suicidado y eso hace que sienta aún más odio hacia ellos, los muy cobardes.

Cuando llega al ayuntamiento, reina el silencio y todo aparece cubierto por una capa de polvo blanco. Recorre sola el edificio, de oficina en oficina. Afuera, en algún sitio, explota una bomba que hace que se desprenda más escayola del techo. Se detiene en la puerta de un lujoso salón en el segundo piso. Una de las ventanas está abierta y se mueve con el viento. Los muebles de cuero engrasado son lo único que no está completamente cubierto de polvo. Una madre y su hija están tumbadas de costado en sendos sofás. Un hombre está sentado a un escritorio con la frente apoyada en el tablero. Por un momento, Lee tiene la sensación de haberlos sorprendido durmiendo una siesta

pero, encima del escritorio, un frasco vacío de cianuro hace de pisapapeles para los documentos de la familia.

La hija debía de tener unos veinte años. Lleva una cofia de enfermera y un brazalete de la Cruz Roja por encima de la chaqueta negra. Tiene las manos entrelazadas sobre el estómago. Lee toma una panorámica y a continuación se acerca y encuadra el rostro de la joven, el cabello rubio cortado de un modo parecido al suyo, los pómulos como las alas de un pájaro, la boca entreabierta, la mandíbula relajada. Sus dientes son de una belleza extraordinaria; después de hacer la foto alarga una mano y los toca, sólo para sentir su tacto.

## 20

Los carteles empiezan a aparecer por todo Montparnasse, clavados en postes, superpuestos a otros junto a las puertas de los cafés o pegados con cinta adhesiva en las estaciones de metro. Lee se los encuentra por todas partes. En ellos se ve a una mujer que sonríe con un vestido de escote bajo y una gigantesca boa de plumas al cuello. LE RETOUR DE KIKI, puede leerse debajo. Cada vez que pasa por delante de Le Jockey (algo que ocurre a menudo, ya que está a unas pocas manzanas de su apartamento) observa a la ruidosa multitud que sale por la puerta, al parecer después de haberse divertido como nunca, y nuevamente se pregunta a qué vendrá todo eso.

Resulta vergonzosa la cantidad de tiempo que pasa pensando en Kiki. Man ha insistido en que ya no está enamorado de ella, que Lee es la única mujer a la que ama; entonces ¿por qué le cuesta tanto sacársela de la cabeza?

Un día, una racha del frío viento de octubre arranca un cartel de la pared de un edificio y lo enrosca al tobillo de Lee. Lee lo coge y se lo lleva a casa. Nada más entrar por la puerta, se lo enseña a Man al tiempo que le dice:

—Quiero ir. Esta noche.

Man deja escapar un gemido. Ya estaba en bata, sentado en el sofá con un grueso libro sobre las rodillas.

—Pensaba que íbamos a quedarnos en casa.

Lee se fija en las fechas indicadas en el cartel.

—De acuerdo, esta noche no. ¿El jueves?

Man lanza un suspiro y accede. Lee deja el cartel encima de la mesa, delante de él, y él lo mira.

—Esa foto es de hace años —comenta.

—¿En serio?

—Kiki está más avejentada: ha engordado demasiado para bailar.

Lee se siente complacida.

—Me da igual lo gorda que esté. Vamos a ir. Te vendrá bien mover un poco el esqueleto.

Cuando llega el jueves, Man cumple su palabra. Guarda silencio mientras van andando hasta Le Jockey. Se ha puesto un pantalón de franela y su infaltable boina, que no deja de toquetearse mientras caminan. Lee lleva su vestido más elegante y se imagina contoneándose frente a una de las mesas del café: Lee de Montparnasse.

—¿Cuánto tiempo hace que no la ves? —le pregunta a Man al tiempo que se engancha de su brazo.

—La vi la semana pasada, en casa de Éluard.

Lee hace memoria de lo que hicieron la semana pasada.

—No me lo habías contado.

—Veo a Kiki de vez en cuando: posa para un montón de gente, me la encuentro por casualidad... Seguimos llevándonos bien.

—Creo que me dijiste que era muy celosa.

Man la mira con expresión divertida.

—Lo era, y yo también: formaba parte de nuestra relación. De hecho, fue así como descubrí que estábamos enamorados de verdad.

—¿Porque ella era celosa?

—Porque los dos éramos celosos. Durante una temporada, al principio, tuvimos una relación abierta, pero aquello no funcionó para ninguno de los dos. E incluso cuando acordamos no salir con otras personas, yo todavía la imaginaba con otros hombres cuando no estaba con ella.

Lo dice en tono despreocupado, pero a Lee no le gusta mucho esa faceta suya: le recuerda lo mucho que se molestó cuando, estando en Biarritz, ella lo dejó en la playa y se fue a dar un paseo sola.

—No seamos celosos nunca —propone con firmeza.

—En ocasiones, los celos son algo positivo. —Hay un poco de basura en la acera y Man estrecha a Lee para esquivarla—. Recuerdo una noche en que Kiki estaba en el escenario cantando no sé qué antigua *chanson*. Yo casi no entendía la letra, pero al mirar a mi alrededor descubrí que todo el público

había dejado de conversar para mirarla. Cuando baila, hace un movimiento especial... Se agacha mucho, junta las rodillas y no sé cómo agita las caderas y hace que el vestido se le levante un poco. Es muy gracioso y también muy sexy. Cuesta trabajo dejar de mirarla. Aquella noche supe que estaba enamorado de ella, y me di cuenta porque vi lo mucho que la deseaban otros hombres y mujeres. Kiki era mía, pero sentí celos incluso de que los demás pudieran mirarla, aunque lo cierto es que ellos debían haberme envidiado a mí, y a lo mejor me envidiaban.

De improviso, Lee se separa de él, se detiene y lo mira de frente. Flexiona las rodillas y empieza a girar las caderas haciendo que el vestido le suba por los muslos hasta que empiezan a asomar los cierres del ligero.

—¿Así? —pregunta—. ¿Esto es lo que hacía ella?

—Mmm... más o menos. Pero tu versión es más... yanqui.

Él la agarra de los brazos y la atrae hacia sí. Están parados en medio de la acera, abarrotada de personas que han salido a pasear. Se convierten en un escollo que interrumpe la riada de gente. Los que van detrás se ven obligados a detenerse y rodearlos, chocan unos con otros hasta que recuperan el rumbo inicial.

—¿Crees que todas estas personas nos tendrán envidia en este momento? —pregunta Lee.

—Creo que todo el que tenga ojos me envidiaría porque estoy contigo.

—¿Y si yo quisiera estar con uno de ellos? Con ese hombre de ahí. —Lee señala al otro lado de la calle, donde hay un individuo grueso apeándose de un taxi.

—¿Con ése?

—Sí, ¿por qué no?

Man suelta una carcajada incómoda.

—No quiero ni imaginármelo.

Su tono es tajante, pero Lee no está dispuesta a zanjar el asunto.

—Nunca hemos hablado de si podíamos tener otros amantes, ni siquiera al principio. —Lee no ha pensado lo que está diciendo, sólo sabe que van a ver a Kiki y quiere que Man le preste atención sólo a ella.

—No quiero que vayas con otros hombres.

Aún siguen en medio de la acera. Lee se pregunta si estarán a punto de

montar una escena.

—Yo, desde que te conocí, no he sentido deseos de estar con nadie más, ni por un segundo: quiero pasar toda la vida contigo, Lee —concluye Man.

Man no interrumpe el contacto visual y habla con expresión seria. Lee sabe que esas palabras deberían complacerla, pero de pronto se descubre pensándolas en sentido literal, pensando en todos los hombres con los que no va a poder acostarse, que le son desconocidos ahora y lo serán siempre, y entonces visualiza un futuro distinto: imagina a esos hombres en su dormitorio, quitándose los tirantes y mostrando sus vientres duros; se ve a sí misma desabrochándoles el pantalón y tumbándolos sobre la cama; imagina sus lenguas calientes y blandas; visualiza a decenas, a cientos, formando una fila que se alarga hacia el futuro, y luego sustituye esa imagen por el rostro de Man. Casi a modo de prueba, se inclina hacia él y lo besa en la boca. Man le devuelve el beso, y le sabe tan bien como siempre, incluso mejor, y los peatones que circulan por la acera continúan fluyendo por su lado como un río alrededor de una piedra, y a Lee no le importa lo más mínimo que toda esa gente los vea, ni siquiera cuando Man le agarra el muslo por debajo del vestido e introduce los dedos por el borde de la media. Descubre que quiere que el resto de la gente los vea, de modo que enrosca la pierna en torno a Man para atraerlo hacia sí.

Unos momentos después, se separan.

—¿Nos vamos ya a Le Jockey? —propone Man, y vuelve a enganchar el brazo de Lee al suyo.

En el interior de Le Jockey todas las mesas están llenas y todo el mundo parece interesante. El local es espacioso, pero está dividido por grandes columnas, cada una pintada con una escena diferente de indios y vaqueros. En el rincón hay un pequeño escenario donde un acordeonista y un mono de expresión agresiva interpretan una canción que Lee conoce. El humo de tabaco ha creado una especie de neblina. Man se vuelve hacia Lee y le pregunta algo, pero el ruido no la deja oír.

—¿Qué has dicho?! —grita.

—¿Que si te apetece una copa! —grita Man a su vez, imitando el gesto de beber de un vaso.

—¡Sí, tráeme una copa!

Man se mezcla con el gentío, ella avanza un poco más y se apoya contra una columna que tiene pintada una escena de un guerrero indio a caballo.

Man intenta alcanzarla llevando dos martinis con sendas filigranas de limón colgando de las copas, pero dos individuos lo paran por el camino. Se entretiene unos momentos hablando con ellos y luego señala en dirección a Lee con una de las copas. Justo en ese momento, el acordeonista deja de tocar y el nivel de ruido desciende ligeramente. Lee se acerca y Man le presenta a los dos individuos: dos nombres que le resultan desconocidos. Ellos le dirigen una mirada voraz.

Man encuentra dos sillas vacías y las acerca a la mesa. En cuanto se sientan, Lee coge su martini y se lo bebe casi todo de un trago. Le apetece otro, pero Man y los dos hombres están enfrascados en una conversación, encorvados sobre la mesa, prácticamente excluyéndola. De pronto siente que la tocan en la espalda y, al volverse, ve a un tipo sentado que sostiene en la mano un vaso Tom Collins lleno hasta el borde de un líquido claro y espumoso. La mira intensamente y Lee le arrebató el vaso.

—Me dedico a hacer películas —dice el individuo en un inglés con acento. Tiene el cabello castaño y rizado peinado hacia atrás, la nariz larga y recta y los ojos marrones. Está reclinado hacia atrás en la silla y tiene los labios tan cerca del oído de Lee y una voz tan profunda que ella lo oye sin dificultad alguna.

—Yo me dedico a hacer fotografías —responde, y bebe un trago del vaso.

—Estoy haciendo una película nueva. Me he inspirado en las pinturas que hay aquí y necesito a alguien que represente el papel de una estatua. ¿Alguna vez ha intervenido en una película? Es usted muy bella.

El estilo directo del desconocido, que además no le quita la vista de encima, está poniéndola nerviosa. Man sigue charlando con los dos hombres, pero la observa de vez en cuando, hasta el punto de que Lee acaba teniendo la impresión de que, sin importar dónde intente poner los ojos, su mirada se encontrará con la de alguien más. Bebe otro sorbo del cóctel. Está delicioso: ligero y con sabor a limón; la sorprende descubrirlo porque el olor a humo lo inunda todo.

El individuo no parpadea, lo cual resulta desconcertante.

—No veo por qué necesita a una persona para representar una estatua —le dice Lee con sorna—; ¿no puede usar una estatua de verdad?

—El poeta está buscando una musa y la estatua cobra vida. Usted posee el físico perfecto. —Se reclina en la silla y parece dominarse—. Me llamo Jean Cocteau. —Coge la mano de Lee y le da un somero beso—. ¿Ha oído hablar de mí?

—Pues no.

El cóctel se ha terminado y a Lee este individuo le está resultando demasiado intenso. Se vuelve un momento hacia Man y, al descubrir que la está mirando, hace un gesto como pidiéndole socorro mientras mueve los ojos en dirección a Cocteau. Man se da cuenta de lo que está pasando, se levanta y rodea la mesa.

—¡Jean! —exclama. Lee experimenta una oleada de placer al ver que ha acudido a rescatarla.

—Tra-la-lá —canturrea Cocteau sin ni siquiera levantar la vista hacia Man.

—Jean —repite éste—, ¡cuánto tiempo! Me parece que no nos hemos visto desde nuestra última sesión.

—La-ra-lá —sigue canturreando Jean, y queda claro que está tarareando una pequeña melodía, como haría a un niño. Lee se siente profundamente incómoda y empieza a pensar en cambiarse a otra mesa.

En ese preciso instante todo el mundo comienza a aplaudir y a girar las sillas de cara al escenario.

Kiki surge por una puerta lateral y sube al escenario caminando tan afectadamente como un pato. Pone un pie en un escalón y después lo retira con una carcajada. En la sala se hace el silencio. Vuelve a poner el pie en el escalón, extiende los brazos como si estuviera caminando por la cuerda floja y, despacio y con mucho cuidado, sube el otro pie. En el escenario no hay nada excepto una silla que pone de espaldas al público para sentarse sobre ella a horcajadas. Lleva un vestido tan corto que incluso Lee, que está al fondo del local, alcanza a verle las bragas.

Suelta otra carcajada y todo el mundo ríe con ella, incluida Lee, aunque no sabe muy bien de qué. A continuación, de una bolsita que hay junto a la silla, Kiki extrae un espejo y una cajita de maquillaje y empieza a maquillarse la cara. Es fascinante observarla. Coge una barra de labios de color rojo y se la pasa por los labios, que luego aprieta para secarlos. Después saca un lápiz de cejas de un color azul vivo y se dibuja dos arcos casi tres centímetros por

encima de sus cejas auténticas, que lleva afeitadas. Por último, mira al público formando una expresión de sorpresa con la boca. Se pinta los párpados de verde y las mejillas con unos círculos de un vívido color rosa, y enseguida, despacio y con ademanes meticulosos, guarda el espejo y todos los útiles de maquillaje y vuelve a dejar la bolsita en el suelo.

Durante toda esta operación, que ha durado no menos de cinco minutos, Lee ha estado mirando a Man, que ha liado un cigarrillo, se lo ha llevado a la boca y ahora está dando caladas cortas y profundas y exhalando sin apenas apartar el cigarrillo de la boca. A su espalda continúa Cocteau, que no pierde detalle de lo que sucede en el escenario.

Empieza a sonar el piano. Kiki aprieta los pechos contra el respaldo de madera de la silla y abre más las piernas.

A Lee ya no le queda la menor duda: Kiki es tremendamente fea. Tiene la nariz ancha y chata; su boca, incluso con el lápiz de labios, es demasiado pequeña; lleva el cabello tan repeinado hacia atrás que le estira la piel de la frente, y la abertura del vestido deja ver unos muslos rechonchos. Y aun así, cuando Kiki abre la boca para cantar, Lee empieza a comprender su atractivo: tiene una voz aguda, pero también ronca, como si acabara de despertarse de una siesta demasiado larga; una voz que hace que la mente viaje hasta la habitación. Es casi como si su fealdad la volviera más sensual. La canción que está cantando es tan vulgar como su apariencia: una especie de rima burlesca sobre un estudiante, un grupo de pupitres puestos en círculo y un maestro malvado que empuña un látigo. Kiki actúa tan bien que Lee no tiene necesidad de seguir toda la letra. Cada vez que dice «látigo» levanta una de las cejas que acaba de dibujarse en medio de la frente. Después canta una canción titulada *La Connasse*, durante la cual se agarra los pliegues de grasa de la barriga y se toca provocativamente la entrepierna. Con estos gestos mantiene dominado al local entero, y cuando baja la voz hasta convertirla en un susurro el público guarda silencio para poder oírla.

Después de cantar una docena de canciones, Kiki anuncia que cantará sólo una más antes de despedirse. Por toda la sala surgen quejas, pero Kiki niega con el dedo («*non, non, non*») y les dice a todos que no deben ponerse tristes. A continuación, va hasta el borde del escenario, mira con toda intención en la dirección en que se encuentra Man y dice en francés:

—Esta canción se la dedico al gran Man Ray, que nos acompaña esta noche y que me regaló muchos años de felicidad.

Y sonrío amorosamente mientras todos aplauden y se vuelven para mirar a Man y levantar sus copas hacia el amante de Kiki, el amante de Montparnasse.

Entonces, durante un minuto, Lee se siente encandilada por Kiki. La juzga encantadora bajo los focos del escenario, se alegra de que encontrase la felicidad con Man. Quizá ella también lo consiga: una felicidad auténtica que dure años y años. Le gusta oír a Kiki elogiar a Man y todavía más ver a todo el público de la sala brindar con él, que continúa sentado sin vergüenza ni presunción. Tiene una discreta sonrisa en la cara y se lo ve relajado en su silla, como si lo que está ocurriendo no fuera nada extraordinario. Y puede que no lo sea, puede que esto le sucediera todo el tiempo mientras estuvo con Kiki.

Kiki empieza a cantar otra vez. Al principio todo parece estar bien: la letra dice algo de un gato bajo la luna o algo parecido, pero a medida que avanza Lee ve que Man se pone tenso, se cruza de brazos y mira a Lee con gesto de preocupación. Lee le sonrío para mostrar que está divirtiéndose. Man se levanta, se va a la barra, pide una copa y se queda de pie, fumando y mirando hacia el escenario.

—«Uno para ti, / dos para ti: / sólo estamos tú y yo» —está cantando Kiki. Acto seguido se inclina hacia delante y empieza a desabrocharse los botones de la blusa. La prenda lleva muchos botones, y también cintas, pero no tarda en tenerla abierta hasta la cintura. Mira directamente a Man, que continúa en la barra, se mete una mano en la blusa, se saca un pecho y lo deja colgando a la vista de todos, como una ubre. El público lanza vítores y golpea las mesas con los nudillos. Después hace lo mismo con el otro pecho y se estruja los dos con las manos al tiempo que canta:

—«No es para ti, / no es para ti, / desde que te fuiste.»

Kiki en carne y hueso es mucho peor que en las fotos que Man conserva de ella: es mucho más... en fin, más real, y Lee se da cuenta de que esto ha sido una equivocación. No se atreve a mirar a Man, no quiere ver la cara que se le ha puesto. En vez de eso, se vuelve hacia Jean, que ya no está prestando atención a lo que ocurre en el escenario, sino que escribe algo en un cuadernillo. Éste la mira y le dice:

—Vergonzoso —mientras niega con la cabeza, despreciando la

semidesnudez de Kiki.

Lee rompe a reír: un hombre que no pierde la cabeza por unos pechos al aire es digno de nota. Acerca su silla a la de él.

—Pues parece que todo el mundo está fascinado con ella —comenta Lee.

La gente lanza exclamaciones y vítores, se levanta por momentos de la silla y golpea las mesas con los nudillos aún más fuerte que antes.

—Cerdos. ¿Está usted con él? —le pregunta señalando a Man.

—Sí.

Jean pone los ojos en blanco.

—Quisiera que viniese a ver mi estudio, donde hago las películas.

—¿Ahora?

Kiki sigue en el escenario, cantando y girando, pero Lee procura no mirarla.

—No, durante el día, cuando haya buena luz. ¿Quizá mañana? —propone Jean—. ¿Le dará permiso?

—¿Man? —Lee se yergue en su asiento—. Naturalmente. Quiero decir... yo no le consulto lo que puedo hacer y lo que no.

Jean se inclina hacia ella y le susurra:

—Es que yo no le caigo bien.

—Pues me ha parecido que estaba encantado de saludarlo.

—Es porque considera que soy una persona digna de conocer, lo cual es cierto.

Mientras hablan, Kiki ha terminado su actuación. Se abrocha la blusa pudorosamente y termina tal como ha empezado, bajándose del escenario entre contoneos. Lee espera que se dirija a Man y se prepara para soportarlo, pero Kiki va abriéndose paso entre el público hacia donde está ella hasta que, momentos después, la tiene delante. Vista de cerca, su maquillaje resulta totalmente exagerado, apropiado para el escenario pero no para las distancias cortas.

—Sé quién es usted —dice Kiki en un inglés poco natural.

Una partícula de saliva se le escapa de la boca y va a caer en la mejilla de Lee. Lee da un respingo, se lleva una mano a la cara y se la limpia. Las personas que las rodean murmuran y se remueven en sus asientos.

—¿Quién? —replica Lee al tiempo que se pone de pie. Mide sus buenos

quince centímetros más que Kiki, de modo que ésta se ve obligada a echar la cabeza hacia atrás para poder mirarla.

Man se dirige hacia ellas con un brazo extendido, como si intentara parar un taxi.

—*Putain!* —grita Kiki, lo bastante alto para que la oigan varias decenas de personas. Man está a medio camino—. Eres la *putain* de Man. *Tu es fille d'un gay et d'une pute. Je te pisse en zig-zags à la raie de cul!*

Acto seguido, alarga el brazo y le propina una bofetada en la cara. Cuando está a punto de propinarle otra, llega Man y le aferra la mano para impedirselo. Lee siente un fuerte escozor en la mejilla.

Se hace el silencio en el café. Man sujeta a Kiki por los brazos mientras ésta forcejea intentando zafarse. Jean se ha levantado con tanta prisa que ha tirado su silla al suelo. Se acerca a Lee, moja una servilleta en un vaso de agua y se la pone en la cara. Kiki empieza a gritar otra vez, con los ojos entrecerrados en un gesto de furia.

—¡No vengas por aquí, no vuelvas más por aquí, puta, ramera, guarra asquerosa!

Lee se queda helada. Le cuesta creer que Kiki haya pasado del personaje que era en el escenario a esta furia desatada: es como si su cólera fuese otra actuación, y puede que lo sea, porque todas las miradas están fijas en ella. Nunca le habían dado una bofetada. Quiere que Man haga algo, que la consuele, que haga cualquier cosa menos lo que está haciendo, que es sujetar a Kiki y susurrarle en voz baja que se calme. Para una persona que no supiera lo que está pasando, parecerían dos amantes abrazados.

—No debería usted estar aquí —dice Jean.

Sin pensarlo dos veces, Lee permite que Jean la saque del café. Se vuelve un instante e intercambia una mirada con Man, que deja de sujetar a Kiki y se dispone a seguirla. Sin embargo, ella no se detiene y permite que Jean la acompañe hasta la puerta de entrada, que cuenta con una pequeña campanilla que emite un alegre tintineo cuando ambos salen a la calle, aún abarrotada de gente. El aire fresco de la noche alivia el ardor que Lee siente en la cara. Juntos echan a andar por el boulevard de Montparnasse y doblan a la izquierda para tomar el boulevard Saint-Michel y meterse en el jardín Marco Polo.

Es tarde y, a diferencia de las aceras, el sendero de grava que atraviesa el parque se halla prácticamente desierto.

—¿Qué tal la cara? —le pregunta Jean.

—Me duele.

—Debería ponerse un filete de carne encima.

—¿Un filete? —Lee piensa que quizá ha entendido mal el francés.

—Sí: eliminará el hematoma. —Jean imita la forma de un filete con las manos y luego hace como que se lo pone contra la cara.

Lee nota la grava del camino crujiendo a cada paso. Allá en lo alto los olmos susurran con la brisa.

—Ah, aquí está lo que quería mostrarle —dice Jean, y apunta a la gran fuente que está en un rincón de los elegantes jardines. En el estanque principal, unos caballos de bronce parecen saltar del agua con las ancas convertidas en colas de pez y una expresión de pánico en los ojos. Más arriba, cuatro mujeres sostienen un globo en alto mientras miran al cielo.

—¿Ve esa mujer de ahí? Ésa es la que me recuerda a usted. Por eso creo que debería aparecer en mi película.

—¿Quiere que haga de esa estatua en su película?

—No, no: usted será Calíope, la musa del poeta. Pero lucirá como esta estatua: bellísima, intocable. Y entonces cobrará vida y... y ya lo verá. Será magnífico, igual que todas mis películas.

Su seguridad en sí mismo debería resultar irritante, pero Lee sólo le está prestando atención a medias: no deja de acordarse de que Man ha acudido en ayuda de Kiki, en vez de socorrerla a ella. Reproduce en su mente esa escena una y otra vez intentando comprender en qué pensaba Man, pero no acaba de encontrarle la lógica. Man la ha dejado tirada... lo cual, después de haber estado hablando de los celos, la pone especialmente furiosa.

Contemplan la fuente por espacio de unos segundos, viendo cómo brota el agua y, antes de caer sobre el estanque de mármol, parece quedarse suspendida un instante en el aire. Lee intenta dejar de pensar en Man. Ojalá tuviera consigo su cámara, porque haría una foto del ojo de ese caballo rodeado por el chorro de agua: usando un tiempo de exposición lo bastante largo el chorro de agua quedaría suavemente difuminado sobre la piedra.

—Tengo que irme a casa —dice Lee rompiendo el silencio—, estoy agotada.

—¿Dónde está su casa? —le pregunta Jean—. ¿Vive con él? ¿Con Man

Ray?

—Sí.

—¿Están enamorados?

Lee asiente con la cabeza, pero al principio no dice nada. Ama a Man, por supuesto que sí, pero tras la escenita del café no tiene ganas de hablar de sus sentimientos con un desconocido. Además, ¿qué significa la palabra «amor»? Man y ella apenas se la han dicho uno al otro, únicamente aquella vez que experimentaron con la solarización, y más tarde en la cama. Le desagrada su formalidad, el peso de la historia de todas las demás parejas que la han pronunciado antes que ellos, o puede que lo que no le guste sea lo vulnerable que se siente al pronunciarla, el hecho de mostrarse como una persona que abriga hondos sentimientos y que exige ser correspondida.

El agua brota, asciende y cae, asciende y cae. Lee sería capaz de pasar la vida entera contemplándola. No sabe muy bien qué decirle a Jean. Por fin, decide ser sincera; Jean es tan serio, tan intenso, que suscita en ella dicha reacción.

—A veces me preocupa no saber siquiera cómo estar enamorada de alguien.

Jean la observa con interés.

—Hay muy poco que saber: es como respirar, así de sencillo.

—Ya —contesta Lee, pero en su voz hay un deje de duda. Ha habido momentos en los que parecía muy sencillo: tumbados los dos en la cama, el cuerpo de ella entrelazado con el de Man, tan cerca uno del otro que parecían uno solo; pero con frecuencia, sobre todo últimamente, Lee ha venido observando esa relación desde lejos, narrando el amor que siente por él: «He aquí el hombre al que amo. Miradnos, mirad cómo cuidamos uno del otro. Qué suerte tengo de que me quieran tanto.» Lee sabe que esto no es normal, pero a veces es la única manera de sentirse anclada al momento. Sin embargo, no se lo va a decir a Jean.

—¿De eso trata su película? —le pregunta en cambio—. ¿Es una historia de amor?

—Ah, no es tanto sobre el amor como sobre el arte, pero es que ambas cosas están relacionadas, ¿no? Mi película va a ser una exploración del arte y de los sueños, de la lucha entre la vida y la muerte. Un experimento grandioso.

—Siempre, siempre he querido salir en una película.

—¡Pues ahora lo va a conseguir! Nada más verla, he sabido que era usted perfecta.

Lee se siente halagada, pero al momento su pensamiento vuelve a centrarse en Man. En dónde estará, qué diría si ella le contara que va a hacer una película... Y al momento siguiente piensa que Man debería alegrarse por ella, que debería desear que ella tenga esta oportunidad. Y si no lo desea... en fin, en ese caso quizá es él quien no entiende del todo lo que significa amar a alguien.

—Trabajo como ayudante de Man, ¿sabe?

—E imagino que él le estará pagando en... ¿conocimientos? —Jean esboza una sonrisa maliciosa—. En mi estudio aprenderá muchísimo también. El futuro son las películas. Además, le pagaré cien francos al día.

—¿Y cuánto tiempo me llevará?

—Una semana, tal vez dos. Pero no todos los días de cada semana: cada día cuesta dinero.

Lee levanta la vista hacia la estatua y se imagina a sí misma cubierta de delicadas hojas doradas, rompiendo sus ataduras y emergiendo radiante, vestida de diosa.

—Quiero hacerlo, pero tengo que decírselo a Man y asegurarme de que no hay problema.

—¡Maravilloso! —exclama Jean dando un saltito de alegría. Su entusiasmo es tal que Lee lanza una carcajada.

Se apartan de la fuente y echan a andar por el sendero que se adentra en los jardines. Durante un rato simplemente pasean hablando de trivialidades, hasta que por fin Lee, reprimiendo un bostezo, vuelve a decir que tiene que irse a casa.

—¿Dónde está su casa?

—En la rue Campagne Première.

—Sé dónde es: está cerca del estudio de Ray. He ido allí unas cuantas veces a que me hiciera un retrato.

—En Le Jockey no ha dado usted la impresión de que le cayera muy bien.

—Es habitual que la gente no caiga bien a otra gente, pero eso no impide que trabajen juntos.

Jean pone rumbo a casa de Lee, pero de pronto ella lo frena. Se imagina

llegando al apartamento y encontrándolo oscuro y vacío, imagina que Man podría estar con Kiki aún, en alguna parte.

—¿Dónde está su apartamento? —pregunta.

—Aquí mismo, a un par de calles.

—¿Tiene algún sitio en el que pueda pasar la noche... sólo dormir? —  
Siente la necesidad de aclararlo.

Jean la mira fijamente bajo la tenue luz de la farola.

—Si usted tuviera barba y una polla, me interesaría; de lo contrario, no tiene de qué preocuparse.

Lee lanza una sonora carcajada, se engancha del brazo de Jean y deja que él la lleve a su casa. Por una noche, va pensando, que Man se preocupe de la posibilidad de haberla perdido.

## 21

Al día siguiente, Lee se despierta en la blanca y enorme cama de invitados de Jean, en una habitación de altos techos y grandes ventanales por los que entra la suave claridad matinal. Es una habitación preciosa, blanca y sobria. Imagina lo perfecta que resultaría para hacer fotos. Permanece un rato tumbada, disfrutando del fresco tacto de esas sábanas con aroma a limón. Imagina que, en casa, Man estará despertándose a su vez, quizá percatándose en ese instante de que ella no ha regresado. También puede ser que ni siquiera haya dormido en casa, sino con Kiki. No sabría decir cuál de esas dos hipótesis es más probable, pero si está en casa seguro que se siente furioso con ella.

Jean le ha dejado una nota que dice que ha tenido que irse al estudio, pero la invita a sentirse como en casa, así que Lee se da un baño rápido y luego se mira de cerca la mejilla en el espejo del lavabo. No aprecia ningún hematoma, pero la nota sensible y caliente. Por su cabello no se puede hacer nada: en todo el cuarto de baño no hay la menor señal de presencia femenina, ni siquiera un peine. Intenta peinarse con los dedos, pero al final se da por vencida.

Cuando llega a su apartamento lo encuentra vacío. Va pasando de una habitación a otra, pero no hay ni rastro de Man. De nuevo le vienen a la mente los acontecimientos de la noche pasada: la canción, la furia de Kiki, Man intentando apaciguarla y ella marchándose. Entra en la cocina para prepararse un *espresso*; enciende el quemador y mide la cantidad de café, tal como ha aprendido. El grano molido comienza a espumar y la cocina se llena del penetrante olor que despide.

El espacio de Man y ella. Con la claridad de la mañana, después de haber estado en el apartamento de Jean, este lugar le resulta pequeño y desordenado. La mesa a la que se sienta para tomarse el *espresso* está atestada de fotos que

no han salido bien, de vasos vacíos; hay un plato manchado de salsa de carne ya reseca. Ella no es un ama de casa. Hasta este momento no se había dado cuenta del caos que suele dejar tras de sí —bueno, ella y también Man, que no es precisamente una persona ordenada—. Todos esos platos sin fregar y toda esa suciedad le recuerdan el tiempo que han pasado juntos, lo fácil que ha sido en estos meses hacer caso omiso de las tareas simples de la vida cotidiana. Ahora, ver todo ese desorden le produce asco. Empieza a recoger, a ordenar las cosas y a llevar los platos sucios al fregadero.

No ha pasado mucho tiempo a solas en este apartamento y ahora se siente inquieta. Echa de menos a Man, su poderosa presencia. Sin él, las habitaciones se notan penumbrosas. Repara en el polvo acumulado en los rincones, se da cuenta de que el patrón que se repite en el empapelado no está alineado en los bordes, de que el dibujo de ramas de cerezo en flor se interrumpe allí donde el papel se ha desprendido de la pared.

¿Dónde estará Man? Le viene a la memoria una foto de Kiki que él le mostró, en la que aparecía de espaldas a la cámara y con el rostro de perfil, y los imagina ahora a los dos juntos, él recorriendo con los dedos la delicada curva que describe la espalda de Kiki, sus pechos pálidos y bamboleantes; imagina las manos de Man, cuadradas, de trabajador, masajeados como si fueran bolas de masa. Sin querer, imagina a Kiki cayendo de bruces sobre la cama de Man con las manos atadas a la espalda, y a Man colocándose entre sus piernas. Esa visión le provoca un escalofrío. Incluso nota cómo el *espresso* le va bajando por el interior del cuerpo. Mientras atraviesa la cocina llevando tres tazas sujetas por las asas en una mano y una torre de platos en precario equilibrio en el antebrazo, la luz que entra por la ventana da en una foto enmarcada y la refleja: el vestido arrugado, el pelo convertido en una maraña al secarse... Y el hecho de verse tan desaliñada la deprime. Súbitamente la invade una oleada de tristeza tan intensa que casi la tira al suelo. Suelta los platos y se deja caer en una silla.

¿Qué ha hecho? ¿Qué pasa si Man está enfadado de verdad con ella? Sin Man, ¿qué le queda? No tiene nada que le sirva para iniciar una vida aparte. Le entran ganas de meterse en la cama, de abandonarse a la tristeza y esperar a que Man vuelva a casa y la consuele. Cuandoquiera que vuelva.

También podría marcharse: siempre se le ha dado bien resolver los problemas marchándose, escabullirse de una fiesta en la que ya no quiere estar

sin despedirse de nadie, atravesar un océano para escapar de un trabajo del que ya no disfruta. Si se marcha, tal vez pueda ahuyentar la tristeza que amenaza con tragársela.

Va al dormitorio y se arregla el pelo. Se pone otro vestido, se pinta los labios de color granate y se pone unos pendientes. Lo hace todo con prisas, sin malgastar movimientos, y después sale del apartamento cerrando de un portazo. Los tacones de sus zapatos van sonando mientras ella se aleja por la acera.

El estudio de cine es un torbellino de actividad cuando llega Lee. Jean se encuentra detrás de la cámara, en mitad de una escena en la que el actor principal, con el torso desnudo, se da golpes de pecho, terriblemente mortificado. Lee se queda de pie en la entrada, observándolo todo. Hay veinte o treinta personas que corren de un lado para otro, pero ninguno se digna siquiera a mirarla.

—*Arrêtez!* —grita Jean, y el actor se relaja, chasquea los nudillos y mueve la cabeza despacio, en círculo. Jean se acerca y empieza a hablarle con gran intensidad.

—Tú eres el poeta —le dice, al tiempo que lo agarra por las muñecas y lo zarandea—. Ésta es tu sangre: tienes que sentirla. No veo nada de eso, sino pfff. —Imita el ruido de un globo que se desinfla y después mira al actor con gesto esperanzado—. Probemos de nuevo, ¿sí?

—Claro —responde el actor, y vuelve a girar la cabeza adelante y atrás. Estira tanto el cuello que se le marcan los tendones. Tiene los ojos oscuros y una barba incipiente y áspera como una lija. Se sube los pantalones de un tirón y luego vuelve a dejárselos caer sobre las caderas mientras Jean lo observa con mirada fija.

—Lo que quiero es lo siguiente —le dice—: tú estás viviendo en total soledad y acabas de comprender que el destino no te devolverá jamás el tiempo que le robaste a tu infancia, ¿lo entiendes?

Repiten la escena tres veces más. A Lee le parece que el actor está esforzándose por ser auténtico, pero a lo mejor es que ella no entiende del todo la diferencia entre la fotografía y este medio nuevo. Le entran ganas de decirle al actor que tome aire unas cuantas veces para relajarse; si el de la cámara fuese Man, le diría que se olvidase totalmente de que allí hay una

cámara, que se imaginase a sí mismo solo en un prado verde y tranquilo, pero Jean no hace nada de eso: cuanto más nervioso se pone el actor, más agresiva es la reacción de Jean, sus músculos tensos al accionar la manivela de la cámara.

Por fin, parece sentirse satisfecho.

—Bien. Quince minutos de descanso y seguimos —exclama, y el actor y todas las demás personas que corrían de un lado a otro se van del escenario.

La sala queda en silencio. Jean va hasta una mesa y prende un cigarrillo. Da una calada y expulsa el humo despacio, tanto que se le queda alrededor de la nariz semejando un bigote de color gris.

Lee permanece donde está, apoyada contra un poste al borde de la sala.

—Jean —dice.

El aludido vuelve la cabeza y repara en ella. Al instante se le ilumina la cara. Sonríe.

—¡Ah, mi Calíope! Tu carcelero te ha dejado salir de la jaula.

Lee siente una oleada de indignación.

—No existe tal jaula.

Jean asiente con la cabeza.

—Bien. ¿Has venido a trabajar, a empezar hoy mismo, o sólo a ver cómo es esto?

Lee observa el escenario: el suelo negro completamente rozado y sucio, los sencillos muros de escayola blanca con una única ventana de pega, la mesita de madera con dos sillas. ¿Qué dirá Man cuando se entere de que está allí?

Dos horas más tarde ya han juntado apresuradamente lo que necesitan para confeccionar el atuendo de Lee. Tiene que parecer un torso de mujer, más ancho que el de la propia Lee, con los brazos cortados por encima de los codos para imitar las estatuas griegas. A continuación la cubrirán del cuello para abajo con una especie de toga blanca. Lee no puede sentarse ni mover los brazos, que le han amarrado a los costados con un grueso cordel, y la tela ha sido cubierta con varias capas de una sustancia que debe de endurecerla. Lee siente picores y suda una barbaridad mientras la tela se seca.

Jean y otros tres hombres están congregados en torno a ella hablando de su

personaje. Llegado el momento, toman una esponja de gran tamaño y le cubren la cara de maquillaje de color blanco. Le aplican una capa tras otra y luego Jean corre a la cámara para mirarla a través del objetivo y vuelve diciendo que aún no es suficiente, que todavía no parece una estatua, que hay que hacerlo bien. No tardan en decidirse a modificar la sustancia que le cubre la cara y el pelo y le indican que debe quedarse del todo inmóvil mientras se la aplican.

—Me escuece —les dice Lee. Como tiene la mandíbula inmovilizada, se ve obligada a hablar entre dientes.

—Ya dejaré de escocerte —le contesta Jean. Esto no es en absoluto lo que ella se había imaginado: ¿dónde están las hojas doradas y el brillo resplandeciente?

Para cuando la sustancia ya está seca, a Lee ha dejado de escocerle, salvo en la mejilla dolorida. Lee trata de concentrarse en esa molestia para poder olvidarse del resto. Hacen ir allí a Enrique, el actor principal. Jean, él y los ayudantes la rodean y se ponen a hablar de ella como si fuera una pieza de atrezzo. Siente una oleada de irritación, de tal manera que a la incomodidad física se suma ahora el sudor de la exasperación.

—El problema son los pliegues de la tela: no están bien —dice Enrique—, no tienen para nada la apariencia del mármol.

Recorren el recinto buscando algo que pueda servirles. Un ayudante italiano se pone a describir algo haciendo gestos como si estuviera batiendo la masa de un pastel dentro de un cuenco. A continuación llegan azúcar, mantequilla y un cuenco de verdad, y el italiano junta ambos ingredientes. Después extienden la mezcla con un cuchillo sobre los pliegues de la tela que Lee lleva puesta. Huele bien, igual que un bizcocho cociéndose en el horno.

Transcurre otra hora. Los hombres todavía no han terminado con ella. La hacen adoptar diferentes poses en el escenario, la hacen caminar de tal forma que la mitad inferior de su cuerpo dé la impresión de deslizarse, pero Jean no está satisfecho. Lee se siente cada vez más incómoda y pronto va a tener que ir al lavabo, pero no puede hacer nada hasta que llegue el momento de quitarse el disfraz.

—Sigue pareciendo una mujer —dice Jean decepcionado.

Pues claro. ¿Qué es lo que pretenden de ella? Lee está acostumbrada a gustar a los hombres que la apuntan con sus cámaras. Camina de nuevo por el

escenario procurando no levantar los pies, pero no consigue convencer a Jean. Ya le duele todo el cuerpo. Nota una gran tensión en el cuello y en los hombros, el calor de su propio cuerpo atrapado la agobia. Siente un impulso casi irresistible de mover los brazos, de rascarse, de ponerse en cuclillas, de romper la tela rígida y liberarse.

De repente le viene a la memoria una escena de una de las películas que Man hizo antes de abandonar totalmente el cine. La ha visto hace poco. En ella aparece Kiki tumbada, mirando fijamente a la cámara, y entonces cierra los ojos y aparecen otros ojos pintados en los párpados. En ese momento, Lee entiende lo que quieren de ella: que sea ciega. Se coloca en el centro del escenario, cierra los ojos y echa a andar con paso vacilante, ciega y fantasmal.

A Jean le encanta, y cuando se le acerca para ajustarle la tela por última vez ella le cuenta, mascullando como buenamente puede, la idea que tuvo Man de pintar unos ojos en los párpados de Kiki. En el rostro de Jean aparece una sonrisa competitiva. Saca un lápiz para cejas y enseguida Lee siente la presión del lápiz sobre sus párpados cerrados. Los abre y cierra un par de veces para mostrarle el efecto y luego permanece con los ojos cerrados hasta el final de la jornada de rodaje.

Con los ojos cerrados, cambia el equilibrio de poderes. De repente, Lee siente que ha recuperado el control. Los hombres que están en esa habitación dejan de importarle: se siente separada de ellos. Camina cuando le dicen que camine, volviéndose para mirar de frente cosas que en realidad no ve, pero ellos no son más que sonidos. Al cabo de un rato pierde la capacidad de distinguir de dónde provienen esos sonidos, y todo lo que hay en la habitación se distorsiona y enturbia como si estuviera sumergido en una pecera gigantesca.

La tensión desaparece y Lee se distancia de su cuerpo dolorido como ha hecho tantas veces mientras la fotografiaban. Ahora, sin embargo, en vez de dejar la mente vagar se aferra al presente. Con los ojos cerrados, se ve a sí misma flotando por la estancia sin dejar de percibir, al mismo tiempo, el juego de luces y sombras que se filtra a través de sus párpados: por momentos, la luz del escenario le da de lleno, por momentos la tapan los demás actores. No siente en absoluto su cuerpo, aunque sabe que está ahí, bajo la escayola, y anticipa que parecerá extraordinariamente poderosa cuando, siendo de mármol, cobre vida en la pantalla.

Cuando llega el final de la jornada y se apagan los potentes focos, Jean va a donde Lee y la traslada a una silla; a continuación llama a un ayudante y empiezan a quitarle el disfraz. Entre los dos le retiran la coraza y desatan el cordel que le sujeta los brazos. Lee los estira por encima de la cabeza y el placer de poder moverlos libremente casi la deja sin aliento. Después, Jean le toma la cara entre las manos y aprieta con cuidado hasta que el maquillaje se resquebraja; enseguida, se pone a retirar las capas de masa endurecida como quien pela un huevo duro. Lo hace muy despacio, casi con ternura, y al terminar coge un paño grande y limpia los restos lo mejor que puede.

Cuando salen del estudio, Lee le dice a Jean que le gustaría pasar por el estudio de Man, y Enrique y él se ofrecen a acompañarla. Ambos hombres están un tanto apagados, en cambio Lee se siente cada vez más viva: esta jornada la ha cambiado. Todo (la cantidad de gente y la frenética actividad que había en el plató, la tremenda energía) ha sido muy diferente del ambiente de un estudio fotográfico, mucho más vivo.

Al principio, Lee camina un poco por delante de ellos, pero pronto Enrique la alcanza y se sitúa a su lado.

—¿Habías actuado antes? —le pregunta—. No creo haberte visto en ninguna película.

Lee niega con la cabeza.

—Lo has hecho muy bien, teniendo en cuenta las locuras que Jean obliga a hacer a la gente.

Lee lanza una carcajada, pero la incomodidad del disfraz ya parece un sueño lejano y lo que le queda es un extraño sentimiento que a duras penas puede expresar, como si sus emociones también hubieran recibido una bofetada, o algo equivalente, que las ha hecho aflorar como aflora la sangre.

El aire está en calma y en él flotan los olores de las hojas que se pudren sobre la tierra mojada, de las fogatas en cubos de basura, del pan cociéndose en el horno; el aroma dulzón de las verduras a punto de pasarse en los restaurantes. Lee se da cuenta de que está muerta de hambre. No puede dejar de pensar en comida: un guiso de ternera, quizá, y un buen vino tinto para acompañarlo. Todavía tiene trozos de masa en el pelo y lleva el vestido manchado de escayola y maquillaje, pero le da igual. Camina balanceando los brazos y Jean la mira de vez en cuando y sonrío.

—Tenemos suerte de contar con ella, ¿no crees? —le comenta a Enrique mientras esperan para cruzar la calle, observando cómo Lee se retuerce para sacudirse los últimos restos de rigidez.

Enrique asiente y esboza una media sonrisa. Parece tan apasionado ahora como durante la filmación. Se diría que está enfadado con Jean, pero Jean no tiene ni idea de cuál podría ser el motivo.

Llegan al estudio de Man y la mera visión de la puerta, con su sencillo llamador de latón, hace que Lee sienta un aleteo en el estómago, quién sabe si de ilusión o de puro nerviosismo.

—¿Lee? —pregunta Jean, y sólo entonces Lee se da cuenta de que lleva un rato hablándole—. ¿Nos vemos mañana? —le pregunta, y ella asiente.

Los dos hombres se marchan y Lee se queda unos instantes en la escalera de entrada. Puede que Man esté allí dentro, puede que no. Quién sabe qué será peor. Abre la puerta y deja entrar una cuña de luz que ilumina el vestíbulo en sombras.

## 22

En el estudio reinan la quietud y el silencio. Lee sube la escalera hasta la segunda planta. Entra en la salita, luego en el despacho. Man no está. Siente cada vez más tensión en el estómago: una sensación más fuerte que la del hambre. El estudio está en penumbra, la cámara aguarda en el rincón semejante a un gigantesco animal dormido.

Lee considera la posibilidad de ir corriendo a casa a buscarlo, pero mientras camina de vuelta hacia el cuarto oscuro ve que la lámpara de seguridad anaranjada que hay junto a la puerta está encendida.

Llama dando tres golpes. Man no responde. Ya se dispone a llamar de nuevo cuando de repente Man abre la puerta. Sostiene en la mano una hoja de contactos todavía mojada. Después de un momento de confusión, mira atentamente a Lee y se fija en su aspecto. Pasa por su lado para llevar la hoja de contactos a la mesa y le dice:

—¿En vez de venir a casa te has quedado a dormir en una fábrica de pegamentos?

Es verdad: debe de tener un aspecto de lo más raro. Se lleva las manos al pelo y se toca los trozos de masa que todavía tiene pegados. Luego se mira la ropa llena de polvo de escayola.

—He estado en...

—¿Por qué no me dijiste adónde ibas? —la interrumpe Man—. Podrías haber estado en cualquier parte. Con otro hombre. ¿Cómo iba yo a adivinarlo?

La ira de Man provoca la suya:

—La verdad, no me apetecía mucho hablar contigo después de que corrieras a consolar a Kiki, que acababa de abofetearme delante de todo el mundo.

—Tenía que controlarla. Cuando se pone así... Tú no tienes ni idea.

—Exacto, no tengo ni idea, y tampoco quiero tenerla. No puedo creer que hayas pasado diez años con una persona así.

—Cuando se calmó, tú ya te habías ido. ¡Te habías ido! No sabía dónde estabas.

Lee levanta los brazos en un gesto desafiante. Al hacerlo se percata del olor que despide, a masa endurecida, escayola y sudor: el resultado de las muchas horas de rodaje.

—Pues —replica algo titubeante, sin control de sí misma— no sabía que tenía que decirte adónde voy cada minuto del día como si fuese una niña.

—Una niña. En ese caso yo sería tu padre, ¿no es así? No pensaba que quisieras meter a tu padre en esto.

—¿Qué intentas decir?

Man calla unos instantes y reflexiona buscando las palabras adecuadas.

—Estás diciendo cosas absurdas: los dos sabemos distinguir entre que yo esté al tanto de todos tus movimientos y que anoche no volvieras a casa.

—Que yo sepa, tú tampoco volviste a casa.

—Precisamente, porque tú no estabas.

Lee emite un sonido a medias entre gruñido y suspiro.

—Jean me llevó a su casa y dormí en su habitación de invitados.

—¿Jean? ¿Jean y tú ya os tuteáis?

De repente, el estómago de Lee ruge de un modo perfectamente audible y se cruza de brazos sobre él.

—Me preguntó si quería participar en una película que está rodando. Cuidó de mí.

—Lee, no todos los hombres te desean. Deja en paz a los homosexuales.

—Man sonrío como si hubiera dicho algo gracioso, y esa sonrisa la enfurece.

—Voy a salir en su película —dice—. No vendré a trabajar durante una semana, puede que un poco más.

—No puedes hacer eso.

—¡Es sólo una semana! Además, va a pagarme.

—Quiero decir que no puedes trabajar para él. Cocteau es... un adulator de lo más empalagoso. Sus ideas políticas son lo contrario de todo lo que mi obra representa. Tristan no lo soporta y André tampoco... No soy sólo yo.

Lee siente deseos de presionar a Man para ver hasta dónde puede llevarlo.

—Pero ése es precisamente el problema: que es a ti a quien no le cae bien. Que se trata de tu obra. Pero yo no soy tú.

Man se frota el cuello para relajar la tensión.

—Tú no eres «no yo».

—¿Se puede saber qué quiere decir eso? —Como ocurre siempre que se enfada, nota que se le llenan los ojos de lágrimas. Hay una silla cerca y se deja caer en ella, se frota la frente y unos trocitos de escayola se desprenden y caen al suelo.

Man la toma de la barbilla y le dice en voz baja:

—Anoche, al ver que no volvías a casa, me di cuenta de que habían cambiado las cosas entre nosotros. Eso que te dije sobre los celos cuando estábamos hablando de Kiki..., así es como me sentía cuando estaba con ella, pero contigo no me siento igual. De ti necesito más. Ya no soy... no puedo ser feliz; no puedo estar contigo a no ser que te comprometas a fondo conmigo.

—De modo que necesitas más. —Lee lo mira fijamente.

—¿Quieres saber lo que hice anoche? Cuando tú te fuiste, metí a Kiki en un taxi y la mandé a su casa. No quería pasar ni un minuto más con ella, no pensaba más que en ti. ¿Ves lo que me estás haciendo? Yo no soy así. Yo no soy esta clase de persona. Después, me fui a casa, me senté en la cocina y me puse a esperarte. Esperé y esperé, pero no llegaste. Imaginé cosas terribles... —Al decir esto se le quiebra la voz y se cruza de brazos con fuerza para no temblar—. Imaginé que estabas herida, o con otra persona, y no pude soportarlo. Simplemente no pude soportar la idea de que estuvieras con otro.

—No estaba con nadie más, ya te lo he dicho...

—No importa —la interrumpe Man—. No quiero que estés con otro nunca más. Tienes que aceptarlo o...

Lee se pone de pie y se cruza de brazos. De repente tiene frío.

—¿O qué? La verdad, no sé a qué te refieres. —Le da la espalda—. Necesito una copa.

Cruza el despacho, entra en la salita, va hasta el carrito de las bebidas y se sirve un whisky. Man va también, ella le entrega el whisky y se prepara otro. Agarra el vaso con fuerza, pasando los dedos por el dibujo del cristal. Cuando Man vuelve a hablar, su voz es mucho más serena.

—Comprométete conmigo y podrás trabajar en esa película —dice—. Eso es lo que quiero, así es como tiene que ser.

—Pero es que ni siquiera sé lo que quieres decir con eso de que me comprometa.

—Prométeme que no habrá más hombres para ti, que seré el único.

—¿Para siempre?

—Sí.

Lee no sabe qué decir. El whisky no la está haciendo entrar en calor como de costumbre, así que da un trago largo. La conversación se ha desviado completamente: es ella quien tendría que estar enfadada después de haberse tenido que defender sola. De nuevo se imagina a Man abrazando a Kiki, acercando la boca a su oído para susurrarle algo que la tranquilice.

—Anoche, toda esa gente vio que acudiste al lado de Kiki, no al mío. ¿Cómo pudiste hacerme eso delante de todo el mundo?

Man se pasa una mano por el pelo.

—Necesitaba controlar a Kiki: no tenía ni idea de qué iba a hacer después. Podría haber hecho cualquier cosa.

—La describes como si fuera una especie de animal salvaje. ¿De quién tenías miedo, de ti, de ella o de mí?

—No lo sé, no estaba pensando. Y cuando me di cuenta ya te habías ido.

—No podía quedarme. Odio a esa mujer. —Lo dice con una voz infantil y unas pocas lágrimas le resbalan por la cara. Se las limpia e incluso se ríe—. De verdad, la odio.

Man deja el whisky y se acerca a ella. Se aclara la garganta antes de hablar de nuevo.

—Lee..., lo que intento decir es que para mí esto no es sólo amor: lo que siento por ti es algo más, algo más fuerte. Me está transformando, me está convirtiendo nuevamente en la persona que yo solía ser y que ya no podía ser. Anoche, nuestra cama me pareció enorme y vacía. No dejaba de estirar el brazo con la esperanza de encontrarte allí. Apenas he podido dormir y esta mañana, como habrás notado, no tengo la cabeza despejada del todo. He venido al estudio por la ruta más larga para poder ver el Sena, y durante todo el rato te imaginaba caminando a mi lado. No, no me estoy explicando bien: no es que te imaginase, es que te veía a mi lado. Me resultaba imposible no verte

en todas partes.

Le quita el vaso a Lee, lo deja encima de la mesa y le coge ambas manos. Están calientes. Lee sabe que está esperando a que ella diga algo, pero no sabe muy bien qué. Es la primera vez que tocan estos asuntos. Han hablado de matrimonio, pero sólo para expresarse los dos en contra, para dejar claro que no era para ellos. Pero esto... esto es distinto. Man habla con la voz quebrada y le aprieta las manos como si quisiera estrujárselas para hacerla comprender lo que está diciendo.

Antes de que ella pueda decir nada, Man continúa.

—Quiero dártelo todo. Quiero ser yo quien te lo dé todo. Ya te he dado tanto... Te has convertido en una persona enormemente talentosa. Cada foto que me enseñas es mejor que la anterior y eso justifica de algún modo que yo te quiera así: le da sentido a estos sentimientos tan confusos.

Lee mira fijamente los dedos de Man, entrelazados con los suyos, el vello corto y oscuro que le crece en los nudillos. Man está hablando muy en serio, pero lo que dice no significa gran cosa para ella. Comprometerse, decir que sí, aceptar... Y si con eso consigue un lugar permanente a su lado, en este estudio... ¿Acaso no es lo que quiere? De modo que asiente con la cabeza y luego lo dice con todas sus letras:

—De acuerdo, sí. Ya sabes que te quiero.

Man le estruja aún más las manos. Lee nota cómo unos huesos se aprietan contra otros.

—Quiero que me quieras para siempre.

—Para siempre —repite ella afirmando con la cabeza, y después, como no quiere añadir nada más, se suelta, rodea a Man con los brazos y deja que él la abrace meciéndola adelante y atrás, adelante y atrás. Permanecen así un rato y finalmente ella se separa. Man se endereza e intenta recuperar el dominio de sí mismo.

—Tengo que volver al trabajo —dice Lee, y echa a andar en dirección al cuarto oscuro. Se vuelve un instante para ver si Man la sigue, pero él ha cogido uno de los nidos que descansan sobre la repisa de la chimenea y lo sostiene en la mano.

—Lee —le dice cuando ella ya está saliendo por la puerta—, haz esa película.

—De acuerdo —repite Lee. Naturalmente que va a hacer la película: ya lo

tenía decidido. Pero no hay nada de malo en dejarlo que piense que él ha tomado parte en la decisión.

Desde la puerta del cuarto oscuro, Lee observa la hoja de contactos que Man ha dejado sobre la mesa.

—¿Qué estás imprimiendo?! —vocea.

—Fotos de ti —contesta Man—. ¿Qué, si no?

Lee coge la lupa. La hoja de contactos contiene nueve imágenes con mínimas variaciones entre sí, como si Man hubiera accionado el obturador una y otra vez lo más rápidamente posible. En las imágenes, ella aparece tumbada en la cama, durmiendo. Tiene un brazo por encima de la cabeza y el otro sobre el torso. Está tapada con las sábanas, pero los pliegues de la tela permiten adivinar que tiene las piernas abiertas y el ángulo desde el que Man ha tomado las fotos hace que las sombras apunten como una flecha justo en medio. Lee no recuerda que Man le haya hecho estas fotos; podría haber sido ayer mismo o hace varios meses. No es la primera vez que Man le hace fotos mientras duerme, y eso nunca la ha molestado; en cambio ahora la irrita verse dormida y repetida por triplicado en cada hilera de imágenes. No es que la incomode imaginar a Man contemplándola mientras duerme como haría un *voyeur*; no, lo que le disgusta es la confianza tácita que existe entre ellos: lo que esto revela respecto de su relación. La vulnerabilidad que descubre en sí misma.

Y se pregunta si será esto a lo que se refiere Man cuando le pide que se comprometa, si lo que exige de ella es la rendición total.

Más tarde se van a casa juntos. Man parece satisfecho tras la conversación que han tenido. Camina tomando a Lee de la mano y la empuja suavemente hacia un lado para esquivar un socavón. Una vez en casa, le prepara un baño, y cuando ella ya se ha secado y se ha puesto la bata, lo encuentra en la cocina: le ha preparado unos huevos revueltos que humean en el plato y ahora está extendiendo mantequilla en una tostada. Lee está muerta de hambre, de modo que devora los huevos con avidez. Siente el agradable calor de la comida en el estómago, y el calor del baño, y el calor de la bata que lleva anudada a la cintura. Man y ella apenas se dicen nada, pero ese silencio no resulta incómodo. Si esto no es amor, ¿qué es?

## DACHAU, 30 DE ABRIL DE 1945

Si utiliza un gran angular y abarca todo el paisaje, captando en la foto los cuidados céspedes del pueblo, podrá mostrar lo cerca que pasaban los trenes, podrá demostrar que la población civil lo sabía, que tenía que saberlo...

Si encuadra la foto a través del portón del vagón de tren, tomando en un primer plano el cráneo del muerto con los pómulos casi asomándose bajo la poca piel que le queda...

Si fotografía a uno de los conejos del campo de concentración, con su pelaje blanco y su figura rolliza de animal bien comido, criado para fabricar unos manguitos con que pudiera abrigarse las manos una sobrealimentada *Frau*, y a un prisionero dándole de comer grano con la mano renegrida de mugre...

Si hace una foto de alguien que está viendo lo mismo que ve ella: prisioneros con ojos de angustia, famélicos, contemplando cómo arrojan cuerpos a una fosa; un guardia de las SS con la mandíbula rota, viendo cómo brota la sangre de la nariz rota de otro guardia...

Si prueba con distintos ángulos y se acerca un poco más: el cuenco de hojalata vacío, el número grabado en la muñeca, el pie de un hombre medio muerto cuando se quita la bota...

Si hace fotos de los responsables: un oficial alemán vomitando junto a un montón de cadáveres, un suicida cuya lengua parece un gusano negro saliéndole de la boca...

A veces, Lee se acerca la cámara a la cara sólo para poder cerrar los ojos. A veces hace las fotos a ciegas.

Si lo sabían... tenían que saberlo... de ninguna manera podían no saberlo...

Si ella... El olor. Escribirá sobre eso en la crónica que tiene que enviarle a Audrey.

Uno a uno, los periodistas van marchándose, pero Lee se queda. Tiene que dar testimonio. Tiene los bolsillos repletos de rollos de película: son como granadas que explotarán ante los ojos del mundo.

## 23

Jean ha viajado por toda Europa eligiendo a sus actores y a los miembros de su equipo. Componen un grupo variopinto, pero en cuanto Lee aparece el segundo día, resuelta y motivada, pasa a formar parte de él. La mayoría ni siquiera hablan el mismo idioma, pero cuando están juntos da igual: gastan bromas, sueltan largos y repetitivos soliloquios acerca de cualquier tema y, sin saber cómo, eso basta para generar un sentimiento de camaradería. Hay una mujer llamada Anush que sabe leer la mano y una noche les dice la buena ventura a todos los que trabajan en el set, lo que hace que revelen cosas que de otro modo jamás habrían sacado a relucir. Otra noche se ponen a beber brandy y vacían un cubo de basura para encender una fogata en pleno escenario. Bastan unos pocos días para que Lee tenga la sensación de que esas personas son sus amigos.

Algunas tardes, si esa jornada ya no se va a rodar más, entran en los vestuarios y se disfrazan. Hombres y mujeres se ponen vestidos de principios de siglo, corsés tan apretados que apenas les permiten respirar, o se enfundan cotas de malla y fingen combates con espadas sin filo. Montan escenas y luego caen unos encima de otros entre carcajadas. Cuando Jean está contento con cómo ha ido el rodaje, hace de maestro de ceremonias e inventa para ellos situaciones que deben representar y que siempre resultan alocadas y divertidas.

Lee descubre que le encanta actuar. Al finalizar la jornada, libre ya de las restricciones del disfraz de estatua, se nota suelta y desinhibida. Se pone en la cabeza la corona de Nefertiti y siente que su actitud cambia por completo: se muestra lánguida y regia, y su verdadera identidad desaparece. Los demás miembros del elenco están sorprendidos de que nunca haya trabajado de actriz. Ella disfruta de los elogios y se esfuerza por impresionarlos.

La película también le sirve de inspiración para hacer fotos: existen muchas similitudes entre lo que ella hace y lo que sucede en el set. Empieza a entender la fotografía como un arte cinematográfico: cuando hace una foto, está reclamando la posesión de un instante entre un millar de instantes posibles, y el acto de elegirlo, de sacarlo de su contexto, es parte de lo que convierte la fotografía en arte.

Tras la cámara de cine, Jean es un maestro, ahora lo ve. Su costumbre de molestar a los actores, de hacerlos enfadar incluso, resulta eficaz para obtener lo que desea. Es el caso de Enrique en particular, y Lee no tarda en descubrir que la dinámica de su relación es idéntica dentro y fuera del set. Su condición de amantes tiñe cada una de sus interacciones. Mantienen una relación tempestuosa: se gritan delante de todo el equipo y ha habido incluso alguna vez en que Enrique ha intentado darle a Jean un puñetazo. Todo el mundo los ignora deliberadamente, prefieren comentar los constantes aciertos en la actuación de Enrique. «Al final», se dice Lee, «el drama personal de ambos nutre su trabajo artístico», y no puede evitar pensar en Man y en cómo ella es incapaz de separar lo que siente por él del trabajo que realizan juntos.

Aunque se alegra de estar arreglándose sola, mientras está en el set piensa a menudo en Man. El desenfado que experimenta es como una borboteante fuente de culpa, y en ocasiones el mero hecho de imaginar a Man solo en el estudio hace que se arrepienta de estar divirtiéndose tanto. No está segura de merecer sentirse así: estar allí sin él no debería ponerla tan contenta. Pero al cabo de un momento vuelve a reírse con tales carcajadas que se olvida de taparse los dientes con la mano y lo único en lo que piensa es que está deseando compartir todo esto con él, hacerlo partícipe de toda esta diversión.

Una tarde, tras haber pasado mucho rato rodando una extraña escena donde la boca del poeta se separa de su cuerpo y reaparece en su mano, Lee está sentada en una silla destartada en un lateral del set. La han llamado para hacer de figurante en una escena donde tiene que haber mucha gente y le ha encantado aparecer en la película sin llevar el maquillaje. A su alrededor hay otros actores conversando y relajándose. Uno trae una botella de brandy y la hace circular, otro lía cigarrillos apoyado en una banqueta y los va repartiendo. El escenario no tarda en llenarse de humo. Podrían ser las cuatro de la tarde o las tantas de la madrugada: al igual que ocurre en el cuarto

oscuro, el set tiene algo de atemporal, y Lee disfruta esa sensación. Tiene el estómago vacío y el brandy es todo calor y consuelo. Al cabo de un rato, la botella está vacía y todos los presentes, uno tras otro, van recogiendo sus abrigos y sombreros, despidiéndose y yéndose a casa.

Pronto, Lee es una de las últimas personas que quedan. Coge su abrigo y se dirige a la parte de atrás del escenario simplemente para echar una ojeada. Las luces están apagadas y huele a humo, a lana mojada y a algún producto de limpieza con olor a hierbas que aspira con placer. Sólo faltan unos días para que finalice el rodaje, pero no quiere que todo esto se acabe.

De repente, alguien aparece a su espalda y apoya una mano en su hombro. Da un respingo, pero enseguida ve que se trata de Jean.

—¡Me has asustado!

—Perdona. —Jean respira hondo—. Ya veo que tú también te has quedado... Yo nunca tengo ganas de irme a casa.

—Yo tampoco. —Se vuelve para mirarlo de frente y él la observa con cara de interrogación.

—Esta noche voy al ballet, es la primera producción de Lifar; ¿te gustaría venir?

Lee se atusa el pelo y repasa su vestido, que está todo arrugado.

—Voy hecha un desastre.

—Estás maravillosa. Además, nos colaremos —añade, imitando con la mano el movimiento de un animal que se escabulle y ella rompe a reír.

Salen juntos del set cuando el sol se está poniendo. En el cielo se arremolinan nubes de color púrpura entre las cuales se filtran rayos de luz.

—¡Mira! —exclama Lee, y hacen un alto para contemplar el espectáculo. Poco después el sol cambia de posición y el efecto desaparece. Lee se engancha amigablemente del brazo de Jean.

—¿A Enrique no le apetecía ir? —le pregunta.

Jean aspira por la nariz.

—A Enrique no le gusta que lo vean conmigo.

—¡No puede ser cierto!

—Últimamente es así.

—Lo siento.

Jean se encoge de hombros.

—¿Y tú? ¿Man Ray no te lleva esta noche a algún sitio, no hace méritos para conquistarte?

—Man ya no necesita hacer méritos —replica Lee riendo.

Jean la mira.

—Pues alguien debería decirle que debe procurar conquistarte todo el tiempo.

La fachada del Palais Garnier es una de las más hermosas de París, adornada con estatuas de las musas de la poesía y la música. Lee se dirige hacia la entrada principal, pero Jean la lleva hacia el lado sur y entran por una puerta pequeña y sin distintivos.

—¿De verdad vamos a colarnos? —pregunta Lee.

—Sí, como si fuéramos ratoncillos. Tienes que ver la parte de atrás del escenario.

Recorren un estrecho pasillo y emergen en la sala de vestuario. Hay varias decenas de tutús suspendidos en el aire, colgados de un delicado bastidor metálico que está atornillado al techo. En contraste con el color oscuro de la madera que reviste la sala, los tutús parecen nubes etéreas que tachonaran un cielo nocturno. Lee saca su cámara y hace unas cuantas fotos, pero la luz que entra por las ventanas está menguando y sabe que no van a salir bien.

—¿Podrías traerme aquí en alguna otra ocasión? —le pide a Jean, pero él ya está conduciéndola hacia las entrañas del edificio. Suben un corto tramo de escalera y aparecen en la parte posterior del escenario.

El lugar deja a Lee sin habla: madera oscura y fragmentos de decorado protegidos con telas; un suelo inmenso, lleno de manchas negras y de arañazos producidos por miles de zapatillas de ballet; un olor a grasa de calzado que inunda el aire. Lee da unos pasos y, a medida que sus ojos van acostumbrándose a la oscuridad, se fija en los distintos decorados que deben de estar preparados para la función de esa noche: bellos tapices con paisajes pastorales, una tela pintada de forma que simula una cama de cuatro postes, otra con una mesa de comedor preparada para un suntuoso banquete. Al igual que los tutús, cada decorado está suspendido de una serie de cables. A Lee le gusta el modo en que las cuerdas proyectan sombras en el techo, y su mirada vaga hasta lo alto, donde los últimos rayos de sol se filtran a través de una hilera de ventanucos. La motas de polvo revolotean luminosas en los haces de

luz.

Tras unos instantes de contemplación, Lee advierte que en lo alto hay una persona de pie subida a una plataforma de madera suspendida entre dos cuerdas. La persona extiende una pierna fuera de la plataforma y agarra un cable, cruza a otra plataforma y desciende ágilmente por una escala de mano. Ahora, más abajo, Lee la ve mejor. Es un hombre vestido todo de negro: pantalón negro, camisa negra y pañuelo negro anudado a la cintura como si fuera un cinturón. Cuando se pone a tirar de un cable para ajustar una de las piezas del decorado, Lee descubre su gran fuerza física, su ágil masculinidad. Por fin aparta los ojos de él para mirar a Jean y se da cuenta de que éste también estaba observando; intercambian una sonrisita.

—¡Caruso! —exclama Jean—. ¡Te estamos viendo!

El individuo se vuelve hacia ellos y Lee coge su cámara y encuadra su figura en sombras recortada contra las cuerdas del fondo. Enfoca, acciona el disparador y guarda la cámara. El otro desciende por la cuerda y aterriza en el suelo con un salto limpio entre una nube de polvo de colofonia. Jean acude enseguida a darle un abrazo que el otro no le devuelve.

—¡Caruso! —exclama otra vez Jean—. ¿Qué haces aquí? ¡Te necesito en mi película!

Caruso no contesta, pero esboza una media sonrisa. A continuación mira a Lee y, por su gesto, se adivina que la ha reconocido.

Al mirarlo a los ojos, Lee también lo reconoce. Cabello oscuro y suave, pómulos marcados, camisa desabotonada por la que asoma una mata de vello liso, labios carnosos y secos. Su nombre le viene a la cabeza de inmediato: Antonio, en casa de Drosso...

Antonio mete la mano en un bolsillo de atrás y saca una bolsita de tabaco, luego se sienta en una silla y se pone a liar un cigarrillo.

—Caruso, Caruso —dice Jean—, te necesito para mi última escena: necesito que me pintes una sala de billar.

Antonio pasa la lengua por el papel de liar y termina de preparar el pitillo.

—¿Sabes cuánto me está pagando Lifar? Mucho dinero.

Enciende el cigarrillo y le da una profunda calada. Los labios se le ponen blancos con la fuerza de la exhalación. Acto seguido, le ofrece el cigarrillo a Lee.

—No fumo —le dice ella, pero Antonio no le hace caso y le pone el pitillo

en la boca. Su audacia la sorprende; le ha rozado la cara con los dedos y por un momento ella ha pensado que la había quemado con el cigarrillo, tan intenso es el calor que produce el contacto de la piel de Antonio contra la suya. Es un efecto absurdo, desproporcionado, que hace que el mundo se vea más nítido, como si se hubiera frotado los ojos y ahora todo estuviera mejor enfocado, como si acabara de despertarse. El punto de su cara que Antonio ha rozado se siente distinto del resto: más despierto. Al exhalar, el humo le quema la garganta y tiene que hacer esfuerzos para no toser. Antonio enciende otros dos cigarrillos, uno para él y otro para Jean, y entretanto Lee procura dirigir la vista hacia cualquier otro sitio, pero cada vez que lo mira Antonio la está mirando a su vez, liándose el cigarrillo sin necesidad de ver lo que hace. Tiene los ojos grises, dos témpanos de hielo, y no da la impresión de que le dé vergüenza mirar a Lee tan atentamente.

Los tres pasan unos instantes fumando. Lee siente deseos de tocar de nuevo a Antonio para ver si vuelve a experimentar la misma sensación de antes. Ni siquiera es capaz de concentrarse en la charla trivial que están teniendo, así que se aparta un poco para ver una de las piezas de decorado. Es un panel de seda dupioni pintado con trazos amplios para dar la impresión de que es un bosque. Aquí y allá hay varios pájaros muy elaborados, a duras penas visibles dentro de las líneas más sueltas de las ramas y las hojas. Una leve corriente de aire hace ondear la tela.

—Me acuerdo de ti —le dice Antonio acercándose. Enseguida le viene a la memoria la noche en que fueron a casa de Drosso.

—Eres amigo de Poppy y de Jimmy —responde Lee.

—¿De esos? La verdad es que no.

De pronto, a Lee le sobrevienen los recuerdos de aquella noche, lo mucho que bebió intentando sentirse cómoda, intentando encajar.

—Desde entonces sólo he visto a Poppy en una ocasión —le dice Lee—. Fingió no conocerme y sigo sin entender el motivo.

—Mejor así: Poppy siempre está tratando de verle la cara a alguien.

—¿Qué quieres decir?

Antonio se encoge de hombros.

—Que Jimmy y ella siempre están metidos en alguna estafa. Yo tardé tiempo en darme cuenta, pero no son buenas personas.

Lee se pregunta si serían ellos los que le robaron la cámara. Era el único

objeto de valor que tenía.

Acabado el cigarrillo, Antonio consulta el reloj.

—Ya casi es la hora —dice, y justo en ese momento aparecen en la parte de atrás del escenario las primeras bailarinas y los primeros tramoyistas. Lee hace ademán de irse, pero Jean le hace una seña para que se acerque y la lleva hasta el telón. Es enorme, está confeccionado con terciopelo grueso y ribeteado mediante varias tiras de festón trenzado. Jean abre una rendija y mete la cabeza.

—Ven, tienes que ver esto —le dice, y Lee se acerca e intercambia el sitio con él. Asoma apenas la cara por la abertura, como si se hubiera puesto un tupido velo, y observa el teatro todavía vacío, las filas de butacas que se pierden en las sombras, flanqueadas por unos palcos bellamente chapados en oro. Todo está en silencio y la expectación flota en el aire. ¿Cómo será actuar en ese escenario, cegada por las brillantes luces y sin poder ver a los cientos de personas que una sabe que están ahí sentadas, y sentir la música de la orquesta reverberar bajo los pies? Lee abre un poco más el telón y da un paso adelante, pero se da cuenta de que el recinto acaba de llenarse de gente: ha llegado el momento de irse.

Al salir, mira a su alrededor buscando a Antonio. Lo descubre de pie en el rincón, hablando con otro tramoyista; de pronto vuelve la cara y, al descubrirla mirándolo, esboza una sonrisa pícaro, como si ambos compartieran una broma en secreto. Lee le devuelve la sonrisa y una cuerda se tensa entre los dos.

Lee y Jean son de los primeros en sentarse. Miran a su alrededor mientras la inmensa platea va llenándose. Hablan de la película y del ballet; Jean le cuenta todo lo que sabe sobre la producción de esa noche. En un momento dado, las luces se atenúan y comienza la música. El escenario se llena de bailarines. Sus brazos y piernas son duros como el mármol, pero al danzar se vuelven dúctiles. Son todos guapísimos, hombres y mujeres: Lee jamás ha visto cuerpos tan fuertes; siente escalofríos al mirarlos. Casi tan hermosos como los bailarines son los decorados, que suben y bajan con una elegancia que es casi un baile en sí misma. Lee se imagina a Antonio allá arriba, entre las vigas, imagina su cuerpo moviendo los escenarios que él mismo ha fabricado, las estancias y los paisajes que ha inventado y que ahora controla.

Lee lo observa todo como si estuviera en trance. Una parte de su cerebro está mirando el ballet, la otra, pensando en cómo sería si la tocara Antonio,

que en sí mismo parece un bailarín, todo músculo sólido y hueso. La platea huele a perfume pero, bajo ese olor, ella percibe el tabaco de Antonio, y se lleva los dedos a los labios para olerlo mejor. Le gusta el modo en que el cinturón se asienta sobre sus caderas, su gran estatura, cómo se le han tensado los muslos cuando saltó al suelo. En el escenario hay una pareja de bailarines, el hombre rodea la cintura de la mujer con un brazo y la levanta con la misma facilidad que si estuviera estirándose, luego la baja y el cuerpo de ella cubre el de él. Sus pensamientos dejan a Lee tensa y vibrante, igual que las cuerdas de la tramoya cuando Antonio se ha descolgado por ellas.

Terminado el número, el público se pone en pie aplaudiendo con entusiasmo y gritando «¡bravo!, ¡bravo!», una y otra vez. La pareja de bailarines tiene que volver varias veces al escenario a recibir los aplausos. Lifar lo ha conseguido: es todo un éxito. Jean aplaude durante un rato y luego rodea a Lee con el brazo. Ella aplaude hasta que le escuecen las manos.

## 24

Al despertarse a la mañana siguiente, Lee se da la vuelta en la cama y abraza a Man bajo las mantas cálidas. Lo ha echado en falta: desde que empezó a trabajar en la película no han hecho el amor ni una sola vez. Lo besa en el hombro y después en el cuello. Su cuerpo vibra de deseo. Man le devuelve el beso y ella se aprieta contra él, pero nota que está distraído. Ella también: no ha conseguido dejar de pensar en el ballet. Se lo cuenta. Es la primera producción de Lifar. Pero no menciona a Antonio, no le dice que todavía nota la sensación que le dejaron sus dedos en la cara cuando le puso el cigarrillo entre los labios.

—Se me había olvidado lo mucho que te gusta la danza —dice Man—. Debería haber pensado en llevarte. —Se aparta de su abrazo y salta de la cama. Se pone la camisa y el pantalón que ha dejado encima de una silla—. He estado tan abstraído... Ese cuadro me está absorbiendo por completo.

—No pasa nada —responde Lee—: los dos hemos estado ocupados.

Más tarde ese mismo día, Man está de pie sobre el colchón, descalzo, observando el cuadro que representa la boca de Lee. Ha cubierto la cama con unas telas para que no se manche. Lee está en el rincón, sentada en una silla y contemplando el fragmento del cuadro en forma de uve invertida que ve por entre las piernas de Man: un grupo de cirros y una parte del labio inferior. Desde ese ángulo, el cuerpo de Man divide el gran lienzo por la mitad.

Sigue pensando en el ballet.

—¿Por qué no vamos al ballet esta noche? —propone—. Ven conmigo. — A lo mejor, la chispa que la danza encendió en su interior se enciende también en el interior de Man.

—¿Esta noche? No podemos —responde—: esta noche es el salón.

Se le había olvidado. El circo de Breton. Hay carteles repartidos por todo el barrio con los nombres de los principales artistas trazando una amplia curva a través del papel: DALÍ-ERNST-RAY-ARP.

—¿Tengo que ir?

Lee no percibe la diferencia entre este salón y otros eventos a los que Man ha acudido recientemente, eventos en los que, si ella lo acompaña, nunca sabe muy bien qué papel ha de representar: la tímida ingenua, la amante fiel, la marimacho grosera. Ha probado todos y ninguno encaja bien con ella ni parece complacer a Man del todo.

—¡Por supuesto! Va a ir todo el mundo. Éluard quiere incluir a esa novia nueva que tiene... Cómo se llama, ¿Nusch? Y ha conseguido que Breton acceda. Además, es un evento público, no uno más de los que suele organizar Breton.

—Así que Nusch, Paul ¿y quién más?

Man va contando nombres con los dedos.

—Tristan, Soupault, Aragon; muy probablemente Tatiana, y también Ilse Bing; ¿la conoces?

Lee no se acuerda de ella. Conoce al núcleo de amigos de Man, pero suele confundir a los más periféricos, los que van y vienen dependiendo de cómo vayan cambiando las alianzas del grupo. Sobre todo a las mujeres, cuya entrada en esas veladas depende totalmente del hombre con el que estén saliendo en ese momento. Sin embargo, ha llegado a conocer un poco a Tatiana: rubia, moscovita y con un acento tan fuerte que es como si hablara con una esponja metida en la boca. Y le cae bien Nusch, una mujer que parece un pajarito y de la que recientemente se ha enamorado Éluard.

El resto de las mujeres relacionadas con el círculo de Man no le interesan demasiado. Hace poco se tropezó con un grupito de ellas en Le Dôme: estaban reunidas en torno a una mesa como buitres alrededor de la carroña. Lee acercó una silla, pero ninguna de ellas se movió para hacerle sitio, de modo que durante un rato estuvo sentada fuera del círculo con el martini sobre las rodillas porque no alcanzaba ninguna superficie en la que dejarlo. Aquel día se dio cuenta de que no les caía bien a las otras porque era demasiado guapa; todas se sienten intimidadas por ella, todas excepto Tatiana, elegante y bella por derecho propio.

Man niega con la cabeza.

—Ese día estuvieron frías contigo porque se suponía que debías invitarlas a una ronda —explica.

—¡No tengo dinero para eso! —replica Lee sorprendida.

—Ellas creen que sí, y eso es lo único que importa. Además, para una ronda sí que tienes dinero.

Como siempre, la enoja lo manirroto que es Man con el dinero.

—Pues, sea cual sea el motivo, no les caigo bien, y no sé cómo solucionarlo —dice con una mueca de desilusión.

—Sí que les caes bien. Le caes bien a todo el mundo. Éluard te adora. Además, esta noche Breton va a proyectar una película mía y quiero que la veas.

—¿Una película? Pero si ya no te dedicas a eso.

—Es vieja. En realidad es dadá, pero cuando la proyecté por primera vez todos estaban tan borrachos que si se la paso ahora y digo que es surrealista ni se van a enterar —dice Man sonriendo.

Lee se levanta, se estira y entra en el cuarto de baño. Delante del espejo ejecuta una pequeña pirueta, deseando poder volver al teatro Garnier.

En la galería han montado numerosas sillas plegables y un proyector orientado hacia la pared del fondo. Cuando llegan Man y Lee, ya se ha llenado más de la mitad. Los presentes reciben a Man con una ovación. Él saluda con modestia y conduce a Lee hasta unos lugares cerca del centro del recinto. Dos poetas van y vienen por delante del proyector recitando poemas; tras ellos, sus sombras forman extraños dibujos. La sala está llena de humo, de gente y de cuchicheos, así que resulta imposible oír, lo que no parece importarles a nadie. Lee reconoce a Fraenkel —siempre le resulta fácil, gracias a su bigotito—, sentado en un rincón, leyendo un periódico y haciendo sonar de vez en cuando un gran cencerro de latón.

Al cabo de un rato, el público guarda silencio. Sobre el entarimado está Philippe Soupault, un individuo flaco y de mirada feroz al que Lee conoce de otros eventos anteriores. Ejecuta una reverencia afectada, cierra los ojos y empieza a recitar:

*No importa, no importa,*

*galletita de animal,  
el plato huyó con el zagal  
y todo fue entrechocar  
escupir, escupir, salpicar.  
La novia era un novio  
no vio  
no vio  
no vio.  
Cogí la lechuga de la pared  
y después la devoré.*

Alguien situado en el centro de la sala le arroja una bola de papel y al momento todo el mundo se pone a abuchear y silbar. Lee se sorprende de que no les haya gustado: a ella este poema le resulta muy parecido a otros textos surrealistas que ha oído y que, para su gusto, son todos una sarta de tonterías. Soupault aguanta impasible los abucheos y continúa recitando, pero finalmente Tristan sube al entarimado y se lo lleva. Le siguen unos instantes en los que no sucede nada, y a continuación se oye el siseo de la película girando en el proyector y el público vuelve a calmarse. Tristan anuncia la película de Man, titulada *Le retour à la raison*, y comienzan a proyectarse imágenes en la pared: siluetas de tornillos y alicates, la parte delantera de un Bugatti que en lugar de faros tiene unos ojos de mujer que parpadean, más herramientas, tijeras y martillos, negro intenso sobre fondo blanco. Es una cinta desordenada y extraña, como todas las obras de Man. Según va discurrendo la película, algunos miembros del público, que al principio estaban callados, empiezan a toser y a cambiar de postura. Varias sillas chirrían contra el suelo: los ruidos del malestar. Man, sentado al lado de Lee, está tenso; se inclina hacia ella y le dice:

—No lo pillan.

Lee lo coge de la mano. Aunque no se lo ha dicho nunca, la verdad es que ella tampoco entiende. Tiene la sensación de estar en el estudio mirando un fajo de fotografías sin relación entre sí. A lo mejor de eso se trata, precisamente. Se siente cada vez más avergonzada: quiere que a todos les guste la película, quiere que todos quieran a Man.

De repente se oye un chasquido que indica que la cinta de nitrocelulosa se

ha roto. Man se levanta de un salto y acude en ayuda de Breton, que se ha arrodillado junto al proyector y está sujetando la bobina con la mano para impedir que la película siga desenrollándose. Los murmullos del público se transforman en estruendo. La gente se relaja en las sillas o se da la vuelta para hablar con la persona que tiene detrás. Lee recorre la sala con la mirada en busca de algún conocido. Unas cuantas filas más allá divisa a los Mdivani, impecables con sus pantalones bombachos. No los veía desde la fiesta de Patou y ahora que los ha localizado no les quita el ojo de encima y se pregunta si se acercarán a hablar con Man. ¿Sabrá Man que están en la sala, los habrá visto desde que le contó quiénes eran, hace ya tantos meses?

Tatiana lleva un sombrero con velo y, como adorno, un pequeño pájaro de trapo. Lee intercambia una mirada con ella y se saludan con una discreta inclinación de cabeza. Una fila más allá está Claude Cahun, con un aspecto más normal de lo habitual: traje negro y pajarita roja, y junto a ella, una mujer morena con una cámara colgada del cuello. Lleva el pelo corto, como Lee, y justo por encima del cuello de su vestido de lino blanco, en el cogote, asoma un lunar. A Lee le parece conocida y de pronto cae en la cuenta de que ha visto una foto suya posando con una Leica en el último número de *Das Illustrierte Blatt*: debe de tratarse de Ilse Bing, la mujer que ha mencionado Man. En la foto (y también ahora que se da la vuelta y pasea la mirada por la sala) luce un gesto de calculadora inteligencia. Lee se siente casi tan intrigada por su persona como por la carísima cámara que lleva al cuello.

Está a punto de levantarse para ir a saludar a Tatiana cuando, de pronto, se reanuda la proyección. Man está en la parte delantera de la sala, con Breton. Surgen más imágenes similares a las de antes: herramientas, vistas de un paisaje extremadamente austero, y esta vez el público no se queda quieto; murmura sin parar mientras la película pasa ante sus ojos. Man recorre a los presentes con la mirada, pero no parece incomodarlo que la gente hable: su mirada es de curiosidad. Lee se pregunta si alguien, incluido Man, podría explicar el significado de la película.

La proyección termina y se oyen unos tímidos aplausos. Está claro que Man espera algo más: un turno de preguntas, pero Tristan exclama desde su asiento que ha llegado el momento de pasar a la galería, de modo que el público se levanta y comienza a desplazarse en masa hacia la sala contigua. Unas cuantas personas empiezan a cerrar las sillas plegables para hacer más

sitio. Alguien empieza a abrir unas botellas de vino y la gente se apiña alrededor. Lee ve a Man al otro extremo de la sala, pero decide tomarse una copa y acaba poniéndose a la cola, detrás de Ilse y de Claude.

No había vuelto a ver a Claude desde su exposición. A través del círculo de Man se ha enterado de que en el verano viajó al sur con algunos pintores y montó un estudio en Antibes. El clima de la costa le ha sentado bien: ya no tiene las mejillas tan hundidas y se ha dejado crecer el pelo, de modo que ahora parece un muchachito estiloso. Está de pie al lado de Ilse y ambas avanzan lentamente en la cola, cogidas del brazo y secreteándose. No se percatan de la presencia de Lee hasta que les entregan sus copas de vino, pero al darse la vuelta y pasar junto a ella Claude se le acerca y le pregunta al oído:

—¿Vas a venir esta noche?

Lee no sabe muy bien a qué se refiere, ¿acaso no están ya allí?

—Sí —responde.

Ilse mira a Lee de arriba abajo, estudiándola, y luego dice:

—Muy bien.

Acto seguido, alarga una mano y le pellizca la nariz. Antes de que Lee pueda sorprenderse siquiera, Ilse y Claude ya se han alejado y ella ha llegado al principio de la fila. Le entregan una copa demasiado llena.

En la galería, Lee contempla los cuadros. De todas las obras expuestas, la que más le gusta es un lienzo de Dalí titulado *Las acomodaciones de los deseos*, y para observarla tiene que hacer cola. Se trata de un pequeño cuadro que muestra una playa y unas formas vagamente circulares dentro de las cuales pueden verse cabezas de león, un peluquín, hormigas y conchas marinas. A Lee, las formas le recuerdan los labios de una vagina, y la pintura roja que hay en algunas de ellas la sangre menstrual, y eso la excita y la horroriza al mismo tiempo. Sabe por Man que Dalí ha hecho esta pintura para Gala, quien antes estuvo casada con Éluard. Sabe, de hecho, que la fecha en que Dalí pintó el cuadro coincide con el final de su matrimonio. Le gustaría saber qué siente Éluard al ver este cuadro: una representación visual de la infidelidad de su mujer. Le parece que, si estuviera en su lugar, se sentiría mortificada, pero luego busca a Éluard con la mirada y lo encuentra del brazo de su nueva amante, Nusch, con gesto optimista. Nusch también parece alegre, aunque debe de estar al tanto del drama que encierra ese cuadro. Gala no ha acudido porque Breton siempre ha sentido desprecio hacia ella. Dalí está al fondo,

rodeado por un grupo de hombres, intocable, con el cabello desgredado y el bigote encerado y agresivamente puntiagudo. Lee apura su copa de vino y se va a buscar otra.

Todas estas personas cargan con su propio drama particular. Durante este último año, Lee se ha esforzado por conocerlas. Al principio porque ansiaba participar de su fama, estar dentro de su órbita, y más tarde simplemente porque eran conocidos de Man. A medida que fue pasando más tiempo con ellas, dejaron de ser intimidantes desconocidos y se fueron transformando en personas reales, con las mismas manías y debilidades que todo el mundo. Y ahora ella forma parte de este mundo: éste es su grupo, para bien o para mal. Nota que la han aceptado a regañadientes, porque es la chica de Man, al contrario de lo que le sucedió con el equipo de Jean, que la aceptó de inmediato. Tal vez haya sido así porque se presentó libre de toda carga ante ellos: nadie en ese grupo tenía una idea preconcebida de ella. Allí no era la novia de Man, sino simplemente una actriz más que trabajaba con tanto ahínco como los otros.

Ojalá estuviera ahora en el plató de Jean, en vez de estar allí. Cierra los ojos y vuelve a verse detrás del escenario compartiendo la botella de brandy. Cuando estaba allí, pensaba en Man; ahora está con Man y piensa en el plató de cine. Le cuesta trabajo creer que fuese ayer mismo cuando estuvo en el plató con Jean, ayer mismo cuando vio el ballet... cuando vio a Antonio.

Tiene que poner freno a esos pensamientos, así que vuelve a pasear por la galería. Max Ernst expone varios paisajes boscosos a los que ha dado textura poniendo pequeños palos y trozos de metal bajo la pintura y Jean Arp, una escultura y un extraño cuadro que le gusta a Lee y que consiste en unos pequeños trocitos de madera dispuestos aleatoriamente. Es posible que estas personas se porten mal de vez en cuando, pero allí, en la galería, ante sus bellas obras, Lee comprende que en lo que toca al arte son personas serias y talentosas. Ojalá también ella pudiera exhibir sus obras en ese lugar. Es algo que ha deseado muchas veces, pero ¿qué ha hecho para que ese sueño se convierta en realidad? La mayoría de estas personas seguramente ni siquiera recuerdan que es fotógrafa y que, al igual que ellas, también se lo toma en serio.

Estos pensamientos la ponen melancólica y la empujan a beber otro sorbo de vino, que es barato y sabe como si lo hubieran hecho con uvas pasas. En el

otro extremo de la sala está Man, acompañado de Soupault y Tristan. Cuando ve que Lee lo está mirando, le hace una seña para que se acerque. En cuanto llega, Man le tiende una mano, la estrecha contra sí y Lee se siente aliviada al instante.

Cuando dan las diez, no hay superficie horizontal en la galería que no esté llena de copas. Las botellas que se han caído han dejado pegajosas manchas rojas en la madera del suelo y el ambiente está cargado de humedad. Ya nadie mira las obras de arte; en vez de eso, los invitados han formado apretados grupos, se abrazan unos a otros y conversan arrastrando las palabras. Lee, que se ha tomado cinco copas, está medio derrumbada contra Man, que le acaricia un brazo con gesto distraído. La gente empieza a desbandarse y a dar las buenas noches, y poco después apenas quedan ya dos docenas de invitados. Como si reaccionara al cambio que se ha producido en la galería, Breton da una palmada y anuncia que el espectáculo ha tocado ya a su fin. Man besa a Lee en la mejilla.

—¿Y qué viene ahora? —pregunta ella.

—Más copas, supongo —contesta él, estrechándola.

Se van unos cuantos rezagados y Breton cierra la puerta de la galería con llave. En lo alto de la escalera se encuentra Soupault, con los ojos vendados y sosteniendo una enorme caja de madera. Lee se da cuenta de que esto es a lo que debían de referirse Ilse y Claude: el verdadero festejo de la velada.

—¡Vamos a jugar a las prendas! —exclama Soupault.

Lee casi suelta una carcajada. Lleva sin jugar a las prendas desde que estaba en el internado. Las otras chicas y ella se juntaban después de que se apagaran las luces, metían sus pocas joyas en una caja y se retaban unas a otras a hacer cosas ridículas, como arrojar huevos contra la casa del director o tomar comida en mal estado.

La fila avanza lentamente mientras los participantes deciden qué van a entregar. Los objetos valiosos, como un alfiler de corbata o un reloj de bolsillo, reciben vítores; los que no valen nada, como un peine barato de carey o un par de dados, reciben abucheos. Unas cuantas personas por delante de Lee se encuentra Tatiana, que se quita su bonito sombrero y lo coloca con sumo cuidado dentro de la caja. Un escritor cuyo nombre Lee no consigue recordar se saca una pluma de marfil del bolsillo y también la echa dentro.

Claude se quita un grueso anillo de sello que lleva en el dedo y lo añade a la colección. Lee rara vez se pone joyas y sólo lleva una horquilla de pasta que lanza a la caja al pasar junto a Soupault. En vez de los esperados abucheos, oye risas y exclamaciones de aprobación, pero no van dirigidas a ella: al volverse, ve que Ilse está quitándose la Leica del cuello. Por un momento, cree que va a poner la cámara en la caja, pero enseguida la ve hurgar en su vestido y sacarse el sostén.

Todo el mundo se sienta en el suelo en la planta de arriba, formando un amplio círculo alrededor de Soupault y la caja. Una botella de whisky va pasando de mano en mano; cuando le llega a Lee, se la lleva a la boca y da un buen trago echando la cabeza hacia atrás. Le encanta sentir la fuerte quemazón del whisky bajando por su garganta y, en un arrebatado de magnanimidad propiciado por el alcohol, siente que le encanta esta gente, el carácter frívolo de esta actividad, estar allí bebiendo con ellos igual que hizo la otra noche en el set de rodaje. Sentada con las piernas cruzadas y ya sin zapatos, se siente más relajada. Man está a su izquierda y Breton a su derecha. Cuando la botella de whisky se ha alejado ya, este último se lleva la mano a la chaqueta y saca una petaca que le entrega a Lee levantando las cejas en un gesto de complicidad. Ella bebe un sorbo y, sea lo que sea lo que haya dentro, le parece mejor que el whisky.

Soupault recorre a los presentes con la mirada, levanta la caja y se la pone encima de las rodillas. Mira dentro por un instante y saca una pajarita.

—Aquí tengo una pajarita de seda que hace dos décadas que pasó de moda. —Se oyen risas—. Es azul con franjas blancas y huele al perfume de gardenias de cierta persona. —Más risas. Nusch también se ríe, pero enseguida se cubre la cara con las manos.

Paul Éluard, con el cuello de la camisa desabotonado, dice:

—Es mía, por supuesto. ¿Qué prenda he de pagar?

Soupault se frota la barbilla.

—Tienes que «ir a la ciudad» con Nusch.

Lee recuerda una ocasión en la que jugó a esto en un cumpleaños y le tocó «ir a la ciudad» con un chico de una granja vecina, Johnny Whiting. Él tenía que ir haciéndole preguntas y ella contestándolas. Si contestaba que sí, tenía que dar un paso hacia él, de modo que Johnny escogía las preguntas más obvias que se le ocurrían para poder besarla más pronto. El aliento le olía a

los sándwiches de pepino que acababan de comer.

—Eso es demasiado fácil —protesta Éluard riendo.

—Quiero empezar con cosas fáciles —explica Soupault.

Éluard asiente con la cabeza, y Nusch y él se ponen de pie y se sitúan en el centro del círculo, separados casi tres metros uno del otro. Durante unos instantes simplemente se miran.

—¿Te gusta que llueva? —le pregunta Éluard.

—Sí —responde Nusch. Es una mujer delicada, menuda, vestida toda de negro y con un pañuelo de encaje atado a la cabeza. Permanece con la mirada baja y en su voz hay algo desgarrado y sincero que elimina la hilaridad que ha generado el alcohol.

Dan un paso uno hacia el otro.

—¿Te gusta T. S. Eliot? —pregunta ella en un susurro.

—Sí.

Dan otro paso más.

De repente Soupault se pone de pie y da una palmada.

—Cambiemos, esto es demasiado fácil. Yo haré las preguntas. Paul, ¿te gusta Dalí?

—No especialmente —responde Éluard, y al momento estalla una oleada de risas. Ni Éluard ni Nusch se mueven de donde están.

—Nusch, ¿crees que Paul es guapo?

—Sí —susurra la aludida, y ambos dan un paso adelante.

—Paul, ¿te gusta estar en la cama con Nusch?

Una pausa.

—Sí.

Otro paso más, el espacio que los separa ya es sólo de medio metro.

—Nusch, ¿te ha pedido Paul que te cases con él?

Nusch no contesta, pero ambos dan el último paso que los separa y se besan. A continuación, Paul la levanta del suelo y la sostiene en el aire, y por la sala se extiende la incómoda sensación de que esto es algo que no deberían estar viendo, pero de pronto alguien lanza un silbido y todo el mundo rompe a aplaudir. Éluard deja a Nusch en el suelo, levanta los brazos por encima de la cabeza como un campeón de boxeo y ambos vuelven a sentarse en el círculo. Lee desliza una mano por el suelo hasta que toca la de Man y contempla a la

otra pareja, que ahora está abrazada y cuya obvia atracción mutua la distancia del resto del grupo. Lee mira a Man y él sonríe y le da un apretón en la mano.

Soupault hace girar la pajarita de Éluard como una honda, se la lanza y vuelve a rebuscar en el interior de la caja. Esta vez extrae el sombrero de Tatiana.

—Aquí tengo un excelente ejemplo de la sombrerería rusa —dice—. Esta elegante pieza ha adornado hasta ahora la cabeza de nada menos que...

Tatiana levanta la mano.

—¡Tata, píntale los labios a André con los ojos vendados! —grita alguien, y todos ríen al tiempo que ella se levanta, se venda los ojos y busca a tientas la cara de André con un pintalabios que le pasan. Le dibuja una segunda boca de color rosa a pocos centímetros de la verdadera.

Luego salen al centro varias personas más y las prendas van volviéndose cada vez más difíciles. Max Ernst le hace un traje a Fraenkel con papel periódico, le ordena que se desnude hasta quedarse en ropa interior y le pone este traje atándolo con un cordel. El escritor cuyo nombre Lee no recuerda recorre la estancia caminando con una patata entre los muslos. A un tipo le ordenan que permanezca media hora sentado en las rodillas de otro hombre.

A lo largo de todo el juego, la botella ha pasado varias veces por las manos de Lee, que ha dejado de sentirse acalorada y dispuesta y ahora está mareada y flotando en una nebulosa. Cierra los ojos y piensa lo sumamente agradable que sería beber un vaso de agua. Muy pronto le tocará a ella el turno de pagar una prenda y se pregunta qué le pedirán que haga cuando saquen su alfiler de la caja.

A medida que avanzaba el juego la formación del círculo ha ido cambiando y, al abrir los ojos, Lee descubre que Ilse está sentada a su lado.

—¿Qué opinas? —le pregunta ésta señalando el círculo.

Lee parpadea varias veces para enfocar la vista.

—No sé, me parece divertido.

—¿Divertido? ¿Sabes que quise exponer mis fotografías y André me dijo que no?

—Oh, no lo sabía. —El whisky hace que hable como si tuviera la boca llena de canicas.

—Pues claro que no lo sabías, ¿cómo ibas a saberlo precisamente tú? —

Su tono es chillón—. Claude me lo ha contado todo de ti.

¿Qué puede haberle contado? Lee se vuelve hacia Claude, tumbada en el suelo con un cigarrillo en los labios y lanzando pequeños aros de humo.

Al ver que Lee no le contesta, Ilse continúa:

—Mis fotografías son muy buenas, tan buenas como la obra de cualquiera de los presentes, y André ni siquiera ha querido echarles un vistazo. ¿Qué es lo que hay que hacer para que un hombre le preste atención a tu trabajo, comerle la polla?

Ilse está furiosa, Lee no tiene ni idea de qué responder.

—No tengo ni idea... Lamento que André no te haya dejado participar — dice finalmente.

—Lo lamentas. Todo el mundo lo lamenta. André también va a lamentarlo: Claude y yo vamos a montar nosotras mismas una exposición.

—Pues bien por vosotras. —Lo dice, pero no lo siente: la atenaza la envidia.

—¿Sabes? —dice Ilse—, cuando me mudé a vivir aquí lo abandoné todo: mis estudios, a mi familia. Estoy sola, a excepción de esto —señala su cámara—, y cuando llegué a París pensé que me convenía conocer a otras mujeres, que podríamos ayudarnos unas a otras. Luego me hablaron de ti y pensé que quizá pudiéramos asociarnos, que a lo mejor te interesaba hacer algo conmigo y mandar a la mierda a todos estos tipos. Pero sólo con mirarte ya me doy cuenta de que no te interesa.

Lee endereza la espalda y lucha por abrirse paso entre la niebla provocada por el alcohol.

—¿Cómo puedes saberlo?

Ilse se encoge de hombros.

—Tú eres como un cristal bonito, con tus lindos ojos y tu linda cara, pero no eres nada más: estás completamente hueca.

A Lee la sorprende la dureza de esas palabras.

—Tú no sabes absolutamente nada de mí.

—Sé que la otra noche Kiki te dio una bofetada, lo sabe todo el mundo. Y no se lo reprocho: debe de odiarte por haberle robado a Man Ray.

En ese momento interviene Claude, que ha estado escuchando sin que Lee se percatara de ello.

—Sí que te odia.

Lee está temblando.

—No fue así como sucedió —protesta, pero Ilse le ha dado la espalda y se ha agachado para cuchichearle algo a Claude. Lee hace un esfuerzo por entender lo que están diciendo, pero no puede.

Primero Kiki y ahora Ilse: estas mujeres son más crueles que los hombres. Por lo menos a los hombres sabe cómo manejarlos, cómo coquetear con ellos y conseguir que hagan lo que quiere, pero con estas mujeres es totalmente distinto. La están juzgando antes de conocerla.

En el centro del círculo, Soupault vuelve a ponerse de pie. Saca de la caja un objeto que brilla.

—Tengo en la mano un alfiler triangular. Puede que sea de diamantes, pero... —se lo coloca entre los dientes y lo muerde— lo más probable es que no.

Lee, todavía alterada por la conversación que ha tenido con Ilse, se levanta y exclama:

—Es mío, ¿qué prenda he de pagar?

—¡Oh, no! —dice Soupault—. Madame Man Ray.

Como siempre, a Lee le gustaría que no la llamaran así. Éluard se pone de pie (con la pajarita torcida en el cuello), habla un momento con Soupault y ambos lanzan una carcajada. Ahora Man se encuentra sentado en el otro extremo del círculo; a Lee le parece que está muy borracho: está prácticamente tumbado en el suelo.

Por fin, tras una pausa teatral, Éluard dice:

—Queremos que nos digas si Man Ray es homosexual.

Exclamaciones y silbidos de borrachos. Man abandona con rapidez su postura de dejadez y se incorpora. La gente mira alternativamente a Man y a Lee esperando a que uno de los dos haga algo. Lee no tiene ni idea de qué hacer, de modo que, para aliviar la tensión, dice:

—¿No podría limitarme a caminar con una patata entre las piernas?

Esto provoca un aluvión de risas, pero Éluard niega con la cabeza y le repite la pregunta.

No es la primera vez que surge el tema de la homosexualidad; de hecho, Lee oyó a un grupo de hombres hablando del tema en casa de Tristan. Cuando

están juntos son gallitos asustados que se pavonean. En opinión de Lee, deberían follar entre ellos y acabar de una vez con el problema. Le da asco que ridiculicen de esa manera infantil algo que a todas luces desean hacer, y ese disgusto se extiende incluso a Man, que continúa sentado en el suelo. ¿Por qué no le hacen a él esta pregunta? Ella no es su portavoz. ¿Y qué espera Man que haga? Ella conoce su secreto, lo que ha hecho con los Mdivani, que afortunadamente se han ido ya. Afortunadamente para él. No obstante, por nada del mundo contaría lo que Man le ha confiado en su dormitorio, por nada del mundo traicionaría su confianza. Responderá que no y después cruzará hasta el otro lado y le dará un beso, y la velada transcurrirá como estaba previsto. Porque a ninguno de estos hombres le incumbe a quién ha amado Man, ni cómo ni por qué; a ninguno de ellos le incumbe cómo la ama a ella, lo diferente que es cuando están los dos solos. Pero antes de que pueda hablar, Man se pone en pie y va directo hacia Éluard.

—¡Todos esos rumores se deben a que no discrimino a la hora de dejar entrar a la gente en mi estudio! —le grita con orgullo, salpicándolo de saliva—. ¿Que eres una puta que quiere hacerse un retrato? ¿Un drogadicto? No hay problema, ¡te haré tu retrato igual!

—Eso no responde a la pregunta —replica Éluard con voz ronca—; ¿eres homosexual o no?

Man tiene una expresión de loco en la cara y una botella en la mano. Bebe un trago y después se limpia la boca con la manga.

—Voy a responder a tu pregunta con otra. Si yo fuera un invertido, ¿cómo explicarías la Prueba A? —Señala a Lee y todas las miradas se posan en ella. Ilse deja escapar una risotada.

Lee siente que la cólera la invade. Man, todavía aferrado a la botella de whisky, tiene los brazos extendidos como si fuera un predicador en una carpa de tres al cuarto. Tiene la ropa arrugada y una gran mancha de polvo en los pantalones, resultado de haber estado tumbado en el suelo. Cuando ella lo mira furibunda, desvía el rostro. Lee se da cuenta de que está avergonzado, pero algo parece haberse apoderado de él, algo que lo obliga a seguir con este absurdo postureo masculino. Está todavía más furiosa que cuando la otra noche lo dejó en compañía de Kiki.

De improviso, Claude se pone de pie y da un pisotón contra el suelo de madera. Todo el mundo se vuelve para mirarla.

—Vosotros —dice arrastrando las palabras—, todos vosotros sois de lo más aburrido que hay.

A continuación apaga el puro que estaba fumando en una copa de vino vacía y se va con paso tranquilo hacia la puerta. Al llegar allí, se vuelve hacia los presentes y les hace un obsceno corte de mangas. Después desaparece escalera abajo.

En la sala se hace el silencio por unos instantes.

—Siempre me ha caído bien —dice Aragon, y todo el mundo estalla en sonoras carcajadas.

Después de eso, a nadie le apetece ya continuar con el juego de las prendas. Alguien pone un disco y la aguja rechina durante unos segundos contra la superficie lacada antes de que comience la canción. Nusch y Paul se ponen a bailar y enseguida se les suman varias personas más, pero Lee y Man se quedan inmóviles, estudiándose uno al otro. Por fin, Lee le quita la botella de la mano y bebe un trago. Hace una mueca al sentir cómo le baja el alcohol por la garganta.

—¿La Prueba A? —dice, cruzando los brazos sobre el pecho y mirándolo furiosa.

—Aquí no, Lee.

—¿Aquí?

Man hace ademán de querer tocarla, pero se detiene.

—Lo lamento —dice en un tono tan bajo que Lee apenas consigue oírlo por encima de la música.

—¿Qué parte es la que lamentas? —Lee hace un gesto señalando toda la estancia—. ¿Todo esto?

Su cólera va disipándose, pero no le gusta el sentimiento que surge en su lugar: el distanciamiento.

Lee se vuelve de espaldas. Cuando está yéndose, alguien apaga las luces y la música suena más fuerte en la oscuridad. El fino suelo de madera vibra con las pisadas. Lee podría decidir marcharse (ésa sería la segunda vez en dos semanas que abandona un sitio sin Man) o podría quedarse. Observa las sombras que proyectan los que bailan a su alrededor. Justo enfrente está Ilse, bailando sola, toda brazos y codos. Lee aparta de un puntapié una botella

vacía que rueda por el suelo tintineando, pone una mano en el costado de Ilse, empapado de sudor, y la acerca hacia sí. Las dos se mueven juntas con soltura. Lee recorre la espalda de Ilse hasta el cuello, hasta el punto en que la piel deja paso al cabello, pulcramente recortado. No la impulsa el deseo, sino la curiosidad. Desde el ballet de ayer, por lo visto, sólo piensa en cómo será el cuerpo de personas desconocidas en contacto con el suyo, y en este preciso instante, al tocar a Ilse, se siente como si en cierto modo estuviera asumiendo el mando y demostrándole a esa mujer (y con ella a Man y al resto de los presentes) que ella es alguien a quien se debe prestar atención.

Termina la canción y ambas se separan, y en cuanto empieza a sonar otra, un hombre (Aragon o quizá el escritor, no es capaz de distinguirlo) se acerca a Ilse. Ésta mira a Lee, pero se aparta y empieza a bailar con él.

Lee se está un rato bailando sola con lentos contoneos. Sabe que Man la está observando desde algún punto de la sala. Va girando despacio y lo ve de pie en el rincón. Decide ir hacia él. Empieza a sonar *Puttin' on the Ritz*, una canción que le parece ridícula, pero le da lo mismo: la baila bajo la mirada atenta de Man. Se nota que él está deseando acompañarla, pero no está seguro de que ella quiera. La propia Lee tampoco está segura, pero le resulta natural estar con él, así que cuando empieza la canción siguiente, un tema más lento, lo atrae hacia sí y comienzan a moverse juntos.

Bailan minutos, o tal vez horas... más tarde no lo recuerda. Todo está empañado por el whisky, reducido a instantáneas de emociones, fragmentos de sonidos inconexos. Al final de la noche, o más bien en plena mañana, Lee y Man salen tambaleándose de la galería y, en la puerta que da a la escalera, se encuentran a Ilse fumando un cigarrillo con una larga boquilla de plata y cerrándoles el paso. Cuando intentan pasar, Lee, borracha, se inclina hacia el rostro de Ilse y la agarra del brazo.

—Estás equivocada —le dice—: habría estado encantada de trabajar contigo.

Ilse levanta uno de sus esbeltos hombros.

—Quizá —contesta.

Mientras bajan por la escalera, Lee se vuelve un momento y ve a Ilse en lo alto. Sus pezones, libres del sostén que no ha vuelto a ponerse, se insinúan, puntiagudos, a través de la ligera tela de lino de su vestido. En su rostro se dibuja una sonrisa de orgullo.

## 25

A la mañana siguiente, después del salón, Lee tiene la boca más seca que un esparto y un tremendo dolor de cabeza. Se levanta antes que Man y se sienta en la cocina a beber un vaso de agua con infinitas precauciones. Le vienen a la mente visiones inconexas de lo sucedido durante la velada: los cuadros de la galería, los aros de humo de Claude, Man avergonzándola, Nusch y Paul, el tacto del cabello de Ilse... Y cuando intenta conectar todos esos recuerdos entre sí la invade una profunda sensación de fracaso, como si fuera un examen que no ha logrado aprobar. De todo lo ocurrido, lo que más la molesta es su conversación con Ilse y Claude, que la hayan considerado un ser vacío: la mujer-florero de Man.

Le entran ganas de volver a la cama, de meterse debajo de las mantas y taparse hasta la cabeza. Quiere que Man se levante, que vea el estado en que se encuentra y cuide de ella. O, mejor todavía, quiere volver a la cama de su infancia y que su padre le lleve una bebida caliente.

Pero hoy es el último día de rodaje, y después de otro vaso de agua y una tostada sin mantequilla reúne la energía necesaria para vestirse y acudir al set. Man sigue en la cama: anoche bebió mucho más que ella, de modo que lo más generoso por su parte es dejar que duerma en paz, aunque la verdad es que tampoco le apetece hablar con él. De ninguna manera van a poder hablar sin mencionar lo que ocurrió durante el juego de prendas y la pelea que estuvieron a punto de tener después. Como de costumbre, le deja una nota diciéndole dónde va a estar. Tras un instante de duda, la firma con un «Con amor, L.».

El rodaje transcurre sin incidentes. Repiten una escena del final en la que un ángel guardián retira un as de corazones del bolsillo de un tahúr y Lee se transforma en estatua y camina por la nieve de utilería sin que sus pisadas dejen huella. Después se quita el complicado disfraz por última vez, pensando

que quizá termine echándolo de menos a pesar de todo.

Al final de la jornada, Lee, Enrique y varios miembros más del elenco se quedan con Jean hasta que no hay nada más que hacer que cerrar con llave el estudio. Cuando finalmente salen a la calle, todos se despiden, a excepción de Jean y Lee, que a todas luces no tienen ganas de marcharse.

Jean ha reservado un billete para Roma, donde según él puede concentrarse y montar la película. Enrique no va a acompañarlo: es posible que su relación no pueda continuar fuera del mundo insular del estudio de rodaje. Cuando Jean se despide por fin, su expresión es de tristeza y de cansancio.

—Cuídate, Ratón —le dice a Lee.

—Búscame cuando vuelvas a París.

—Por supuesto. Además, tú serás una de las primeras personas en ver la película.

Lee le da un abrazo y se sorprende al notar el escozor de las lágrimas en los ojos. Le cuesta trabajo creer que el rodaje haya durado tan sólo unas pocas semanas: tiene la sensación de que han transcurrido varios meses desde que llegó allí por primera vez.

—Ah, casi se me olvida. —Jean rebusca en el bolsillo de su chaqueta hasta dar con una tarjeta de visita de color blanco que le entrega a Lee. Dice: «Madame Anna-Letizia Pecci-Blunt», en letra negrita y con relieve, junto con una dirección ubicada en Trocadéro—. ¿Sabes quién es?

¿Que si conoce a madame Pecci-Blunt? La conoce todo el mundo, por lo menos de nombre: es una de las mujeres más ricas de París, casi pertenece a la realeza; incluso está emparentada con el papa.

—No la conozco personalmente, si a eso te refieres.

—Nunca sé a quién podrías conocer. En fin, todos los años da una fiesta multitudinaria a la que acude todo el mundo. La vi hace poco y me dijo que este año iba a organizar un baile blanco: el *Bal blanc*. Toda la decoración será de ese color, y también el atuendo de los invitados. Todo será fantasmal: la representación de la pureza. Me preguntó si yo podía ayudarla a que fuese algo increíble, pero no voy a poder, así que le pasé tus datos.

—¿Los míos?

Jean hace un ruidito de impaciencia.

—Le di la dirección del estudio de Man Ray, pero de quien le hablé fue de ti. Cuando llame, tú debes ser quien hable con ella. Éste puede ser tu trampolín, si tú quieres. Con ese trabajo en tu portafolio, podrás obtener más encargos, montar un estudio propio. Le he hablado muy bien de ti.

—¿En serio? Ni siquiera sabía que te gustase mi trabajo. —Cuando unas semanas atrás le enseñó unas fotos tuyas en el estudio, se sintió tan avergonzada como las primeras veces en que le enseñó su trabajo a Man. Ni siquiera quiso que viera muchas fotografías, y las fue pasando rápidamente, como si contemplándolas demasiado tiempo pudiera descubrir que es una impostora, un temor que la acompaña en todo momento.

—Naturalmente que me gusta, Ratón. Ya deberías saberlo: eres muy buena. ¿Que si lo eres tanto como lo vas a ser en los próximos años? Seguro que no, pero tienes ese «algo». Yo también lo tenía, y ya me ves ahora. Este negocio favorece a los audaces... no a los asistentes de los audaces. Necesitas encontrar un cliente acaudalado: es la única manera de lograr tus metas. El vizconde me dio un millón de francos; sin él, no hubiera habido película.

Es la primera vez que Lee oye esa cifra y queda impresionada, pero por encima de todo está contenta de que Jean crea que posee talento.

—¿Y qué querrá que haga madame Pecci-Blunt, sacar fotografías?

—Tienes que hacer lo siguiente: te reúnes con ella y, tras las debidas presentaciones, le pides permiso para llamarla Mimí, así estarás a su nivel. Escuchas lo que te diga. Ella te contará su visión: fantasmas, color blanco, pureza. A continuación le dices que todo lo que te está contando es muy emocionante y que se te ocurren muchas ideas, demasiadas para elegir entre ellas. La haces hablar hasta entender bien qué es lo que quiere. Estas personas creen que quieren contratar a un artista de talento, pero lo que quieren en realidad es pensar que la idea se les ha ocurrido a ellas. Y después coges la tontería que te proponga y la conviertes en algo que merezca la pena. Puedes... no sé... hacer que todos los invitados vayan de blanco y obligarlos a llevar una sombrilla blanca o una misma máscara blanca, o darles pintura de ese color y dejar que pinten cosas. Estoy seguro de que se te ocurrirá algo.

Jean se envuelve la bufanda al cuello y besa a Lee en las mejillas. Ella sujeta la tarjeta en la mano, observa la recargada letra con que está escrito el nombre de madame Pecci-Blunt e intenta imaginarse a sí misma en la situación que acaba de describirle Jean. Le resulta fácil convertirlo en una fantasía a su

medida, donde conquista a esa millonaria mientras se toman un espléndido té. Le encantan las fantasías.

Le da las gracias a Jean. Se despiden con un abrazo y ella apoya un momento la mejilla en el suave paño de su abrigo. Permanecen así unos instantes y después se lo queda mirando mientras él se aleja en dirección a su casa. Ella se marcha en la dirección contraria, hacia el boulevard Raspail, acariciando con los dedos la tarjeta de Mimí.

Hace una suave tarde de otoño, el sol acaba de ponerse y una luz amarilla y densa lo tiñe todo. Lee decide volver a casa por la ruta más larga, pasando por delante de la Sorbonne y del Panthéon, cuya columnada fachada ya está en sombras. De vuelta en Montparnasse se mete por una callejuela por la que no ha pasado nunca, y al llegar a la esquina entre la rue Victor Schoelcher y la Victor Considérant ve, en la ventana de la planta baja de un estrecho edificio, un pequeño cartel que dice SE ALQUILA LOCAL: RAZÓN DENTRO. Se detiene delante del edificio e intenta otear el interior, pero está oscuro, no se ve nada. Las ventanas son grandes, van casi del suelo al techo, de modo que Lee se imagina cómo debe de ser el local y lo que podría hacer si fuera suyo. Al igual que la fiesta que quizá organice, pintaría este estudio todo de blanco: el suelo, el techo, las paredes. Pondría un sofá blanco y un taburete blanco, y con la claridad de la tarde todo resplandecería igual que una vela, y los clientes que fueran allí a hacerse un retrato saldrían con su mejor cara, iluminados, con los ojos brillantes y la piel lisa y suave. En la puerta pondría un único letrero, simple, pequeño, discreto, con tres palabras: ESTUDIO LEE MILLER.

Sigue andando, y para cuando llega a casa el cielo es de color púrpura. Entra en el apartamento y encuentra a Man en el dormitorio, pintando. Lleva el pelo salvajemente despeinado y, antes de percatarse de que ha llegado Lee, baja la cabeza y se pasa las manos manchadas de pintura. Lee carraspea y Man se vuelve hacia ella con un gesto que es una mezcla de alivio y ansiedad.

—No te he oído llegar, ¿ya han terminado la película?

—Sí. Jean se marcha a Roma.

—Necesita estar más cerca de la musa, no me cabe duda.

Lee sonríe con desgana, luego va hasta la cama y se deja caer sobre el colchón. Man por poco pierde el equilibrio y la mira con el ceño fruncido. Lee contempla el cuadro que está pintando; el lienzo ya está cubierto de un lado al

otro. Man la observa y, antes de que ella pueda abrir la boca, dice:

—He vuelto a Lautréamont. Cuando era más joven, lo que me atraía del poema era la parte que habla de dejar el hogar y abandonar el pasado, en cambio ahora veo algo diferente. No vi la relación hasta esta mañana: estos labios no son solamente los tuyos, son los labios de zafiro de Maldoror, la seductora, la diablesa. Aunque también son los tuyos: quiero que el espectador tenga las dos imágenes en su mente al mismo tiempo.

Man le ha mostrado alguna vez el poema de Lautréamont; le pareció horrible, aunque no se lo dijo. Para ella es puro onanismo: una sucesión de escenas de violencia, sexo y destrucción. En cambio, a Man le encanta, igual que a todos sus amigos. Soupault lleva una mugrienta copia en el bolsillo del abrigo. La desconcierta.

—Es una idea fascinante —le dice—, pero para mí es un cuadro muy sensual: no veo la violencia por ninguna parte.

Man se baja de la cama, va hasta la cómoda y saca un libro muy manoseado. Empieza a pasar páginas.

—Aquí está —anuncia—: ésta es la parte que he estado leyendo hoy mientras tú estabas fuera. Deja que te la lea.

*Dos muslos nerviosos se unieron estrechamente a la piel viscosa del monstruo como dos sanguijuelas, y con los brazos y las aletas entrelazadas alrededor del cuerpo del objeto amado, al que rodeaban con amor mientras sus gargantas y sus pechos no formaban más que una masa glauca con las exhalaciones de las algas, en medio de la tempestad que continuaba haciendo estragos, a la luz de los relámpagos, teniendo por lecho nupcial las olas espumosas, llevados por una corriente submarina como en una cuna y rodando sobre sí mismos hacia las profundidades desconocidas del abismo, ¡se unieron en una cópula larga, casta y horrible!... ¡Por fin acababa de encontrar a alguien que se me asemejara!... ¡De ahora en adelante ya no estaría solo en la vida!... ¡Ella tenía las mismas ideas que yo! ... ¡Estaba frente a mi primer amor!*

Man lee el párrafo cada vez más deprisa y al terminar levanta la vista hacia Lee con expectación. A ella todo el poema le provoca repugnancia: le recuerda todo lo que hay en el mundo de maldad y de oscuridad, y al oírlo

siente que ella misma se aproxima al borde de su propio lado oscuro, un lugar al que no quiere ir.

En el cuadro aparecen sus labios pintados de rojo y flotando calmosamente en un cielo lleno de nubes. Por más que lo intenta, no consigue relacionar esa imagen con la turbia escena del poema.

—¿Así es como me ves tú? —dice al fin—. ¿Como una especie... de monstruo?

Man se acerca a la pared y señala el lienzo.

—No, claro que no. En el cuadro tu boca es tu boca, pero también está el diablo del poema: el bien y el mal, el placer y el dolor.

Man tiene una mirada delirante que a Lee le recuerda su apariencia de la noche anterior, durante el juego de las prendas. Se levanta, va hasta el tocador y empieza a cepillarse el pelo presionando las cerdas con tanta fuerza contra el cuero cabelludo que casi le resulta doloroso.

—No me gusta que me utilices de esta forma.

En la creciente oscuridad de la habitación, su cara reflejada en el espejo se ve como un círculo de color claro, parecido a una de aquellas formas blancas de la playa que aparecían en el cuadro de Dalí.

—Pensaba que te sentirías halagada. Sinceramente, creo que este cuadro es mi obra más importante.

—¿Crees que fue eso lo que le dijo Salvador a Gala cuando la pintó en aquel cuadro?

Man se queda desconcertado con el cambio de tema.

—¿Cuál, el que estaba anoche en la galería?

—Sí. ¿Lo viste? La verdad es que me encantó: era muy sugerente. —Lee dice esto sólo para provocarlo: Man odia que ella dedique elogios a las obras de otros artistas.

—No tiene comparación.

—¿No hay comparación entre el mérito de tu cuadro y el mérito del suyo o entre el hecho de que Salvador haya utilizado a Gala y tú me estés utilizando a mí? Tú mismo me dijiste que Salvador pintó ese cuadro cuando estaba intentando convencer a Gala de que abandonase a Paul, y está claro que en el cuadro hay elementos que hacen referencia a eso. De modo que no veo la diferencia. Intento decir que no quiero que me utilices y después digas que soy

un monstruo.

—No te estoy utilizando, Lee: me sirves de inspiración, como bien sabes.

Lee se pone el cepillo junto a la boca como si fuera un micrófono.

—Y aquí tenemos la Prueba A —recita—: la mujer en la que se inspiró Man Ray a la hora de realizar su obra más importante.

La expresión de Man es irónica, casi condescendiente.

—Ah. De modo que era eso. Estaba borracho y necesitaba hacer callar a Paul. Y funcionó, perdona si te ofendí con eso.

—Me ofendiste, sí.

Como sucede a menudo cuando se da cuenta de que Lee está molesta de verdad, Man cambia de actitud. Se acerca a ella, le quita el cepillo de la mano y la rodea con los brazos.

—Lee, cariño. De veras lo siento —susurra—. Fueron simplemente palabras; tú sabes lo que siento por ti.

Lee se deja abrazar. Por un instante se imagina que los brazos de Man son los tentáculos del poema de Lautréamont que la aprisionan mientras ambos se hunden en un océano agitado por la tormenta. Nota que se le acelera el pulso, pero niega con la cabeza para concentrarse en lo que tiene delante: Man, su Man, que la ama.

Man la besa en el cuello, justo detrás de la oreja, como a ella le gusta, y la visión se disipa. Lee se relaja en sus brazos. Huele a cosas familiares y reconfortantes, a trementina y a tabaco de pipa, al vetiver de la colonia que llevaba la noche anterior. Ahora que están abrazados, el poema y lo sucedido anoche parecen menos importantes: son simplemente palabras.

Transcurridos unos momentos, Man deja de abrazarla y vuelve a su paleta. Toma un pincel y lo moja en pintura roja.

—Ven aquí —le dice.

Le entrega el pincel a ella y se suben los dos juntos al colchón. Señala el labio inferior pintado en el cuadro, y Lee alarga la mano y pasa el pincel por el lienzo, al principio con inseguridad, luego con más confianza. El tono rojo que le ha dado Man añade un toque de luminosidad al rojo más oscuro que hay en una parte de la boca. Desde que llegó a París no había pintado nada.

—En cuanto a lo de Lautréamont —dice Man—, el monstruo soy yo y tú eres la seductora: eso es lo que he pretendido decir. Ese fragmento que te he

leído sobre no sentirse solo, sobre encontrar a alguien igual a uno... Eso es lo que intento transmitir con este cuadro.

Lee continúa pintando.

—Entiendo.

—Me pongo un poco neurótico cuando no estás conmigo —dice Manriendo—. Mi imaginación me juega malas pasadas, y últimamente has estado ausente a menudo.

—Bueno —responde ella, quitándole hierro al asunto—, ya te he dicho que la película se ha terminado: vuelvo a ser toda tuya.

—Gracias a Dios.

—Sí. —Lee baja de la cama de un salto y moja otro poco su pincel—. ¿Qué título va a llevar el cuadro?

—*Los amantes*.

—No hay nada diabólico en eso —replica Lee, y vuelve a subirse a la cama.

Pintan juntos durante un rato y Lee acerca tanto la cara al lienzo que sólo puede ver sus labios.

## 26

Terminado el rodaje de la película, Lee y Man recuperan horarios y costumbres. A medida que van pasando las semanas, se sienten cada vez más cómodos en la familiaridad del trabajo. Cuando llega algún cliente, Lee vuelve a asumir el papel de ayudante y se pone a colocar focos, a llevar difusores o a cambiar las telas para que Man haga las fotos. De vez en cuando le sugiere algún cambio en el encuadre y él casi siempre se muestra de acuerdo; para Lee, es obvio que Man no tiene el alma puesta en la fotografía, sobre todo en los días en que ha pasado horas pintando.

Un día, al finalizar una sesión de fotos, Man le dice:

—Lee, ¿te importaría cobrarle a la señorita DuBourg?

—¿Ahora? —Lee se sorprende. Por regla general, suelen facturar más adelante, mucho después de que han entregado las fotos.

—Sí. Factura solamente el tiempo invertido en la sesión y ya facturaremos el resto cuando hayamos terminado.

De modo que, con cierto apuro, Lee le explica a la cliente que debe abonar la factura ese mismo día. La señorita DuBourg no disimula su sorpresa; sin embargo, saca un talonario del bolso, firma un cheque y se lo entrega a Lee cogiéndolo con dos dedos.

Una vez que la señorita DuBourg se ha marchado, Lee entra en el despacho y le entrega el cheque a Man.

—¿De verdad era necesario? —le pregunta.

Man se pasa las manos por el pelo y tose.

—Estoy un poco mal de fondos —contesta—. Nada grave, pero necesitamos reactivar un poco el trabajo, conseguir un encargo, algo.

Lee se acuerda de los últimos números de contabilidad.

—Tenemos muchas facturas pendientes, pero la mayoría de ellas se cobrarán a final de mes, y con el encargo del catálogo de Patou...

—Patou acaba de despedirme.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Quiere que alguien vinculado con su firma haga las fotos: Blumenfeld. Era de esperar.

Lee hace una mueca.

—No me gusta nada el trabajo de Blumenfeld.

—Lo sé, a mí tampoco: le falta energía, audacia. Lo mismo daría que las modelos se hicieran las fotos ellas mismas mirándose al espejo.

—De hecho, eso sería más interesante.

Man se echa a reír, pero al momento vuelve a ponerse serio.

—Necesito un encargo importante, un Rothschild o un Rockefeller que quiera hacerse un retrato. Pero me preocupa estar perdiendo el favor de esa gente. Si ganase el premio de Philadelphia, seguro que me prestarían más atención.

—¿Puedo ver las fotografías que has escogido o ayudarte con la descripción? Creo que fui de bastante ayuda la última vez, con el ensayo...

Man se queda mirando fijamente el cheque.

—No sé. Todavía no he decidido cuáles voy a presentar. Entretanto, lo más útil que puedes hacer para ayudarme es ver si hay alguien a quien no hayamos facturado o que nos deba dinero.

A Lee le viene a la cabeza la tarjeta de visita de madame Pecci-Blunt. Su intención era hacerle caso a Jean y mantenerlo en secreto, buscar la manera de ocuparse de esa fiesta ella sola, pero, dadas las circunstancias, no puede quedarse callada.

—Bueno... —dice, sonriendo tímidamente y yendo por su bolso—, no es un Rothschild, pero mira. —Le entrega la tarjeta a Man.

Man lo lee y niega con la cabeza, sin comprender.

—¿De dónde has sacado esta tarjeta?

—Me la ha dado Jean.

—¿Madame Pecci-Blunt quiere hacerse un retrato?

—No. Por lo visto da una fiesta todos los años y está buscando a un artista que la ayude a que la próxima resulte memorable. Como Jean no puede

encargarse, me lo ha pasado a mí.

—Jamás pensé que Cocteau fuera a hacerme un favor —comenta Man.

Lee recupera la tarjeta y vuelve a guardarla en su bolso.

—Creo que el favor me lo estaba haciendo a mí.

—Mmm.

Lee espera a ver si dice algo más, y como ve que no, continúa:

—Jean le ha dado mi nombre —pone cierto énfasis en el «mi»—, de modo que espero que no tarde mucho en llamar.

Man esboza una sonrisa.

—Ah, esto es bueno... muy bueno. Si algo podemos hacer nosotros es convertir esa fiesta en un evento interesante. Ya hice algo parecido en cierta ocasión, para los Wheeler, ¿no te lo he contado? Iban a dar una cena y yo hice esculturas para la mesa y filmé a los invitados bailando.

Se levanta y, sin dejar de hablar, empieza a ir de aquí para allá recogiendo trastos, tal como hace siempre que se siente agitado: son las únicas ocasiones en que ordena un poco.

—Podemos cobrar mucho dinero —apunta Lee—. Jean dice que podemos poner nosotros mismos el precio.

—Cobraremos precios propios de la aristocracia, eso es lo que haremos.

Lee rompe a reír.

—¡Ah, conque precios para la aristocracia! ¿Y cuál es la tarifa actual?

—Una lo suficientemente buena para que no tengamos que vender el Voisin.

La sorprende que Man diga eso, aunque vender el coche tenga toda la lógica del mundo: apenas lo utilizan, y tenerlo guardado en un garaje es un gasto innecesario a todas luces. Pero ella no quiere perderlo. Se acuerda del viaje que hicieron a Biarritz, de cómo el viento hacía ondear su pañuelo y le provocaba un agradable hormigueo en la cara, de cómo veía pasar el paisaje enmarcado por la ventanilla del coche. ¡Ah, ojalá pudieran estar de nuevo allí ahora mismo, tumbados al sol y contemplando el mar! O sentados en el cabaret, con las rodillas de uno pegadas a las del otro, apretados ante la pequeña mesa y bebiendo una botella de vino. Pero luego se da cuenta de que podría revivir esas sensaciones ahí mismo, en París, que la felicidad de ambos no es algo irrecuperable, que puede generar más felicidad si quiere.

Quiere sacar el tema, recordar Biarritz con él. El simple hecho de pensar en aquel viaje alivia la tensión que durante estas últimas semanas ha alimentado su ausencia por el rodaje de la película, la pelea que tuvieron tras el juego de las prendas y el resentimiento que todavía arde en su interior. Pero resulta evidente que Man no tiene la cabeza en el mismo sitio que ella. Está colocando una pila de revistas en la esquina del escritorio; se vuelve y le dice a Lee:

—Además... esta mañana ha llamado Arthur Wheeler.

Lee espera a que continúe. Ella sólo ha visto a los Wheeler en una ocasión, coincidiendo con la visita de Tanja. No sabe bien a qué se dedica Arthur (Man jamás le ha explicado de dónde procede su dinero), pero sí que los Wheeler han financiado muchos de los proyectos experimentales de Man y se lo han llevado de viaje varias veces, a Italia y a la Costa Azul entre otros sitios, y que allí ha realizado algunas de sus mejores obras.

—Han sufrido un duro revés ahora que Arthur ha abandonado su aventura con el petróleo, pero sigue insistiéndome en que haga otra película como *Emak Bakia*.

—Pero ya le dijiste que no querías, ¿no?

—La conversación fue bastante más complicada. De hecho, Arthur se quedó muy consternado. En todo caso, ya no puedo depender de ellos, con o sin película: aunque hubiera aceptado hacerla, no estaba claro que hubiera dinero suficiente. Y además no acepté.

A continuación se dirige al otro extremo de la habitación y endereza una de las fotografías enmarcadas, que se tuerce siempre que abren o cierran la puerta. Lee piensa por enésima vez que debería ponerle un poco de pegamento por detrás para que se mantenga recta. Hay muchas tareas de este tipo por hacer, y no tiene ganas de hacer ninguna. A veces el estudio y el apartamento la agobian: siempre hay pendientes tareas cotidianas aburridas y triviales. En Biarritz no había nada de eso, y tampoco en el set de rodaje de Jean, donde todo estaba concebido para ser transitorio. Observa cómo Man pulula por la habitación ordenando cosas y de pronto la invade una urgencia de escapar. No quiere hablar de los Wheeler, ni de la crisis económica, ni de vender el Voisin.

—Hagamos algo divertido: vayamos al ballet —propone—. Sabe cuántas ganas tengo de verlo de nuevo, y esta noche no tenemos nada que hacer.

Man niega con la cabeza.

—A veces te comportas como una niña —le replica, aunque en tono amable—. Te estoy diciendo que no tenemos dinero y tú me pides que vayamos al teatro.

—¿Y por qué no? Podemos sentarnos lejos del escenario: esas butacas no son caras.

—Esa clase de butacas no son para mí —responde Man, pero después de refunfuñar un poco más acepta y se van a casa a vestirse.

No obstante, al llegar al apartamento Man cambia de opinión. Está cansado. No le gusta la danza, ella ya lo sabe. Lo único que le apetece es pasar una noche tranquila con ella. La echa de menos, quiere que se sienten juntos a la mesa y disfruten de una cena sencilla.

Eso no es en absoluto lo que le apetece a Lee: lo único que hacen juntos es comer. Se han convertido en un matrimonio de mediana edad en todos los sentidos, salvo en el legal, y lo cierto es que, de los dos, Man es el único que ha alcanzado la mediana edad. De todas formas accede, aunque sólo porque cree que no merece la pena pelearse con él por algo tan tonto. Sabe que, si lo obliga a ir al ballet, se pasará el espectáculo entero removándose nervioso en la butaca y mirando el reloj, como suele hacer cuando se aburre. Y, como siempre, su conformidad hace feliz a Man, cuyo estado de ánimo mejora al momento. Ella también se alegra.

Man la coge de la mano.

—Vamos a ese bistró del que te hablé que hay en el Quatrième: tienen un pollo asado realmente delicioso.

Debaten sobre la conveniencia de tomar un taxi, pero al final deciden ir a pie, orgullosos de ese pequeño gesto de ahorro. Echan a andar en silencio en dirección al bistró, que está a unos veinte minutos del apartamento. El viento se cuele por el fino vestido que lleva Lee debajo del abrigo; nota en los muslos el tacto frío del cierre metálico de las ligas. Su estado de ánimo empieza a empeorar nuevamente. No se le ocurre nada que decir y compara cómo se siente ahora con cómo se sentía al conversar con Jean. Se acuerda de cuánto la animaba su contagiosa energía. Pensar en Jean la lleva de nuevo al ballet, y sin darse cuenta empieza a pensar también en Antonio, en lo mucho que ansiaba ver otra vez sus decorados, volver a saberlo presente allá arriba, en los andamios, detrás del escenario.

Mientras caminan, el viento frío hace que le arda la cara, pero ella

mantiene la vista fija en la acera y se cuida mucho de mirar a Man. Nada ha cambiado: lo suyo sigue siendo pensar. Antes de estar con Man, pensaba todo el tiempo en hombres, y ahora... ¡qué cosas piensa ahora! La polla de Antonio entrando en su cuerpo, los moratones que sus manos dejarían en sus piernas, su maquillaje corrido, los dedos de él dentro de su boca. Estas visiones la estremecen hasta los huesos. Si Man la mirase ahora, sin duda se lo notaría en la cara, por eso procura mantener la vista al frente.

—Ya iremos al ballet en otra ocasión —le dice Man, aunque ella no lo ha mencionado.

Lee contiene una exclamación. ¿Le habrá leído acaso el pensamiento?

—No pasa nada —acierta a responder—, aunque creo que te gustaría.

—A lo mejor. —Su tono es de desdén—. No sabes de esto porque no llevas suficiente tiempo viviendo en París, pero Rouché quiere que el ballet de la ópera vuelva a tener relevancia, por eso ha contratado a Lifar. Y es posible que Lifar lo consiga. Pero ¿por qué empezar con *Las criaturas de Prometeo*, con esa música rítmica y superficial? Yo habría pensado que escogería estrenarse con algo grandioso, como *Giselle*, o más descarnado, como *La consagración de la primavera*.

—No tengo ni idea —dice Lee, esforzándose por abandonar sus pensamientos y engancharse en este nuevo tema—: sólo puedo comparar con lo que en su momento vi en Nueva York.

—No es necesario hacer comparaciones para entender que no va por buen camino: basta pensar en él mismo. Al fin y al cabo es un bailarín y, por más talento que tenga como tal, eso no garantiza que entienda lo que es el arte. Es como si..., no sé..., como si Amélie se pusiera de repente a hacer fotografías.

Acaban de doblar una esquina y esas palabras hacen que Lee frene en seco en mitad de la acera.

—¿Estás siendo grosero conmigo a propósito? —le dice, al tiempo que se suelta de su brazo.

Man la mira con gesto de desconcierto.

—¿Qué? ¡No! Esto no tiene nada que ver contigo.

—Acabas de sugerir que una modelo no puede ser una buena fotógrafa.

Man lanza una breve carcajada.

—No todo tiene que ver contigo, Lee.

—¿Ni siquiera lo que sin duda tiene que ver conmigo?

Man refunfuña y le rodea los hombros con el brazo.

—Seguro que ese ballet es bueno. Iremos a verlo juntos. Y tú eres una buena fotógrafa. Y yo te quiero. Tengo hambre, estoy cansado y lo único que deseo es encontrar ese restaurante, sentarme contigo y relajarme con una copa de vino.

Continúan andando un buen rato y finalmente Man reconoce que a lo mejor el bistró está cerrado. Ya están hambrientos, así que buscan otro sitio, probablemente uno más elegante de lo que quisiera Man, y en cuanto se sientan a la mesa aparecen varios camareros que los abruman con la carta de vinos, las servilletas y los pequeños ajustes para que estén más cómodos. Los dos piden pollo —Man le ha contagiado a Lee ese capricho—, pero cuando llega resulta decepcionante: está tibio y soso.

Comen en silencio. La mente de Lee no deja de dar vueltas: Antonio, el comentario de Man acerca de Amélie... También piensa en Man, lo examina como si fuese una muela infectada que no puede dejar de tocar con la lengua. Le gustaría decirle algo que lo desconcertara: hacerle saber que durante este tiempo ha tenido la mente en otra cosa, que él no lo es todo en su vida. Toma un bocado de pollo y se pregunta qué haría Man si supiera lo que iba pensando de camino al restaurante. En cambio, comenta:

—Hace tiempo que Tristan no saca un número nuevo de *221*.

Man mastica y traga; ella nota cómo se mueve la nuez de su cuello.

—Es cierto. Tiene problemas económicos, igual que todo el mundo.

—¿Crees que la revista volverá a salir?

—No tengo ni idea. Es un tema un tanto espinoso. Y, desde luego, yo no estoy en condiciones de ayudarlo con la financiación. —Man deja el tenedor y se frota las manos como si estuviera lavándose las.

—¿Y... mis fotos?

Man la mira con gesto inexpresivo.

—Mis fotos, las que iban a salir en la revista.

Man deja caer la cabeza.

—Lee —dice—, éste no es el mejor momento para pedirle un favor a Tristan.

Lee espera que siga hablando, que le ruegue que lo disculpe. Cuando ve

que no lo hace, que se limita a dejar las cosas tal como están, le contesta:

—Pensaba que ya se lo habías pedido, y no me había dado cuenta de que se trataba de un favor.

Man hace un ruidito, mitad gruñido y mitad carcajada, y se tapa la cara con las manos.

—No es un favor. No he querido decir eso. Es que... en estos momentos tengo muchas cosas en la cabeza. Si hubieras estado más tiempo conmigo últimamente te habrías dado cuenta.

Ya se ha terminado el pollo. Aunque no estaba bueno, se ha comido hasta el último trozo. Los huesos, amontonados cuidadosamente en el borde del plato, han quedado tan limpios que parece que los hubieran hervido. Lee, en cambio, se concentra en las partes que más le gustan, sin preocuparse de desperdiciar.

—Tengo una idea —dice Man—: ¿recuerdas que esta tarde me has preguntado cómo podías ayudarme? La otra noche vi a George Hoyningen-Huene en Le Boeuf sur le Toit. Está trabajando para *Vogue* y me comentó que está aburrido de las modelos que ha estado utilizando; quiere a alguien nuevo, moderno. Naturalmente, me acordé de ti.

Lee se reclina en su asiento.

—Ya te dije que no quería volver a trabajar de modelo...

—Sí, ya lo sé, pero es que pagan muy bien. Y me has preguntado cómo podías ayudarme.

—Me refería a... ¿Y qué pasa con el *Bal blanc*? ¿Llamamos a madame Pecci-Blunt? Has dicho que podríamos cobrar una fortuna.

Lee se pregunta si Man percibe la frustración en su voz o si sus propias preocupaciones ahogan las de ella. No quiere volver a trabajar de modelo y Man lo sabe; tiene que saberlo.

—Esa fiesta será dentro de seis semanas —dice Man—, y con suerte nos pagarán el año que viene. Hoyningen-Huene está buscando a alguien ahora. Qué te parece si yo llamo a madame Pecci-Blunt y tú te dejas caer por *Vogue*, sólo para ver qué se cuece. Se supone que ese tipo es muy bueno, podría resultar divertido.

—¿Y qué tal si yo llamo a madame Pecci-Blunt?

—¿No crees que sería mejor que la llamada viniera de mí?

Lee deja el tenedor y se cruza de brazos.

—Jean me ha recomendado a mí, y además me ha dicho que madame quería trabajar con una mujer, así que creo que debo llamar yo. Ya le explicaré que tú y yo trabajamos juntos.

Eso de que «madame quería trabajar con una mujer» es mentira, pero Man no tiene manera de saberlo.

Él tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—Es mejor que la llame yo —dice al fin—, pero hablaré en nombre de ambos: nos presentaremos como un equipo.

Lee reflexiona un momento.

—De acuerdo, pero quiero que de verdad seamos un equipo: quiero estar presente en todas las reuniones, ayudar a dar forma al concepto, que mi nombre aparezca al lado del tuyo en los periódicos...

—Yo no puedo controlar lo que sale en los periódicos.

—Bueno, pero puedes procurar que sea así. Diremos que es una producción Man Ray-Lee Miller o algo así.

Man asiente y coge un trozo de *baguette* para apurar la última gota de salsa.

—Está bien —acepta.

En el camino de vuelta a casa Lee insiste en que paren a tomarse una copa con la esperanza de salvar la velada. Eligen un sitio al que no han ido nunca y cuya clientela está formada mayoritariamente por hombres, como si todos acudieran allí a hacer negocios. Lee se acaba un martini y le hace una seña al camarero para que le lleve otro cuando Man ni siquiera se ha terminado el primero. Deja que la ginebra caldee su cuerpo y recorre con la mirada el local y a los clientes buscando la manera de que cada uno de ellos le recuerde a Antonio: el modo en que uno se enrolla el pañuelo de seda al cuello, el modo en que otro separa las piernas. Imagina que todos son Antonio, que ella podría simplemente sentarse a otra mesa y estar con él en vez de estar con Man. La avergüenza pensarlo, pero no se reprime. Transcurridos unos instantes, se obliga a centrar de nuevo la atención en Man, en su amplia frente y en las dos arrugas que tiene entre las cejas, en esa zona del mentón en la que no le crece la barba, en sus ojos brillantes y en los sentimientos que le inspiraban hace sólo unas semanas, cuando no se le ocurría ningún otro hombre en el mundo al que le apeteciera mirar, salvo él.

# MÚNICH, PRINZREGENTENPLATZ 16, 1.º DE MAYO DE 1945

Ha sido idea de Lee «escenificar» la foto. Se sienta en el sillón de mimbre que hay junto a la bañera y se saca las botas sin preocuparse por dónde caen. A continuación se desabrocha el uniforme y se lo quita. Dave lo observa todo desde la puerta con una sonrisa de suficiencia. Ya ha visto antes así a Lee, y Lee también lo ha visto a él: no importa. Lo chocante es lo blanca que es la piel de Lee, pálida y blanda bajo la lámpara inmisericorde del techo. Va a ser el primer baño que tome en tres semanas. En el pequeño espejo del lavabo, su cuello y su rostro presentan el característico color marrón del cuello y la cara de los soldados: una suciedad que parece un mapa topográfico que ha ido formándose sobre varias capas sucesivas de sudor.

—Sucia forastera —le dice Dave impostando el acento alemán, y los dos se ríen.

Lee llena la bañera con el agua más caliente que puede soportar y añade unas pocas sales de Epsom de un frasquito que hay sobre la repisa. El cuarto de baño se llena de vapor y de un penetrante olor salino que le recuerda el mar y la hace caer en la cuenta de que lleva mucho tiempo sin ver algo bonito.

Dave se entretiene con su cámara y prueba a encuadrarla. Luego sale del cuarto de baño y regresa con un pequeño retrato de Hitler que coloca en el borde de la bañera.

—¿No es demasiado? —pregunta.

—En esta casa hay tantas fotos de Hitler que me sorprende que no hayan puesto una aquí. Déjala.

Se mete en la bañera, el agua está tan caliente que le pone la carne de gallina.

—«Vas a dejar un cerco en la bañera de tanto frotar y frotar» —le dice Dave, haciendo referencia al anuncio de un producto de limpieza del que se hicieron chistes unos años atrás.

Dave está borracho, lo mismo que ella. Desde que salieron de Baviera, sus reservas de la horrible bebida que los *Krauts* llaman «vino», y que ha terminado irritándoles el estómago, se agotaron por completo. Pero una vez allí, en el número 16 de Prinzregentenplatz, descubrieron un armario lleno de Braastad, un lujo que no habían visto desde antes de la guerra. Se lo sirvieron en unos vasos que llevaban grabadas las letras AH y el emblema de la esvástica, y enseguida se sintieron mejor.

Lee se sienta en la bañera y Dave le entrega una pastilla de jabón y una toalla. Allí, bajo la mirada acusadora del Führer (que en la foto aparece con las manos en las caderas, una postura que sin duda pretende transmitir autoridad, pero que más bien lo hace asemejarse a una institutriz puritana y pedante), se restriega todo el cuerpo para sacarse la mugre de Dachau hasta casi hacerse sangre.

—Espera a que *Life* vea estas fotos —comenta Dave.

—No te atreverás.

Dave suelta una carcajada.

—No. Estas fotos son sólo para nosotros, para conmemorar que...

—De conmemorar nada: son para enterrar a este puto monstruo.

Dave hace suficientes fotografías para llenar un carrete y Lee se queda sentada dentro de la bañera hasta que el agua se enfría. Después sale y vuelve a ponerse el uniforme, a abrochar todas esas hebillas y botones que ya le resultan tan familiares como su propio cuerpo. Acto seguido coge la foto enmarcada y la deja caer boca abajo sobre el suelo de baldosas. Con un rápido movimiento le da un pisotón y retuerce el pie hasta que el cristal se hace añicos contra la cerámica. Sólo entonces sale del cuarto de baño.

Pasan otras tres horas más en la casa de Hitler hasta que llega el resto del regimiento. A estas alturas, Lee ya tiene la impresión de conocer un poco al Führer: se ha sentado a su escritorio, ha leído las cartas dirigidas a Eva, ha curioseado sus cuadernos de dibujo, ha visto su dormitorio, las ligas de sus calcetines y sus tónicos para el dolor de cabeza. Cuanto más normal parece, más lo desprecia. Lee rebosa odio, un odio que casi la deja sin respiración.

«Frogue», como la llama todo el mundo, es más que *Vogue*. Decir que es más francesa es quedarse corto: es más de todo. Un epicentro, un nexo. Aquí, en estas bellas y atestadas oficinas, los redactores están definiendo las tendencias que después copiará la edición estadounidense. Marcan las tendencias, en vez de simplemente emularlas.

Cuando Man le pregunta qué tal va la cosa, Lee responde con evasivas, pero, para su sorpresa, lo cierto es que le encanta estar allí. ¿Que quisiera estar detrás de la cámara? Por supuesto. ¿Que tiene que contenerse para no dar instrucciones en medio de una sesión de fotos y morderse la lengua cuando el fotógrafo toma una decisión con la que ella no está de acuerdo? *Mais oui*. Pero en «Frogue» se trata a todas las modelos con un respeto que jamás le mostraron a ella en Nueva York. Desde el momento en que llegó a la oficina principal, de un humor de perros, sintiéndose obligada por Man a hacer ese trabajo, la han tratado como si fuera una persona importante. En la sala de espera, la actitud solícita de los ayudantes consigue quitarle el mal humor. No la hacen esperar, la conducen directamente a un estudio para que conozca al fotógrafo. De hecho, parecen sentirse honrados de contar con ella, de hacer justicia a una reputación que Lee nunca ha acabado de aceptar que tiene. Y esa reputación no proviene de su relación con Man Ray, sino de ella misma, de los trabajos que realizó en el pasado para Condé Nast, de las fotos que le tomó Steichen y de que en la revista todo el mundo sabe que con ella la ropa se verá mil veces mejor. Allí, la ropa importa más que ninguna otra cosa: la moda adquiere un rango totémico. Lee no ha olvidado que es bella, naturalmente, pero resulta agradable que alguien se lo recuerde, y más en un sitio como éste.

De repente, su vida encuentra el equilibrio. Madame Pecci-Blunt los ha contratado, pero ha sido imposible conseguir que concretara los detalles, así

que Man y ella pasan varias horas a la semana trazando a solas los planes preliminares. Lee trabaja algunos días en el estudio y otros tantos en «Frogue». Le gusta la ajetreada jornada de trabajo de una modelo, y también que haya un tiempo para almorzar: los empleados de «Frogue» tienen sus bistrós favoritos a pocos pasos del trabajo. Y también le gusta George Hoyningen-Huene, el fotógrafo con el que trabaja más estrechamente.

George la fotografía vestida de Paquin o de Chanel. Le ponen vestidos cortados al bies que se ciñen a su cintura y caen en elegantes pliegues hasta el suelo. Un día expresa su admiración por un Vionnet especialmente encantador, de lino blanco con adornos en forma de óvalos, y al finalizar la sesión se lo encuentra en la puerta de su camerino, en una caja atada con un lazo y acompañada de una tarjeta que dice: «Cortesía de G.»

George es un profesional consumado, extremadamente meticuloso, que suele trabajar las tomas durante muchísimo más tiempo de lo que ella y Man considerarían necesario. Es quisquilloso, pero también eficiente. Sus fotos son modernas, de líneas limpias; su estilo se corresponde a la perfección con la tendencia de la moda actual, por eso Lee le funciona tan bien como modelo. Ella se siente afortunada (como en Nueva York, al inicio de su carrera) de vivir en una época que aprecia una belleza como la suya por encima de cualquier otra. De las paredes de las oficinas de «Frogue» cuelgan, enmarcadas, ilustraciones de otra época: chicas con cintura de avispa que destilan cursilería, y Lee da gracias a Dios por no haber nacido tres décadas antes.

Algunas de las fotos que le hacen se reproducen también en la edición estadounidense, y no tarda en recibir una carta de su padre comentándoselo. Apenas ha tenido contacto con él desde que estuvo de visita: ha estado ensayando el método de Man, el de no dar el primer paso, y ha descubierto que casi no lo echa de menos. La carta de su padre está llena de elogios a su trabajo de modelo. Dice que se alegra de que esté trabajando de nuevo y que él siempre la ha considerado una chica muy guapa y con mucho talento. En otra época esto la habría molestado (porque su verdadero trabajo es tomar fotos, no posar), pero al leerlo apenas siente nada. Cuando su padre estuvo de visita, algo cambió: perdió el poder que tenía sobre ella. Se guarda la carta en el bolso y no responde.

Hay un modelo con el cual George la empareja de vez en cuando. Se llama Horst P. Horst y se parece tanto a ella que podría ser su hermano. Es alto y delgado, tiene los ojos azul claro y un cabello rubio que le cae sobre la frente formando una onda perfecta. Al igual que ella, Horst está formándose para ser fotógrafo y quiere hacer las fotos en vez de simplemente posar. Lo que Man es para ella, George lo es para Horst, y es frecuente que durante las sesiones ambos trabajen juntos en una imagen. Cuando lo hacen, la tensión sexual crepita en el aire. Lee se limita a observarlos a distancia, divertida, y se alegra por ellos.

Aunque no anhela hacer fotografías de moda, de todas formas se lleva consigo su Rollei y captura imágenes que encuentra entre bastidores: una hilera de zapatos con los cordones sueltos y las lengüetas fuera que parece una fila de bocas sonriendo; una mujer que llora mientras habla por el teléfono del pasillo con la máscara de pestañas resbalando en oscuros regueros por las mejillas... Cuando más tarde revela esas instantáneas, no puede evitar la sensación de estar llevándose algo, de estar robando ideas y cosas bellas de su lugar de trabajo.

Una tarde después de una sesión de fotos, mientras están en el vestíbulo ya sin hacer nada, Horst la invita a cenar con él y George. Aunque suele decir que no, esta vez acepta y le pregunta si puede ir con Man.

Llama al estudio y fijan el sitio y la hora. Antes de salir de la oficina, George los lleva a uno de los armarios para que escojan algo que ponerse en la cena. Lee elige un vestido de gasa con el que ha posado ya; es de color aguamarina, con la espalda descubierta y un escote halter bordado. Horst le pasa una estola de piel de zorro plateado y unos zapatos de tacón con pedrería y los dos hombres eligen pañuelos de bolsillo y corbatas a juego. Ya en la calle, uno la toma del brazo derecho y el otro del izquierdo. Lee nota el suave tacto de las pieles en sus brazos desnudos: jamás se ha sentido más elegante.

Por una vez, piensa, los parisinos se vuelven para mirarla: sólo se necesitan dos acompañantes y una pieza original de Schiaparelli para vencer su altiva indiferencia.

Cuando llegan, Man la está esperando frente al restaurante. Se divisan uno al otro desde lejos y Lee se siente encantada de que Man la vea desfilar por la acera. Cuando los tres están ya a escasos metros, Man da unos pasos hacia ellos, agarra a Lee por la cintura y la besa con ademán posesivo al tiempo que

le pasa la mano por la espalda desnuda.

—¿Verdad que está radiante? —pregunta George, y Man asiente con la cabeza. No suelta ni un momento a Lee mientras estrecha la mano de George y procede a presentarse a Horst.

—Es un honor —dice Horst—, un verdadero honor conocerlo: su obra es toda una inspiración para mí.

—No, por Dios. —Su tono de voz es falsamente modesto.

—Ya lo creo que sí. Sus fotos de moda, sobre todo las primeras, las de la *Vogue* del veinticinco o el veintiséis... De hecho, he intentado recrear algunas sólo para ver si era capaz de copiar correctamente la iluminación.

Lee sabe que Horst está cometiendo un error al hacer referencia a trabajos anteriores y no a los proyectos actuales: eso siempre le molesta a Man, y ni qué decir de la posibilidad de que otros fotógrafos se aprovechen de sus ideas, pero Horst no tiene modo de saberlo.

—Y no sabe usted lo afortunado que me siento de trabajar con esta belleza —sigue diciendo Horst a la vez que señala a Lee con la cabeza—: debe usted de pasarse la mitad del tiempo espantando a pretendientes desesperados.

Man le responde con una sonrisa tensa y Lee se percata de que Man ya ha decidido que este joven no le cae bien. Se abraza más fuerte a él y le da un beso en la mejilla.

—Ya me encargo de espantarlos yo solita, gracias —contesta, y nota cómo Man se relaja mientras los otros dos le ríen la frase con más entusiasmo del que merece.

Entran en el restaurante y piden caracoles, huevos de codorniz rellenos y palmitos, todo regado con *pastis* y, cuando éste se ha terminado, con una botella de riesling, que, según Horst, es el mejor vino que se puede beber antes de cenar.

Ahora que ya están sentados, Man se muestra encantador. Hoyningen-Huene le cae bien, le gusta intercambiar anécdotas con él y hablar de técnicas fotográficas. No tardan en ponerse a competir en anécdotas de clientes raros y sesiones de fotos chapuceras. Man les cuenta cuando le hizo un retrato a Hemingway (hasta a los fotógrafos de moda les gustan las anécdotas que implican a alguien famoso) y Horst se inclina sobre la mesa para oírlo mejor.

—Y dígame —le dice Horst—, ¿cómo es Hemingway? Su último libro me gustó mucho.

Man se encoge de hombros en un ademán despectivo e irónico.

—Esto ocurrió hace seis o siete años, me parece, y en aquella época todavía no era nadie. Gertrude Stein me pidió que le hiciera un retrato, que no había nadie como él. Por aquel entonces siempre estaba pidiéndome que les hiciera retratos a sus amigos artistas. Hemingway se presentó con treinta minutos de retraso a una sesión que iba a durar una hora y tocó el timbre como una docena de veces. Cuando fui a abrir, me lo encontré apoyado contra el marco de la puerta como un borracho y con un vendaje enorme enrollado en la cabeza. —Man se rodea la cabeza con la mano para mostrar lo que quiere decir—. Le pregunté a qué se debía aquel vendaje y me contestó que se le había caído encima una claraboya. A mí me pareció una excusa muy rebuscada, pero me dio igual que fuera un borracho embustero: algunos de los mejores retratos que he hecho han sido de borrachos. —Todos los comensales lanzan una carcajada—. Así que subimos al estudio. Hemingway no se tambaleaba ni tampoco olía a whisky, pero cuando lo tuve listo para hacerle las fotos y le dije que se quitara el vendaje se negó. Le dije que lo fotografiaría de costado para que nadie viese la herida, pero él volvió a negarse. En vez de obedecer, se sacó del bolsillo de la chaqueta un pequeño sombrero de fieltro de forma triangular y se lo puso muy satisfecho consigo mismo. El sombrero no le tapaba el vendaje en absoluto, pero yo pensé: «Da igual, nadie sabe quién es excepto Gertrude Stein, así que si quiere que lo retrate como si fuese un elfo con la cabeza rota, allá él.» —Man calla unos instantes y bebe otro sorbo de vino—. En realidad, al final el retrato me gustó bastante.

—Y después publicó *Fiesta* —apunta Lee.

—Así es, y sacaron la foto que le hice en *The Atlantic Monthly*: «retrato del escritor»; ¡si ni siquiera llevaba abrochada la camisa!

—Sin embargo es una buena foto —dice Lee—. No es fácil hacerle una foto mala a Ernest Hemingway.

Man se vuelve hacia ella.

—Coincido plenamente —dice Horst.

—Ah, casi se me olvida la mejor parte —prosigue Man—. Cuando llegó el momento de pagar, insistió en que quería regalarme un cuadro. Me dijo que no tenía dinero, pero que tenía un pequeño Picasso que Stein le había dicho que comprara. Me lo trajo personalmente. Por lo visto, no tenía ni idea de que

yo conocía a Picasso: fue como si me estuviera revelando un secreto, una auténtica oportunidad de inversión.

—¿Y aceptó usted el cuadro?

—Por supuesto que sí; ¿usted no habría hecho lo mismo?

Lee observa a Man, que no para de hablar, y experimenta una oleada de afecto hacia él. Luego observa a George y a Horst, vestidos con sus elegantes atuendos de noche, y piensa que así es como siempre se imaginó París: una comida deliciosa, vino servido en copas elegantes, ella rodeada de hombres que la tratan como si fuera una delicada pieza de cristal, esbelta, radiante y especial. Man tiene un brazo apoyado en el respaldo de la silla y de vez en cuando le acaricia el brazo, un contacto que le resulta cálido y reconfortante. Y sigue pensando, con un sentimiento de asombro, que su vida es como un gigantesco cristal que gira y cuyas distintas caras reflejan la luz de un modo distinto. ¿Quién iba a pensar que volver a trabajar de modelo sería una idea tan acertada? La está haciendo feliz. Esto es lo suyo, no lo de Man, y es una faceta de su vida que echaba de menos sin darse cuenta hasta que volvió a ella. Y sin saber cómo, sentada a esa mesa con su amante, su fotógrafo y su compañero de trabajo, tiene la sensación de que todas las caras del cristal giratorio convergen entre sí. Acerca un poco más su silla a la de Man y él la estrecha un poco más fuerte.

Es la típica cena que dura varias horas. El riesling da paso a un Borgoña potente y oscuro. Van llegando platos de comida, uno tras otro: más caracoles, rellenos con una mezcla de ajo, perejil y mantequilla que resbala irremediablemente por la barbilla; camembert al horno, tan denso y pegajoso que a Lee acaba doliéndole la lengua; *moules marinières*; un guiso de ternera que Lee no había probado nunca; judías verdes y calabacines con ajo... Y todo regado con más vino, y el vino afloja la tensión y la hace sentir flexible y contenta.

George está hablando de las fotos de moda de baño que ha hecho esta tarde. Se ha llevado a Horst y a Lee a la azotea, los ha colocado con el cielo de fondo y les ha dicho que fingieran que era el mar.

—Cuesta trabajo que *Vogue* pague para que se hagan sesiones de fotos en localizaciones —comenta al tiempo que se vuelve amistosamente hacia Man, que está recostado en su silla con una pierna cruzada, la viva imagen de la relajación—. De modo que últimamente hago estas cosas de fotografiar

primeros planos y dejar que el fondo, más que dominar la imagen, sugiera la actitud. —A continuación toma su copa y hace girar el escaso vino que queda—. Pero para el número de verano quieren una sesión de fotos de verdad y a Horst se le ha ocurrido la idea de hacerla en Biarritz o en Saint-Tropez, en la playa. ¿A que sería deslumbrante ver a estas dos bellezas rubias bajo esa luz? —Inclina la copa primero hacia Lee y después hacia Horst—. Usted conoce la revista mejor que yo; ¿cómo puedo convencerlos de que me permitan hacerlo?

George se queda mirando a Man, expectante.

—Para convencerlos necesita un motivo mejor que la luz. De hecho, estoy seguro de que las fotos que está pensando hacer allí podría hacerlas fácilmente en París. Tiene razón al decir que en estos momentos en la moda no importa tanto el entorno.

Horst se inclina hacia el centro de la mesa y baja la voz.

—Pero es que queremos ir a la playa, que nos paguen por tumbarnos en arena de verdad, con sol de verdad. —Suelta una carcajada y le guiña un ojo a Lee.

Lee y él ya han tenido la misma conversación esta tarde, sentados espalda con espalda, temblando de frío en aquella azotea barrida por el viento, sobre la plancha de madera que George les había fabricado para que pareciera un trampolín.

—Si se me enfrían más las pelotas, se me acabarán cayendo a pedazos —le había susurrado Horst a Lee, y para no pensar en el frío se habían pasado el resto de la sesión describiéndose el paraíso bañado por el sol en el que se encontrarían si estuvieran posando en la Costa Azul. En ese momento a Lee le había parecido francamente gracioso, pero ahora que Man está mirándolos como si fueran dos niños traviesos, sólo tiene ganas de cambiar de tema.

—Nunca sé si es bueno o malo fantasear acerca del tiempo soleado estando en invierno —comenta Lee—. Yo me crié en el páramo más gélido de todo Estados Unidos, así que tengo mucha práctica.

Pero Horst no quiere dejarlo. Alarga una mano por encima de la mesa y le hace una caricia a Lee en la mejilla.

—Una cara como ésta se merece el entorno perfecto. Y ésta también. —Se lleva las manos a su propia cara y la encuadra como en una foto, sonriendo exageradamente—. Quiero salir de esta ciudad, vivir una aventura.

—Pues intenta que *Vogue* te la pague, a ver si lo consigues. Por mí nunca

han hecho gran cosa —le responde Man en un tono cortante. Levanta el pico de la servilleta que lleva metida en el cuello de la camisa, se limpia la boca y después se vuelve hacia Lee—. Obviamente, aunque la negociación resultara, tú no irías: te necesito aquí, en mi estudio.

Lee observa que George y Horst intercambian una mirada, levanta su copa y bebe un largo trago de vino para poder mirar al fondo del cristal en vez de mirarlos a ellos. El momento dura una fracción de segundo, hasta que la conversación empieza a girar en torno a la última película de Dalí, que va a estrenarse dentro de pocos días, pero para Lee significa el fin del rato que tanto estaba disfrutando, y no puede evitar sentirse como en tantas ocasiones cuando era pequeña: como si la hubieran castigado por hacer algo que ni siquiera sabía que estuviera mal.

## 28

A lo largo de las semanas siguientes, Lee continúa alternando su trabajo de modelo y el estudio de Man, y no deja de acordarse de la cena con George y Horst, no deja de ver a Horst enmarcándose la cara con las manos e insistiendo en que quiere vivir una aventura. Y después se ve a sí misma en la playa con la piel tostada por el sol. Y cada vez que piensa en ello, se acuerda de la reacción de Man, y la cena entera se convierte en el momento en que se abre una brecha entre ambos. No es una brecha muy grande, sino una mera fisura en la acera que la deja a ella en un lado y a Man en el otro, una sensación repentina de que Man es un desconocido para ella y de que, quizá, ella también sea una desconocida para él.

Lee trabaja más, se queda hasta más tarde, sale a tomar copas con Horst y con otras personas que ha conocido en «Frogue». Además de su trabajo como modelo, empieza a aceptar encargos para escribir alguna que otra cosa, pequeños artículos principalmente, pero descubre que disfruta tecleando esos textos en su máquina de escribir, y que todavía disfruta más viendo su nombre en el encabezado. Traba amistad con una de las mujeres del departamento financiero, una expatriada británica que se llama Audrey Withers y que está desesperada por volver a Londres: es la primera mujer de la que se hace amiga de verdad, aparte de Tanja. Y empieza a volver a casa tan tarde todas las noches que al llegar se encuentra a Man dormido, y ya es jueves, y se da cuenta de que necesita estar más en el estudio, de que no ha tenido una conversación de verdad con él desde el domingo y ni siquiera había reparado en ello, de que ni siquiera lo ha echado de menos.

Un día, al llegar al estudio, lo encuentra encorvado sobre la mesa, escribiendo furiosamente en un gran cuaderno, con una segunda pluma detrás de la oreja y montones del papeles arrugados en el suelo, todo a su alrededor.

Al principio, Lee no presta demasiada atención a su estado de ánimo.

—¿Un té? —le propone.

Man levanta la vista un instante. No se ha afeitado y tiene grandes ojeras debajo de los ojos.

—Sí, gracias.

Lee pone la tetera al fuego. Oye cómo arranca una hoja del cuaderno, después un silencio y enseguida el rechinar de la pluma contra el papel. Cuando el agua empieza a hervir, llena la tetera, pone varios terrones de azúcar en dos tazas vacías, lo coloca todo en una bandeja y regresa al despacho con la elegancia de quien está llevando a cabo una acción perfeccionada a lo largo del tiempo. Deposita la bandeja en el borde del escritorio y le acerca una taza a Man, se queda unos minutos esperando la infusión del té y a continuación lo vierte en la taza y lo remueve con una cuchara. Durante todas estas operaciones, Man no dice una palabra, simplemente continúa escribiendo sin parar en el cuaderno.

—¿Es el resumen para el premio de Philadelphia? —le pregunta Lee, aprovechando que hace una pausa.

—Sí, por fin lo estoy escribiendo. Anoche, ya muy tarde, se me ocurrió lo que quería decir.

—Eso es maravilloso —responde Lee, y lo dice en serio. Después de prepararse el té y esperar unos instantes más junto al escritorio, agrega—: Voy a empezar a imprimir la sesión de fotos de Artaud. Dijimos que se la entregaríamos el viernes.

Man levanta la vista. Su expresión es indescifrable.

—De hecho, ¿tenemos algo esta tarde? Me encantaría hacerte varias fotos a ti. Tengo una idea para un proyecto.

Lee se sorprende. Se siente halagada: hace tiempo que Man no le toma fotos. De pronto se da cuenta de que quizá sea eso lo que está faltando entre ambos: la colaboración que había antes y que servía de motor para todo.

Lee se pasa toda la mañana trabajando y cuando entra en el estudio después de comer descubre a Man con dos de sus cámaras Graflex colgadas del cuello. Se siente casi intimidada.

Man está de pie junto a la ventana, contemplando la calle.

—Ahora mismo hay una luz excelente —dice.

Lee empieza a desabotonarse la blusa, pero él la interrumpe negando con la cabeza. La coloca junto a la ventana, con las manos apoyadas en el alféizar. Man se sitúa muy cerca de ella, con el objetivo de la cámara a escasos centímetros de su rostro y enfocándole un ojo. Enfoca y acciona rápidamente el obturador varias veces seguidas.

—¿Para qué son estas fotos?

—Todavía no puedo explicártelo —contesta Man.

Cambia a la otra cámara y de nuevo se acerca a Lee todo lo que puede. Saca fotos de ella, de su oreja, su ojo, su boca, su nariz. Lee permanece completamente inmóvil, casi sin respirar. La cámara no le deja ver la cara de Man y casi puede sentir el frío que desprende el metal del estuche. En la superficie curvada de la lente ve sus propias facciones encogidas y distorsionadas y la invade una creciente sensación de pánico ante la idea de que la cámara llegue a tocarla. No ayuda demasiado el hecho de que Man esté totalmente en silencio, ensimismado en la tarea.

—Tu ojo —le dice Man, haciendo una pausa para meter nuevos rollos de película en ambas cámaras—, cuando me acerco tanto, puedo reducirlo a pura geometría, a la proporción áurea: la veo en el momento de hacer la foto.

El corazón de Lee late con fuerza.

—No es más que mi ojo.

—Tu ojo es aquello en lo que yo lo convierto. —Delicadamente, la hace mover el hombro para que la luz le dé de lleno en la cara—. En este momento hay una hermosa sombra sobre tu iris que atravesará toda la fotografía, y quizá acerque aún más el plano a la hora de imprimir: abstracción total, geometría; eso es lo que busco.

Lee está deseando que Man se aparte un poco, que le dé espacio. Cierra los ojos, pero él sigue haciendo fotos. Los párpados de Lee aletean rápidamente. Transcurridos unos momentos ya no aguanta más y se aparta unos pasos de él.

—No puedo... Déjalo ya. —Retrocede de nuevo, hacia la sombra de la cortina, y por fin Man baja la cámara. Se miran el uno al otro durante unos instantes—. Ya no quiero más fotos.

—Pero yo sí.

Lee sale del estudio. Está temblando. Man va tras ella. Está enfadado, se

le nota en la energía que desprende.

—Tu ojo es mi ojo —dice Man. Le tiembla ligeramente la voz y tiene la boca tan tensa que se le forman dos hendiduras en las mejillas—. Tú me perteneces en todos los sentidos, lo sabes perfectamente: eres mi modelo, mi ayudante, mi amante.

Lee retrocede y se aparta de él.

—Dime que eres mía, dilo.

A Lee se le ha cerrado la garganta de tal manera que cuando vuelve a hablar su voz suena aguda y ahogada.

—Soy tuya.

Aunque acaba de contestar lo que Man quería, él no parece satisfecho. Se pregunta qué será lo que quiere, y si hay algo que pueda decir para apaciguarlo. En ningún momento dejan de mirarse a los ojos.

—No eres la modelo de nadie más, ni de Hoyningen-Huene, ni de Cocteau, ni de nadie. Y si quieres ir a alguna parte, a Biarritz o a donde sea, ya te llevaré yo.

Lee nunca lo había visto ponerse así: sujeta la cámara como si fuera un escudo, parece estar temblando. Ella también tiembla, se siente confundida: quiere huir, pero también calmarlo.

—Soy tuya —susurra. Las palabras son como piedras en su boca.

El hecho de que haya repetido la frase parece contentar a Man. Relaja los hombros, suelta la cámara y la deja colgando de la correa. En las otras ocasiones en las que lo ha visto enfadado ha sucedido siempre lo mismo: un breve estallido que se calma enseguida. Muy distinto de lo que le ocurre a ella, en quien las ascuas continúan ardiendo varios días. No obstante, se siente profundamente aliviada al ver que ha conseguido tranquilizar a Man.

—Muy bien, pues vamos a terminar la sesión: tengo unas cuantas ideas más que quiero probar.

Con estas palabras, Man parece haber dado por zanjado el asunto. Alarga una mano y le acaricia la cara.

Lee asiente con la cabeza. Regresa con él al estudio, pero le cuesta moverse, como si su cuerpo estuviese hecho de cera. Es Man quien tiene que colocarla en posición, y ella se deja hacer. Sin embargo, cuando lo ve coger de nuevo la cámara siente renacer la rebeldía en su interior. Lo mira fijamente,

aunque sin verlo; imagina que pilota un avión que sobrevuela París contemplando la cinta gris del Sena. Las gafas se le clavan en la cara y todo a su alrededor huele a humo y a combustible quemado. Su corazón palpita; agarra con fuerza el mando y orienta el avión en línea recta hacia lo alto, más allá de las nubes, donde el aire se enrarece. Cuando Man vuelve a enfocar su ojo, ella lo entrecierra para dejarlo fuera y no ver nada más que el cielo.

Más tarde, cuando por fin han terminado, Lee recoge sus cosas y se va sin despedirse. Mientras baja la escalera procurando no hacer ruido continúa sintiendo la cámara de Man pegada a su ojo y su aliento en la cara. Nada más llegar a la calle aspira una profunda bocanada de aire que luego exhala muy despacio. Se cuelga la Rollei del cuello y echa a andar en dirección norte, sin un destino fijo, pensando solamente en escapar. Camina por el boulevard Saint-Michel viendo cómo la ciudad discurre ininterrumpidamente. Al otro lado de la calle, un niño se aferra a la mano de su madre mientras chupa una piruleta gigante con la cara manchada de rosa; un hombre de pelo blanco lucha contra el viento con las manos embutidas en los bolsillos; una mujer de pie frente al mostrador de una panadería pasa la mano enguantada por todas las *baguettes* antes de decidirse por una... Una y otra vez, Lee siente el impulso de coger la cámara y sacar una foto, pero no lo hace. Deja que la vida vaya pasando sin inmiscuirse en ella, sin interrumpirla, sin capturarla; ¿quién es ella para entrometerse?

Sigue adelante y cruza el Sena, la Île de la Cité y el Pont au Change. Camina y observa. En Les Halles, dobla bruscamente a la derecha con la intención de pasear por una calle más tranquila y luego gira de nuevo hacia la rue Saint-Denis, donde están los burdeles. Ya ha ido otras veces por allí, pero sin la cámara. En esta calle reina un ambiente furtivo y disipado que casa a la perfección con su estado de ánimo. Los edificios, años atrás pintados de vivos colores pero ahora descoloridos, tienen la pintura desconchada en varios lugares y las persianas cerradas a cualquier hora del día. Hay unas pocas mujeres con las medias arrugadas y vestidos pasados de moda apoyadas contra los edificios o sentadas en los escalones de los portales con las piernas abiertas. Una de ellas le resulta familiar: tiene la nariz afilada, la boca pequeña y el cabello negro peinado en apretadas ondas. Su corpachón

amenaza con romper las costuras del vestido negro.

Lee se le acerca.

—¿Kiki? —le pregunta. Entusiasmada, empieza a manipular los ajustes de la cámara, pero en ese momento la mujer levanta la vista (gesto descarado, maquillaje corrido) y Lee se da cuenta de que no es Kiki. Pues claro que no. Vista de cerca, esta mujer no se le parece en nada. A pesar de que levanta una mano para impedir que Lee le haga una foto, ella se acerca la cámara al ojo y acciona el obturador. La prostituta se pone a chillar y a lanzarle un torrente de improperios en francés. Habiendo tomado la foto que quería, Lee se apresura a marcharse y sólo mira atrás para asegurarse de que aquella mujer no la está siguiendo.

Una vez que dobla la esquina, siente que la invade una oleada de claridad mental y de poder. Esa foto, que no necesita revelar para saber lo que contendrá, muestra a la prostituta con la boca torcida en una mueca rabiosa, el brazo extendido como el de una pordiosera, la tela del vestido estirada mientras ella se inclina hacia delante. Transmitirá un sentimiento de sorpresa, de inesperada yuxtaposición, como si, al hacer la foto en el momento exacto en que ha estallado en cólera, Lee hubiera captado lo que es en realidad: a la vez prostituta y mendiga.

En la rue Pierre Lescot hace un alto y se esfuerza por calmarse. Sostiene la cámara con las dos manos con la sensación de que está atada a su piel y totalmente conectada a ella. Sacar esa foto ha borrado a Man de su pensamiento y la ha anclado al momento presente. Las personas que van pasando por su lado le parecen destellos luminosos, fotogramas de una película que va proyectándose conforme ella camina.

Emprende el regreso hacia Les Halles. La calle está abarrotada de gente. Lee observa la vida que la rodea y empieza a volver a sí misma, o quizá llega a sí misma por primera vez. Sus párpados son como el obturador de una cámara: van convirtiendo en fotografía cada movimiento que tiene lugar a su alrededor. De vez en cuando, merece la pena conservar alguna de esas instantáneas mentales, de modo que levanta la cámara y la inmortaliza en negativo fotográfico. Cada foto que hace le parece viva e inesperada, y ella misma se siente más viva que nunca por el solo hecho de hacerla.

## 29

Ya son las seis de la tarde y los últimos rayos del sol de noviembre se inclinan sobre la ciudad; todo adquiere un tono gris a medida que crecen las sombras. Lee no tiene ganas de volver al apartamento, pero tiene que hacerlo. Le duelen los pies, lleva horas andando y está hambrienta. Va pensando en contarle a Man lo de la foto de la prostituta: la mueca de la boca formando una «o» impecable, las emociones a flor de piel, perfectamente visibles. Pero no es a Man a quien le apetece contárselo, sino a sí misma, de modo que vuelve a reproducir mentalmente la escena, revive una y otra vez la sensación de poder que ha experimentado cuando ha accionado el obturador en el momento justo.

Lee se entretiene un rato en la entrada con la esperanza de que Man no esté en casa, pero cuando por fin decide entrar oye correr el agua del baño y ve el reguero de prendas que Man ha dejado en el suelo. Hasta lo oye cantar: es esa canción nueva titulada *Un fajo de viejas cartas de amor*, llorosa y sentimental. Al oírlo se da cuenta de que no puede quedarse.

Rápidamente abre el armario y echa un vistazo a sus vestidos. ¿Cuál le sentará mejor? Escoge uno de crepé georgette verde y se lo pone a toda prisa junto con unos zapatos más cómodos que los que lleva. Después, se prende el alfiler de diamantes en el pelo y se va sin que Man sepa siquiera que ha llegado.

Aunque ya lleva varias horas andando, en cuanto vuelve a salir a la calle se da cuenta de que no está ni remotamente cansada. Tiene ganas de moverse, de estar al aire libre y sobre todo de hacer algo que desconecte su cerebro y calme los pensamientos que la atosigan.

Hasta el Palais Garnier hay una hora caminando: un paseo agradable y un destino tan bueno como otro cualquiera. Sabe cuánto tiempo se tarda porque ya ha ido allí a pie en otra ocasión, unas semanas atrás. Hace una noche tibia y

despejada, de modo que no tarda en desabrocharse el abrigo y dejarlo ondeando a su espalda. Aviva el paso, tanto que siente cómo le retumba el corazón en el pecho. Hace el trayecto de una hora en cuarenta y cinco minutos y llega al Garnier a las siete en punto, justo cuando están abriendo las puertas para que entre el público.

Compra un asiento en platea, todavía más cerca del escenario que el día que acudió con Jean. Paga con un gesto de satisfacción: es un derroche, sí, pero le apetece pagar por sí misma esta vez. Mientras espera a que los bailarines suban al escenario, se pone a leer el folleto en busca de los nombres que ya conoce: los patrocinadores, los bailarines y el equipo, los diseñadores del decorado y los músicos. De repente lo ve impreso: ANTONIO CARUSO, en la misma letra negrita que los otros nombres, pero para ella es como si destacara entre todos los demás.

Cuando empiezan a sonar los primeros acordes, el escenario se llena de bailarines. De nuevo, Lee se siente transportada. Es la expresión más pura de la emoción: sentimientos que se convierten en algo físico y se dibujan en el cuerpo. ¡Y qué cuerpos! La dureza de los huesos, el tejido conectivo que se adivina bajo la piel: todo a la vista, como a propósito para que ella pueda aprender de qué está hecho un cuerpo. Lee quisiera fotografiarlos con los decorados de Antonio de fondo: el cuerpo fibroso de los bailarines y los paneles de seda contrastando unos con otros. La fascina la fuerza de esos cuerpos y, mientras los ve moverse, piensa en el dolor que necesariamente acompaña la danza, en los pies de las bailarinas que han de ponerse de puntillas, en las cintas y vendajes que envuelven las tensas y musculosas pantorrillas de los bailarines. Su propio cuerpo es blando comparado con éstos, a excepción de sus manos, cuya piel está ajada y seca de tanto trabajar en el cuarto oscuro. Ojalá toda su piel fuera más gruesa, ojalá su cuerpo entero fuera un callo formado tras largas horas de esfuerzo y entrenamiento. Quisiera ser una persona que se esfuerza, que se pone a prueba: no quiere ser blanda.

Al finalizar el espectáculo, los miembros del público quedan tan extasiados como la última vez. Se levantan de sus asientos y estallan en aplausos. Lee también se levanta y aplaude eufórica, y procura ser la última en salir.

No sabe lo que está haciendo, ni lo que quiere. No, no es verdad: sabe lo

que está haciendo y lo que quiere, pero no le gusta reconocerlo: piensa que, si no lo reconoce, quizá no sea cierto.

Espera tanto tiempo en la entrada que llega a pensar que Antonio no va a salir nunca, pero de pronto lo ve aparecer. Reconoce su silueta ágil y esbelta; lleva una bufanda suelta y el abrigo sin abrochar. Él también la reconoce a ella. Se detiene y la mira fijamente. Lee lo mira a su vez, sin expresión en el rostro: ya ha dado un paso, ahora le toca a él. Y Antonio da un paso hacia ella, se le acerca tanto que casi puede rozarla con el abrigo.

Es tan alto que la farola de la calle proyecta extrañas sombras sobre su rostro. Tiene una constelación de pequeñas arrugas que nacen en la comisura de sus ojos y un cutis fino y delicado.

—Bueno —dice Antonio.

—Bueno —responde Lee.

—¿Te apetece ir a alguna parte?

Lee asiente con la cabeza. Sin más, Antonio para un taxi. Mientras ella se sube, le dice al conductor algo que ella no alcanza a oír. Se sientan en la parte de atrás y van viendo pasar la ciudad mientras las farolas proyectan sus halos luminosos intermitentemente sobre ellos.

Quince minutos más tarde se detienen en una callejuela conocida. Cuando Lee se baja del taxi, se da cuenta de dónde está: Antonio la ha llevado a casa de Drosso. Debería sentir algo, un poco de culpabilidad, como mínimo debería preocuparla que pueda verla algún amigo de Man, pero no siente nada. Esta vez, cuando Drosso abre la puerta y le da un beso en la mejilla, acerca la cara para sentir la presión de sus labios con más intensidad. Antonio y ella se meten en cuartos separados para cambiarse y el simple hecho de desvestirse, de quitarse el vestido que ahora comprende que ha escogido para él, tiene algo de erótico, como si se estuviera desnudando para Antonio aunque no lo tenga delante, y se pasa las manos por el cuerpo y entre las piernas antes de ponerse la bata de fría seda. Cuando vuelven a salir al pasillo, a Lee la invade una sensación de vértigo y aturdimiento tan intensa que no puede evitar soltar una carcajada.

Por debajo de la estantería de libros se filtra el olor dulzón del humo y ella se aparta mientras Antonio acciona la palanca que da paso al otro lado. Esta noche, la habitación secreta está llena de gente. Hay una docena de personas compartiendo el narguilé situado en la mesa de latón que ocupa el

centro de la estancia, todas ellas en el suelo, recostadas en cojines y adormiladas unas sobre otras. En el rincón del fondo, en un sofá, hay un grupo de hombres de bigote enfrascados en una conversación, hablando en voz baja pero acaloradamente. En alguna parte hay alguien que toca un piano repitiendo una y otra vez la misma frase; Lee tarda unos instantes en percatarse de que en realidad es el disco del fonógrafo, que se ha rayado. En cuanto se da cuenta, ya no puede pensar en nada más, pero parece que a ninguno de los presentes le importa. Va hasta el fonógrafo y coloca de nuevo la aguja al inicio del disco. Tras una pausa, la estancia se inunda con una hermosa cascada de notas. Lee respira hondo. Antonio la observa desde el otro extremo de la sala, ella le dirige una breve sonrisa y él le corresponde.

Va hasta donde está ella y señala con un ademán el carrito de las bebidas.

—Creo que mejor no —contesta ella, pero en parte quisiera sentir de nuevo en la mano el frío del vaso, como la última vez, y disfrutar de la dulce inconsciencia que siguió después.

De repente se les acerca un individuo ataviado con una bata china y un pequeño fez en la cabeza. Hace una reverencia y señala el narguilé.

—¿Tú fumas? —le pregunta Antonio a Lee.

—No.

—Qué lástima, podría ser divertido.

La frase queda flotando en el aire. Lee se acuerda de su madre: durante muchos años, Ellen tuvo guardada su jeringa de Pravaz en una repisa que había bajo el lavabo de su cuarto de baño, un lugar en el que debía de estar segura de que nadie iba a verla. Lee la descubrió una tarde, estando enferma; había ido al baño a vomitar y después de hacerlo se tendió en el suelo para sentir el frescor de las baldosas en la mejilla. Y allí estaba: un pequeño estuche de cuero negro con las iniciales de su madre en letras doradas, y dentro, sujetas con gomas elásticas, había varias ampollas de color azul y una aguja hipodérmica. Después de aquello, cada vez que entraba en el baño palpaba el lavabo por debajo sólo para ver si el estuche seguía allí, pero poco después su madre dejó de actuar tan furtivamente y el estuche pasó al bolsillo de su bata, deformando el fino tejido con su peso. Un día, mientras su madre echaba una siesta, Lee entró a verla y el ruido de la puerta la hizo removerse en sueños; se volvió y estiró un brazo desnudo por encima de la cabeza y Lee vio su piel blanca y delicada salpicada de marcas de pinchazos. Se quedó unos instantes

contemplando aquel brazo hasta que su madre volvió a moverse y ella se escabulló a toda prisa para no ser descubierta.

Ahora, en casa de Drosso, respira hondo.

—¿Qué se siente? —pregunta.

—Como si estuvieras despierto, pero no del todo —responde Antonio—: una sensación de felicidad.

El individuo tocado con el fez le tironea de la bata y señala una boquilla del narguilé que no está utilizando nadie.

—Ya soy bastante feliz —replica Lee. Le cuesta un esfuerzo decirlo y una parte de ella se pregunta si al negarse a esto no estará echándolo todo a perder con Antonio.

Pero Antonio sólo asiente, despide al individuo del fez y coge a Lee por la cintura. Ella nota, a través de la tela de seda, su mano caliente como un hierro de marcar. Antonio la conduce con delicadeza hacia otra puerta situada al fondo. Recorren un corto pasillo. Las tablas del suelo vibran bajo sus pies siguiendo el ritmo sincopado del jazz. Antonio abre una puerta al final del pasillo y entran en una estancia de gran tamaño, mucho más espaciosa que la habitación del narguilé. Todo en ella es de un color rosa suave: el empapelado de la pared, los taburetes de terciopelo, la moqueta y las mesitas a las cuales hay personas sentadas que, aunque parezca increíble, llevan batas a juego con todo lo que las rodea. Forman grupos pequeños y hablan a gritos para hacerse entender por encima de la música. ¿Quiénes serán? Están inclinados unos hacia otros, se llevan a la garganta las manos cubiertas de diamantes, echan la cabeza hacia atrás y ríen a carcajadas. Las batas de las mujeres permiten ver sus elegantes clavículas y los colgantes de color intenso que llevan en el cuello. Los hombres tienen el pecho suave, la piel olivácea y unos hombros marcados y duros que de algún modo hacen que sus batas parezcan profundamente masculinas. Son de lo más *chic*. Al fondo de la estancia hay una barra atendida por una camarera que lleva un vestido de seda que más bien parece una combinación. La pared de detrás de la barra está forrada con pan de oro rosáceo y las botellas se exhiben en baldas de cristal, de manera que toda la barra da la impresión de resplandecer desde dentro.

—Oh —dice Lee—, creo que aquí sí que voy a tomarme una copa.

Nadie les presta la menor atención. Se van hasta una mesa y, antes de sentarse, Antonio comenta:

—Yo he ayudado a Drosso a pintar esta habitación: la terminamos hace un par de meses.

—Es magnífica —contesta Lee, y lo dice en serio—. ¿La idea fue tuya?

—Sí, quería que se tuviera la impresión de estar dentro de una boca. Pensé que tenía que ser de un tono rosa sin más, pero a Drosso se le ocurrió la idea de la serpiente, de modo que la añadí.

Lee mira a su alrededor y descubre que, en efecto, el papel de las paredes es un mural pintado en color oro de una serpiente gigantesca. Cada una de sus escamas tiene el tamaño de un plato. Está adornada con dibujitos de serpientes más pequeñas y de lo que, a ojos de Lee, podría ser el Paraíso Terrenal.

—A mí no se me da muy bien inventar cosas. Sin embargo, podría hacerle una buena foto.

Antonio le retira la silla para que se siente, y ella lo hace.

—No es algo a lo que quiera dedicarme —sigue diciendo Antonio—, en realidad tampoco me interesa hacer decorados y demás, pero se me da bien: soy capaz de coger una caja y transformarla en un palacio.

A Lee le viene a la memoria el decorado que creó para el ballet: el bosque y el salón de baile que parecían tan reales, e intenta imaginar cómo debió de ser utilizar una habitación entera como lienzo y poder situar a los espectadores dentro de ese lienzo.

—¿Y a qué preferirías dedicarte?

—A mis propias creaciones, no a cosas que tenga que hacer por encargo. Pero a nadie parece interesarle lo que me interesa a mí.

—¿Que es...?

—Ah, últimamente vienen siendo cuadros hechos con óleo y encáustica. «Deprimentes y oscuros», según el único crítico que ha escrito acerca de mi obra.

—Pues a mí me encantaría verlos, seguro que me gustan.

Antonio eleva las cejas y le responde con una media sonrisa.

—¿Sabes una cosa? Puede que sí te gustaran.

Esta habitación rosa le recuerda a una fiesta de disfraces a la que acudió hace unos años en Nueva York, un evento que mereció un comentario en *The New York Times* y del que la gente estuvo hablando varios meses. A los invitados se les dijo que debían acudir disfrazados de ángeles o demonios y

que nadie debía poder adivinar su verdadera identidad. Un vez allí, dependiendo del disfraz que hubieran escogido, eran enviados a una determinada planta de la casa. Lee iba vestida de demonio, naturalmente, con una máscara de seda roja que le tapaba la mayor parte del rostro y unos mechones en forma de llamas que le cubrían el pelo y se curvaban alrededor de su cuello. La habitación a la que la enviaron estaba iluminada por luces de color rojo y tenía un enorme fuego ardiendo en la chimenea. Al poco de empezar a contárselo a Antonio, se interrumpe.

—¡Oh! —exclama.

—¿Qué pasa? —Antonio se inclina hacia ella y la mira a los ojos. La tensión entre ambos crepita igual que la leña seca en el fuego.

—Es que... recientemente he aceptado un encargo importante, y el hecho de estar aquí, en esta habitación, recordando aquella fiesta, ha hecho que se me ocurra lo que podría hacer.

Antonio espera a que continúe.

—Es una fiesta blanca: el *Bal blanc*. Madame Pecci-Blunt la organiza todos los años, pero ¿y si la hiciéramos en blanco y negro? Todos los invitados irían vestidos de blanco y sobre ellos se irían proyectando palabras e imágenes conforme fueran pasando por las diversas habitaciones, igual que la ampliadora proyecta las fotos sobre el papel fotográfico: los invitados serían el papel sobre el que nosotros imprimiríamos imágenes curiosas, palabras y frases...

—Es una idea fantástica —dice Antonio con énfasis—. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. —No se ríe, no aparta los ojos de Lee y ella sabe que su idea es buena de verdad.

En ese momento se les acerca una camarera. Antonio le pide algo y al poco regresa con una bandeja llena de objetos de cristal. Con gran ceremonia, va dejando sobre la mesa un azucarero, dos copas Pontarlier, dos cucharas con ranuras en el centro, una jarrita de agua fría y una botella con un líquido verde.

—¡Absentia! —exclama Lee.

—Drosso —dice Antonio a modo de explicación.

Acto seguido, llena el fondo de las copas con el líquido verde, que reluce como si fuera jade en contraste con el fondo rosado. Después, cada uno pone un terrón de azúcar en su cuchara y coloca ésta encima de su copa, apoyada en el borde. Antonio empieza a echar el agua, muy despacio, en la suya. Viniendo

de Antonio, ese gesto resulta sensual, incitante. El líquido verde que hay en la copa va enturbiándose. Lee coge la jarra que le pasa Antonio y hace lo mismo, consciente de que Antonio la está observando fijamente. Remueven con la cuchara, entrechocan las copas y beben a la vez. Lee siente que la boca se le llena de menta y regaliz y, al tragar, nota un hormigueo en la nariz.

Antonio bebe un sorbo, tose, se mete una mano en el bolsillo y saca su tabaco. Con un movimiento fluido se lía un cigarrillo, lo enciende y da una profunda calada que hace sisear y crepitar la brasa. Después se lo pasa a Lee, que está a punto de rechazarlo, pero luego piensa: «¿Por qué no?» Con la inhalación, el humo aviva la absenta de tal modo que le produce la sensación de estar ardiendo por dentro, como si estuviera desprendiéndose de una capa de piel para empezar otra vez desde cero. Bebe otro largo trago de absenta y da otra profunda calada al cigarrillo. No tardan en rellenar las copas y repetir todo el proceso. En el aire flota la fuerte atracción que sienten el uno por el otro como si fuera un traje que pudieran ponerse.

—Y bien... —dice por fin Antonio con expresión seria.

Lee bebe otro sorbo, apoya una mano en la mesa y Antonio pone la suya encima. Para Lee, el mundo se reduce a un único punto, en cuyo centro está Antonio.

El grupo de gente va y viene. La música se hace más fuerte, el ritmo se vuelve más insistente. Varias parejas se levantan y apartan las mesas para poder bailar en medio de la sala. Las mujeres se levantan la bata y dejan ver unas piernas esbeltas sin medias. Lee y Antonio se acercan un poco más. Alrededor de ellos el mundo gira y gira: ésa es la sensación que tiene Lee, como si en esta extraña habitación hubiera todo cuanto puede necesitar una persona. Las parejas que bailan... A medida que las contempla, el tiempo se va ralentizando, de modo que se recuesta en su asiento y deja que le vayan llegando los detalles: el cardenal en una rodilla, el reflejo distorsionado que proyecta un pendiente sobre un cuello, los gestos que hacen todos al moverse, unos tímidos y otros desinhibidos, cómo cierran los ojos al tiempo que sonrían o ponen cara de concentración. Llega incluso a captar fragmentos de conversaciones procedentes de otras mesas: «Yo cultivaba gardenias, nada menos», «conseguimos bajar de la montaña antes de que empezara a nevar en serio, pero yo había perdido un esquí», «Patrice se comporta como una auténtica descocada cuando él está presente».

Se inclina hacia Antonio, tanto que casi le toca la oreja con los labios.

—¿Sabes qué es lo que me apetece? Hacer fotos de este sitio.

Antonio le sirve más absenta.

—Eres buena en tu trabajo, ¿a que sí? Te lo tomas en serio.

Lee desconoce de dónde ha sacado Antonio esa impresión, pero no se equivoca. No sabe por qué, pero que Antonio lo sepa lo vuelve más verdadero, más que cuando se lo dijo Man, o incluso Jean.

—Claro que me lo tomo en serio. Siento que... —Mira a su alrededor, a los que están bailando y saltando, a las parejas sentadas a otras mesas—. Siento que por fin he entendido lo que intento hacer.

Cada vez que dicen algo tienen que inclinarse hacia delante para poder hablar a un volumen normal, lo cual resulta increíblemente íntimo en esa habitación tan ruidosa.

—Yo sé que el mundo... —continúa diciendo Lee— va a seguir a lo suyo con independencia de que yo haga una foto o no. Mi arte consiste en saber elegir el momento de accionar el obturador, no en preparar una escena como se haría en el teatro y luego hacerle una foto. Se trata de estar en el lugar y el momento exactos y saber reconocerlos cuando nadie más lo haría.

Antonio asiente con la cabeza.

—Me gusta lo que dices.

Lee se ruboriza. No está segura de que Antonio la haya entendido porque nunca ha expresado este pensamiento ante otra persona. Es una reflexión en curso, no una idea hecha y derecha. Con mano temblorosa coge su copa de absenta y bebe un trago largo, abrasador. Después vuelve a llenarse la copa; al contacto con la absenta, el agua va formando volutas que parecen humo.

Lo que Lee anhela por encima de todo es ese momento de resolución, de claridad mental. Desea crear momentos y capturarlos en la película, capturar la experiencia en el instante de vivirla, la sensación de estar vivo.

Observa que en el otro extremo de la sala la camarera le tiende a un hombre una copa de vino como si fuera una rosa; otro individuo agacha la cabeza y se frota la nuca... La sala huele a perfume y licor, y la humedad que desprenden los cuerpos flota en el aire, «exactamente», piensa para sí, «como debió de imaginarla Antonio cuando decidió darle la apariencia de una boca».

Lee coge la botella de absenta y vuelve a llenar la copa. A continuación, se

inclina sobre la mesa y lo besa.

Horas más tarde, borrachos y con el cuerpo abotargado, toman un pasillo oscuro situado en una zona del piso de Drosso que Lee cree no haber visto aún. Antonio la lleva fuertemente agarrada de la mano, el dedo pulgar de ella roza la muñeca de él.

Alguien camina hacia ellos en la semioscuridad.

—Necesitamos una habitación —farfulla Antonio.

La otra persona no contesta, se aleja tambaleándose.

Empiezan a probar los picaportes, uno tras otro, entre risas, soñolientos y alerta a la vez. ¡Cuántas puertas! Abren una, ven que da a un cuarto de baño y se miran entre sí. Casi estudian la posibilidad. Antonio rodea a Lee con el brazo, su enorme mano la aprieta con fuerza. Despide tanto calor que Lee se siente como si se estuviera fundiendo.

Por fin, al fondo del pasillo se topan con una puerta de doble hoja con dos grandes picaportes gemelos.

—¿Éstos son...?

Lo son: dos gigantescos penes erectos forjados en bronce, curvados desde la base para formar un tirador.

—¿Crees que representan... —empieza Lee, pero la interrumpe un hipo— el pene de Drosso? —Comienza a reírse y teme no poder parar.

—Es probable.

—Pues son muy... impresionantes.

Sin embargo, Antonio se limita a tirar de ellos y conduce a Lee hasta un enorme dormitorio que debe de ser el de Drosso. Antonio, que hasta donde Lee sabe es un hombre de pocas palabras, no deja de susurrarle cosas al oído con una voz grave y áspera. Las cosas que quiere hacerle, todas las maneras como va a follarla.

—Sí —responde ella—, sí.

Quiere decir más, pero su boca no se mueve como es debido, y tampoco quiere perderse lo que Antonio le está diciendo.

Encuentran la cama. Se quitan la ropa y la dejan tirada en el suelo: sólo quieren estar piel con piel. Lee se tiende de espaldas, Antonio se arrodilla entre sus piernas y la agarra por la cintura para levantarla y colocársela

encima. Se desliza dentro de ella sin esfuerzo. Lee aprieta los muslos contra él y nota el afilado borde de los huesos de su cadera conforme va moviéndose encima y fijando el ritmo. Cada vez que ella se levanta, Antonio eleva las caderas para acudir a su encuentro. Con cada embestida de Antonio siente lo mismo que ha sentido al beber la absenta: como si estuviera arrancándose una piel vieja y dejando que crezca otra nueva. Se inclina hacia delante y le pasa las manos por todo el cuerpo: va palpando cada centímetro de su piel. Después se mete una mano entre las piernas y acaricia la base de su polla para comprobar lo dura que está. Llegado un momento, deja de pensar del todo. No hay más que humo, calor y regaliz, la sensación de ambos cuerpos moviéndose uno contra el otro. Su orgasmo, cuando llega, es una ola salvaje y devastadora. Intenta retrasarlo todo lo que puede, pero estalla igualmente, arrasándolo todo, y Lee se pierde en él, ajena a lo demás, y se deja invadir por la ola negra que rompe sobre ella y la arrolla.

Más tarde, Lee está tumbada al lado de Antonio con la cabeza apoyada en su hombro. La habitación está en penumbra. Contempla el empapelado de la pared y deja que su visión se vuelva tan borrosa que el dibujo de ramas y flores parece ondular en la pared. También puede ser que las flores estén ondulando de verdad. Las observa en la semioscuridad, fascinada. Luego desvía la mirada y se pone a contemplar el perfil de Antonio. Está mirando hacia el techo, sin pestañear. Lee le acaricia el brazo hasta que él vuelve la cabeza.

—¿En qué estás pensando? —le pregunta.

Antonio se incorpora sobre un codo para poder mirarla bien.

—Pues verás: estoy pensando en que ni siquiera sé quién eres en realidad.

En su estado de embriaguez y saciedad, Lee se para a reflexionar un instante. Podría responderle que ni ella misma sabe quién es, que nunca lo ha sabido, que a veces tiene la sensación de ser una vasija vacía que ha de llenar quienquiera que ella sea en realidad o lo que sea que esté haciendo. Tiene la impresión de que tal vez Antonio la comprenda; sin embargo, le contesta:

—¿Y eso importa?

Antonio se vuelve hacia ella.

—Yo creo que sí, porque quiero volver a verte. ¿Volveremos a vernos?

Lee nota que se le está pasando la borrachera. De repente, sin querer, piensa en la lista de excusas y coartadas que va a tener que inventarse para

ocultarle esto a Man, y el mero hecho de pensarlo le resulta agotador. No se imagina repetir la experiencia de esta noche, una vez vivida.

Contempla cómo juegan las sombras sobre el pecho de Antonio y la línea de vello oscuro que le baja por el estómago.

—Pues claro que sí —contesta.

—¿No estás con Man Ray? Me pareció entender que...

—¿Y si así fuera?

Antonio levanta las manos en ademán conciliatorio.

—No tienes por qué darme explicaciones. Me acordaba de ti por la otra vez que nos vimos, y luego me pareció verte con Man Ray en Le Dôme. Se os notaba..., me dio la impresión de que erais felices.

Lee visualiza lo que Antonio debió de ver en aquella ocasión. El objetivo de la cámara abre el ángulo y ella vuelve a encontrarse en medio de la foto, sonriendo. Man la rodea con el brazo en ademán protector, posesivo. Man ve a un conocido, le sonríe, lo saluda con la mano y luego se acerca a hablar con él. Si ella quisiera hacer una fotografía de esa escena, ella misma aparecería observando a Man sin que nadie se dé cuenta, apartada y hambrienta. Pero ¿qué sería lo que vio Antonio? ¿Amor, bajo la superficie? No tiene forma de saberlo. Ese momento se ha ido; en realidad, nunca llegó a existir.

—Éramos felices —responde Lee. Acto seguido, se sienta en un lado de la cama y se pone a buscar su bata hasta que, por fin, la encuentra junto a la puerta, enredada con la de Antonio. Recoge las dos y le lanza a Antonio la suya. Él hurga en el bolsillo, encuentra su tabaco, se sienta para apoyarse contra el cabecero y empieza a liar un cigarrillo sobre el muslo.

Lee va junto a él y lo besa largamente. Ninguno de los dos quiere ser el primero en interrumpir el beso. Antonio sabe a humo y azúcar. Lee siente un nudo en el estómago y tiene que hacer un esfuerzo para no tumbarse otra vez a su lado. En vez de eso, se aparta de él.

Lo cierto es que Antonio es un desconocido. A quien ella conoce es a Man; Man es el hombre con el que ha construido una vida, el que la ha convertido en la persona que es. Intenta imaginar cómo sería abandonarlo. Se llevaría todas sus cosas del apartamento, ¿y adónde iría? ¿A vivir con Antonio? Este hombre es simplemente otro Man, pero uno al que no conoce y que todavía no la ama. En cambio, Man la ama. Su enfado de esta tarde, su empeño en acercarle la cámara a la cara, es una reacción al hecho de que ella está alejándose cuando

lo que debería hacer es acercarse más. No se imagina la vida sin él.

—Me he equivocado, no puedo volver a verte.

Antonio ríe con incredulidad.

—Eres una mujer misteriosa.

—Supongo que sí.

—Si cambias de opinión... —Deja la frase sin terminar.

Lee se acerca, vuelve a besarlo y recorre su pecho con la mano. Acto seguido se levanta y sale por la puerta para regresar a casa.

El sol ya está tiñendo el cielo de rosa cuando Lee regresa al apartamento. Mientras volvía a ponerse su ropa en el vestidor del piso de Drosso, después de despedirse de Antonio, se ha mirado al espejo (los labios hinchados, los ojos manchados de maquillaje, el cabello desaliñado y sucio) y sólo le ha venido a la cabeza la palabra «destrozada». Se ha acercado al pequeño lavabo, ha abierto a tope el grifo del agua fría y se ha mojado la cara, los ojos y la nariz. Se ha frotado hasta eliminar todo resto de maquillaje y luego se ha pasado las manos por el pelo para intentar domarlo un poco. A continuación se ha quitado la bata, la ha metido debajo del grifo y se ha frotado tan fuerte como ha podido la entrepierna y las axilas. Pero respecto de lo demás no ha podido hacer nada: el olor a tabaco en los dedos, el aspecto cansado del rostro, el gesto adusto del sentimiento de culpa que se ha extendido por toda su persona como una versión más basta y menos aguda de sí misma.

No se le ocurre nada que pueda decirle a Man, ninguna excusa para explicar dónde ha estado. Entra en el apartamento no ya temblando, sino vibrando de pura preocupación, sudando por cada poro. Quizá Man esté todavía durmiendo o haya salido ya en dirección a su estudio; quizá pueda retrasar un poco más el momento en el que tenga que enfrentarse a él.

Pero al entrar en la cocina lo encuentra sentado a la mesa tomándose un *espresso*. Man levanta la vista hacia ella y la mira con curiosidad, como si llevara varios meses sin verla. Con toda calma, se lleva la taza a los labios y bebe un sorbo.

—¿Dónde has estado? —le pregunta.

Lee se quita el abrigo y lo deja doblado sobre el respaldo de una silla sin saber muy bien si eso es lo que haría normalmente. Antes de hablar se aclara la garganta.

—Jean está otra vez en París. Ha vuelto de Roma. Me tropecé con él en la calle cuando iba al estudio y me dijo que quería enseñarme la película. Es muy buena. Estoy deseando que la veas. Lamento haberte preocupado.

Es una mentira plausible. Es cierto que Jean ha vuelto: le escribió desde Roma para comunicarle que volvía a París, pero ella no ha encontrado un hueco para ir a verlo. Fácilmente podría haberse tropezado con él por el barrio. Ha ensayado un poco mientras iba hacia allí, pero ahora lo que dice incluso a ella misma le suena forzado.

—Ah —responde Man, y vuelve a dejar la taza de *espresso* en el plato con tanta delicadeza que no hace el menor ruido—: Estoy deseando verla.

—Sí, me muero de ganas por enseñártela. Ya no falta mucho, Jean dice que sólo le quedan unos cuantos retoques en el montaje y estará lista, pero las partes que he visto son muy buenas, buenísimas. Quiero que las veas.

Está hablando demasiado rápido. Man se levanta, deja la taza en el fregadero y se dirige hacia el vestíbulo. Coge su abrigo y sus llaves, abre la puerta y se vuelve un momento hacia Lee.

—¿Te veo luego, cuando vuelvas de *Vogue*? —le pregunta. No parece enfadado, tiene los labios curvados en lo que podría ser una sonrisa.

Antes de que ella pueda responder que sí, sale y cierra la puerta.

## VIENA, SEPTIEMBRE DE 1945

Lee le pone *Warum* al gatito («por qué», en alemán) tras encontrarlo en el canalón de una alcantarilla de Viena. Cabe perfectamente en el bolsillo de su abrigo y lo oye ronronear como una motocicleta mientras hace cola para que le entreguen el permiso para viajar a Moscú. Allá adonde va necesita permisos por triplicado, y todos los burócratas con los que habla son desorganizados e incompetentes. De todos los antiguos baluartes nazis, el que más odia es Viena.

La Viena liberada es una ciudad de contrastes. Por la noche, los austríacos se entregan a la música. Jubilosos clavicémbalos y alegres violines recorren las calles. Las salas de conciertos están abarrotadas de gente, pero a Lee las óperas que antes la fascinaban ya no la emocionan. Una noche acude a un espectáculo de marionetas y los cuerpos flácidos de los muñecos le recuerdan tanto a Dachau que se ve obligada a salir huyendo del teatro para no ponerse a gritar.

Lleva varias semanas atrapada allí, tiempo suficiente como para que la alcance el correo: un fajo de cartas de Roland más grueso que su propia pierna. Las lee en la cama y ríe cuando *Warum* intenta arañarlas con la pata. El tono de Roland es de insistencia y preocupación. Quiere que regrese a casa. La guerra ya ha terminado, Hitler ha muerto y no se le ocurre ninguna razón para que ella siga lejos.

A la luz del día, lo único que Lee ve son señales de privación: muchachas con el abrigo de un muerto mendigando comida entre los escombros de su propia ciudad; recién nacidos desnutridos que llegan a los hospitales flacos como palillos, con el pecho agitado y respirando con dificultad. Si escribiera a Roland, le diría: «Por esa razón continúo aquí, para arrojar un poco de luz en medio del sufrimiento, que no ha acabado con la guerra». Sin embargo, no

escribe nada.

Una tarde, se lleva una sorpresa al ver que *Warum* no está en el bolsillo del abrigo. Vuelve sobre sus pasos y va deteniéndose en los puntos de control por los que ha pasado unas horas antes y muestra los mismos permisos que ya ha mostrado anteriormente. Con cada minuto que pasa se convence más de que no lo va a encontrar. Sigue buscando hasta que se pone el sol y finalmente se rinde y emprende el regreso a su alojamiento. Pero de pronto ve algo en la calle, junto a la puerta del hotel, que le llama la atención. Es *Warum*, en otro canalón, con las patas traseras aplastadas, la espalda arqueada como un luchador, el cuerpo ya frío y rígido. «¿Por qué?», se pregunta.

Lo recoge y se pone a arrullarlo. Pasan horas hasta que reúne las fuerzas necesarias para separarse de él. Usando su pañuelo a modo de sudario, lo envuelve y lo entierra en unos escombros que hay cerca de allí. No merece la pena encariñarse con nada si todo te será arrebatado finalmente.

## 30

Una vez que Man ha salido del apartamento, Lee se queda a solas con su sensación de que lo ha traicionado. Como una autómatas, se arregla para ir al trabajo y luego va andando hasta *Vogue* con la cabeza gacha, con toda la atención centrada en sus pies. Hace un frío cortante, pero no lo percibe: su mente no hace sino reproducir las escenas de la noche anterior.

La fecha de cierre del siguiente número de la revista es la próxima semana, y a medida que el momento se va acercando siempre hay un aumento de la actividad y la energía. Cuando llega, en las oficinas reina el frenesí: modelos, ayudantes e ilustradores corren de un lado para otro como si con sólo moverse deprisa fueran a conseguir terminar el trabajo a la hora prevista. Unas pocas personas la saludan al cruzarse con ellas en el pasillo, pero Lee va directamente hacia uno de los vestidores y se sienta en una silla. Le cuesta trabajo creer que hoy tiene una sesión de fotos; no ha dormido nada, y duda que incluso George tenga el talento suficiente para disimular las bolsas que descubre bajo sus ojos cuando se mira en el espejo.

Man debe de saber exactamente dónde estuvo anoche; debe de saber que, durante varias semanas, cada vez que estaba con él se imaginaba que las manos que la tocaban eran las de Antonio, que era el cuerpo de Antonio el que veía en la oscuridad. O quizá no, quizá no tenga la menor idea. Se aferra a esa posibilidad y al momento siente que la invade la indignación. ¿Cómo es posible que no tenga ni idea? ¿Puede ser tan necio?

De pronto, la puerta se abre con un chirrido y entra Horst. Mira un instante a Lee y le dice:

—Parece que te haya atropellado un tren.

Lee deja escapar un gemido, agacha la cabeza y se frota las sienes. Horst se sienta frente a ella en otra silla, las piernas estiradas, una encima de la otra

a la altura de los tobillos.

—¡Dios! A George no le va a gustar nada esto. Me parece que hoy vamos a hacer la sesión de los sombreros. —Se inclina hacia delante y la escudriña de cerca—. ¿Has estado llorando?

—No —contesta Lee como si escupiera la palabra—. Además, tú tampoco estás tan sexy.

Horst se mira en el espejo y se sonríe a sí mismo de oreja a oreja.

—Estoy maravilloso, lo sabes perfectamente.

Se supone que Lee debería reírle la gracia, pero no lo hace. Horst se vuelve otra vez hacia ella con un gesto de preocupación.

—Vamos a trabajar —dice Lee.

La sesión de fotos transcurre sin incidentes. La maquilladora logra hacer un pequeño milagro con Lee, pero al terminar, cuando se da cuenta de que tiene que volver a casa, la invade la misma sensación que antes, como si tuviera la lengua tan hinchada que no pudiera hablar.

Horst y George están charlando en el pasillo, coqueteando como siempre. Lee se espera. Por regla general, Horst la acompaña a casa, y ahora ella desea su compañía más que nunca, para impedir que su cerebro siga dándole vueltas a lo mismo una y otra vez.

Cuando salen a la calle descubren que hace más calor que antes: el viento ha amainado. Echan a andar por el boulevard Raspail, cuyos bares y cafés están llenos de gente que, al igual que ella, no desea irse a casa. Las risas de la gente y los ruidos de la calle la están poniendo nerviosa, y al cabo de unas cuantas manzanas gira para caminar por una calle más tranquila, seguida de Horst. Pasan por delante de una tienda de ropa de caballero que exhibe en el escaparate una selección de corbatas de seda y Horst se detiene sin más.

—¿Te importa esperar un minuto? Me encanta esa de color azul —le dice, y se mete en la tienda.

Lee se queda en la acera y aprovecha la oportunidad para intentar calmar su desbocado corazón. Horst lleva ya cinco minutos dentro, luego diez. Mira a través del cristal empañado del escaparate y lo ve gesticulando delante de un espejo con cuatro corbatas anudadas al cuello. Se sienta en el escalón de la entrada. Enfrente de la tienda hay una farola empapelada con una profusión de carteles y folletos: gatos perdidos, bistrós nuevos, anuncios de películas a

punto de estrenarse... Y, de repente, entre ellos descubre una cara conocida. Se levanta y se acerca a la farola. ILSE BING Y CLAUDE CAHUN: OBJETOS Y OBJETIFICACIONES, dice el cartel, que incluye fotografías de ambas mujeres debajo del titular y, más abajo, una de las fotos de bailarinas de Ilse y uno de los autorretratos de Claude. PIERRE GALLERY, DICIEMBRE DE 1930 - ENERO DE 1931.

—Joder —susurra Lee.

Arranca el cartel y lo sacude. Ilse y Claude, esas dos lo han conseguido. Y en la galería Pierre, donde ni siquiera Man ha logrado exponer. Si ella hubiera manejado las cosas de manera distinta, si meses atrás se hubiera hecho su amiga, a lo mejor ahora estaría exponiendo con ellas.

—Joder —repite, esta vez más alto. Blasfemar varias veces la hace sentir mejor, la ayuda a desahogarse.

Momentos más tarde Horst sale de la tienda con dos cajas de corbatas bajo el brazo. Lee se da prisa en arrugar el folleto y arrojarlo a una papelera, y después finge una sonrisa y vuelve con Horst, que le enseña las corbatas, y parece contentarse con caminar en silencio a su lado.

Toman un pequeñito atajo que atraviesa el Cimetière du Montparnasse, cuyos majestuosos olmos forman una amplia arcada sobre los senderos. Lee no recuerda un día en el que se haya sentido peor que hoy. Cruza los brazos y se los frota con las manos en un intento de entrar en calor.

—¿Seguro que no te pasa nada? —le pregunta Horst por fin.

Lee levanta el rostro.

—Estoy bien.

Horst asiente con la cabeza. Lee observa su expresión ingenua, la naturalidad con que sujeta las cajas de las corbatas debajo del brazo, las marcas que ha dejado el peine en su cabello perfectamente peinado hacia atrás, su actitud de satisfacción consigo mismo, su vitalidad, y de pronto la invade un intenso sentimiento de rechazo.

—George y tú —le dice a bocajarro—: todo el mundo está al corriente de lo que hay entre vosotros.

Horst frena en seco, frunce el entrecejo y mete los puños en los bolsillos.

—Eso no le incumbe a nadie —replica—. Además, no está pasando nada.

—No digas tonterías, todo el mundo sabe que llevas meses deseando

follártelo.

Horst retrocede un paso, como si Lee le hubiera dado una bofetada. Por la cara que pone, Lee se da cuenta de que se ha pasado de la raya, pero todo esto la ha ayudado a liberar parte de la presión que sentía por dentro.

—Qué vergüenza. Todos esos chismorreos. Hacedlo ya y acabad con ello de una vez.

—Pero ¿¿qué demonios?! ¿Se puede saber qué te ocurre?

Sí, ¿qué le ocurre? Horst la mira parpadeando con sus largas pestañas. Horst es una persona agradable, una de las más agradables que ha conocido en París, un tipo sin complicaciones y un buen compañero de trabajo.

—Perdona —dice por fin—, no sé qué mosca me ha picado.

—Pues hazte una idea. Últimamente no resulta que digamos divertido estar contigo. —Horst echa a andar de nuevo apartando de una patada los guijarros más grandes del camino, y cuando ve que Lee va tras él levanta una mano para frenarla—. ¿Sabes una cosa? —le dice, volviéndose—. Te iría mucho mejor en la vida si trataras a las personas como te gustaría que ellas te trataran a ti.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Horst duda un momento y luego dice:

—Mira. Cuando quieres puedes ser divertida, pero llevamos trabajando juntos... ¿cuánto tiempo? ¿Y qué es lo que sabes de mí? Nunca parece que te interese nada que no seas tú misma. Si yo te interesara lo más mínimo, sabrías que ya le tiré los tejos a George y que él me rechazó. De manera que, si hay chismorreos, ninguno dice la verdad —concluye, mirando el camino con el ceño fruncido.

—Lo siento...

—¿En serio lo sientes?

Horst niega con la cabeza, a continuación da media vuelta y enfila el sendero que se dirige al lado sur del cementerio. Lee se lo queda mirando hasta que desaparece al doblar una esquina, y aún permanece unos minutos más, inmóvil, en el mismo sitio, sin saber qué hacer. Dado su estado de ánimo, le da miedo hacer cualquier cosa: teme destruir algo más.

A casa no puede ir. No puede estar allí, en un espacio que comparte con Man, aunque Man no esté. Y tampoco puede estar a solas consigo misma, de modo que se dirige hacia Les Deux Magots: allí podrá tomarse un té y

procurará que su estado de ánimo mejore. Pero cuando va andando por la rue des Plantes se acuerda de que Jean ha vuelto. Cambia de dirección y pone rumbo al apartamento de Jean, desesperada de pronto por ver una cara amiga.

Cuando Jean abre la puerta, Lee prácticamente se arroja en sus brazos.

—¡Ratón! —exclama él, al tiempo que la toma en sus brazos y la levanta—. Estaba pensando que si tardabas un poco más en contestar a mi carta iba a tener que ir a buscarte, ¡pero aquí estás!

Pasan al cuarto de estar de Jean, que le sirve una copa de vino. Pero a Lee nada más verla se le revuelve el estómago. Jean toma asiento frente a ella y empieza a hablarle sin parar de Roma, del novísimo tren en el que ha vuelto a París y de todos los cambios que ha introducido en la película.

—Es muy muy buena —afirma—. Si no fuera obra mía, diría que es brillante. Perdóname, voy a utilizar ese término de todas formas: es una película brillante, y tú, querida mía, sales brillante.

Lee sonríe por primera vez en todo el día.

—¿De verdad?

—¿Crees que exageraría? Todo el mundo está encantado. El vizconde la adora. Bueno... —en este punto, por el semblante de Jean cruza una sombra—, todo menos el final. Vamos a tener que modificar el final, pero no tiene nada que ver contigo. Tengo que pedirle a Anush que regrese para filmar de nuevo esas escenas... ¡Ah! ¿No te has enterado? Anush va a tener un hijo.

Lee no se había enterado: no ha mantenido el contacto con ninguna de las personas que participaron en la película excepto con Jean, y cuando éste empieza a hablarle de Anush y de los demás, nota que va calmándose un poco. A Anush le caía bien, Anush la aceptaba tal como era. Les caía bien a todos. No necesita la amistad de Horst, y si Man está enfadado con ella, puede que tampoco lo necesite a él.

—Cuando hagas otra película, ¿me permitirás participar?

—Puedes participar en todas mis películas si te apetece —responde Jean con gesto teatral, llevándose una mano al corazón.

Lee se imagina a sí misma entrando de nuevo en el set de Jean y dejando atrás su pasado.

—¿En qué vas a trabajar ahora?

Jean coge su copa, que aún no ha tocado, y bebe un sorbo.

—¡Quién sabe! Es posible que pasen varios años antes de que vuelva a hacer otra película. Tiene que ocurrírseme una idea. En este momento estoy escribiendo poesía, pintando, hablando con Diaghilev, que quiere que me encargue del proyecto de su nuevo ballet.

El mero hecho de oír la palabra «ballet» le provoca un escalofrío. Se recuesta en el sofá y la invade una náusea al recordar la noche pasada. Jean, siempre atento, se percata al instante.

—¿Qué sucede?

La mira fijamente, perforándola con sus ojos castaños. Lee sabe que no debería contarle a nadie lo que ha hecho, pero siente un impulso incontrolable de decírselo a Jean, de depositar su sentimiento de culpa a los pies de otra persona, alguien que se preocupe por ella.

—He hecho algo muy malo —susurra mirándose las manos.

Jean se pasa al sofá y le agarra las manos.

—¿Qué puedes haber hecho que sea tan terrible?

Lee carraspea e intenta tragar saliva.

—¿Sabes quién es Antonio Caruso?

Por el rostro de Jean cruza una sonrisa triste.

—Por supuesto.

—Pues yo... he estado con él. Anoche. Man no lo sabe, o no estoy segura. Anoche no volví a casa. Llevo dos días sin dormir. —Lo suelta todo seguido, atropelladamente.

Jean ha cerrado los ojos y aún tiene una sonrisa en la cara.

—¿Jean? —pregunta Lee.

—Perdona. —Abre los ojos—. Estaba imaginándoos a Caruso y a ti juntos. Es un hombre muy atractivo. Siempre estoy inventando razones para necesitarlo en mi set sólo para poder mirarlo.

A Lee le entran ganas de echarse a reír, pero está demasiado nerviosa.

—No sé qué hacer —dice en un susurro.

Jean tamborilea con los dedos sobre su pierna.

—Cuando Man Ray estaba con Kiki —dice él— era frecuente que se gritaran en la calle. Los oía todo el mundo. Provocaban muchos comentarios. En cambio de ti no he oído decir nada.

—Nosotros nos gritamos en privado —replica Lee con una risa ahogada.

—Ah. En fin, el mismo perro con distinto collar, como suele decirse. Man siempre estaba diciéndole a Kiki lo que tenía que hacer, así que imagino que hará lo mismo contigo.

—Sí.

—Kiki... —Jean la descarta chasqueando los dedos—, Kiki no me importa, pero tú... no debes permitir que nadie te diga lo que tienes que hacer.

Lee se tapa la cara con las manos. ¿Cómo podría explicarle a Jean lo que Man significa para ella? Aunque Man no le cayese mal, no está segura de que lograra hacer que lo entendiera.

—¿Te acuerdas de la noche en que tú y yo nos conocimos, y me llevaste a la fuente y me preguntaste si estaba enamorada de Man?

—Sí.

—Me he acordado muchas veces de esa noche. No quise decirte lo que sentía por Man porque eras un desconocido, de modo que te respondí que no sabía qué era estar enamorada. Y eso es lo que siento en ocasiones... En mi relación con Man, en cualquier relación, hay muchas cosas que no ve nadie, que no se le pueden explicar a un desconocido; por lo menos yo no puedo, pero me arrepentí de no haberte contado una cosa aquella noche: hace unos meses, trabajando a solas en el cuarto oscuro, sentí que me subía un ratón por la pierna...

—Un ratón por la pierna de Ratón —remarca Jean interrumpiéndola.

—Ja, sí. Bueno, pues encendí la bombilla del cuarto oscuro y expuse mis negativos a la luz, y milagrosamente no se estropearon, y después de aquello Man y yo nos pusimos a trabajar juntos para reproducir la técnica, y la perfeccionamos, y las fotos que hicimos los dos juntos son las que más me gustan de todas las que he hecho en mi vida. Creo que fue en ese momento cuando supe que de verdad podía ser artista.

Deja escapar un suspiro.

—Todo el mundo —dice Jean— tiene un momento en el que pasa de intentarlo a llevarlo a cabo. Yo también lo tuve: viví algo parecido con un profesor. Pero tú siempre has sido artista, eso lo ve cualquiera.

Lee asiente con la cabeza, pero la verdad es que no se lo cree.

—Quizá —acepta al fin—, lo que sé es que nunca he sido más feliz.

—Ah, eso es otra cosa.

—Sí.

Jean extiende las manos.

—¿Quieres saber qué opino? Opino que te has acostado con Caruso porque es muy guapo y tú eres muy guapa. Eres joven y aún estás descubriendo cosas. Cuéntaselo a Man Ray o no se lo cuentes, eso es cosa tuya, pero no te sientas mal por lo que has hecho: de ahí no va a salir nada bueno. Tú eres una artista y los artistas ansían vivir experiencias porque eso los incita a crear.

Sería facilísimo mostrarse de acuerdo con Jean: ella misma se ha dicho eso en varias ocasiones. Pero utilizar el deseo de vivir experiencias como excusa para tener una aventura no es más que eso, una excusa, una manera de absolverse a sí misma de la falta cometida. Y los motivos por los que se ha acostado con Antonio están tan enmarañados en su cabeza que no hay forma de explicárselos a Jean. No todos tienen que ver con Man, pero eso no cambia el hecho de que ha hecho algo para herirlo.

—Si no se lo cuento —dice— siempre habrá una mentira en nuestra relación.

—Pues cuéntaselo.

—Pero entonces no habrá una relación. Man nunca... nunca me traicionaría como lo he traicionado yo. —Siente el escozor de las lágrimas en los ojos y se los limpia con el dorso de la mano.

—Mmm. Pues, en ese caso, Ratón, eres una persona afortunada —le dice Jean palmeándole la pierna—. Tal vez lo mejor sea no darle más vueltas al asunto, al menos por el momento. ¿Quieres que te enseñe la película?

Pasan a un cuarto que hay al fondo del apartamento, donde las persianas están cerradas y hay un proyector preparado. Se ponen a ver la película y cuando llegan a la parte en la que sale Lee con los ojos cerrados deslizándose por el escenario como una estatua que cobra vida, Lee ahoga una exclamación y observa la escena aguantando la respiración. Jean la mira, le coge una mano y entrelaza fuertemente sus dedos con los de ella.

—¿Lo ves? —le dice Jean una vez terminada la proyección. Se levanta y apaga el proyector—. Brillante.

Ya ha pasado la hora de cenar y Lee sabe que tiene que marcharse. Ahora está más tranquila, y eso que aún no sabe muy bien lo que va a decir o hacer cuando vea a Man. En la puerta, Jean le da un abrazo y le susurra al oído:

—Cuídate, Ratón.

Ella prolonga el abrazo un poco más de lo necesario y después se va.

Man no ha dejado la nota en el sitio habitual de la mesa del comedor, tampoco en la cocina, ni en el mueble que hay junto a la puerta; está en el dormitorio, colocada sobre una almohada, debajo del cuadro a medio terminar. Está doblada por la mitad, escrita en el elegante papel de carta que compró años atrás, y en el que hizo imprimir su monograma, cuando se sentía casi rico.

Lee se sitúa debajo del cuadro que representa sus labios y empieza a leerla.

*Amor mío:*

*¿Eres consciente del poder que tienes, del poder que ejerces en mí? Creo que, si lo fueras, no me harías daño de esta manera, no me asegurarías que quieres comprometerte conmigo para después dejarme constantemente perplejo, constantemente confundido; no me convertirías en un hombre que necesita pedirte ese compromiso.*

*Tengo que ausentarme de París durante unos días, quizá muchos. No puedo escribir, ni pintar, ni hacer fotografía cuando lo único en lo que pienso es en ti. No veo otra solución que marcharme durante una temporada. Si quieres escribirme, puedes mandar las cartas a la dirección de Arthur y Rose. Lamento marcharme cuando el Bal blanc está a la vuelta de la esquina, pero estoy seguro de que sabrás encargarte tú sola.*

*Tuyo para siempre,*

*M.*

Repasa la nota una segunda vez y luego una tercera. ¿Se habrá enterado de lo sucedido? ¿Acaso importa? En el dormitorio se respira aún la presencia de alguien que ha partido hace poco. Lee se imagina mentalmente la escena: ella corriendo como una loca por las aceras atestadas de transeúntes, agitando frenéticamente la mano para detener un taxi y encontrando a Man en el preciso momento en que éste se dispone a subir al tren, llamándolo a gritos hasta que él la vea. Pero es una escena ridícula, impostada. En ella, Lee no aparece cubierta del persistente hedor de la traición.

Deja la nota, va hasta el armario, saca su bata y se la pone. Luego va a la

cocina y se prepara un té. No está prestando ninguna atención a lo que hace. En el apartamento reina el silencio. En la calle que se ve al otro lado de la ventana la gente parlotea y a lo lejos se oye el aullido, cada vez más nítido, de una sirena de la policía. Por debajo de la preocupación que lleva todo el día carcomiéndola, siente algo distinto: va a tener que encargarse ella sola del *Bal blanc*. Ya sabe lo que va a hacer: va a poner en práctica la idea que se le ocurrió anoche en el piso de Drosso. La sensación que la invade es tan nueva y limpia como incipiente; todavía no sabe qué nombre ponerle.

## 31

Los días van transcurriendo sin que Lee se dé cuenta. Como nadie la ve, se queda en la cama: se le pegan las sábanas. Bebe café con el estómago vacío, come aprovechando sobras. Sin la presencia de Man, el apartamento es una caverna; las luces están apagadas y aun así se tapa la cabeza con las mantas.

Tumbada en la cama, puede ver lo que hay en la pared de detrás: el cuadro que ha pintado Man. Pasa los dedos por la gruesa textura de la pintura seca. Desde ese ángulo los labios pintados se parecen todavía más a dos cuerpos. Ojalá estuviera Man a su lado, ojalá no se hubiera ido.

La misma cantinela se repite una y otra vez en su cabeza hasta que acaba harta de pensar. Antonio parecía simplemente una prueba para su mala cabeza: una comprobación de hasta dónde era capaz de llegar; ahora, en cambio, es la fuente de una tristeza que no consigue quitarse de encima. Estira los brazos y las piernas hasta los bordes de la cama sin encontrar los límites de su arrepentimiento.

Al cabo de unos cuantos días decide que tiene que reaccionar: comprar algo de comida, ponerse a trabajar. En la calle brilla un sol cegador, de modo que se pone unas gafas oscuras y se cala bien el sombrero. Sale a hacer los recados sintiéndose como una actriz, más todavía que cuando estaba en el set de Jean. Cuando quiere sonreír, ordena a los músculos de su cara que se muevan, ata sus pensamientos con una cuerda y tira de ellos hasta que alcanzan el momento presente. Y en buena medida le funciona. Pero en la panadería, mientras está comprando algo, se olvida de lo que está haciendo, y en otra tienda se ve obligada a salir y hacer varias inspiraciones profundas para calmarse.

En el estudio, cuando por fin vuelve a casa, oye un timbre que no para de

sonar. Al principio no imagina qué puede ser, ¿una especie de alarma, un taladro? Cuando cae en la cuenta de que es el teléfono, corre a atenderlo y contesta «diga» sin aliento. Al otro lado de la línea está madame Pecci-Blunt, que le habla con un tono imperioso. ¿Sigue en pie la visita de Man Ray al día siguiente para que ella pueda mostrarle la terraza al aire libre en la que tendrá lugar el baile? Lee manotea de un lado y otro y farfulla que en realidad acudirá ella porque Man ha tenido que ausentarse de forma inesperada.

—Ah, ¿usted es la ayudante? —pregunta madame Pecci-Blunt.

—La socia.

—Sí, bien: Jean me lo había comentado ya. Me aseguró que usted poseía un gran talento, ¡pero los necesito a los dos! Necesito a Man Ray: todo el mundo lo conoce. Esta fiesta tiene que resultar exquisita, tiene que ser la fiesta del año, la cumbre indiscutible de esta temporada. ¡No quiero una simple tarta de color blanco! ¡O platos blancos! —Su tono de voz rezuma dinero y sofisticación. Habla un francés que es una cascada de vocales tintineantes.

Le sigue una pausa. A Lee le viene a la memoria el consejo que le dio Jean: dejar hablar al cliente hasta que quede claro lo que desea.

—No se trata de la comida ni de los platos —dice Lee por fin para alentarla.

—¡Ah, cuánta razón tiene usted! Ésas son ideas que se le ocurrirían hasta a un niño, por eso quiero contratarlos a ustedes. Lo único que sé es que el *Bal* tiene que ser mágico: ha de transportar a mis invitados a otro mundo, como en un sueño.

—Un sueño en el que todo sea de color blanco. De hecho ya tengo algunas ideas —asegura Lee, y empieza a describirlas, pero de pronto se interrumpe—: Mimí... ¿le importa que la llame Mimí?

—En absoluto.

El hecho de que madame le dé permiso para tutearla anima a Lee, que continúa hablando. Le explica a toda velocidad la idea que se le ocurrió mientras charlaba con Antonio: imágenes y frases proyectadas sobre el suelo y sobre los cuerpos de los invitados.

—Eso estaría bien —dice Mimí—, estaría muy bien.

No tardan en elaborar juntas un plan tan grandioso que ambas quedan convencidas de que va a ser la fiesta del siglo. El único problema es que, en realidad, Lee no sabe cómo llevarlo a la práctica: para ello necesita a Man y

su equipo. Le asegura a Mimí que Man estará de regreso dentro de pocos días.

Cuando madame Pecci-Blunt le pide que le aclare el precio, Lee le da la cifra que acordó con Man, tan elevada y descabellada que casi espera que su clienta le cuelgue el teléfono sin más. Es más dinero del que le ofrecieron a Man los Wheeler por su próxima película, más del equivalente a tres meses de alquiler del pequeño estudio de paredes blancas de la rue Victor Considérant. Pero Mimí acepta sin formular una sola pregunta y ambas acuerdan reunirse al día siguiente para concretar los detalles. Lee se queda pensando si no debería haberle pedido más.

Al día siguiente, Lee acude a la mansión de madame Pecci-Blunt, situada en Trocadéro, donde va a tener lugar el *Bal*. Lleva consigo su cuaderno, una cinta de medir y una pequeña carpeta con una selección de sus fotografías, la cual Mimí no pide ver. En vez de eso, pasean por la propiedad como si fueran viejas amigas. Es un lugar extraordinario: Lee jamás ha visto tanta riqueza de cerca. En los jardines, todo son cuadrículas y ángulos rectos, como en la clase de geometría de un colegio privado. Los setos están podados con precisión artística, las coles invernales y los crisantemos están tan perfectamente alineados que no parece haber una sola hoja, un solo pétalo, fuera de sitio. En los senderos hay un mosaico en el que pueden verse peces angulares saltar entre estanques simétricos formando ángulos de cuarenta y cinco grados.

Es todo tan perfecto que Lee siente el impulso de darle una patada a algo, de hacer un agujero en un seto cuadrado y desperdigar por el suelo las hojas caídas. Pero en vez de eso sonrío y acepta la oferta de Mimí de tomar un té. Se lo sirven en un salón con el techo pintado de color azul cielo. Las delicadas tazas de porcelana, de bordes traslúcidos de tan finos, están llenas de un té desvaído, debilitado por el exceso de crema. Lo que le apetece a Lee en este momento es un buen *espresso*, denso y de olor penetrante, pero eso resultaría excesivo para el refinado paladar de esta mujer. Lee toma asiento en el borde de un diván tapizado de terciopelo y levanta su taza con mano temblorosa.

Tras el té, Mimí la conduce por una puerta lateral hasta una gigantesca terraza en la que hay una piscina de azulejos rodeada de flores de todas clases. En el aire flota un olor a lirios. Lee está encantada: es una escena idílica en pleno invierno y en medio de París.

—Esto es perfecto —opina—: podemos poner cortinas de gasa en todo el

perímetro y proyectar sobre ellas la película; además de hacerlo sobre el agua, claro.

Mientras lo dice va visualizando con más claridad que nunca: las parejas bailando al borde de la piscina, ellos con esmoquin blanco, ellas con vestidos de color marfil; los camareros, también de blanco, abriéndose paso entre los invitados. Se imagina las cortinas ondeando agitadas por la brisa y las imágenes proyectadas (sus imágenes) temblando como si estuvieran vivas. Mientras concreta los detalles logísticos con Mimí, siente que la invade tal impaciencia que anula los demás sentimientos: la culpa, la furia contra Man y la soledad la dejan a solas con una única obligación: ponerse manos a la obra. Mimí sonríe encantada a cada una de las sugerencias que ella le hace. Ninguna de las dos menciona a Man.

A lo largo de los días siguientes, Lee vive sumida en una especie de sueño febril: su única obsesión es filmar las películas que se van a proyectar en la fiesta. Aprende por sí sola a usar la cámara de cine de Man (la cual gracias a Dios no ha vendido) y llena un cuaderno entero de bocetos e ideas. Todas las tardes, después de comer, como quien sale del agua para respirar, emerge de nuevo a la superficie del mundo y sale a la calle a buscar suministros que va cargando en la cuenta que le ha facilitado madame Pecci-Blunt. Regresa al estudio con rollos de película de 16 milímetros, lienzos, materiales que pueda utilizar para hacer experimentos conforme su idea inicial va cambiando y evolucionando.

En primer lugar, hace una lista de más o menos un centenar de palabras y frases, tanto en inglés como en francés, que sorprendan y susciten interés cuando se proyecten sobre el cuerpo de los invitados. CUENTACUENTOS, MOLUSCO, FALSO, SOÑADOR, SUSURRAR, PERMISIVO, ABÚLICO. Le vienen como una avalancha, las anota, las pinta en el lienzo que ha comprado y después las filma. Se imagina todas esas palabras reptando por los trajes de los invitados: IZQUIERDA, SERENO, DESLUMBRADO, PASEANTE, VIAJERO, entre muchas otras.

Una tarde se le ocurre pintar en la tela un relato, o puede que sea un poema: palabras y frases que parecen ir alineándose y formando una narración, y de pronto se da cuenta de que se trata de una historia de amor, que son Man y Antonio, una disculpa en clave que sólo entenderán ella misma y

Man. Esa idea conduce a otra, coge unas fotos que le hizo Man unos meses atrás y las coloca al lado de las frases. De repente lo echa mucho de menos, le gustaría que acudiera a la fiesta y viera lo que ha hecho ella, las palabras que ha escrito para él, el relato que está elaborando, que es la mejor manera que se le ocurre de decirle que se arrepiente de lo que ha hecho.

Cuanto más trabaja, más se da cuenta de lo mucho que lamenta lo sucedido y de lo mucho que lo extraña. Echa de menos los momentos en que trabajaban juntos en el cuarto oscuro e intercambiaban miradas cuando algo salía bien. Echa de menos cómo parecían bailar uno alrededor del otro en aquel espacio tan estrecho. Trabajar sola no es lo mismo. Una tarde de lluvia está a punto de telefonar a los Wheeler, pero no se le ocurre qué decir.

Otra tarde, después de incontables horas de trabajo, hace un alto y mira a su alrededor con gesto cansado. El estudio está hecho un desastre: hay tubos de pintura negra desperdigados por el suelo, huele a linaza, a vino derramado y a pies; ella tiene las uñas renegridas todo el tiempo y la cutícula reseca a causa de la trementina. Pero las películas están listas. Son cuatro: una elaborada con palabras inconexas, otra con imágenes yuxtapuestas que sin duda alguna deben mucho a las películas surrealistas de Man, otra formada con las palabras y las imágenes que ella considera un poema de amor y una última en la que se ven sus manos en cientos de posiciones, y que espera que, cuando se proyecte sobre los invitados, dé la impresión de que alguien está tocándolos. Abre otra botella de vino y proyecta una tras otra las cuatro películas sobre la pared negra del estudio mientras bebe directamente de la botella sintiendo cómo le baja el vino por la garganta como si se tratara de un solo trago larguísimo, ininterrumpido. Cuando la última de las cuatro películas se suelta del rodillo, Lee se queda unos momentos inmóvil, sentada en medio de la súbita y potente luz del proyector, escuchando el tableteo de la cinta y feliz consigo misma, inundada por un abrumador sentimiento de orgullo.

Al día siguiente vuelve al apartamento por primera vez en una semana. Necesita ropa limpia y también darse un baño. El buzón está lleno de correspondencia: facturas que pagar, amigos a los que responder. Al hojear el fajo de cartas ve que muchas van dirigidas a ella, y que en todas la dirección está escrita con la letra angulosa de Man. Son quince, lo que indica que le ha

escrito casi dos al día. Las recoge todas y, después de quitarse el vestido y dejarlo tirado en la cama, las abre y las va leyendo en el orden en el que seguramente han sido redactadas, casi siguiendo un mismo hilo de pensamiento.

*Estando lejos de ti me queda aún más claro lo mucho que te necesito... Somos como gemelos, como imágenes reflejadas en un espejo... Sin ti soy menos de la mitad de mí mismo... Desde que te dejé apenas he comido: la comida no me sabe a nada, tengo la boca seca y de nada me sirve beber agua... Este viaje está convirtiéndose en lo que debería haber previsto desde un principio: una penitencia, un exilio, un agostamiento, la única manera de sobreponerme al licor que eres para mí.*

En algunas de las cartas se le nota enfadado, en otras intenta dar lástima; debe de haberse pasado horas escribiéndolas. Lee se lo imagina sentado a una mesa en casa de los Wheeler, mirando sin ver el mar.

*Me siento viejo. Seguramente no debería reconocerlo, porque una de las cosas que más me preocupan es que tú te canses de estar conmigo. Pero es verdad: me duelen los huesos, me crujen las rodillas cada vez que me levanto... Tengo jaquecas y siento tus hermosos dedos frotándome las sienes para eliminar el dolor, pero luego pienso: no me extraña que Lee no me quiera tanto como yo a ella, si me imagino enfermo y necesitado de alguien que cuide de mí. Y tú... tú eres tan libre... Creo que sólo te das cuenta a medias del enorme potencial que llevas dentro, de todas las cosas que todavía te quedan por hacer.*

Hasta la décima carta, Man no menciona la noche en que ella se marchó y lo que hizo, y Lee siente que el papel le tiembla en las manos al leer lo que dice:

*Sé que la noche antes de irme de París estuviste con otro hombre. No estoy seguro de por qué lo sé, pero lo sé: lo presentí mientras estabas ausente, percibí lo que estabas haciendo, vi las manos de ese hombre tocándote, lo vi haciéndote el amor como se supone que sólo yo debo hacértelo, y eso me puso más triste de lo que jamás he*

*estado en toda mi vida.*

Después, en la última carta, se enfurece, su letra se vuelve más agresiva, aprieta más la pluma contra el papel.

*Tú nunca me has dejado entrar. Ya lo sabes, ¿a que sí? Durante todo el tiempo que llevamos juntos he estado llamando a la puerta de tu mente y tú sólo has abierto una rendija. He tenido que atisbar en tu interior como a través de una mirilla. Pero sé cuál es la razón, comprendo lo difícil que es para ti, entiendo que todavía llevas dentro lo que te sucedió cuando eras pequeña. No obstante, creí que podría abrirme camino por ese dolor tan antiguo y borrarlo como quien limpia la leche derramada, pero tú ni siquiera te das cuenta de que estoy llamando, ni siquiera te das cuenta de que podríamos haber sido mucho más de lo que fuimos si tan sólo te hubieras abierto a mí. No me has permitido ser todas las cosas que quería ser para ti.*

Cuando termina de leer las cartas, está agotada, exhausta. En los márgenes de la última, Man ha escrito: «Elizabeth Lee Elizabeth Elizabeth Elizabeth Elizabeth Lee Elizabeth Elizabeth Elizabeth.» Su nombre, cien veces. Mientras reflexiona, va pasando un dedo por las letras.

Lo que dice Man es cierto: ella no ha sabido dejarlo entrar en su interior, o a lo mejor no ha querido. Durante todo este tiempo, ha pensado que él quizá no se daría cuenta: no tiene otras historias de amor con las que comparar ésta, historias auténticas, de modo que existía la posibilidad de que lo que le daba a Man fuera suficiente. Pero no lo era. Ha intentado superar los recuerdos, borrarlos, pero en vez de eso se han vuelto indelebles: un borrón oscuro en vez del papel blanco. Se siente avergonzada de ser tan débil, de haber permitido que algo que sucedió hace ya dos décadas siga vivo en su interior. Ojalá hubiera podido hacer lo que el psicólogo y su padre le sugirieron y lo hubiera olvidado todo. Y ahora, aquí, otro borrón, otra pérdida... Aunque quizá nunca haya tenido nada en realidad.

De repente la invade un odio tan grande hacia sí misma que tiene que tenderse en la cama y cerrar los ojos. De pronto todo parece absurdo: sus aspiraciones de convertirse en artista, la relación que tiene con Man... Le da

vergüenza pensar en la película que forma un poema de amor: como si unas cuantas palabras proyectadas sobre una pantalla pudieran dar cuenta de lo que es el amor. No son nada. Se tapa los ojos con el brazo y nota cómo resbalan sus lágrimas.

Se mete bajo las mantas y se acurruca con las cartas de Man desperdigadas a su alrededor hasta que por fin llega el sueño y la salva durante un rato.

Cuando sale el sol, Lee se despierta tras una noche intranquila. Sigue rodeada por las cartas de Man y el resto del correo. Permanece tumbada, con la mirada fija en el techo, contemplando las sombras que proyectan las cortinas sobre la pared. Coge una de las cartas de Man y lee unas cuantas frases. Ya sabe lo que dice: se le ha grabado a fuego en la memoria como si se tratara de una fotografía. Al dejar de nuevo la carta, repara en un sobre de gran tamaño que hay en el fondo del montón y que lleva el monograma estilo art déco que utiliza la Philadelphia Camera Society en toda su correspondencia. Va dirigido a Man, naturalmente, es voluminoso y pesa. Las buenas noticias siempre son grandes y pesan mucho. Sabe que no debería abrirlo, pero de repente se le ocurre que si a Man lo han aceptado en la exposición o, todavía mejor, si ha ganado uno de los premios importantes (el primero, por ejemplo) tendría una muy buena excusa para telefonarlo a casa de los Wheeler.

Así que lo abre metiendo el dedo por debajo de la solapa cerrada con pegamento y tirando de ella con infinito cuidado. Dentro hay una carta y un librito de fotos: tiene que tratarse de una buena noticia.

*20 de diciembre de 1930*

*Estimado señor Ray:*

*Tenemos el placer de comunicarle que el jurado ha otorgado a su tríptico «La campana de cristal» el premio Patterson-Shrein al mejor retrato. Dicho tríptico aparecerá en la exposición el 1 de marzo de 1931. Los miembros del jurado han quedado vivamente impresionados por las composiciones y, en especial, por la nueva técnica empleada en una de ellas, descrita en la cédula que la acompaña como «solarización». Además, sus fotografías han sido elegidas por el señor Joseph Merrill Patterson y la señora de Richard T. L. Shrein para recibir un premio especial de quinientos dólares y pasar a formar parte de la colección permanente de la*

*Philadelphia Camera Society.*

*Aunque suponemos que no le será posible asistir a la exposición en persona, si por casualidad se encontrara en Philadelphia en el mes de marzo, será para nosotros un placer contar con su presencia en la pequeña recepción que se organizará en honor de los galardonados. En caso contrario, adjuntamos el catálogo de la exposición y le damos nuevamente las gracias por habernos enviado sus extraordinarias obras.*

*Muy atentamente,*

*Dr. George C. Poundstone, vicepresidente*

*En nombre de las autoridades de la Philadelphia Camera Society*

Lee coge la guía de la exposición y empieza a pasar las páginas. No tarda en encontrar la serie de fotografías con la campana de cristal que hizo ella misma, y que llevan debajo el nombre de Man. En una breve nota, Man define la solarización y narra: «Descubrí este proceso por casualidad el año pasado y lo fui perfeccionando a lo largo de varios meses.» Por más que busca, Lee no encuentra la menor mención de su nombre.

Man debe de haber echado esas fotos al correo semanas atrás, lo que implica que lleva semanas siendo consciente de que la ha traicionado y aun así no ha dicho nada. ¿En qué habrá estado pensando? Las fotos son buenas, eso lo saben tanto Man como ella, pero desde luego él tiene fotos tan buenas como éstas o incluso mejores; fotos que, sobre todo, son suyas y de nadie más. ¿Se le habrá olvidado que éstas eran de ella?

Poco a poco le vienen a la memoria cosas que le ha dicho Man en estos últimos meses. «Tú no eres “no yo”», le dijo un día, y en aquel momento ella no entendió lo que quería decir, pero ahora sí que lo entiende. Si así es como la ve Man, es posible que vea su obra de la misma forma: como su propiedad.

Primero fue su padre, después Condé Nast, Edward Steichen y ahora Man: todos ellos la han utilizado para sus propios fines, han tomado lo que necesitaban sin preocuparse de si le quedaba algo a ella.

En los inviernos, las ventanas de la casa de su infancia en Poughkeepsie se enfriaban tanto que se cubrían de escarcha, y al día siguiente Lee se levantaba de la cama y rascaba el hielo del cristal con las uñas hasta que lograba ver la nevada que había caído fuera. Así es como siente los ojos en este momento,

despellejados y gélidos, como si estuviera viendo con claridad por primera vez en su vida.

Cuando unos minutos después se levanta de la cama, ya ha trazado un plan. Coge un papel y redacta rápidamente un telegrama que le enviará a Man esa misma tarde: «Bal blanc 6 enero. Te quiero aquí. Necesito tu ayuda. Tu Lee.»

## 32

Mientras preparan los proyectores, Man le habla de la nueva casa de campo que tienen los Wheeler en la playa, a las afueras de Cannes.

—Lo que hace que resulte un sitio tan encantador —le dice— es que es auténticamente sencillo, sin pretensiones. Arthur hizo que les dieran a los suelos una capa de cera de color ébano, y dejó las ventanas sin cortinas para poder sentir el paisaje incluso estando dentro de casa. El primer día estuvimos merendando bajo un roble inmenso que hay en un costado de la propiedad, y Rose sirvió pato frío y huevos de codorniz en escabeche acompañados de un Chablis; nada más, y estaba delicioso.

—Suenan bien —comenta Lee.

Está prestando escasa atención a lo que dice Man; se mueve con decisión por la terraza anudando sábanas blancas a los pies de los proyectores y retrocediendo unos pasos para ver cómo quedan. Se supone que los invitados empezarán a llegar dentro de dos horas y aún hay mucho que hacer. Además, Mimí le ha pedido que todo esté preparado antes de tiempo porque algunos de los asistentes no hacen caso de la hora indicada en la invitación y se presentan cuando se les antoja. A Lee nunca se le ha dado bien terminar las cosas antes de tiempo (ni siquiera a tiempo), pero esta noche piensa hacerlo aunque le cueste la vida.

Man no comparte su urgencia. Se lo ve tranquilo. Desde que regresó a París hace dos noches se comporta como si entre ellos todo hubiera vuelto a la normalidad. Cuando llegó, la encontró en el estudio, modificando una y otra vez las películas y todavía en medio del gran desorden que había creado. Había tantos trastos que Man tropezó al atravesar la habitación para ir a su encuentro y ella tuvo que apresurarse para agarrarlo cuando vio que iba a caerse, así que los dos terminaron abrazados sin querer.

El alivio que Man sintió al verla era palpable. Se echó a reír ante todo aquel desorden y la besó como la besaba a menudo, con esos besos que le provocaban un fuego que le bajaba desde los labios hasta la entrepierna. Ella le abrió la boca y le metió la lengua como recordaba que solía hacer cuando aún lo deseaba. Y él, el muy necio, no pareció notar ninguna diferencia en su reacción: no notó su gesto ausente ni se percató de que ella, aunque le devolvía el beso, seguía en el trabajo. Aquella noche, en la cama, Man estuvo muy tierno, la abrazó y le acarició el pelo, las mejillas y los hombros, y se sintió feliz simplemente por estar a su lado.

—Me alegro mucho de que me hayas escrito —le susurró Man tumbado contra su espalda—. Cuando me fui estaba muy enfadado, pero ha sido terrible estar alejado de ti. Jamás en mi vida me he sentido tan solo. ¿Tú te has sentido igual?

—Sí —respondió ella a oscuras, pero incluso esa breve palabra le supuso un esfuerzo.

Al día siguiente se llevó a Man al estudio y le explicó las ideas que tenía para el *Bal*. Le mostró la película en la que salían sus manos y se puso frente al foco de luz del proyector para hacerle una demostración del efecto de las imágenes sobre su cuerpo al moverse.

—Ah, es magnífico, Lee —aplaudió él con admiración—. ¿Cómo has aprendido tan deprisa a hacerlo?

Le contó todo lo que había pensado para la fiesta, le habló de la mansión Pecci-Blunt, de la piscina y la terraza, le explicó dónde iban a proyectarse las películas, y Man asintió y tomó notas en el pequeño cuaderno que llevaba siempre en el bolsillo.

Pero hay unas cuantas cosas que Lee se ha reservado para sí. No le ha hablado del sobre de la Philadelphia Camera Society: se lo ha llevado fuera y lo ha enterrado bien hondo en un cubo de basura húmeda y maloliente situado unas cuantas manzanas más allá. Tampoco le ha mencionado la cuarta película, la del poema de amor que elaboró para él: la ha desenrollado de la bobina, la ha arrojado al fregadero metálico del estudio y le ha prendido fuego. La nitrocelulosa se inflamó con tanta rapidez que casi llegó a temer por su seguridad, las llamas de color azul se elevaron hasta el techo y dejaron la película reducida a un bulto retorcido. Y tampoco le ha contado a Man lo que hizo la tarde de su llegada, las horas que pasó urdiendo un plan para hacerle

daño, para que sufriera lo máximo posible. No le ha dicho que, obedeciendo un impulso, cogió un taxi hasta el Palais Garnier aferrando fuertemente una nota que había escrito y que llevaba el nombre de Antonio Caruso en letras grandes y negras. Cuando el taxi la dejó en su destino, le pidió al taxista que la esperase, echó a correr hacia el edificio, entró por la puerta lateral y recorrió los estrechos pasillos que hay detrás del escenario. Aún faltaban horas para la función de noche, así que había pocas personas por allí, pero cuando se tropezó con una delgada bailarina que la miró con gesto de sorpresa, le puso la nota en la mano y le preguntó si conocía a Antonio y si podía entregarle aquel sobre. La bailarina asintió con la cabeza y aceptó el encargo. Cuando regresó al taxi, apoyó la frente contra el frío cuero del asiento, temblorosa y casi sintiendo náuseas por lo que acababa de hacer.

Todas esas cosas se las ha guardado para sí.

Lee recorre con la mirada el recinto donde se va a celebrar la fiesta y llega a la conclusión de que, en efecto, no se ha olvidado de nada. Incluso el atuendo que va a llevar ella misma resulta perfecto: un jersey blanco de marinero y un pantalón corto también blanco. Al verlo, Man ha enarcado las cejas y ha exclamado: «¿Vas a ir vestida así?», pero ni siquiera ha tenido que mirarse al espejo para saber que ha acertado. Relajado y moderno. De pie en la terraza perfumada y verde, da la impresión de encontrarse a bordo de un yate. Mientras se ocupa de todos los preparativos procura canalizar ese sentimiento, vaciarse de la ansiedad y la rabia que la atenazan como si fueran una cadena.

Tan sólo falta media hora para que empiecen a llegar los invitados. Se encienden las lámparas de calefacción. Los camareros, todos ataviados con esmoquin de un blanco inmaculado, aguardan en fila, charlando entre sí. Los proyectores están preparados. El bar, resplandeciente y construido enteramente con hielo (una idea que se le ha ocurrido a Lee en el último minuto) está abastecido de ginebra, vodka y vino blanco: las únicas bebidas que se servirán a lo largo de toda la noche. Sobre el mostrador, también de hielo, reposan varios vasos alargados colocados boca abajo como una hilera de soldados de cristal. Mimí ha llegado y se ha puesto a supervisar todo. Lleva un vestido blanco que llega hasta el suelo; es de corte recto y está cubierto de lentejuelas blancas que titilan y destellan cuando se mueve.

—La señorita Miller ha hecho una labor magnífica, ¿no le parece? —le comenta a Man, y él asiente coincidiendo con ella—. ¿Va a encargarse usted a partir de ahora?

Antes de que Man pueda responder, Lee se adelanta:

—No, él va a ayudarme a manejar los proyectores, eso es todo.

Mimí parece sorprenderse un poco ante el tono de Lee. Man guarda silencio. Cuando Mimí es requerida por uno de los encargados del catering, Man se vuelve hacia Lee con una expresión tranquila en el rostro. Está mostrando tanta paciencia que Lee casi desearía no estar furiosa con él, pero no hay nada que hacer. Su furia es como el fuego que consume el celuloide: imposible de extinguir.

Man va hasta uno de los proyectores y se pone a mover los mandos, examina cosas que ya ha examinado ella y después le pregunta qué más puede hacer.

—Creo que ya está todo listo —le responde Lee. Hasta ella se siente un tanto sorprendida.

—Pues entonces déjame que te prepare una copa para que podamos brindar.

Se va a la barra y regresa con dos martinis de ginebra con cebollitas ensartadas en palillos y apoyadas en el borde.

—Por ti, mi amor, y por el éxito seguro de esta encantadora velada —dice Man, al tiempo que levanta su copa para entrecucharla con la de ella. La ginebra sabe como un bosque en otoño.

El sol se oculta detrás del tejado de la mansión vecina y el aire se vuelve denso y amarillo con los últimos momentos de luz diurna. Después, a medida que transcurre el crepúsculo, los cipreses que hay detrás de la mampara de cristal de la terraza se tornan negros como centinelas y proyectan sus sombras alargadas sobre el suelo. La piscina recibe el poco sol que queda y lo refleja por un instante: una gigantesca bola de fuego de forma ovalada, brillante y cegadora. El sol se hunde un poco más y la piscina se oscurece. En ese momento, Lee enciende los proyectores. Los invitados llegan en avalancha a las seis, aún más elegantes de lo que Lee esperaba. Las mujeres llevan complicados vestidos de satén con escotes drapeados y largas colas que se ven obligadas a llevar en la mano al bajar por la escalera; llevan estolas de zorro blanco en los hombros y, en la cabeza, diademas o sombreritos

delicados como una nube. Muchas tienen la cara cubierta con finos velos de gasa. Al sonreír dejan ver unos dientes blanquísimos. Los hombres visten todos de frac blanco con largas colas, y varios de ellos llevan bufandas de seda blanca por encima de la chaqueta.

Lee deja a Man con uno de los proyectores y se arrodilla al borde de la piscina para encender los quinqués de vidrio blanco y colocarlos en balsas del mismo color. Una corriente de aire proveniente de alguna parte los empuja lánguidamente sobre la superficie del agua. Cuando ya hay una docena de quinqués flotando, Lee se incorpora y examina su obra. Las imágenes del proyector dibujan formas abstractas en el agua y proyectan sombras en los costados de los quinqués, que van rotando lentamente por la piscina.

El público está formado por gente que no sólo es rica, sino tan rica que Lee jamás se ha cruzado con ella. Muy pocos reconocen a Man, y nadie la reconoce a ella, aunque observa que los hombres vuelven la cabeza a su paso y sus miradas se posan ansiosas en sus piernas desnudas. Ella les sonríe, disfrutando tanto de su poder como de su anonimato. Nota que los hombres la miran mientras beben de su copa, pero se siente totalmente intocable, inalcanzable; la persona por la que más tarde preguntarán: «¿quién era...?», «¿viste a...?».

Se sirve un segundo martini. La cebollita le estalla en la boca soltando un sabor penetrante. Man (¡tan dispuesto, tan solícito!) está ocupado con los proyectores: va de uno a otro rebobinando la película y recolocando las bobinas, así que a ella no le queda mucho que hacer en realidad. De vez en cuando se acerca a él y le pregunta si va todo bien. Se apartan unos pasos y contemplan a los invitados.

—Aquí hay muchas personas que deben de necesitar que les hagan un retrato —comenta Man en tono de conspiración y con esa sonrisa ladeada que antes tanto la cautivaba.

Lee asiente.

—¿Crees que podrías hacerte con la lista de invitados?

—A lo mejor —contesta.

Se queda unos minutos más con él, observándolo todo: los invitados que se sorprenden al ver las manos proyectadas sobre sus cuerpos; las parejas situadas al fondo de la piscina que bailan al ritmo del jazz... El aire huele a lirios, gardenias y fresias de los enormes arreglos florales. Luego se separa de

Man y se va hasta la barra, donde el camarero le pone otro martini sin que tenga que pedírselo.

En eso se le acerca un grupo de cuatro invitados.

—Mimí dice que usted es la artífice de todo esto —le comenta uno de ellos, haciendo un gesto con la mano para abarcar todo el recinto.

Lee endereza la espalda y sonrío.

—Sí, todo esto es obra mía.

—Es maravilloso —asegura—: jamás hemos visto nada parecido.

Lee vuelve la vista hacia los escalones que conducen a las habitaciones principales de la casa y ve la silueta de un hombre recortada contra la luz del interior. El individuo se protege los ojos con la mano a modo de visera para mirar a su alrededor y titubea, como si no estuviera muy seguro de que le corresponda estar allí. Lee sabe inmediatamente que se trata de Antonio: lo reconocería aunque no fuera la única persona de la fiesta que no va vestida de blanco. Lee da las gracias, se excusa y se dirige hacia donde está Antonio. A él se le ilumina el rostro al verla.

—Veo que has recibido mi nota —le dice Lee.

—Así es, pero al llegar aquí pensaba que me había equivocado al leer la dirección. Esto está lleno de ricachones: deberías haberme advertido de que tenía que venir con mis mejores galas.

—No quería asustarte.

Pasean la mirada por el recinto y de nuevo Lee se siente abrumada por la riqueza que los rodea: los rostros de cutis perfectos, la ostentación de los diamantes, las pieles y las sedas, el derroche... Justo en ese momento se les acerca un camarero con una bandeja de plata y les ofrece caracoles; se miran y rompen a reír. Antonio toma un caracol y se lo come levantando el dedo meñique. Lee mira a su espalda y descubre a una señora muy estirada que está haciendo casi el mismo gesto. Todo esto no tarda en parecerles ridículo. Antonio se inclina hacia ella, le da un empujoncito con el hombro y los dos estallan en carcajadas.

Lee mira hacia donde están los proyectores. Antonio y ella están demasiado lejos para que Man los vea. Agarra a Antonio de la mano, se lo lleva hacia la barra y pide para él lo mismo que está bebiendo ella. Cuando le entrega la copa, él la huele y la rechaza negando con la cabeza, de modo que Lee se la quita y pide un vodka que él por fin acepta. Lee, sin embargo, se

queda con una copa en cada mano y va bebiendo alternativamente de una y de otra. Desde que Antonio ha llegado la ginebra se ha convertido en agua: apenas se da cuenta de que la está bebiendo. De vez en cuando él posa una mano ardiente sobre la suya y le quita una de las copas para robarle un sorbo, de manera que al poco las tres copas ya están vacías. Lee agarra de nuevo a Antonio de la mano y se lo lleva a la pista de baile, donde sabe sin ningún género de duda que Man podrá verlos.

Al principio, Antonio se queda a un lado contemplando cómo se proyecta sobre los invitados la película que contiene palabras y frases. Por su lado pasa una pareja de personas mayores y sobre el esmoquin de él se proyecta una frase que dice: TINIEBLAS EN EL BOSQUE, luego siguen girando y la frase desaparece. En el vestido de seda de una señora puede leerse: DUERMO SOLA, y en el de otra: NO HAGO CASO A LA MODA. Antonio lo contempla todo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Increíble —le dice a Lee.

Ella le pone una mano en el brazo.

—Baila conmigo.

—Yo no bailo.

—Sólo por esta vez —insiste ella mirándolo con los párpados entornados. Sabe que Antonio no podrá negarse.

Antonio asiente, la toma del brazo y la conduce hacia las demás parejas. Suena un vals y él baila con tanta elegancia que Lee le dice:

—Conque no bailabas, ¿eh?

Con el traje negro de él y el pantalón corto que lleva ella, resultan las dos personas más visibles de la pista, y Lee sabe que sólo es cuestión de minutos que Man los divise.

Da vueltas y vueltas llevada por Antonio, sin dejar de mirar hacia donde se encuentra Man, ocupado con el proyector. La película ha llegado a su fin y se ha soltado de la bobina. Los invitados pasan unos minutos bailando sin imágenes proyectadas mientras Man coloca de nuevo el rollo y pone en marcha otra vez el proyector. Lee se vuelve en el momento exacto para ver que él acaba de localizarla. Man, con una expresión de sorpresa en la cara, niega con la cabeza. Lee, firmemente sujeta por los fuertes brazos de Antonio, vuelve a girar y se pierde en la rueda de bailarines.

Ya llevan bailando tres canciones y Man sigue sin acercarse. Cada vez que

Antonio la hace girar, Lee ve a Man observándola, pegado al proyector, con las manos a los costados. Se arrima un poco más a Antonio hasta que su pelvis toca la de él, y a través del apretado pantalón nota que se está excitando. Su erección despierta el deseo en ella, de modo que se aprieta todavía más contra él, hasta el punto de estar dando seguramente una imagen de indecencia. Nota la cabeza caliente y los ojos empañados, y a través de su visión borrosa continúa viendo la figura inmóvil de Man cada vez que gira. De pronto (porque ¿acaso no es éste el motivo por el que ha hecho venir a Antonio?) deja de bailar y, en el silencioso centro de la pista de baile, en la isla de silencio que acaba de crear, se alza de puntillas, lo rodea con los brazos, acerca sus labios a los de él y lo besa para que lo vea todo el mundo.

Tal como había previsto, eso atrae la atención de Man.

Man echa a andar hacia ellos con las manos cerradas en dos puños, ardiendo de cólera. Se sitúa al lado de Lee, agarra a Antonio por el brazo y lo aparta con brusquedad.

—¿Quién diablos eres tú? —sisea.

Antonio abre la boca para decir algo, pero Man ya ha echado un brazo hacia atrás para tomar impulso y lo ha lanzado hacia delante para propinarle un puñetazo en plena cara. Un puñetazo potente, tanto que Antonio retrocede tambaleándose y cae sobre una rodilla.

Antonio se lleva una mano a la mejilla y le lanza a Lee una mirada acusadora. Al instante, Lee se siente fatal; ¿en qué estaría pensando al meter a Antonio en esto?

Los bailarines se han detenido y se han echado hacia atrás para dejarles sitio. La película que Man acaba de poner de nuevo continúa proyectando palabras y frases sobre ellos: DELIBERADAMENTE, TÉ PARA DOS, LUZ DE ESPERANZA, UNA GRAN EXPLOSIÓN EN EL CIELO. Cuando las proyecciones chocan con Antonio desaparecen en su traje negro, pero serpentean por la ropa de Man y luego por la de Lee, que a duras penas soporta verlas: LÁRGATE, LA LLAMADA DEL VACÍO, ACARÍCIAME, EXISTIR PARA NADA. Ésta es exactamente la escena que ha visualizado cuando le ha escrito esa nota a Antonio, pero ahora que está ocurriendo de verdad, le cuesta trabajo creer lo que ha hecho.

—Te he preguntado quién diablos eres.

Antonio se levanta del suelo y se enfrenta a Man.

—Soy...

Pero Man no lo deja continuar.

—Da igual, que te jodan. Largo de aquí.

Antonio mira a Lee. Ella le hace un gesto afirmativo con la cabeza y articula la palabra «perdón» con los labios. Él, con ademán de no entender nada, da media vuelta y se va por donde ha llegado.

Man aferra a Lee por el brazo. Lo hace con tanta fuerza y su mano está tan caliente que Lee puede sentir incluso cómo le late el pulso en los dedos.

—Estás trabajando —le dice—, se supone que estás trabajando.

Lee nota que la invade la cólera.

—No me preocupa —replica—: sé que de todas formas tú vas a adjudicarte el mérito.

Man todavía la tiene aferrada del brazo.

—¿Qué?!

Pero antes de que Lee pueda decir lo que tenía ensayado, llega madame Pecci-Blunt, los rodea a los dos con los brazos y los empuja con la mayor elegancia posible hacia el interior de la casa.

—Querida —dice dirigiéndose a Lee—, vamos a retirar esta desagradable escena de la pista de baile si no le importa.

Ambos permiten que la anfitriona los conduzca por un largo pasillo hasta que llegan a una especie de salón de juegos en el que hay una mesa de billar y varios trofeos de caza colgados en las paredes. Con un delicado ademán, Mimí los hace entrar.

—Hagan las paces y que sea rápido, antes de que suceda algo que estropee mi fiesta. Un poco de melodrama vendrá bien para los periódicos de mañana, pero no quiero que nada más se tuerza.

Acto seguido cierra las puertas y deja a Man y a Lee solos en el gigantesco salón. Desde tan lejos no pueden oír lo que ocurre en la fiesta; de hecho, todos los sonidos parecen quedar amortiguados por la mullida alfombra y los gruesos cortinajes que cubren las ventanas.

En cuanto se cierran las puertas, Man se vuelve para mirar a Lee.

—¿Se puede saber qué diablos ha ocurrido ahí fuera?

—¿A qué te refieres? —repite Lee con tono infantil.

—A ti y a ese individuo. ¿Es ése el que...? —Man emite un ruido ahogado

y deja la frase sin terminar. Se aleja de Lee, va hasta una ventana y aparta la cortina para mirar en dirección a la calle.

Lee se apoya contra la mesa de billar y se agarra del borde forrado de fieltro con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

—Me has robado mis fotos —exclama en voz alta—, las de la campana de cristal: las enviaste con tu nombre.

Man se da la vuelta.

—¿De qué estás hablando?

—¿Me preguntas de qué estoy hablando? No puedes decirlo en serio... De sobra sabes a qué me refiero. Cogiste mis fotografías, mis fotografías, y las presentaste a la Philadelphia Camera Society.

Man pone cara de sincera perplejidad y se pasa una mano por el pelo.

—Ah. Las fotos de la campana de cristal. Sí, las presenté, junto con varias más. Una de las condiciones estipuladas para la concesión del premio era que tenían que formar un tríptico. Yo hago pocas series y ellos siempre están poniendo restricciones ridículas como ésa, a saber por qué.

—¿Has...? ¿Se te ha cruzado por la mente que lo que has hecho ha sido robar?

—¿Qué? Por supuesto que no: esas fotos las hicimos los dos juntos, son tan mías como tuyas.

—No las hicimos los dos juntos —replica Lee con voz temblorosa.

—Inventamos juntos la solarización, así lo entendí yo, y supuse que tú opinabas lo mismo.

Las manos de Lee son como zarpas clavadas en el borde de la mesa de billar.

—Yo descubrí la solarización, no tú. ¿O es que no te acuerdas? ¿No te acuerdas?

De repente se le ocurre que a lo mejor es eso lo que le sucede a Man, que a lo mejor ese recuerdo ocupa mucho más sitio en la memoria de ella que ninguna otra cosa que haya sucedido en el tiempo que llevan juntos: esas semanas en las que ella se sintió más en sintonía que nunca en su vida con una persona; es posible que todas esas cosas se hayan disipado en el cerebro de Man igual que la niebla se disipa con el sol de la mañana.

Man se aparta de la ventana y observa a Lee desde el otro lado de la mesa

de billar. Por encima de su hombro derecho, en la pared, cuelga una cabeza de ciervo que los mira fijamente.

—Lee, es absurdo que te pongas así. Las cosas que hacemos en el estudio son, en última instancia, obras mías. Es mi estudio. Tú eres... —Se queda callado un momento, como si de pronto hubiera caído en la cuenta de cómo puede sonar lo que está diciendo, y agrega en voz baja—: Tú eres mi ayudante.

—Ah.

Justo lo que sospechaba. De repente, toda la cólera abandona su cuerpo y nota que se le doblan las rodillas. Man advierte el cambio en su postura y rápidamente rodea la mesa para acudir a su lado, pero cuando intenta tocarla ella se encoge.

—Como es natural, me refiero únicamente al trabajo realizado en el estudio. Sólo en el estudio. Ya sabes lo mucho que significas para mí, lo mucho que te quiero.

Lee inclina la cabeza y no responde nada, se limita a mirar fijamente la sombra oscura que se forma en uno de los rincones de la mesa de billar.

—Debería haberte dicho que iba a presentar esas fotos —prueba Man de nuevo—. Lo siento. Pero es que estaba muy ocupado y tú pasabas mucho tiempo fuera, y supongo que se me olvidó.

Lee continúa sin responder nada. Se le llenan los ojos de lágrimas; una resbala y deja una mancha oscura en el tapete de fieltro verde.

—Lee, di algo. Yo te he perdonado que me hayas engañado, te perdoné cuando estaba en Cannes. No puedo seguir enfadado contigo; no te guardo rencor ni siquiera por esta escenita que has montado aquí esta noche. Te quiero, Lee, te quiero.

Ella levanta la cabeza y lo mira.

—¿Qué ves cuando me miras?

Man niega con la cabeza, sin entender.

—¿Que qué es lo que veo? Una mujer preciosa: la mujer que amo.

Una mujer preciosa, pero ¿qué esperaba que dijera? Es lo mismo que han visto siempre todos. Se seca los ojos con el dorso de la mano.

—No me ves a mí, nunca me has visto a mí.

—¿Qué quieres decir? No veo otra cosa más que a ti, ya te lo he dicho.

—No, no me ves. —Ahora está llorando más fuerte, con las facciones contraídas, y en vez de taparse la cara con las manos como haría normalmente, se queda con los brazos a los lados y deja que broten las lágrimas—. Y yo soy quien no puede perdonarte.

Man retrocede un paso. Su semblante refleja que acaba de comprender que Lee habla en serio, que esto es para ella más importante de lo que él había creído en un principio.

—Lee, sé razonable. No tiene importancia. Escribiré a la asociación, recuperaré las fotos, lo que tú me pidas.

—¿Les escribirás para decirles que en realidad son mías?

Man arruga el entrecejo.

—Preferiría retirarlas: no quiero que se hagan una idea equivocada de...

Esto es lo peor que podía decir. Lee se seca otra vez los ojos y se aparta de él.

—He terminado —le dice.

—¿Terminado?

—Sí, terminado con esto. —Señala la habitación con la mano—. Y también con lo nuestro.

Man está estupefacto.

—¿Estás diciendo que tus fotografías te importan más que lo que hay entre nosotros?

—Sí, supongo que sí.

Al principio, Man se defiende fanfarroneando; después cambia y adopta una actitud contrita. Pero a Lee no le importa lo que diga. Al afirmar que han terminado, lo ha dicho en serio. Cuando él le suplica que lo perdone, ya es demasiado tarde.

Antes de que Lee salga del salón, Man se pone de rodillas y se abraza a sus piernas. Ella lo mira sin sentir ningún vínculo con él, se inclina, se zafa de sus brazos y se aparta.

Con gesto resuelto, recorre en sentido inverso el laberinto de pasillos y regresa a la fiesta, donde todo transcurre igual que antes. Se dirige a uno de los proyectores, que se ha parado, reinicia la bobina con movimientos de autómatas y se queda unos instantes contemplando cómo las imágenes de sus manos empiezan a desplazarse por el cuerpo de los invitados; sus dedos

ascienden por el traje de un caballero y le cruzan la mejilla antes de perderse en las sombras.

La fiesta dura varias horas más y Lee se queda hasta el final. Al acabar, recoge su abrigo y sale al frío aire invernal. A saber dónde estará Man a estas alturas: puede que todavía continúe de rodillas, esperando a que ella acuda a su lado.

Varias semanas más tarde, cuando Lee ya ha recogido todas sus cosas del apartamento de Man y se ha mudado a un hotel, cuando ya ha contestado al anuncio de SE ALQUILA LOCAL que vio en la ventana de aquel pequeño estudio, cuando ya ha escrito a su padre para pedirle un préstamo, se ha comprado una cámara de estudio y un carrito con ruedas para ponerla encima, cuando ya ha puesto un anuncio: ESTUDIO LEE MILLER, RETRATOS AL ESTILO DE MAN RAY, y ha tenido su primer cliente, una mujer mayor que vio el anuncio publicado en el periódico del domingo, llega un paquete a la puerta de su recién estrenado estudio. Va envuelto en papel marrón y atado con un cordel, y está claro que no lo han enviado por correo.

Inmediatamente sabe de quién proviene, aunque no ha visto a esa persona ni ha hablado con ella desde el *Bal*; se aseguró de llevarse todas sus cosas del apartamento a una hora en que Man no estaría.

Vuelve a entrar con el paquete y procede a desenvolverlo despacio. Dentro hay una caja de madera. Dentro de la caja aparece el metrónomo de Man con algo pegado en el péndulo. Lo saca y ve que lo que está pegado es un trozo de papel y en él la fotografía de un ojo: el ojo de ella, mirando con gesto inexpresivo. En el fondo de la caja hay un martillo con una nota atada al mango. «Destruyeme», dice la nota, escrita con la conocida letra de Man.

Lee coloca el metrónomo en la mesa, frente a sí, y reflexiona unos instantes. El sentimiento que alimentó esa creación resulta tangible en las marcas que ha dejado la tijera al recortar el ojo de la fotografía completa de la cara. La imagen está subexpuesta, como si la hubieran sacado demasiado pronto del líquido revelador. El ojo tiene una expresión vacía, sin profundidad, el iris es tan poco denso como el agua. Lee contempla largamente la imagen. ¿De qué foto la habrá recortado Man? ¿Qué versión de su rostro ha ido a parar a la basura tras la mutilación de las tijeras? Pone en marcha el metrónomo con un dedo y se sienta a contemplar cómo oscila el ojo de un lado

al otro.

Después pasea la mirada por el estudio, un espacio propio, blanco y austero, tan limpio y luminoso como lo imaginó la primera vez que lo vio, y observa también las fotos en las que ha estado trabajando últimamente, algunas de las cuales aún están secándose en un cordel. Ha empezado una serie nueva: unas escenas callejeras semiabstractas cuidadosamente compuestas, pero con la energía de una instantánea. Son de las mejores que haya hecho nunca. Se levanta y entra en el cuarto oscuro para continuar trabajando; deja el metrónomo en la mesa: que siga oscilando hasta agotar la tensión del muelle.

## SUSSEX, INGLATERRA, 1946

«“*Liberado*”, una palabra destinada a degenerar.» Lee escribió esto y se lo envió a Audrey junto con todo lo demás. Lo escribió estando con Dave Scherman, justo después de haber «liberado» una caja de vino gewürztraminer de otro almacén nazi. La palabra se volvió graciosísima.

—Voy a «liberar» tu pantalón —le dijo Davie, y los dos se echaron a reír lanzando tales carcajadas que volcaron la botella, pero no importó porque acababan de «liberar» otra.

Lee ya no es la enviada especial de *Vogue*, pero ella continúa trabajando. Viaja por toda Europa y fotografía la libertad. En Dinamarca consiste en una efusión de euforia antes reprimida, pese a la falta de electricidad; gente que construye complicadas fachadas de cartón para ocultar los destrozos sufridos en su ciudad. En Francia son sombreros enormes: un flagrante derroche de tela ahora que ya se ha impuesto el racionamiento. En Luxemburgo, un país cuya estrategia durante la guerra se podría resumir en «Tú silba y confía en que no nos vean», la libertad son desfiles discretos y corteses y fiestas de la cosecha.

Lee es la única fotógrafa que sigue aquí. Después de lo de Múnich y lo de Dachau, después de que Hitler se suicidara en su búnker de Berlín, la prensa se va, requerida en otros países, en otros proyectos. Se va incluso Dave, porque la revista *Life* lo envía a trabajar a Estados Unidos. Insta a Lee a que lo acompañe, pero ella no se imagina languideciendo en un país que apenas ha sido tocado por la guerra. En vez de eso, se queda en Europa Oriental, haciendo acopio de gasolina y brandy, conduciendo sola por el paisaje arrasado en un jeep que ha «liberado» de la 45.<sup>a</sup> División. Echa tanto en falta la compañía de Dave que empieza a hablar sola imitando su voz grave, pero también está resentida después de que la haya abandonado y se haya ido a casa para dedicarse al cómodo trabajo de fotografiar a gente de la alta sociedad y

proyectos de obras públicas.

Está viajando por Rumania cuando se le acaba el dinero, y el telegrama que le ha mandado a Audrey obtiene una contestación tajante: su acreditación ha sido revocada. No tiene ningún sitio adonde ir, excepto a casa.

Cuando regresa a Londres, se reúne con Roland Penrose. Después de tantos años de relación por carta, se siente turbada en un primer momento por su realidad física: el calor de su cuerpo, lo limpio y bien vestido que va siempre. Pero hay muchas cosas que la perturban, y descubre que Roland es la única persona con la que soporta pasar más de unas horas. Roland no le pide nada, a diferencia de Man, que le pedía todo, y a diferencia de la guerra, que se lo quitó todo. Con Roland viaja a Sussex, a un lugar situado cerca de donde nació él, y alquilan una pequeña granja. Suben andando por el camino de grava y hablan de mudarse a vivir allí de forma permanente. Él la coge de la mano y le da un apretón.

La granja es verde y bucólica, y hay tanto silencio que a Lee no dejan de pitarle los oídos. Una vez que han deshecho el equipaje, Lee se derrumba en la cama y duerme durante días enteros; tan sólo se levanta para beber brandy de las botellas que tiene a su lado. Roland le lleva sándwiches, pero los bordes terminan resecos y como marchitos al no tocarlos. Una noche se despierta gritando y Roland le frota la espalda hasta que ella finge volver a dormirse. Se espera a que él empiece a roncar para agarrar de nuevo la botella.

No consigue olvidar las fotos, la película interminable que se proyecta en su cerebro, pero el brandy ayuda, al igual que el coñac. Ayudan a olvidar y también a dormir: a permitir que durante un rato las pesadillas sustituyan a los recuerdos.

—Se te irá pasando —le dice Roland, acariciándole la mano o frotándole el brazo.

Él pasó la guerra en Norfolk, dirigiendo la Escuela de Camuflaje del Comando Este del ejército. La toca con demasiada frecuencia (hay veces que ella tiene que apretar los dientes para no estremecerse), pero es más fácil tolerar eso que decirle que deje de hacerlo.

Unos años más tarde acaban casándose. Es un error, pero en ese momento a Lee le da igual: lo único que quiere es tener cerca a alguien que la acepte tal como es. Roland quiere vivir en el campo, así que no tardan en comprar Farley Farm. Lee lo dispone todo para que le envíen sus cosas desde Londres

y las cajas llegan un día que Roland está de viaje por trabajo. Cajas y más cajas de negativos y fotos viejas y descoloridas, muchas de las cuales ni siquiera se toma la molestia de abrir y sube directamente al desván.

Coloca las cajas al fondo, en un rincón, detrás del viejo bastidor de una cama, donde nadie pueda encontrarlas. Roland no le hará preguntas, con él podrá seguir adelante y convertirse en una persona distinta, permitir que los años vayan borrando el pasado hasta dejarlo todo limpio y vacío. Después de cerrar la puerta del desván con llave, experimenta una sensación de alivio, una rendija de luz en medio de la oscuridad. ¿Cómo se llama esa sensación?

Ojalá se llamara «liberación».

# EPÍLOGO

*Londres, 1974*

Nadie diría al mirarla que se está muriendo. Está preciosa, atravesando sin que nadie la acompañe la puerta principal del Instituto de Artes Contemporáneas de Londres, del cual Roland es desde hace poco el director. Es la primera vez que va al nuevo edificio que el Instituto tiene allí, en The Mall, y si alguien le preguntase le respondería que le parece una atrocidad de lo feo que es: una estructura achaparrada oculta tras un exceso de toscas columnas griegas, la representación que un niño haría de una cultura excelsa. Ella prefería, con mucho, el edificio de antes, un viejo cascarrabias lleno de corrientes de aire, pero nadie le ha pedido su opinión. Desde luego, tampoco Roland, que ya no le pide opinión para nada.

Lee lleva un vestido, el primero que se pone en varios meses. Por irónico que parezca, el hecho de estar muriéndose le ha devuelto el gusto por la ropa, y también las caderas y los pómulos, y antes de empujar las puertas de cristal del museo vislumbra su imagen reflejada y por una vez le gusta lo que ve. El rostro enrojecido a causa del frío (impropio de esa época del año) y a causa del acceso de tos que ha sufrido hace unos momentos. Vestido recto de lana de punto buclé con una elegante chaqueta, ambos del mismo tono de azul que resalta el color de sus ojos. Puede que sea un traje pasado de moda, pero es de Chanel y le queda igual que hace años, cuando se lo compró, lo cual representa una pequeña victoria.

Roland le prometió una visita privada a la nueva exposición antes de la inauguración programada para esa tarde. Lee se lo merece, de hecho se merece

mucho más de lo que ha recibido de él, sobre todo teniendo en cuenta que ella es, en parte, la razón de dicha exposición. El artículo de *Vogue* donde contaba su relación con Man Ray (y al llevar la cuenta le cuesta trabajo creer que ya hayan transcurrido siete años desde que se publicó) despertó el interés del antiguo director del Instituto, y Roland se las ingenió para formar parte del equipo que lo puso todo en marcha. Seguramente, esta exposición es el motivo por el que ascendieron a Roland cuando aquel director se jubiló: le debe a ella su nuevo cargo, aunque, naturalmente, jamás lo reconocerá.

Lee necesita este rato a solas antes de verse obligada a enfrentarse a toda la gente del museo... y antes de ver a Man. Al principio, Roland le dijo que éste no iba a poder ir, que estaba demasiado débil para hacer el viaje desde Los Ángeles, pero de repente, hace unas semanas, mencionó como de pasada que al final sí acudiría. Han pasado cuarenta años desde que se vieron por última vez y, por más que intenta imaginar cómo será tenerlo delante, no consigue imaginar su rostro: su memoria lo ha reducido a una serie de impresiones, la línea de su mentón recortada contra su chaqueta, la postura un tanto desgarbada que le gustaba adoptar cuando estaba de pie. Ni siquiera está segura de si esos fragmentos que recuerda son reales o han salido todos de una foto: la que le tomó en el puente de Poitiers, la única foto suya que ha guardado.

Se abre paso por entre los grupos de escolares y turistas que abarrotan el vestíbulo de la entrada y sube la escalera que lleva a la segunda planta. Cruza una barrera que han puesto temporalmente. Casi se echa a reír cuando ve la entrada de la exposición: por encima de las puertas cerradas hay una enorme pancarta en la que se ve la firma de Man y, debajo, una fotografía del torso desnudo de ella. Es una de las muchas fotos que le hizo Man junto a la ventana de su antiguo dormitorio, con el cuerpo surcado por el sol de la tarde. Lee niega con la cabeza y se pregunta si los expertos en marketing del museo sabrán que la mujer que han puesto en esa pancarta es la esposa del director.

Abre las puertas y entra. No hay nadie. La sala está totalmente en silencio y más en penumbra de lo que ella esperaba. Las fotos, en sus marcos, están iluminadas por pequeños focos y en el centro del recinto hay varios pedestales sobre los que descansan unas cuantas esculturas de Man.

La exposición se ha dispuesto siguiendo un orden cronológico y las primeras salas son fáciles: objetos tomados de la vida de Emmanuel Radnitzky

cuando era joven, bocetos y escritos, la mezuzá del hogar de su infancia, algunos desnudos de su primera época, hasta la copia de un trabajo que redactó cuando estaba en el colegio. Luego viene una sala de los años veinte en París: Kiki con las efes de un chelo dibujadas en la espalda y otra foto en la que se la ve durmiendo. En un nicho se proyecta *Emak Bakia*, ya como preparación de la fiesta que habrá de venir después.

Lee no tiene problemas hasta que llega a la sala siguiente. En la pared de la puerta han pintado un rótulo que dice: 1929-1932, PARÍS ERÓTICO. Las fotos están distribuidas en grupos y, tal como ella se esperaba, casi todas son de su cuerpo. Pero el hecho de que ya lo supiera no hace que le resulte más fácil. Avanza lentamente siguiendo la pared sin perderse detalle: son sus muslos, sus brazos y sus senos encajados en gruesos marcos de color negro. Las luces arrancan destellos al cristal conforme va pasando por delante.

Ahí están: son todas las partes de sí misma que le permitió fotografiar a Man. Todas las partes que él tocó, pintó y amó. Las mira y las remira, esperando a que converjan en un todo, pero eso no ocurre, como es natural. ¿Por qué esperar algo así? Ella tiene en su desván decenas de autorretratos (Lee Miller retratada por Lee Miller) y ni siquiera éstos la han satisfecho nunca. Y conoce el motivo: es porque ese todo no existe: no hay un centro. Claro que puede que eso no sea verdad, a lo mejor es que ella nunca ha sabido buscarlo.

Las fotos de Man se ven viejas («es que son viejas», se dice Lee con una punzada de melancolía), y la joven que aparece en ellas hace ya muchos años que desapareció. Ése es su hermoso ojo, su hermoso esternón. Quisiera recuperarlos, quisiera tener de nuevo todas las piezas de sí misma que le han sido arrebatadas: los labios, las muñecas, el torso. Al contemplar esos fragmentos incorpóreos de sí misma se acuerda de la radiografía que ese médico joven y de cara regordeta puso en la pantalla: su pecho, y dentro de él sus pulmones, semejantes a las alas de una polilla, invadidos por el cáncer. En el negativo se producía un efecto inverso y los tumores aparecían como puntos de un blanco luminoso, pero Lee sabe de qué color son en la realidad. En la sala de exploración experimentó un leve sentimiento reivindicativo: por fin, la prueba de la negrura que siempre ha llevado dentro.

Hace un alto delante de una fotografía que recuerda bien: su rostro de perfil, solarizado, delineado por un fino borde negro que separa su piel del

blanco del fondo. Junto a la foto hay una pequeña placa que tiene algo escrito, y Lee se acerca y entorna los ojos para poderlo leer: LA SOLARIZACIÓN, DESCUBIERTA CONJUNTAMENTE POR LOS ARTISTAS MAN RAY Y LEE MILLER, ES UNA TÉCNICA FOTOGRÁFICA MEDIANTE LA CUAL LA IMAGEN PLASMADA EN UN NEGATIVO O EN EL PAPEL INVIERTE SU TONO DE UN MODO TOTAL O PARCIAL. Lee levanta la mano y pasa un dedo por el texto dejando una leve huella en el plástico que lo protege, una huella que todavía se hace más visible cuando intenta limpiarla. «Una técnica descubierta conjuntamente.» «Los artistas Man Ray y Lee Miller.» Cuánta importancia habrían tenido estas palabras en otro momento, cuántas cosas abandonó porque no las llegó a oír, y qué poco significan ahora.

Se recupera y pasa a la sala siguiente. Allí hay un único cuadro gigantesco, de dos metros y medio de largo, colgado a la altura de los ojos, vibrante y suntuoso. Ya sabe lo que dice la placa: LA HORA DEL OBSERVATORIO - LOS AMANTES. Es como ver un recuerdo olvidado y luego revivido a medias. Los labios evocan dos cuerpos que yacen uno encima del otro, agotados y saciados. ¿Adónde ha ido a parar esa joven, la que se rendía por entero a las sensaciones, a su amante, tan pegada a él que no estaba claro dónde acababa el cuerpo de él y dónde empezaba el suyo? Quisiera recuperar también ese sentimiento.

El resto de la exposición transcurre como una mancha borrosa. Lee recorre una sala tras otra en las que se exponen cuadros y esculturas de la época posterior de la carrera de Man. Hay una sala dedicada a la época que pasó en California, otra dedicada a los retratos que hizo en Europa en los años cincuenta. La mayoría de ellos los ha ido viendo en diversas publicaciones a lo largo de los años: al igual que Roland, ha seguido la carrera de Man.

Lee no tarda en llegar al final de la exposición. Permanece unos instantes en la salida: todavía no se ve con ánimos para aventurarse en el ruido del resto del museo. Hay un banco apoyado contra la pared y, aliviada, se deja caer en él. Quiere descansar los pies un momento y después marcharse a casa.

Ya lleva sentada unos veinte minutos, con los ojos cerrados, cuando de pronto oye un ruido a su espalda: el rechinar de la goma contra la madera del suelo. Alguien que va en silla de ruedas está entrando en la sala. Cuando el recién llegado se aproxima un poco más, siente su voz, es la voz de él, ahora áspera y frágil, pero todavía familiar, una voz que no habría sabido recordar

hasta que la ha oído. Hace una inspiración tan profunda como puede y se vuelve para mirarlo.

—¿Lee? —dice Man.

Lo que ocurra entre ellos será tan sólo un recuerdo: no existen fotos.

# NOTA DE LA AUTORA

La primera vez que Lee Miller llamó mi atención fue en una exposición del Museo Peabody Essex de Salem, Massachusetts, titulada *Man Ray/Lee Miller: Partners in Surrealism*. Las obras de Miller que se exhibían allí eran increíbles, y su vida, aún más; sin embargo, en todas las clases de historia del arte que tomé a lo largo de mi vida era de Man Ray de quien se hablaba siempre, no de Lee Miller. Después de aquella exposición, me sumergí en dos años de investigación antes de poder escribir el libro que terminó titulándose *La edad de la luz*.

Mi fascinación por Lee Miller surgió de las imágenes: imágenes de ella e imágenes tomadas por ella. La seguridad en sí misma que exudaba en la primera portada que hizo para *Vogue*, en 1927, la mirada desafiante que se aprecia en las fotos que le hizo su padre, el amor que reflejaba en sus ojos al mirar a Man, su total transformación en una endurecida corresponsal de guerra: estas imágenes fueron puntos de referencia que dieron lugar a escenas de la novela, piedras angulares mientras escribía y revisaba el libro. Así, esta novela es la historia que hay detrás de esas imágenes. Es una obra de ficción y, aunque he tomado datos de muchas biografías excelentes y de textos históricos, estos personajes son fruto de mi imaginación.

La ficción histórica es un género muy particular, y el proceso de escribir sobre personas reales lleva aparejado su propio conjunto de expectativas y reglas. Aunque me esforcé por describir con exactitud el trasfondo histórico (sobre todo la geografía, la cronología y otros detalles), me permití experimentar e inventar escenas y situaciones siempre que éstas parecieran plausibles para los personajes, ya fueran reales o ficticios. Por encima de

todo, mi objetivo al escribir este libro ha sido presentar a Lee como la mujer compleja que era: hermosa y de gran talento, por supuesto, pero también con debilidades y defectos. Para mí, era más importante acertar en esto que respetar estrictamente los hechos históricos.

Si alguien desea leer más acerca de la vida real de Man Ray y Lee Miller, le recomiendo vivamente la biografía escrita por Carolyn Burke y titulada *Lee Miller: A Life*. En ella se explora de forma maravillosa la compleja historia de Lee, y yo misma la consulté una y otra vez mientras estaba investigando. El libro *Man Ray: American Artist*, de Neil Baldwin, y la autobiografía de Man Ray titulada *Self Portraitson* buenos puntos de partida para obtener información sobre la vida y la obra, ambas increíbles, de este artista. Incluyo a continuación una breve lista de otras fuentes que he consultado a lo largo de los años. Cualquiera de estos libros es fantástico para conocer mejor a los personajes y la época. Y, por supuesto, están las propias obras de Man y de Lee, las cuales espero que resulten tan inspiradoras para los lectores como lo han sido para mí.

# LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Baldwin, Neil, *Man Ray: American Artist*, Da Capo Press, Cambridge, 2000.

Burke, Carolyn, *Lee Miller: A Life*, Knopf, Nueva York, 2005.

Cahun, Claude, *Disavowals, or Cancelled Confessions*, MIT Press, Boston, 2008.

Conekin, Becky E., *Lee Miller in Fashion*, Monacelli Press, Nueva York, 2013.

Flanner, Janet, *Paris Was Yesterday, 1925-1939*, Viking Press, Nueva York, 1972.

Klein, Mason, *Alias Man Ray: The Art of Reinvention*, Yale University Press, New Haven, 2009.

Penrose, Anthony, *The Lives of Lee Miller*, Thames and Hudson, Londres, 1988.

Penrose, Anthony, ed., *Lee Miller's War*, Bulfinch Press, Boston, 1992.

Prodger, Phillip, Lynda Roscoe Hartigan y Anthony Penrose, *Man Ray/Lee Miller: Partners in Surrealism*, Merrell Publishers, Londres, 2011.

Ray, Man, *Self Portrait*, Little, Brown, Boston, 1963. (Hay traducción española: *Autorretrato*, trad. de Catalina Martínez Muñoz, Alba Editorial, Barcelona, 2004.)

Roberts, Hilary, *Lee Miller: A Woman's War*, Thames and Hudson, Londres, 2015.

# AGRADECIMIENTOS

Se suele decir que escribir es una actividad solitaria, pero este libro no existiría si no hubiera sido por la ayuda, el estímulo y la fe de varias personas a las que querría expresar mi gratitud.

Soñaba trabajar con mi agente, Julie Barer, desde mucho antes de que me enviara un correo electrónico desde un avión camino de Japón, y la experiencia ha resultado ser aún más maravillosa de lo que me había imaginado. Le estoy sumamente agradecida a ella, a The Book Group y también a la imperturbable Nicole Cunningham.

Muchísimas gracias a mi increíble equipo de Little, Brown, conformado por Karen Landry, Sabrina Callahan, el corrector Nell Beram, Alexandra Hoopes y mi magnífica editora Judy Clain, con quien da gusto trabajar y cuya perspicacia y sabiduría me han hecho mejor escritora y han mejorado enormemente este libro. Gracias también al maravilloso personal de Picador UK, sobre todo a Kish Widyaratna y a mi encantadora editora Francesca Main, que me hicieron valiosas sugerencias tanto en el nivel macro como en el micro. Gracias de corazón a Jenny Meyer, Caspian Dennis y Gray Tan, extraordinarios agentes de derechos en el extranjero; todavía se me pone la carne de gallina cuando pienso que mi libro va a ser traducido a otros idiomas ¡y leído al otro lado del charco! A mis editoriales extranjeras os digo que, aunque nuestra relación no ha hecho más que empezar, estoy deseando conocerlos y daros las gracias por la fe que habéis depositado en mi trabajo.

En cierto modo, mi vida como escritora comenzó cuando entré a formar parte de mi círculo de escritura, los Chunky Monkeys, y no podría sentirme más afortunada por haber conocido a un grupo de personas tan alucinante.

Chip Cheek, Jennifer De Leon, Calvin Hennick, Sonya Larson, Alexandria Marzano-Lesnevich, Celeste Ng, Adam Stumacher, Grace Talusan y Becky Tuch: gracias por leer los incontables borradores, por darme opiniones valiosísimas, por hacerme reír, por incentivarme y por haberme demostrado que el trabajo arduo tiene su recompensa.

Merecen un reconocimiento especial mis queridas amigas y magníficas escritoras Jenna Blum y Kate Woodworth por impulsarme a ser responsable y animarme a base de Bitmojis y Manhattans.

Vaya mi enorme gratitud a los talentosos escritores a los que tengo la suerte de poder llamar amigos y que me han ayudado de innumerables maneras con este libro: Christopher Castellani, Ron MacLean, Lisa Borders, Michelle Seaton, Sari Boren, Sean Van Deuren, Jaime Clarke, Mary Cotton, Tom Champoux, Alison Murphy, Chuck Garabedian, Vineeta Vijayaraghavan, Michelle Hoover, Karen Day, Stuart Horwitz, Crystal King, Cathy Elcik y muchos otros de cuyos nombres quisiera haberme acordado. Gracias por servirme de ejemplo.

Estoy convencida de que Boston posee la mejor comunidad de escritores de todo el país. Estuve diez años trabajando en Grub Stret, una organización que logró que me sintiera como en casa. Asimismo, me encanta formar parte de las Charrettes, al frente de las cuales está la maravillosa Daphne Kalotay; las Spitballers, que consiguen que las tormentas de ideas sean productivas y divertidas; y el Arlington Author Salon, que me ha gustado mucho organizar y que me ha permitido conocer mejor a los encantadores Anjali Mitter Duva, Amy Yelin, Marjan Kamali y Andrea Nicolay. También me siento agradecida por la ayuda económica de dos instituciones de Boston: el Somerville Arts Council y la St. Botolph Club Foundation.

Estaré eternamente agradecida por el espacio y el tiempo para escribir que me han concedido en los domicilios y los hogares de varios amigos muy generosos. Las dos semanas que pasé en el Virginia Center for the Creative Arts fueron las más productivas de toda mi vida, y valoro mucho la amistad y el ejemplo que encontré allí en otros artistas, sobre todo en John Aylward, Sarah McColl y Jennifer Lunden. Gracias a Mo Hanley por compartir su residencia de Cape Cod; a Alex Reisman por transformar su casa de Berkshires en Rowe, Massachusetts, en un refugio para escribir donde pasamos el tiempo trabajando y riendo a partes iguales; y a Arthur Golden por

confiarme el cuidado de *Missy* en Salt Meadows mientras terminaba mi (¿quinto?) borrador. Más cerca de casa, doy gracias a Dios por haber tenido el Diesel Cafe, el Kickstand Cafe y el Caffè Nero, que me mantuvieron en pie, suministrándome interminables cafés americanos, mientras revisaba el manuscrito, y que han sido un remanso de paz al que siempre puedo acudir si quiero encontrar caras conocidas.

Por último, gracias de corazón a los familiares y amigos que me han ayudado de tantas maneras que me resulta imposible comentarlas aquí. Jennifer Chang, Alexis Wooll y Julie Greb: vosotros me conocéis desde que era pequeña, habéis sido testigos de mi difícil adolescencia y de mis temibles etapas de rebeldía, y a pesar de todo me queréis; gracias por ser la familia que he escogido. Gale y Richard Scharer, los mejores suegros: gracias por ofrecerme el sol —de forma literal (Florida) y figurada— de mi vida. Mi hermana trotamundos, Colby, que tiene tantas historias maravillosas que contar que ella misma debería escribir una novela; espero que vivamos muchas más aventuras juntas. Mis padres, Anita y Richard Bemis, que alentaron mi temprana pasión por el lenguaje con incontables cuadernos en blanco y excursiones a la librería Tattered Cover. Gracias por la grandísima e inquebrantable fe que tenéis en mí. Mi marido, Ryan, el hombre más inteligente y más divertido que conozco, que me acompañó de un lado a otro del país apoyando mi trabajo de escritora y asumió mil responsabilidades para que yo pudiera terminar este libro. Te quiero. Y por último mi hija Lydia, que alumbró el mundo con su personalidad y su talento, y que siempre será mi mejor obra.